



*La*  
llamada  
*del*  
NORTE

*Claire Bouvier*

Un viaje de amor y libertad a través de  
las salvajes aguas de las cataratas del Niágara.

Lectulandia

*Canadá, 1875.* Jaqueline, una joven de Hamburgo, nunca habría emigrado a Canadá de haber sabido lo que allí le esperaba. Alan, un viejo amigo de su padre, la acoge, pero resulta ser un hombre sin escrúpulos; especula sobre el patrimonio de la joven y quiere obligarla a convertirse en su esposa.

Jaqueline, recluida en su casa, logrará finalmente liberarse del yugo de Alan y escapar. Para ello solo contará con la ayuda de Connor, el propietario de un aserradero, quien le dará refugio no sin antes aventurarse en un paisaje fascinante en una peligrosa balsa que los conducirá a través de los Grandes Lagos hacia las cataratas del Niágara, donde vivirán una experiencia que cambiará sus vidas para siempre.

**Lectulandia**

Claire Bouvier

# **La llamada del norte**

ePub r1.0

Titivillus 05.01.15

Título original: *Im Land des Roten Ahorns*

Claire Bouvier, 2011

Traducción: Paula Aguiriano

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PRIMERA PARTE

UNA CHISPA DE ESPERANZA

*Hamburgo, enero de 1875*

Fuera, ante las ventanas de la casa número 7 de Mönckebergstraße, reinaba la oscuridad, mientras que, en el vestíbulo, las lámparas de gas creaban una ligera atmósfera de calidez. El monótono tictac del reloj de pie resonaba en las paredes pintadas de color crema, acompañado por el golpeteo de los tacones de una mujer joven que caminaba arriba y abajo.

¿Cuánto tiempo tardará aún?, se preguntaba Jaqueline Halstenbek, mientras se frotaba las manos heladas. El doctor Sauerkamp ya lleva una hora arriba. ¿Realmente está tan enfermo padre?

La corriente gélida que se deslizaba por debajo de la puerta le provocó un escalofrío. Se ciñó a los hombros la toquilla de lana que llevaba sobre su vestido estampado en verde. Entonces miró esperanzada hacia el primer piso, donde su abuelo le sonreía amable desde un retrato de marco dorado colgado en la pared revestida, y donde su padre quizás estuviera agonizando.

El doctor Ägidius Sauerkamp era un viejo amigo de la familia, un hombre bonachón de patillas blancas y cabellera espesa que tenía predilección por las levitas azules y los pañuelos estampados. En otros tiempos había sido un invitado apreciado en casa de los Halstenbek, y había amenizado más de una fiesta con sus anécdotas. Pero a raíz de la muerte de la madre de Jaqueline, todo había cambiado.

Ahora Sauerkamp estaba allí por el padre de Jaqueline. A pesar de que el médico conocía bien su oficio, ya solo podía aliviar el dolor de su paciente y quizá prolongar su vida algunos días o semanas. No había esperanza de que Anton Halstenbek se curara.

El estómago de Jaqueline se encogió al recordar cómo se había desplomado en la cena. Su criado, Christoph Hansen, había llevado al enfermo a su dormitorio y había corrido a avisar a Sauerkamp. Ella había velado a su padre junto a la cama y había rezado para que aquella noche no fuera su última.

¿Servirá de algo el tratamiento del doctor Sauerkamp?, se preguntaba ahora.

Como el doctor seguía haciéndose esperar, Jaqueline se acercó a una de las ventanas. El farol que había delante de la casa se había apagado. Los cristales de nieve se arremolinaban contra los vidrios en los que se reflejaba, borrosa, la figura de Jaqueline.

¿Cómo he cambiado en las últimas semanas!, constató y suspiró. Ya no parece que tenga veintidós años, sino perfectamente el doble. Algunos mechones pelirrojos se le habían soltado del moño poco favorecedor que llevaba y rodeaban su pálido rostro. Tenía las mejillas hundidas y sus ojos verdes habían perdido el brillo. Además, su cintura había perdido volumen, tal y como revelaban los pliegues de su vestido. Si

sigo así, en un par de semanas no seré más que piel y huesos.

El crujido de la escalera sacó a Jaqueline de sus pensamientos. Se giró y vio al médico, que esperaba tras ella y jugueteaba nervioso con su reloj de bolsillo.

—¿Cómo está mi padre, doctor? —Jaqueline no sabía qué hacer con las manos y se alisó el vestido, inquieta. De pronto, el tafetán le resultó tan tosco como la arpillera.

—Señorita Halstenbek, será mejor que vaya con él. —El gesto del médico era serio y le temblaba la voz.

Jaqueline lanzó un grito ahogado y corrió escaleras arriba. Su corazón latía al ritmo de un violento *staccato* y se le había formado un nudo en la garganta. Un sollozo de pánico bullía en su pecho y hacía que los ojos se le llenaran de lágrimas.

¡Debes ser fuerte!, se ordenó a sí misma. ¡No obligues a tu padre en sus últimos minutos a verte llorar como una niña pequeña!

Sus pasos resonaban sordos en la alfombra estampada en rojo, que en algunas zonas ya estaba desgastada. Al precipitarse en el dormitorio paterno, sintió un olor ácido a sudor, mezclado con los vapores de los medicamentos que le habían aliviado la vida a su padre durante los últimos meses. Luchando contra las lágrimas, Jaqueline se acercó titubeante a la imponente cama de matrimonio de roble, en la que la demacrada figura de su padre prácticamente se perdía. Verlo así le dolía.

El tumor maligno de sus pulmones había hecho envejecer décadas al hombre alegre que era. Su rostro, antes redondo y siempre sonrosado, estaba hundido y tenía un tono ceniciento. Solamente alrededor de la nariz y la barbilla, su piel era blanca como la nieve. El sudor le brillaba en la frente.

¡La marca de la muerte!, pensó Jaqueline, asustada. Exactamente como con su madre.

Cuando Anton Halstenbek percibió que su hija estaba junto a él, abrió de nuevo los ojos y extendió su mano temblorosa hacia ella.

—Mi llamita. —Era difícil entender lo que decía debido a los estertores que escapaban de sus pulmones.

Jaqueline se arrodilló junto a la cama. Oír su mote cariñoso hizo que perdiera la compostura. Cálidas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Estoy aquí, papá.

Su piel, seca como un pergamino, estaba tan fría como si la última chispa de vida le hubiera abandonado ya. Únicamente su pecho y los ojos de mirada febril parecían seguir vivos.

—Lo siento —murmuró. Tampoco le quedaban fuerzas apenas para hablar—. Me habría gustado verte encontrar un buen hombre y convertirte en madre.

Jaqueline sollozó con fuerza.

—Papá, yo...

—¡No digas nada! Velaré por ti desde el cielo... ¡Encuentra tu camino en la vida, mi niña...! Eres hermosa, inteligente, y has heredado mi corazón de investigador.

¡Aprovéchalo!

No pudo decir nada más, porque un ataque de tos estremeció su cuerpo. Sus ojos se abrieron por completo, temerosos, mientras jadeaba desesperado. Su mano apretó la de su hija, pero de pronto se distendió. Y su mirada se quedó fija.

—¿Papá? —preguntó Jaqueline con miedo, mientras la cruel certeza hacía trastabillar su corazón.

—¡Doctor!

Sauerkamp, que había estado esperando en el pasillo, acudió inmediatamente. Tomó la muñeca de Halstenbek y sacudió la cabeza.

—Lo siento.

Jaqueline solo percibió vagamente que Sauerkamp cerraba los ojos de su padre. Una vez el médico hubo salido de la habitación, cedió al dolor y se desplomó sobre el muerto llorando desconsoladamente.

Dos horas después de que Anton Halstenbek hubiera exhalado su último aliento, el enterrador salió de la casa y condujo el coche de caballos con el sencillo ataúd de abeto rojo hacia la morgue. El doctor Sauerkamp ya se había despedido antes, después de dejarle a Jaqueline un remedio tranquilizante.

—¡Cuídense mucho, señorita Halstenbek! —le había dicho mientras le estrechaba la mano—. Y no se avergüence de pedirme ayuda. Aunque su padre esté muerto, siempre le estaré muy agradecido a su familia.

Jaqueline dio las gracias con cortesía. Sin embargo, sabía que el médico no podría ayudarla con los problemas que le esperaban. Debía poner en orden el legado de su padre, organizar el entierro y ocuparse de las deudas que le había dejado. Esto último era el mal mayor, puesto que ya no tenía ni un penique y estaba segura de que habría que empeñar todo lo que había poseído su padre.

El silencio en la casa era inquietante. Cada paso resonaba con fuerza en las paredes y el tictac del reloj de pie acompañaba a Jaqueline con tanta persistencia como el latido de su propio corazón.

¿Qué sucederá ahora?, se preguntaba mientras se agarraba al pasamanos, como si temiera perder el equilibrio. ¿Cuánto tiempo podré quedarme aquí?

Finalmente sintió que el despacho de su padre la llamaba. Sin embargo, no prestó atención a los numerosos *souvenirs* que Anton Halstenbek había traído consigo de sus viajes y que abarrotaban la habitación.

Se hundió con tristeza en una butaca y miró por la ventana con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

Una clara mañana invernal se levantaba sobre Hamburgo. El azul oscuro del cielo estaba respunteado por un resplandor de color naranja que anunciaba la salida del sol. La luna y las estrellas palidecían. Los tejados de los edificios vecinos aún parecían grises, pero pronto podría admirarse la nieve que centelleaba sobre ellos



desde hacía días.

A padre le encantaba la nieve, pensó Jaqueline, y otro lamento oprimió su pecho. Pero, a pesar de que tenía la sensación de que la tristeza la desgarraba, las lágrimas se agotaban poco a poco.

El desconcierto se apoderó de ella.

No solo estoy completamente sola en el mundo, sino que los acreedores no tardarán en abor dame en masa, pensó.

Las deudas que su padre había contraído en los últimos años eran inmensas. Los prestamistas habían asegurado que, en vista de su enfermedad, aplazarían sus reclamaciones. Pero esto cambiaría. En cuanto se enteraran de que Anton Halstenbek había muerto, volverían. El hecho de que hubiera sido uno de los cartógrafos más prestigiosos del Imperio alemán no les impediría embargar todo lo que tuviera algún valor. Quizás incluso le quitarían la casa de su familia.

Jaqueline se acercó al escritorio suspirando. Su mirada recayó sobre el calendario que aún mostraba la fecha del 7 de diciembre de 1874, a pesar de que ya era el 14 de enero de 1875. Así que ese era el tiempo que hacía que su padre no se había sentado en su escritorio.

Después de tirar el viejo calendario a la papelera con decisión, observó el mapa que había bajo el tablero de vidrio.

Se trataba de una copia del primer mapa que su padre había dibujado cuando era un joven explorador. Quizá la costa oriental de Norteamérica no estuviera dibujada con tanto detalle como en trabajos posteriores, pero, de todas formas la intención de Anton Halstenbek era claramente reconocible.

Jaqueline acarició el tablero con cariño y se permitió recordar a su padre y el destino de su familia.

Antes de que Anton Halstenbek hubiera empezado a dibujar mapas profesionalmente, había viajado por todo el mundo durante muchos años. Primero, América, después, África, India y China. Las historias de sus aventuras, que relataba a la vuelta, encendían la imaginación infantil de Jaqueline de tal manera que pasaba noches sin poder dormir. Se imaginaba, con el corazón latiéndole violentamente, cómo sería viajar ella misma por todos aquellos países y vivir aventuras allí.

Su padre siempre había prometido llevarla consigo cuando fuera lo bastante mayor, pero eso nunca había sucedido.

Tras la muerte de su esposa, su padre se había hundido en una profunda depresión que le había impedido seguir dedicándose a su trabajo. Al principio había intentado ahogar sus penas en alcohol y, más adelante, Jaqueline había descubierto horrorizada opio en su habitación.

Hacía un año del primer ataque grave. Entonces el doctor Sauerkamp aún lo había achacado al consumo de drogas. Pero con el tiempo fue haciéndose evidente que su padre sufría cáncer de pulmón. El médico le había dado cinco meses de vida, aunque finalmente habían sido siete; un plazo de tiempo en el que había acumulado cada vez

más deudas.

Jaqueline apartó esos pensamientos y abrió el cajón del escritorio, en el que había un fajo de cartas. Acarició meditabunda los sobres, atados con un lazo rojo.

Eran todas de un amigo de Canadá, al que su padre había conocido en uno de sus viajes. En los últimos meses se había convertido en el único apoyo para Jaqueline. Después de que su padre se enterara del diagnóstico, le había encargado que informara a su amigo de su estado. A partir de aquello había surgido una intensa correspondencia.

Alan Warwick, un hombre de negocios de Chatham, una ciudad al sur de Canadá, escribía con un estilo muy agradable. A pesar de que Jaqueline no lo había visto jamás en persona, tenía la sensación de que pensaba de forma similar a ella. En ocasiones se sorprendía a sí misma soñando con conocerlo. ¿Sería tan dulce como sus palabras? ¿Qué aspecto tendría?

Apartó estas preguntas mientras sacaba un nuevo pliego de papel para darle la noticia de la muerte de su padre. Cogió la estilográfica con dedos temblorosos, pero no llegó a colocarla sobre el papel, ya que de pronto alguien aporreó la puerta de la casa.

Jaqueline se levantó y se acercó a la ventana. No pudo distinguir más que un abrigo marrón adornado con piel, un sombrero negro y el puño dorado de un bastón, que el visitante probablemente había utilizado para llamar. Los buitres realmente no se hacen esperar, pensó Jaqueline con aprensión mientras salía de la habitación. En las escaleras, se fue preparando mentalmente.

Al tiempo que los golpes resonaban de nuevo en el vestíbulo, se alisó el pelo y se colocó el vestido. Si bien era cierto que su aspecto no era especialmente impresionante, seguro que al visitante eso no le importaría.

Al abrir la puerta, el rostro obeso de Richard Fahrkrog le sonrió desde el otro lado.

Jaqueline ya había visto una o dos veces al prestamista al que Anton Halstenbek debía dinero, cuando su padre lo había recibido en casa. A primera vista ya le había resultado antipático. En esta ocasión también sintió un profundo rechazo hacia él.

—Buenos días, señorita Halstenbek. —Fahrkrog se quitó el sombrero.

El gesto de compasión que esbozaba le reveló a Jaqueline que ya se había enterado de lo sucedido.

—Buenos días, señor Fahrkrog —respondió con frialdad—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me preguntaba si su padre me recibiría a una hora tan temprana. ¿Cómo se encuentra?

Al ver la falsedad con la que hablaba, a Jaqueline le habría gustado cerrarle la puerta en las narices. Necesitó un momento para serenarse lo bastante para responder:

—Mi padre falleció anoche.

—Oh, ¿de veras? —El prestamista tendió la mano a Jaqueline, titubeante—. Le

doy mi pésame.

Jaqueline miró con asco su mano derecha, enfundada en un guante negro. En el cuero se distinguían claramente algunas manchas. ¿Acaso espera que le estreche la mano a pesar de que no ha tenido siquiera la decencia de quitarse el guante?

—Sea lo que sea, tendrá que regresar más tarde —declaró disgustada—. Aún no he podido hacer una lista de las deudas. Además, se lo dejaré todo a nuestro abogado.

Cuando Jaqueline quiso cerrar la puerta, Fahrkrog colocó rápidamente el pie entre el marco y la hoja. Un instante después propinó un empujón a la puerta que hizo que la joven se tambaleara hacia atrás.

—Pero, pero, ¿cómo puede ser usted tan maleducada? —susurró amenazador mientras se abría paso en la casa por la fuerza.

—¿Qué se ha creído usted? —le increpó Jaqueline, después de haberse calmado de nuevo—. ¡No le he dejado pasar! —El corazón le latía en la garganta y sus manos temblaban. ¿Qué se proponía aquel tipo?

—Efectivamente, no lo ha hecho, pero me he tomado la libertad —replicó Fahrkrog al tiempo que se acercaba a ella. La puerta se cerró tras él con un golpe.

Jaqueline se estremeció. ¡Lárguese!, le habría gustado espetarle, pero el pánico no le permitía articular palabra. Era consciente de que nadie la ayudaría en caso de que Fahrkrog llegara a las manos.

—De hecho, he venido a informarme de cuál es la situación en lo que respecta a mi dinero —dijo mientras seguía haciéndola retroceder. Finalmente, chocó contra el pasamanos de la escalera.

—Ya le he dicho que nuestro... mi abogado... —acertó a decir.

El puño del bastón que el prestamista le colocó bajo la barbilla la hizo callar instantáneamente. Jaqueline sintió un escalofrío cuando se acercó tanto que podía oler su aliento podrido.

—¡No puedo esperar tanto! Vivimos tiempos difíciles y todos estamos entre la espada y la pared.

La miró fijamente de nuevo, esta vez con la avidez de un hambriento que mira un pollo asado.

—Estaba dispuesto a esperar cuando su padre estaba enfermo, pero usted está sana, por lo que puedo ver. Usted sí puede devolverme el dinero.

Jaqueline por fin reunió el valor necesario para apartar el bastón y deslizarse a un lado. La ira y el miedo bullían en su interior. Miró de reojo hacia la puerta, pero Christoph seguía sin aparecer.

—No puedo darle el dinero inmediatamente —dijo por fin—. Tendrá que esperar a que el abogado liquide la herencia, como los demás acreedores.

Fahrkrog no parecía estar escuchando. Se lamió los abultados labios y se acercó de nuevo hacia ella.

—Bueno, quizá podría descontar una parte del pago de la deuda si me hiciera un pequeño favor...

Jaqueline sospechaba a dónde quería llegar. Cerró los ojos enfadada. ¿Me toma por una muchacha de la Herbertstraße?, se preguntó furiosa. ¡Yo no tengo nada que ver con esa ciénaga pecaminosa!

—¡Jamás! —le espetó—. ¡Renuncio a su... oferta!

Una sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de Fahrkrog.

—Oh, no creo que pueda rechazarla —murmuró, y la cogió del brazo—. Y desde luego yo no quiero que lo haga.

Jaqueline se zafó al instante. De pronto, su garganta parecía estar seca. Con el corazón a cien por hora buscó la forma de escapar de aquel tipo. Le vino a la mente el atizador de la chimenea.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Fahrkrog, mientras dejaba el bastón y se despojaba de su levita.

Jaqueline descubrió grandes manchas de sudor bajo las mangas de su camisa. El asco la despertó de su inmovilidad. Se volvió a la velocidad del rayo y corrió hacia la puerta del salón.

—¡Espera, zorra! —gritó el prestamista, y la siguió.

Jaqueline atravesó la sala con el corazón agitado por el pánico. Se precipitó hacia la chimenea, en la que la corriente de aire levantó la ceniza, pero, antes de que pudiera coger el atizador, una mano la agarró del pelo y la arrastró brutalmente hacia atrás.

—¿Así que eso es lo que quieres? Que tenga que cazar a mi presa, ¿no?

Jaqueline gimió de dolor, pero logró volverse y propinarle una bofetada a Fahrkrog.

Sin embargo, esto no le impresionó. Se rio con malicia, le agarró las muñecas y las dobló bruscamente hacia atrás.

Jaqueline profirió un grito al tiempo que el dolor recorría sus brazos.

Le costó lo suyo, pero Fahrkrog consiguió tumbarla en el suelo.

—¡No te pongas así! —gruñó mientras la mantenía tumbada con su propio peso y le levantaba las faldas con una mano—. Fornicar no le hace daño a nadie.

Cuando llevó la mano con brutalidad a su entrepierna, Jaqueline jadeó asustada. Entonces comenzó a gritar a pleno pulmón.

Fahrkrog se echó a reír burlón.

—¡Deja eso para después! No he hecho más que empezar.

Aquella mañana, cada paso le pesaba tanto a Christoph Hansen como su corazón. Estaba muy afectado por la noche en vela y la muerte de su patrón. El aire cortante de la mañana tampoco lo reanimó. La tristeza y la preocupación ensombrecían su alma.

¿Qué será ahora de la pobre señorita Jaqueline?, se le pasó por la cabeza. Había tenido que presenciar con impotencia cómo la familia Halstenbek, en su día tan deslumbrante, se dirigía lentamente a la ruina. La joven señorita debía haber tenido

un futuro espléndido por delante, pero la muerte de su padre la había dejado de forma definitiva a merced de la miseria. No pasaría mucho tiempo antes de que la pobre se quedara en la calle. Sin nadie que la ayudara.

Los ruidos de la ciudad que despertaba lo distrajeran un poco. Alguien empujaba un carro sobre el adoquinado, el lechero dejaba sus entregas ante las entradas de las casas. Lo seguía el ladrido furioso de un perro. Christoph saludó al hombre con la cabeza, ya que también se encargaba de suministrar a los Halstenbek.

Un rato después, el gabinete de Martin Petersen apareció ante él.

Christoph comprobó sorprendido que últimamente se habían llevado a cabo algunas reformas. Las paredes exteriores relucían en tono marfil y habían cambiado las ventanas del piso superior. La puerta del edificio también había recibido una mano de pintura gris azulado, y, a la altura de los ojos, resaltaba una aldaba de latón pulido. La escalera tenía ahora un pasamanos ondulado y las zonas estropeadas de los escalones estaban visiblemente reparadas.

Parece que a Petersen le va bien, meditó el criado mientras subía por la escalera. Era evidente que se había recuperado estupendamente de las pérdidas de los años de guerra.

Poco después de llamar con la aldaba, el sirviente le abrió. Las manchas negras en el delantal que llevaba sobre la ropa le revelaron a Christoph que el empleado estaba sacando brillo a los zapatos de su señor.

—Buenos días, Heinrich —dijo Christoph amablemente—. ¿Cómo está usted?

—No me quejo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría hablar con el señor Petersen.

El sirviente miró a su interlocutor con asombro.

—El gabinete no abre hasta dentro de una hora.

—Lo sé, pero el asunto es urgente. Me envía Jaqueline Halstenbek. Se trata de su padre.

El sirviente lo miró brevemente.

—Espere un momento, informaré al señor Petersen.

Mientras Christoph cambiaba intranquilo el peso de una pierna a la otra, miró hacia el puerto. Antes de que hubiera podido fijar su mirada en los mástiles de los barcos, Heinrich había regresado.

—El señor Petersen lo espera. ¡Sígame, por favor!

Antes incluso de llegar al despacho del abogado, Petersen ya salió a su encuentro. Llevaba pantalones negros con una camisa blanca inmaculada y un chaleco de estampado discreto, desde cuyo bolsillo se balanceaba la cadena de un reloj.

—Buenos días, Christoph, espero que no traiga malas noticias —dijo después de haberle estrechado la mano al criado.

—Me temo que sí, señor Petersen. El señor Halstenbek ha fallecido hace unas pocas horas.

El abogado abrió los ojos como platos.

—Oh, Dios mío, ¡es horrible! Sabía en qué estado se encontraba, pero como llevaba tanto tiempo luchando, no contaba con su pronta defunción.

Christoph dejó caer la cabeza.

—Nos ha sorprendido a todos.

—¿Y cómo está la señorita Jaqueline?

—Como corresponde en estas circunstancias. Me ha pedido que le informe para que pueda iniciar los trámites necesarios.

—Así lo haré, desde luego. —Petersen sacudió la cabeza consternado. Entre sus cejas se formó una profunda arruga—. Resulta difícil creer que Halstenbek ya no esté entre nosotros. La sociedad de Hamburgo lo echará de menos.

Christoph sabía que la realidad era bien diferente. La mayor parte de la alta sociedad se había distanciado de Halstenbek a raíz de que se conocieran sus padecimientos. Como ya no resultaba útil a nadie, prácticamente lo habían olvidado. Lo más probable era que la noticia de su muerte no provocara más que un encogimiento de hombros.

Sin embargo, Christoph se guardó todo aquello para sí. No serviría de nada ofender al abogado de la familia.

—Por favor, transmítale a la señorita Halstenbek mi más sentido pésame. Por la tarde la visitaré para tratar el asunto con tranquilidad.

—Muchas gracias, señor Petersen. —Christoph inclinó la cabeza y se despidió.

Como tenía mucho trabajo pendiente, regresó a Mönckebergstraße lo más rápido posible. Allí también estaba despertando la vida. Las criadas fregaban las escaleras. En los pisos superiores se aireaban las camas. De las ventanas emanaba el aroma a café y bollos.

Sin embargo, había algo que no encajaba en aquella imagen idílica: dos hombres que merodeaban por los alrededores de la casa Halstenbek llamaron la atención de Christoph. A primera vista, sus ropas gastadas les conferían aspecto de vagabundos. Al observarlos con más atención, el criado reconoció a los secuaces de Richard Fahrkrog.

¿Qué se les habría perdido allí?

Christoph recordó de pronto que su fallecido patrón también le debía dinero a Fahrkrog. Era uno de los últimos prestamistas que había accedido a hacer negocios con un Halstenbek ya enfermo de muerte.

A Christoph se le encogió el estómago. Allí estaba sucediendo algo. Algo que no podía significar nada bueno.

Al escuchar un grito, se le hizo un nudo en la garganta.

¡Jaqueline!, pensó de repente. ¿Habría llegado Fahrkrog a las manos?

Christoph corrió hacia la entrada de la casa acompañado de las sonrisas burlonas de los hombres.

Jaqueline sintió que se moría de miedo y asco mientras el prestamista se toqueteaba los pantalones.

De pronto, la puerta se abrió de golpe contra la pared y alguien tiró hacia atrás de Fahrkrog. Había llegado a abrirse la bragueta hasta la mitad.

Jaqueline reconoció el rostro de Christoph sobre ella y respiró aliviada.

—¿Qué significa esto? —gruñó furioso Fahrkrog mientras se zafaba. A pesar de que el criado era físicamente superior a él, lo atacó.

Sin embargo, Christoph se apartó con tal habilidad que el prestamista chocó contra la pared y el criado agarró al intruso por el cuello.

—¡No es usted bienvenido aquí! —Con estas palabras arrastró a Fahrkrog de vuelta al vestíbulo.

A pesar de que a Jaqueline le temblaba todo el cuerpo, se levantó a duras penas y siguió a los dos con paso vacilante. Buscando apoyo en el marco de la puerta, observó a Christoph empujar al hombre a la calle, agacharse y coger su bastón. Jaqueline temió que pegara a Fahrkrog con él, pero Christoph se contuvo.

—¡Márchese! —exclamó con énfasis, y lanzó el bastón a los pies del prestamista.

Fahrkrog lo fulminó con la mirada antes de dirigirse a Jaqueline.

—¡Te arruinaré, mala pécora! —amenazó—. ¡Me ocuparé de que acabes en un burdel y entonces seré el primero en montarte!

Hasta que Christoph no se acercó a él amenazante, Fahrkrog no enmudeció y se marchó.

Sin embargo, sus alarmantes palabras permanecieron con Jaqueline. Horrorizada, siguió a Fahrkrog con la mirada, sollozando con la mano sobre la boca.

—¿Está usted bien, señorita Halstenbek? —preguntó Christoph después de cerrar la puerta.

A pesar de que su corazón seguía latiendo a toda velocidad y de que le temblaban todas las extremidades, Jaqueline asintió.

—Gracias, sí, Christoph. Me alegro de que haya regresado tan rápido y haya intervenido. No quiero ni pensar en lo que habría hecho si...

El horror le cerró la garganta a Jaqueline. Seguía sintiendo el repugnante aliento de Fahrkrog en la nariz.

El criado bajó la mirada con humildad.

—Si hubiera regresado antes, quizá ni siquiera habría podido molestarla.

—Usted no tiene ninguna culpa, Christoph —dijo sonriendo—. Ese tipo, Fahrkrog, no conoce el honor. Le agradezco que me haya protegido.

Se pasó la mano por las mejillas encendidas. Aún sentía el asco en su cuerpo. Pero este desaparecería, al contrario que las deudas.

—Le pediré al señor Petersen que le expida una excelente recomendación para que encuentre pronto un nuevo empleo.

—¿Quiere despedirme? —preguntó Christoph, atónito.

—No tengo elección —musitó Jaqueline con dolor de corazón, ya que conocía a Christoph desde niña.

Había sido el único que se había quedado los últimos meses, a pesar del sueldo escaso que en realidad no se podían permitir.

—Pronto aquí no quedará nada de lo que tenga que ocuparse —añadió—. Fahrkrog no es el único con el que mi padre estaba endeudado. Tenía dos docenas de acreedores. Vendrán uno tras otro a llevarse lo que quieran. Probablemente también pierda la casa.

—Lo sé, señorita Halstenbek. A pesar de todo, me gustaría pedirle que me mantenga a su servicio hasta entonces. Estoy seguro de que su padre querría que alguien cuidara de usted. He ahorrado un poco y durante un tiempo no necesitaré el sueldo.

A Jaqueline se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas de emoción.

—Tiene usted un alma tan leal, Christoph —sollozó—. Nunca podré devolvérselo.

—No tiene por qué hacerlo, señorita Halstenbek. ¿Quiere que le traiga un té para el susto?

En realidad, Jaqueline no tenía ánimo para beber nada, pero para no desairar a Christoph, dijo:

—Sí, sería muy amable por su parte.

El criado se inclinó ligeramente y desapareció en la cocina.

Jaqueline se sentó en la *chaise-longue*. Durante un momento se miró fijamente las manos como perdida, hasta que ya no pudo contener las lágrimas.



Por la tarde, el centro de Hamburgo estaba lleno a reventar de gente. Criadas y mozos se deslizaban veloces entre señores elegantemente vestidos que disfrutaban de un paseo junto al Alster. Un par de marineros de permiso silbaban a las muchachas, mientras los gritos de los chicos de los periódicos se mezclaban con los crujidos de los coches que pasaban junto a los viandantes. Desde el puerto llegaba el sonido de las sirenas de los barcos, y a lo lejos se distinguían las grúas con cuya ayuda se cargaban los buques.

En realidad Jaqueline habría debido quedarse en casa, ya que aún no se había recuperado por completo del ataque de Fahrkrog. Pero el desasosiego que se había apoderado de ella la había empujado afuera. Cualquier cosa era mejor que recordar constantemente los sucesos de las últimas horas. Necesitaba hablar con alguien, y sabía que Petersen la escucharía. Además, quería enviar sin falta la carta a Alan Warwick.

A medida que se abría camino, la empujaban una y otra vez. Una horda de muchachos pasó junto a ella a toda velocidad dando voces y la obligó a apartarse de un salto, y, al hacerlo, ella misma empujó a alguien.

—¡Eh, ten cuidado! —le espetó un hombre que llevaba una cara levita, y prosiguió su camino sacudiendo la cabeza.

Jaqueline suspiró. Lamentaba profundamente haber tenido que vender su coche de caballos. No es que le importara ir a pie, pero entre toda aquella multitud tenía la sensación de que se le encogía el pecho.

El despacho apareció por fin ante ella. Se levantó un poco la falda de su vestido negro de tafetán, subió las escaleras y llamó con la aldaba. Entonces se volvió y echó un vistazo al cercano Alster.

En ese momento pasaban por allí un par de botes pesqueros rodeados de gaviotas, mientras que en la lejanía sonaba la campana de un barco. Poco después Jaqueline vio la embarcación. Se trataba de un velero de mástiles altos, un clíper destinado al transporte de té, como los que llegaban y salían todos los días del puerto de Hamburgo.

Jaqueline sintió de pronto un anhelo indeterminado. ¿Serán ganas de viajar?, se preguntó. Pero, antes de que pudiera encontrar la respuesta, la puerta se abrió tras ella. Cuando se giró, vio la cara del joven secretario que trabajaba para Petersen.

Su rostro se enrojeció con timidez mientras se inclinaba ligeramente.

—Señorita Halstenbek, lo... lo siento mucho por su padre.

Jaqueline esbozó una sonrisa.

—Gracias, muy amable por su parte. ¿Tendrá el señor Petersen tiempo para mí? Sé que quería visitarme esta tarde, pero yo...

No aguantaba más en casa, añadió en silencio.

—Le avisaré inmediatamente. Pase, por favor.

Mientras entraba pasando junto al joven, echó un vistazo a su alrededor.

Habían renovado el vestíbulo. Después de que Petersen utilizara el mobiliario de su padre durante los primeros años, ahora había entrado aire fresco en la casa. Los nuevos muebles eran de madera clara, cuyo aroma aún impregnaba el ambiente. Jaqueline sintió bajo sus pies el velludillo de una alfombra persa que a primera vista parecía demasiado cara para una estancia de paso. Sin embargo, nadie parecía tener nada en contra de que la pisoteara con sus zapatos.

—¿Podría tomar asiento aquí un momento? —preguntó el secretario después de haberla conducido hasta una hilera de sillas de estilo imperio.

Jaqueline asintió y se sentó. Cuando el secretario desapareció tras una de las puertas, dejó vagar la mirada por la sala de espera. De la pared de enfrente colgaba un gigantesco y pretencioso óleo que mostraba una batalla naval. Gracias a los barcos retratados, Jaqueline reconoció que debía de tratarse de una batalla de la era napoleónica.

Su padre no solo le había contado historias de viajes, sino que también le había enseñado muchas cosas acerca de los barcos. Su madre a veces se burlaba de ello y le reprochaba en broma que así acabaría convirtiendo a su hija en marinero. Pero él siempre replicaba que aquel conocimiento no le haría ningún daño a Jaqueline.

Tras pocos minutos de espera, la puerta se abrió y dos hombres salieron del despacho del abogado.

Martin Petersen llevaba un traje negro y, bajo él, una camisa impecablemente almidonada y una corbata gris plateado. Despидió con un apretón de manos a su cliente, un hombre con una presuntuosa levita azul sobre un pantalón de montar negro, encajado en unas lustradas botas de montar, y lo acompañó a la salida.

Al regresar, Petersen se dirigió a Jaqueline. Sus labios dibujaron un amago de sonrisa, pero su gesto se tornó serio inmediatamente después.

—Señorita Halstenbek, lo siento muchísimo. Cuando su criado me ha comunicado la noticia me he quedado horrorizado. —El abogado le dio un perfecto beso en la mano antes de añadir—: No tendría que haberse molestado en venir. ¿No le ha informado Christoph de que quería visitarla?

—Yo... Tenía algo más que hacer, y, como ya estaba de camino, he pensado en pasar a verlo. —No le dijo que en casa tenía miedo de que Fahrkrog la atacara.

Petersen la miró con compasión. La arruga entre sus cejas se ahondó.

—¡Vayamos a mi despacho!

Entraron juntos en una habitación inundada de luz, cuyas paredes estaban repletas de estanterías llenas de libros y tomos voluminosos. El macizo escritorio en el centro era similar al del padre de Jaqueline.

Esta sintió una punzada al verlo, pero se negó a ceder a la tristeza.

—Como sabe, trabajaba encantado para su padre —dijo Petersen después de cerrar la puerta tras él—. Su muerte me ha dejado muy afectado.

Jaqueline luchaba contra las lágrimas.

—Muchas gracias. Mi padre apreciaba sus servicios —acertó a decir con esfuerzo.

Martin Petersen se concedió a sí mismo y a su visitante una pausa considerada antes de proseguir:

—Ya he comenzado a revisar los primeros documentos. Nos espera una gran cantidad de trabajo, pero juntos lo conseguiremos.

—Eso espero. —Jaqueline sacó su pañuelo de encaje y se secó las lágrimas del rabillo de los ojos—. El primer acreedor ya me ha visitado y ha exigido que se le devuelva su dinero. No sé cómo lo haré...

Al echarse ella de nuevo a llorar, el gesto compasivo del rostro de Petersen se agudizó. Le habría gustado abrazarla, pero la decencia se lo prohibía.

—Esté usted tranquila, señorita Halstenbek, para eso estoy yo aquí. Hace semanas su padre me dio instrucciones detalladas. Le prometo que resolveré el asunto muy discretamente.

¿Discretamente?, pensó Jaqueline mientras se secaba las lágrimas. ¿Qué hay de discreto en este asunto? Prácticamente todo Hamburgo sabe cuál era la situación de Anton Halstenbek. Lo más probable es que todo el mundo esté hablando ahora de sus deudas y no de su trabajo como cartógrafo.

—Con su permiso, informaré de la muerte de su padre a sus acreedores. Acordaremos una fecha para que visiten la casa y finalmente hablaremos sobre el reparto.

—¿Y adónde iré yo? —La desesperación volvió a apoderarse de ella. No tenía intención de acabar tal y como le había deseado Fahrkrog.

—Por el momento a ningún lado. Se quedará en la casa hasta que sepamos cuánto dinero proporcionarán las posesiones de su padre. Quizá quede incluso algo para usted, de manera que pueda vivir de alquiler por un tiempo.

Pero, ¿cuánto tiempo sería eso?, se preguntó Jaqueline con amargura. Y después ¿qué? Tengo que buscar un empleo. Quizá como acompañante o institutriz. Pero, ¿quién contrataría empleados en una época como esta? Ya han pasado algunos años desde la guerra, pero a pesar de ello no a todos les va tan bien como a Petersen.

—¿Y cuándo cree usted que debería tener lugar la inspección? —preguntó después de sonarse la nariz. La idea de volver a ver a Fahrkrog en la cita despertó tanta aversión en ella, que por un momento olvidó el luto.

—Yo sugeriría que fijáramos la fecha para después del entierro. Seguro que hasta entonces prefieren dejarla tranquila. Pero, desgraciadamente, sabiendo lo despiadado que es el mundo de los negocios, los acreedores no se harán esperar mucho más.

Jaqueline cerró los puños con rabia. ¿Debería contarle a Petersen que Fahrkrog no ha tenido intención alguna de dejarme tranquila?

Decidió no hacerlo. Petersen tampoco podría ayudarla. Si Fahrkrog recibía noticia de la fecha de la vista, quizá renunciaría a aparecer de nuevo por su casa. Y si lo hace, sencillamente no le dejaré pasar. ¡Ya puede esperar sentado delante de mi

puerta!, pensó.

—¿Está usted bien? —le preguntó Petersen al no recibir réplica por su parte.

Jaqueline asintió, a pesar de que eso no se correspondía con la verdad.

—¡Avíseme cuando haya fijado una fecha! A mí me va bien cualquier día. De todos modos, no podré ofrecer gran cosa a los señores.

—No tiene por qué hacerlo. En cualquier caso, estoy aquí si me necesita. Si precisa ayuda o tiene alguna pregunta, diríjase a mí con toda confianza.

Cuando Jaqueline regresó de la oficina de correos, sobre la cómoda del pasillo había una carta para ella. Por el color del sobre, se dio cuenta a primera vista de que no era de Warwick. Además, la caligrafía con la que estaba escrita su dirección era considerablemente más tosca y nerviosa.

¿Será una amenaza de Fahrkrog? ¿Me acosará ahora con su abogado?

El malestar se apoderó de ella. El miedo a lo que hubiera podido tramar el prestamista se mezcló con el asco que aún sentía por su ataque. Habría preferido ignorar la carta. Pero sabía perfectamente que esconder la cabeza en la arena no servía de nada.

Con el ceño fruncido, cogió la carta de la bandeja de plata sobre la que Christoph la había dejado. Pesaba bastante y no llevaba nada escrito aparte de su nombre y su dirección. Tampoco tenía sello, lo que hacía suponer que la carta había sido entregada en mano.

Como no quiso buscar un abrecartas primero, abrió el sobre con el pulgar sin vacilar. Se preparó mentalmente para las amenazas, las exigencias o las expresiones de condolencia sin entusiasmo alguno enviadas con la esperanza de poder heredar algo.

En el sobre había dos pliegos de papel de color lavanda, como los que había utilizado siempre su padre para la correspondencia. Al desdoblarlos, reconoció el membrete de su padre y su caligrafía. Un temblor le recorrió el cuerpo.

¿Qué significa esto? ¿Alguien me está gastando una broma?

Mientras se dirigía al salón, del que le llegaba una agradable calidez, Jaqueline comenzó a leer.

Mi querida llamita:

Perdóname por haber escogido esta vía, pero en vistas de la situación en la que me encuentro, no tengo elección. Esta carta te ha sido enviada por un amigo cuya identidad probablemente nunca conocerás. De todos modos, no es importante. Lo más importante es lo que quiero comunicarte una vez que haya cerrado los ojos para siempre.

Como sabes, no queda mucho de nuestro patrimonio, pero no pienses que te he dejado sola en la pobreza a la que nos he conducido.

Debes saber que, después de conocer mi mal pronóstico, aparté una joya de tu madre. La compré hace mucho tiempo en la India. Es muy valiosa. Espero que te sea de alguna ayuda para salir de la miseria. Consérvala o empéñala, como tú prefieras.

De todas formas, te pongo dos condiciones. En primer lugar: ¡no le hables a nadie de la joya! Y en segundo lugar: si te ves obligada a empeñar el broche, no dediques los ingresos a mi entierro o a saldar mis deudas. Martin Petersen encontrará otros medios para hacerlo.

Recibirás la joya presentando el documento adjunto a esta carta. Simplemente acude a nuestro banco, allí te harán entrega de ella.

Solo me queda una cosa por decirte: ¡no desesperes, mi niña, y sé fuerte! Eres una Halstenbek, y estoy seguro de que has heredado mi terquedad y el valor de tu madre. Quizás algún día también encuentres un hombre que te ame y al que puedas amar tanto como yo la amé a ella. ¡Ojalá el futuro os depare a ambos más fortuna que a Elena y a mí!

Si es posible, te apoyaré y te ayudaré desde el cielo para que seas feliz.

*Tu padre, que te quiere*

Jaqueline bajó la carta y se llevó la mano libre a la boca. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y goteaban sobre el guante y el vestido. La tristeza ardía de nuevo en su pecho y su corazón trastabillaba. Se dejó caer sobre la *chaise-longue* con sollozos ahogados. El mueble crujía ligeramente bajo los temblores que recorrían todo su cuerpo y su lloro desconsolado. Mientras la calidez del fuego de la chimenea hacía entrar en calor sus manos heladas, Jaqueline se abandonó a la desesperación.

¡Oh, padre!, pensó. ¿Por qué permitiste que el luto por mamá te destruyera? ¿Por qué no pudiste quedarte conmigo?

Cuando se hubo tranquilizado un poco, dejó a un lado el abrigo y los guantes y leyó la carta otra vez. Observó el folio al que su padre se había referido. Las líneas escritas sobre él solicitaban al banco que entregara a la portadora el contenido de una caja fuerte determinada.

Una joya de madre, pensó Jaqueline. ¿Cuál será?

Desde que su situación financiera había comenzado a ir de mal en peor, su padre había empeñado joyas de su mujer una y otra vez. Jaqueline aún recordaba perfectamente algunas de ellas. Y también recordaba la rabia que sentía cuando se vendían. No porque pensara que le correspondían a ella, sino porque tenía la sensación de estar perdiendo una parte del recuerdo de su madre que le habría gustado conservar.

Sin embargo, no recordaba ninguna joya de la India.

¿Se la regalaría a mamá antes de que yo naciera?

Tampoco sabía cuándo había viajado su padre a la India. En las historias que solía

contarle, la India aparecía en muy pocas ocasiones.

Su primer impulso fue dirigirse inmediatamente al banco. Pero entonces se percató de que ya estaba oscureciendo, y, teniendo en cuenta los acontecimientos del día, le pareció oportuno posponer la visita.

Puede que Fahrkrog esté al acecho para encontrarse conmigo a solas, pensó.

—Oh, señorita Halstenbek, ¡ha regresado!

Al levantar la mirada, vio a Christoph en el marco de la puerta. La carta y sus pensamientos la habían absorbido de tal manera que al parecer no le había oído llamar.

—¿Ha visto la carta?

—Sí, gracias. ¿Quién la ha entregado?

—No he visto quién la ha traído. Simplemente ha deslizado el sobre por debajo de la puerta.

Jaqueline, con los labios apretados, observó con más detenimiento la caligrafía del sobre. ¿A quién le confiaría padre la carta?, se preguntó. ¿A Petersen, quizá?

No, hoy mismo he visto su caligrafía; no tiene ninguna similitud con esta.

—Espero que no fueran malas noticias. —Christoph interrumpió así sus cavilaciones.

—No, no lo eran... —Jaqueline sopesó brevemente revelar su contenido. Pero entonces recordó la condición de su padre—. Era algo agradable, para variar.

Christoph intentó esbozar una sonrisa reconfortante.

—He preparado té y la señora Delius me ha dado un poco de bizcocho. Antes me ha preguntado qué había pasado aquí por la noche. Cuando se lo he contado, ha sacado un pastel de la cocina y me lo ha dado con sus más cordiales saludos para la señorita.

Ahora también se dibujó una sonrisa en el rostro de Jaqueline. Mi vecina sigue viendo en mí a la niña pequeña a la que podía consolarse con un trozo de pastel, pensó. Pero por desgracia esa época ya ha pasado.

—Si quiere, le traeré ambos.

—Muy amable por su parte, Christoph. —Jaqueline sujetó con fuerza la carta, como si amenazara con escurrírsele—. Y me encantaría que me hiciera compañía y me contara lo que ha sucedido en mi ausencia.

Poco después, el aroma especiado de un té Darjeeling flotaba en la habitación. Jaqueline mordió un trozo de bizcocho con placer. Constató que las habilidades reposteras de la señora Delius no habían cambiado.

Christoph la miraba algo cohibido. Cuando Anton Halstenbek aún vivía, nunca había compartido la hora del té con el señor. Tal y como correspondía, tomaba el té siempre con las criadas y la cocinera. Pero no había querido negarle el favor a su señora.

—El enterrador ha enviado un mensajero —le informó después de haber bebido un trago de té—. Debo darle el recado de que el entierro puede realizarse el miércoles y que le fiará.

Una dolorosa sonrisa contrajo el rostro de Jaqueline. Una persona más con la que estaremos en deuda, pensó.

—Está bien, Christoph, muchas gracias.

—También han pasado por aquí un par de acreedores. Le transmiten sus condolencias y al mismo tiempo le recuerdan las obligaciones. Esperan noticias en cuanto se haya elaborado una relación del patrimonio.

Estas palabras encogieron el pecho de Jaqueline. De pronto, el bizcocho le pesaba como una piedra en el estómago.

¡Cuénteme algo más alegre!, estuvo a punto de decir, pero, en cambio, dijo:

—He hablado con el señor Petersen. Padre fue tan previsor que le envió una lista de los acreedores.

—Fahrkrog también aparece en dicha lista, supongo —dedujo Christoph, furioso. Jaqueline observó que las manos del sirviente temblaban de rabia.

—Sí, así es. Y la cantidad que le debo es considerable, así que probablemente será uno de los primeros en ser pagados.

—En realidad debería perder todos sus derechos por haberla atacado.

—Por desgracia, lo uno no puede compensarse con lo otro. —Jaqueline suspiró—. Me temo que ese tipo no me dejará tranquila hasta que tenga su dinero.

—¿Y si intenta atacarla de nuevo? Quizás a partir de ahora debería acompañarla siempre que salga de la casa.

—Suenas casi como mi padre —replicó Jaqueline bruscamente—. Hoy he logrado ir sola al gabinete de Petersen y a la oficina de correos sin encontrarme con Fahrkrog.

—Discúlpeme, ¡no quería resultar impertinente! —cedió Christoph mientras troceaba su pedazo de bizcocho con el tenedor—. Solamente me preocupo por usted, y, en cierta manera me siento responsable. Su padre habría querido que cuidara de usted.

Jaqueline se avergonzó súbitamente de su descortés respuesta.

—Lo siento, Christoph, no quería ofenderle. Aprecio mucho su asistencia. —Le sonrió abochornada y lo examinó con la mirada.

No aparentaba los cuarenta y dos años que tenía; si acaso lo delataban los reflejos plateados de su cabello y las pequeñas arrugas en torno a sus ojos azules. Su barbilla, dividida por un hoyuelo, siempre estaba cuidadosamente afeitada.

¿Le he prestado atención alguna vez?, se preguntó Jaqueline. No, decidió. Ni como hombre ni como sirviente...

Como si hubiera oído su comentario, finalmente levantó la mirada. Sus miradas se encontraron durante un instante.

Entonces Jaqueline carraspeó con timidez.

—Disfrutemos del bizcocho antes de que perdamos el apetito por completo. ¡Y ni

una sola palabra más sobre Fahrkrog! Ya nos dará suficientes problemas.

Entonces dio un bocado al tenedor y se permitió sumergirse en el dulce sabor durante un momento y olvidar todo lo que la rodeaba.



### 3

Después de pasar toda la noche en vela reflexionando, Jaqueline se levantó de madrugada. La campana de San Miguel aún no había sonado, así que no debían de ser las cinco todavía.

Llevó a cabo su aseo matutino y se vistió con ropa interior limpia y su vestido de luto.

A continuación, por la costumbre adquirida durante meses, acudió veloz a la habitación de su padre para ver cómo estaba. Sin embargo, poco antes de llegar a la puerta, recordó que ya no estaba allí y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Una vez que se hubo serenado de nuevo, bajó a la cocina. Allí se encontró con Christoph, que ya había encendido el fuego del hogar. Desde que había despedido a la cocinera, Christoph también cocinaba de vez en cuando. En especial durante la última época, cuando Jaqueline había tenido que ocuparse más intensamente de su padre, el criado había tenido la oportunidad de ejercitar sus artes culinarias.

—Oh, buenos días, señorita Halstenbek —dijo, y se secó las manos con el delantal verde que se había atado sobre la ropa de servicio—. ¿Ya está levantada?

Sus ojeras revelaron a Jaqueline que él tampoco había dormido demasiado.

—La costumbre —respondió, y se sorbió haciendo grandes esfuerzos por contener las lágrimas.

El criado asintió comprensivo.

—Se dirigía a la habitación de su padre, ¿verdad?

Jaqueline sintió que la habían descubierto.

—Me ha sucedido lo mismo esta mañana. Es extraño que el ser humano tarde tanto tiempo en asumir la muerte. —La miró brevemente, entonces apretó los labios y volvió al trabajo—. El café estará listo enseguida. Si lo desea, le cortaré un pedazo del pastel de ayer.

—Gracias, Christoph. —Jaqueline se sentó en una de las sillas de la cocina.

La debilidad se apoderó de pronto de sus extremidades y la paralizó. ¿Cómo voy a arreglármelas con todo?, se preguntó inquieta. Pero entonces recordó que tenía que recoger el misterioso paquete del banco.

¿Qué será? La excitación que le sobrevino desplazó la preocupación durante un rato.

Jaqueline sintió el fresco aire matutino al salir de la casa. Se arrebujó en su abrigo y miró hacia la casa de enfrente, donde el criado esparcía arena sobre la acera.

—¡Buenos días! —le gritó Jaqueline, pero él no se dignó a dirigirle ni una mirada.

Continuó trabajando con obstinación, como si no hubiera oído nada.

Jaqueline se preguntó con amargura si su patrón le habría prohibido hablar con

ella. Cuando las personas caen en desgracia, dejan de tener valor, meditó indignada. Pero no ahondó en la idea. De todas maneras, no seguiré aquí mucho tiempo, se consoló. Incluso aunque la joya sea realmente valiosa. Sujetó con fuerza la carta, que llevaba en el bolsillo del abrigo, y echó a caminar con decisión.

A pesar de que la noche anterior no había vuelto a nevar, algunas zonas estaban bastante resbaladizas. Después de haber estado a punto de caerse, buscó apoyo constantemente en las vallas y las farolas, y finalmente llegó sin contratiempos al paseo.

Desde allí no quedaba más que un pequeño tramo hasta el Commerzbank, que había abierto en Hamburgo hacía solamente cinco años.

El letrero de latón pulido brillaba al sol de la mañana. El hielo dibujaba extraños diseños en las ventanas. A pesar de que acababan de esparcir arena por las escaleras, Jaqueline posó el pie sobre ellas con cuidado.

—¡No tenga miedo, señorita, si se cae yo la cogeré!

El grito del hombre, que también se dirigía al banco tras ella, la hizo volverse.

A pesar de que su voz se parecía ligeramente a la de Fahrkrog, quien le sonreía era un hombre cincuentón de aspecto amable, envuelto en un abrigo negro ribeteado con piel.

Jaqueline le devolvió la sonrisa con timidez y entró en el vestíbulo donde se encontraban las ventanillas.

A esa hora aún estaba agradablemente vacío. La luz de la mañana caía a través de las altas ventanas y resaltaba el parqué encerado con esmero. Los empleados ya estaban listos tras los cristales de las ventanillas. Todos llevaban los mismos manguitos negros y chalecos verdes. Aquellos que no atendían a clientes, enrollaban monedas en tiras de papel o estudiaban documentos.

Tras la ventanilla que eligió Jaqueline había un hombre joven. La miró fijamente antes de obsequiarle con una agradable sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Sacó la autorización con la mano temblorosa por los nervios y dejó el papel en el cajoncito que había sobre el mostrador.

El empleado se acercó el documento, lo leyó y miró a Jaqueline.

Había supuesto que le preguntaría por su nombre, pero se giró súbitamente y desapareció por una pequeña puerta.

Jaqueline miró indecisa a su alrededor en la sala. En la ventanilla contigua había una pareja. La mujer se mantenía apartada, como correspondía, mientras el hombre conversaba.

Madre nunca fue así, recordó Jaqueline. A pesar de que también sabía cuál era el lugar de una mujer, se ocupaba de muchas cosas por sí misma. ¿Qué tenía que hacer, si su esposo siempre estaba de viaje? Al final, padre ya no supo arreglárselas tras la muerte de madre, pensó Jaqueline.

El golpe de la puerta interrumpió sus cavilaciones. El empleado del banco había

regresado con una pequeña caja.

—Este es el contenido de la caja fuerte indicada —explicó mientras deslizaba un formulario a través del cajón—. Firme el recibí, por favor.

Al tiempo que cogía el portaplumas, Jaqueline observó la caja. Estaba revestida con un tejido de estampado exótico. Había una pequeña llave en la cerradura.

Después de que firmara, el empleado le tendió la cajita.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —preguntó, a lo que Jaqueline respondió negativamente.

Apretando la cajita con fuerza contra su cuerpo, se despidió y se apartó de la ventanilla. Su primer impulso fue precipitarse afuera, pero entonces cambió de idea y se permitió echar un vistazo al interior. Un broche dorado con piedras azules y de color lavanda resplandecía a la luz del sol que caía justo en ese momento en el vestíbulo a través de una ventana. La joya tenía la forma de una flor exótica.

Jaqueline tocó las piedras como hechizada. ¡No me extraña que le gustara a madre!, pensó. De pronto, volvió a tener ganas de llorar. Se llevó la mano a la boca sollozando.

Al sentir las miradas curiosas de algunos clientes, cerró la tapa del cofrecillo y corrió hacia la puerta con la cabeza gacha.

Pero allí chocó contra alguien.

—Vaya, vaya, ¿por qué tanta prisa, señorita Halstenbek?

Jaqueline se quedó helada. Se le puso la piel de gallina. ¡Tenía que encontrarse allí con Fahrkrog precisamente! Metió atenta la cajita, que aún sostenía en la mano, en el bolsillo del abrigo.

El prestamista la examinó con ojos de tiburón y una sonrisa maliciosa.

—¿Y bien, qué se le ha perdido a usted aquí? ¿Los pagarés de su padre?

A Jaqueline se le encogió el estómago. Las mejillas le ardían de rabia. ¿Cómo podía atreverse a burlarse de ella?

—Eso a usted no le incumbe —replicó fríamente—. ¡Que tenga un buen día, señor Fahrkrog!

Estiró los hombros y se marchó rápidamente, con el pulso acelerado y temblando de miedo.

¡No le demuestres lo mucho que lo temes!, se reprendió a sí misma.

Al girarse algo después, comprobó aliviada que el prestamista había desaparecido. Se detuvo y se llevó una mano al pecho. Su corazón latía tan violentamente como un animal encerrado que se lanzara desesperado contra los barrotes de su jaula. Jaqueline tardó un rato en tranquilizarse y poder proseguir su camino.

Quizá Christoph tenga razón, reflexionó. No debería ir sola por la ciudad.

Jaqueline divisó una multitud congregada en la acera ante su casa paterna. El murmullo de la gente resonaba en sus oídos como el zumbido de un enjambre de avispas.

Se detuvo sorprendida. ¿Qué significa esto? ¿No serán todos acreedores, verdad? No, ¡imposible!

Se abrió paso hasta la puerta con decisión. Allí vio que varias ventanas del piso inferior estaban rotas. Los puntiagudos restos del cristal asomaban de los marcos de las ventanas como los dientes de una bestia. Los fragmentos centelleaban sobre la acera.

Jaqueline jadeaba. De pronto, sentía como si alguien la estrangulara. El miedo, el horror y la furia le sobrevinieron como una oleada y las rodillas le flaquearon.

¿Será esto cosa de Fahrkrog? ¿Por este motivo me ha dejado marchar?

—¿Qué sucede aquí? —exclamó.

El murmullo enmudeció inmediatamente. La gente se volvió hacia ella. Jaqueline sintió que las miradas la taladraban.

Sin embargo, nadie respondió. Algunos miraron al suelo avergonzados, otros se apartaron.

—Un par de hombres han lanzado piedras contra los cristales —intervino finalmente un hombre mayor, al que Jaqueline reconoció como su vecino Volkmar Espen.

El antiguo capitán llevaba en ese momento su pipa de espuma de mar en la comisura de la boca y parecía estar totalmente tranquilo.

A pesar de que él no era el culpable, esto enfureció aún más a Jaqueline.

—¿Quiénes eran esos hombres? —lo increpó—. ¿Y por qué a nadie se le ha ocurrido informar a la policía?

—¿Quiénes iban a ser? ¡Inútiles sin oficio ni beneficio, nada más! Se marcharon antes de que nadie pudiera reaccionar.

¡Ni siquiera lo habéis intentado!, pensó Jaqueline con amargura. ¿Y si una piedra o un cristal le han dado a Christoph?, se dijo de pronto. Se precipitó hacia la casa sin dignarse a dirigir una sola mirada más a sus vecinos.

—¿Christoph? —Su llamada resonó sin respuesta—. Christoph, ¿dónde está?

Temiéndose lo peor, miró a su alrededor, y, efectivamente descubrió un rastro de sangre en el suelo. Las gruesas gotas que embadurnaban parte del parque conducían hacia la cocina. Jaqueline echó a correr.

—¿Christoph? —gritó temerosa—. ¡Diga algo!

—Estoy aquí, señorita Jaqueline —se oyó por fin decir a una voz ahogada desde la cocina.

Cuando Jaqueline se precipitó a través de la puerta, vio a su criado sentado a la mesa. Tenía la mano envuelta en un trapo; sobre el tablero de la mesa y las baldosas de la cocina también se habían formado manchas de sangre.

—¿Qué ha pasado?

Una sonrisa dolorida atravesó fugazmente el rostro del hombre.

—Nada grave, son solo un par de rasguños.

Jaqueline frunció el ceño, preocupada.

—Pues no lo parece. ¡Déjeme ver!

El criado se estremeció al quitarse el paño. La herida, que volvió a escupir sangre en el acto, parecía una boca aullante. Jaqueline sintió que se le revolvía el estómago, pero se obligó a no retroceder.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó mientras respiraba profundamente para combatir el malestar.

—Cuando las piedras atravesaron las ventanas, corrí hacia la calle para ahuyentar a los que las habían lanzado. Entonces también me las lanzaron a mí. Tuve que agacharme, y, al hacerlo, perdí el equilibrio y apoyé la mano sobre un cristal.

—Deberíamos llamar al doctor Sauerkamp. Hay que coser la herida.

Christoph retiró la mano.

—Creo que así me las arreglaré...

—No, no lo hará —replicó Jaqueline con decisión—. ¿O acaso quiere arriesgarse a perder la mano por la gangrena? Iré enseguida a su consulta.

La mano sana de Christoph asió rápidamente su muñeca.

—No puede ir sola. Es demasiado peligroso. Esos tipos podrían estar acechándola.

Tras reflexionar brevemente, Jaqueline sacudió la cabeza.

—No lo creo. Si hubieran querido hacerme algo, ya habrían tenido oportunidad. Además...

Se preguntó titubeante si debía hablarle a Christoph de su encuentro.

—Además, antes me he encontrado a Fahrkrog. De hecho, me ha sorprendido que se comportara tan pacíficamente. Es probable que supiera que su gente haría el trabajo sucio. Quiere intimidarme. Pero eso no significa que lo vaya a lograr.

Christoph miró indeciso a Jaqueline. En su mirada había un atisbo de admiración.

—De todas formas no debería...

Jaqueline lo interrumpió con un movimiento decidido de la mano.

—¡No quiero oír nada más! Iré a buscar al doctor. Si le tranquiliza, me llevaré una de las pistolas de mi padre.

—¿Sabe manejarlas? —Christoph no sonaba aliviado, pero al parecer había comprendido que no lograría disuadir a su señora.

—Si la situación lo exige, sí. Pero como ya he dicho, solo me la llevaré por seguridad. No tengo intención de matar a tiros a nadie.

Con estas palabras, envolvió la mano del criado con el paño otra vez y salió corriendo.

—El señor Hansen ha tenido verdadera suerte —dijo Sauerkamp mientras cerraba el maletín—. Si el fragmento de cristal hubiera penetrado un poco más, habría cortado tendones importantes. Las consecuencias habrían sido entumecimiento y parálisis.

—Pero eso no le pasará, ¿verdad? —Jaqueline trataba de ignorar el olor a fenol

que le irritaba la nariz. Había tenido que asistir al doctor mientras cosía, cosa que no había sido precisamente agradable. Aún le parecía sentir el sabor de la bilis que le había subido por la garganta una y otra vez.

Sauerkamp negó con la cabeza.

—Si hace caso de las indicaciones que le he dado, no.

Al decirlo, miró a su paciente. Christoph, sentado a la mesa de la cocina, luchaba visiblemente contra el dolor. La piel en torno a su nariz y su boca estaba completamente pálida. En las sienes se le habían formado perlas de sudor.

—El efecto del polvo analgésico debería notarse enseguida —le explicó Sauerkamp—. Venga a mi consulta dentro de dos días para cambiarle el vendaje. Una semana después le quitaremos los puntos. ¡Y no se le ocurra mojar la herida! Todo lo que tenga que ver con el agua, hágalo con la otra mano.

Christoph apretó los dientes antes de responder:

—Está bien, doctor, muchas gracias.

Sauerkamp se despidió y Jaqueline lo acompañó hasta la puerta.

—Debería tener mucho cuidado las próximas semanas, señorita Halstenbek —le advirtió antes de marcharse—. No hay nada peor que las personas que temen por su dinero.

—No todos son así —respondió Jaqueline temblando—. Pero a uno de ellos cualquier medio parece serle válido para intimidar a sus deudores.

—¿Tiene alguna sospecha de quién podría haber sido?

—Sí, la tengo. Pero me temo que la policía no podrá ayudarme, por si se disponía a proponerme que les avisara.

—Efectivamente, es lo que me proponía. Y sigo pensando que sería aconsejable.

—La policía no puede reparar mis ventanas. Y contra personas como Fahrkrog...

Jaqueline se detuvo. En realidad no pretendía desvelar el nombre.

Sauerkamp la miró preocupado.

—Contra Fahrkrog y sus secuaces también puede hacerse algo. Si no se defiende, no se conformarán con unos cristales rotos.

Lo sé, pensó Jaqueline. Pero cuando tenga su dinero, seguro que me dejará tranquila.

—Muchas gracias por venir, doctor —dijo suavemente, y le tendió la mano al médico—. Me ocuparé de que Christoph haga caso de sus indicaciones.

Se notaba que Sauerkamp estaba preocupado por ella.

—Avíseme si necesita algo. ¡Y piense en lo que le he dicho!

Después de cerrar la puerta tras el médico, Jaqueline dirigió su mirada con un suspiro hacia las ventanas y los cristales que relucían bajo ellas. El viento gélido inflaba las cortinas. Jaqueline tiritaba de frío. La desesperación crecía en su interior. Pero la dejó a un lado y se dispuso a buscar algo con lo que cubrir las ventanas.

Al caer la tarde, Jaqueline se sentó en el escritorio de su padre a la luz de la lámpara de petróleo. En el despacho estaba a salvo del frío que entraba en la casa a pesar del aislamiento del cartón y los tablonos.

¡Quiera Dios que nunca tenga que pasar noches sin un techo sobre mi cabeza!, pensó. El ataque a su casa aún le causaba un gran malestar. ¿Y si los atacantes regresaban?

Para reprimir su temor, contempló de nuevo el mapa bajo el tablero de cristal.

Le vino a la mente Canadá, el país en el que su padre había encontrado la felicidad y el país en el que vivía Alan Warwick. Quizá debería viajar allí...

Pero la idea de que difícilmente tendría dinero suficiente para ello la despertó de sus fantasías. Entonces recordó el pequeño joyero en el bolsillo de su abrigo. Debido al incidente con Christoph, no había tenido tiempo de observar más detenidamente el broche.

Se acercó al perchero y lo cogió. Una vez sentada de nuevo en el escritorio, abrió la tapa y sacó el broche. A la cálida luz de la lámpara, las piedras preciosas parecían estar brillando desde el interior. Como pequeñas llamas, pensó Jaqueline, al tiempo que las lágrimas le oprimían la garganta de nuevo. ¿Pensaste en tu llama, padre, al guardarlo en este cofre? ¿Por qué no utilizaste la joya para librarte de tus deudas?, caviló, y suspiró.

Debía de haber tenido un buen motivo para ello, ya que nunca solía hacer nada sin reflexionar antes.

Bien, padre, me llevaré esta joya conmigo en mi nueva vida, pensó Jaqueline mientras cerraba la cajita otra vez. Comience donde comience.

El día del entierro nevaba con tal intensidad que los caballos que tiraban del coche fúnebre avanzaban muy lentamente. Los cristales de nieve, no solo punzaban los ojos y los ollares de los animales, sino que también maltrataban los rostros del cochero y de los asistentes al sepelio que seguían el vehículo.

El funeral había sido conmovedor. El pastor había reconocido los méritos de Anton Halstenbek y Jaqueline había tratado de mantener la compostura lo mejor posible. Estaba profundamente emocionada porque algunos vecinos sí que habían asistido para presentar sus respetos a su padre por última vez. No le importaba si a aquellas personas las movía una compasión sincera o solo su sentido del deber.

Cuando salieron de la iglesia, algunos acreedores se sumaron también al cortejo, pero afortunadamente se mantuvieron a cierta distancia.

A diferencia de Fahrkrog, al menos ellos saben lo que es la decencia, pensó Jaqueline, aliviada.

Temblando de frío, se ató más botones de su abrigo de los domingos. A pesar de los guantes, tenía los dedos helados; en cambio, las mejillas le ardían por las lágrimas. En su interior la sensación era tan gélida como el aire. Caminaba mecánicamente, mientras en su cabeza los pensamientos se arremolinaban.

Cuando la puerta del cementerio apareció ante ellos, el conductor del coche fúnebre lo detuvo. Los portadores, todos ellos viejos conocidos de Anton Halstenbek, levantaron el féretro de la zona de carga y cruzaron la puerta cargando con él. Los asistentes al sepelio los siguieron.

Al atravesar las altas columnas de piedra de la entrada, a Jaqueline le pareció ver a una persona escondida en los matorrales de al lado. Vio el extremo de un abrigo marrón y se asustó.

¿Estará Fahrkrog aquí también? No lo había visto en el cortejo fúnebre, pero podía aparecer en cualquier momento. Seguro que se había enterado de la fecha del entierro por el periódico.

¡Bah! ¡No son más que visiones!, se reprendió en silencio, esforzándose por no seguir mirando hacia los matorrales.

Los portadores del ataúd y los asistentes se detuvieron junto a la tumba familiar. La arena se amontonaba en la sepultura y la fosa le pareció a Jaqueline un profundo y oscuro abismo. El féretro se colocó sobre unas tablas que atravesaban el hoyo. Cuando las cuerdas de sujeción estuvieron en posición, el pastor Leutloff se colocó ante ellos.

Cuando comenzó a hablar de la vida de su padre, Jaqueline se giró hacia Christoph, que se había mantenido respetuosamente alejado, a pesar de que servía a los Halstenbek desde hacía muchos años.

Jaqueline deseó en secreto que pudiera situarse a su lado y cogerle de la mano como había hecho algunas veces durante su infancia, cuando se caía o se hacía daño



en los rosales.

Después de que los portadores dejaran el ataúd en la fosa, Jaqueline lanzó tres puñados de arena y se apartó del borde.

El flujo de aquellos que la imitaron o simplemente permanecieron en silencio y aguantando el sombrero ante la tumba desapareció tras un velo de lágrimas. Jaqueline estrechó muchas manos sin llegar a percibir quién le daba el pésame.

Finalmente, el cementerio se vació. A excepción de los enterradores, que esperaban algo apartados, ya solo quedaban allí Jaqueline y Christoph.

—Adelántese, Christoph, enseguida lo seguiré —dijo Jaqueline—. Quiero estar un momento a solas.

A pesar de que era evidente que tenía dudas, el criado se volvió en silencio y regresó hacia la puerta.

Jaqueline miró con tristeza hacia abajo, hacia el ataúd. El modesto adorno floral estaba casi completamente enterrado por la arena. Un sollozo la sacudió y se sintió tan aturdida como en una pesadilla.

—¡Será mejor que se aparte, señorita, o se caerá dentro! —gritó de pronto uno de los enterradores.

Jaqueline se dio cuenta entonces de que estaba demasiado cerca del hoyo. Se apartó asustada y chocó contra alguien.

—¡Una ceremonia realmente conmovedora!

El sonido de la voz hizo que Jaqueline se estremeciera. A pesar de que le temblaba todo el cuerpo, se secó las lágrimas apresuradamente y se volvió.

—¿Por qué diablos se desliza furtivamente a mis espaldas? —increpó a Fahrkrog. Era la segunda vez que aparecía justo detrás de ella.

El prestamista esbozó una sonrisa almibarada.

—¡No me deslizo furtivamente, señorita Halstenbek! Es solo que estaba tan sumida en su tristeza que no me ha oído.

Probablemente me habrías empujado a la fosa si no me hubiera apartado, pensó de pronto, y cerró los puños.

—¿Qué quiere de mí, Fahrkrog? —exclamó—. ¡Recibirá su dinero! ¡Y ahora lárguese!

—¿Y eso por qué? —replicó el prestamista impasible—. ¡Apreciaba a su padre casi tanto como usted! Además, no debería usted olvidar quién soy.

—¡Déjeme en paz, Fahrkrog! —dijo entre dientes Jaqueline—. ¡Y no se atreva a amenazarme de nuevo! ¡Sé quién lanzó las piedras! Si vuelve a suceder algo como lo de la semana pasada, ¡le echaré encima a la policía! —Le lanzó una mirada llameante. Decidió ignorar que los ojos de él se entrecerraban y su gesto se ensombrecía. Sí, le habría gustado gritarle que se atreviera a atacarla de nuevo.

Sin embargo, Fahrkrog no era tan estúpido. Con una sonrisa gélida que no auguraba más que problemas, se volvió y desapareció entre las hileras de tumbas.

Jaqueline lo siguió furiosa con la mirada y se apresuró hacia la puerta del

cementerio. A medio camino, Christoph le salió al encuentro.

—Ese era Fahrkrog, ¿verdad?

Jaqueline asintió.

—¿La ha importunado?

Cuando Christoph amagó con seguir al prestamista, Jaqueline le colocó la mano sobre el pecho para apaciguarlo.

—Será mejor que se quede aquí, ¡no necesitamos más problemas! Piense en su mano herida. Puede que Fahrkrog me haya asustado, pero esta vez no me ha puesto las manos encima.

—Mejor, así no tendré que rompérselas.

Jaqueline percibió claramente la agresividad de Christoph. Pero negó conciliadora con la cabeza.

—¡Déjelo! No merece la pena. Ya nos dejará tranquilos cuando recupere su dinero.

A Jaqueline le resultaba embarazoso haber tenido que suspender el convite del funeral por falta de fondos, pero Christoph, que la acompañaba vigilante camino a casa, la tranquilizó.

—La gente sabe en qué situación se encuentra, señorita Halstenbek. Nadie se lo tomará a mal.

Jaqueline tenía una opinión diferente al respecto, pero no contestó. Aún pensaba en Fahrkrog.

¿Qué será lo próximo que se le ocurra?, se preguntó mientras abría la puerta de la casa.

Algunas cartas que había en el suelo la distrajeron. Las habían deslizado por debajo de la puerta. Un par de ellas mostraban una cruz o una orla negra, lo habitual en misivas de pésame. Sin embargo, una carta iluminó a Jaqueline como un reconfortante rayo de sol. En el sobre amarillo resaltaba el matasellos de Canadian Mail, y, en ese mismo instante, se aligeró el peso que oprimía su corazón.

¡Warwick ha escrito!, pensó con alegría mientras recogía las cartas con manos temblorosas y las entregaba todas a Christoph menos la amarilla.

—¡Lleve estas al despacho de mi padre, por favor! Las leeré más tarde.

El criado se dirigió hacia arriba inmediatamente.

El corazón de Jaqueline revoloteaba cuando se sentó con la carta de Warwick en el salón ante la chimenea y abrió el sobre.

El fuego casi se había apagado y el aire ya solo era tibio, pero las mejillas de Jaqueline ardían.

No, aún no puede ser la respuesta a mi noticia, pensó, y comenzó a leer ávidamente.

Estimada señorita Halstenbek:

Le escribo para preguntarle por la salud de su padre y por la suya, naturalmente. Han transcurrido muchas semanas desde que recibí su última carta y realmente suspiro por noticias de la *good old Germany*.

En mi país el invierno también comienza poco a poco. Los pequeños lagos ya empiezan a helarse en las orillas, y anoche cayó nieve por primera vez, nieve que suaviza ligeramente el aspecto amenazador de los oscuros bosques. Es maravilloso ver el sol elevarse por la mañana por encima del horizonte rojo intenso atravesado por franjas violetas. Hay paz y silencio, esto está muy lejos del resto del mundo.

Espero que me perdone, pero ¡en ocasiones desearía que usted también pudiera ver estas maravillas! Su padre siempre se sintió muy a gusto aquí, y lamento mucho que ya no se encuentre con fuerzas para visitarme de nuevo. Pero quizás usted pueda admirar esta grandeza algún día.

Querida Jaqueline, hasta ahora no me he atrevido a mencionarlo, por miedo a que malinterpretara o rechazara el ofrecimiento. Sin embargo, ya que el valor me alienta en este momento, quiero hacerle saber que, llegado el momento, siempre estaría dispuesto a ayudarla. Si se viera en apuros, siempre podría confiar en mí como su fiel amigo.

Jaqueline suspiró. ¡Cómo le habría gustado tener a Warwick con ella en ese momento! Con él a su lado, seguro que Fahrkrog no se habría atrevido a hacerle nada. El amigo de su padre podría ayudarla a arreglar los negocios y a aliviar la soledad que la atormentaba día tras día.

Pero entonces se dio cuenta de que nunca le había hablado a Warwick de sus apuros económicos. Por muy buen amigo que fuera, no había querido exponer a su padre a una situación tan embarazosa.

Leyó por encima el resto de la carta y a continuación acarició ensimismada la elegante firma.

Puede que algún día haga uso de la ayuda que me ofrece, pensó. Pero por ahora no puede ayudarme. Para eso tendría que producirse un milagro.

Martin Petersen se presentó en su casa por la noche. Su visita fue una sorpresa para Jaqueline. Lo había visto en el entierro, pero no habían tenido tiempo de hablar. Tras su huida de Fahrkrog, Petersen ya había desaparecido.

—Por favor, discúlpeme si la molesto —decía ahora mientras giraba el sombrero en sus manos casi avergonzado—. No sé si es el momento apropiado, pero había prometido informarla en cuanto se estableciera una fecha para la inspección.

A Jaqueline se le encogió el estómago. Había llegado el momento. Los buitres irrumpirían en su casa y se llevarían todo lo que pudieran.

—Pase, señor Petersen, usted siempre es bienvenido —dijo con amabilidad mientras cerraba la puerta tras él—. Christoph, por favor, prepárele un té al señor Petersen.

Hansen se inclinó y desapareció de nuevo en la cocina.

Petersen dejó vagar la mirada por el vestíbulo antes de seguirla hacia el salón.

—Solo con ver el vestíbulo, estoy casi seguro de que podremos satisfacer a los acreedores —comentó mientras dejaba el sombrero y el abrigo sobre la *chaise-longue*—. Es una lástima que su padre se endeudara tan profundamente. Si no hubiera enfermado, seguramente no habría pasado. Con el talento y la buena fama que tenía.

—Es muy amable por su parte. —Jaqueline se preguntó si Petersen no sería el amigo anónimo que le había enviado la carta de su padre.

Pero quizá sea mejor que no lo sepa, se le ocurrió al tiempo que le ofrecía asiento en el sofá.

Poco después apareció Christoph con el té. Aún llevaba la mano vendada.

A Jaqueline no se le escapó que Petersen lo observaba.

Aún no me ha hablado de los cristales rotos. Probablemente lo hará enseguida.

Una vez Christoph hubo desaparecido y Petersen hubo probado el té, este preguntó:

—¿Ha tenido usted dificultades últimamente? He visto las ventanas tapadas. Y su sirviente parece estar herido.

Jaqueline se frotó las manos abochornada. ¿Qué debía decirle al abogado? ¿Que sospechaba que Fahrkrog estaba detrás del ataque? No tenía pruebas de ello. Ni siquiera la policía las encontraría.

—Un par de pillos quisieron gastar una broma y rompieron las ventanas a pedradas. Christoph se hizo daño al recoger los cristales.

Petersen la miró escéptico.

—Si hay algo que le esté causando dificultades, ¡dígamelo, por favor! Intentaré ayudarla en todo lo que pueda.

—Gracias, pero no es necesario. Realmente creo que no era más que una broma estúpida. E incluso aunque hubiera alguien detrás de ello, sería difícil demostrarlo.

Con estas palabras tomó la taza de té para no tener que mirar a los ojos a Petersen.

Ambos permanecieron en silencio durante un instante.

Entonces el abogado dijo:

—En lo que respecta al valor de la casa, los cristales rotos lo reducirán ligeramente, pero no creo que importe mucho. Por lo demás, el edificio está en buen estado. Si me lo permite, me gustaría echar un vistazo al inventario, para no llevarme demasiadas sorpresas el veinticuatro.

—Así que la fecha es el veinticuatro de febrero.

—Sí, dentro de dos días. A algunos acreedores les habría gustado acometerla mañana mismo, pero los he convencido de que aún necesita algo de tiempo de luto.

Así que hemos acordado el veinticuatro. Así tendrá tiempo para guardar aquello que no quiera subastar. —Petersen le guiñó el ojo con complicidad—. Pero no he sido yo quien le ha dado este consejo.

Jaqueline sonrió insegura. Por muy buena intención que tuviera el consejo de Petersen, si quería liberarse de las deudas, debía sacar a subasta todo lo que fuera posible. Especialmente ahora que faltaban algunos cristales de la casa.

Fahrkrog sabe perfectamente que eso disminuye el valor de la casa, pensó. Probablemente tratará de ponerme más trabas de alguna otra manera. Quizá sí que habríamos debido llevar a cabo la inspección mañana.

—Le estoy muy agradecida por todo, señor Petersen —dijo después de haber bebido otro sorbo de té—. Pero solo conservaré un par de objetos personales. Objetos sin valor alguno para los acreedores. Estoy decidida a empezar mi nueva vida completamente libre de deudas a toda costa.

—Suenas como si ya tuviera un plan.

—Lo tengo, pero primero quiero satisfacer a los acreedores. ¿Examinamos las habitaciones?

Petersen se levantó mostrando su conformidad.

Jaqueline tenía claro que, exceptuando la muerte de sus padres, el embargo sería la peor experiencia de su vida hasta entonces.

Martin Petersen le había pedido encarecidamente que abandonara la casa cuando los alguaciles repartieran los bienes de su padre. Sin embargo, Jaqueline quería estar presente para contemplarlo todo una vez más antes de que se lo llevaran de allí.

Después de un desayuno frugal, que había consistido en un café y un bollito de pasas del día anterior tostado, metió un par de objetos personales en su bolso de tela de alfombra.

El embargo afectaría a todo el mobiliario y todos los objetos de valor, también los de su habitación. Jaqueline acarició meditabunda la cómoda tallada y el anticuado armazón de la cama, antes de introducir en el bolso algunas prendas de ropa y artículos de aseo. Entre todo aquello metió cartas que quería conservar y el cofrecillo con la exótica joya.

Quizá también debería destinar el broche a la liquidación de las deudas, reflexionó, pero no se vio capaz de ignorar la última voluntad de su padre.

Alguien llamó a la puerta y asustó a Jaqueline. Los primeros acreedores ya estaban ante la casa. Se sintió algo aliviada al comprobar que Fahrkrog no estaba entre ellos. Nadie le había causado problemas salvo él.

Puesto que los hombres se habían presentado allí demasiado pronto, y además ella debía esperar a Martin Petersen, dejó que Christoph les recibiera y llevó sus bolsas al desván.

Como Petersen ya había comprobado que allí arriba no quedaba nada de valor, seguramente no ascendería con ellos la empinada escalera.

El aire polvoriento de la buhardilla hizo estornudar a Jaqueline. Dejó rápidamente su equipaje y se tapó la cara con la mano. Entonces descendió otra vez.

Christoph recorría el pasillo en ese momento.

—Señorita Halstenbek, han llegado los primeros interesados.

¡Qué discreto por su parte llamarlos «interesados»!, pensó.

—Está bien, ahora voy. —Se arregló el pelo con movimientos inquietos.

Sentía pitidos en los oídos y punzadas en el estómago. Casi tenía la sensación de haber bebido ácido en lugar de café esa mañana. Sus manos estaban repentinamente heladas. ¡Ojalá ese día hubiera pasado ya!

Entretanto habían llegado más acreedores o sus representantes. Los presentes se habían tomado la libertad de abrir la puerta a sus competidores.

—Buenos días, señores —saludó Jaqueline a los hombres, que la miraban de arriba abajo con desprecio, como si ella también formara parte del lote—. Espero que en el día de hoy podamos esclarecer todas las deudas y todos ustedes regresen a sus casas satisfechos. —A pesar de que se esforzaba por hablar con voz firme, tuvo la impresión de sonar lamentable.

Por suerte, en ese momento apareció Martin Petersen.

Después de que Jaqueline lo hubiera saludado, se dirigió inmediatamente a los acreedores. Sus explicaciones fueron breves y directas al grano. En casos como este, no se trata de emociones, sino de una compensación objetiva de los valores, dijo.

Jaqueline solo oyó sus palabras de pasada. La pregunta de dónde se había metido Fahrkrog la atormentaba. Al pensar en él, de pronto se alteró. ¿Lograré mantenerme distante cuando tenga que mirarlo a la cara? ¿Me avergonzará delante de todos?

Cuando Jaqueline ya se estaba alegrando de que el prestamista no se hubiera presentado, apareció un hombre que dijo ser el representante de Richard Fahrkrog.

—Me llamo Markus Braun —explicó con arrogancia, y añadió que era abogado.

Sin embargo, su vestimenta recordaba más bien a la de un proxeneta. Su abrigo, de caro tejido de lana marrón, estaba adornado con piel de marta cibelina. La estridente bufanda que se había echado al cuello le daba el aspecto de un dandi que se dirigiera a un establecimiento de dudosa reputación. Sus ojos eran oscuros, y, a Jaqueline, su rostro y su sonrisa maliciosa le recordaron los de un tiburón. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Finalmente llegó el alguacil. Era alto y espigado, sus mejillas tenían un tono pálido y sus ojos estaban rodeados por surcos sombríos. El oscuro abrigo impermeable y el bombín en la cabeza le conferían el aspecto de un empleado de funeraria.

—Señorita Halstenbek, permítame presentarle a Nikolaus Maybach. Como alguacil oficial, dirigirá la subasta.

Jaqueline miró a Petersen extrañada.

—Pero yo pensaba que usted...

—Lo habitual es que haya un alguacil presente en procesos de este tipo. De esta manera nadie puede afirmar posteriormente que se han aprovechado de él.

Jaqueline le tendió vacilante la mano al alguacil. Este ni siquiera pestañeó al inclinarse distraídamente.

—Si no me equivoco, ya estamos todos —anunció Petersen, que sostenía en la mano una carpeta en la que parecía haber sujetas varias listas—. Procedamos con la inspección de la casa y los objetos de valor.

Mientras los acreedores y los abogados recorrían las habitaciones, Jaqueline se sentía tan angustiada como si los hombres estuvieran revolviendo su cómoda de la colada o husmeando en su diario. Seguía la comitiva en silencio con los brazos cruzados. Únicamente le sobrevenía una rabia serena cuando dos acreedores se pegaban por una pieza concreta.

Se comportan como lobos, pensó. Se pelean a matar. Solo falta que se abalancen con los puños unos sobre otros.

Llegaron los coches en los que se tenían que transportar los objetos escogidos. Se

llevaron preciosas cómodas y armarios, cuadros enmarcados en oro, las lámparas de araña del salón, trofeos de su padre y un arcón maravillosamente pintado, bajo la mirada curiosa de transeúntes y vecinos que habían acudido a presenciar la función.

Jaqueline no sabía qué era más humillante: el embargo o la mirada de aquellos que se regodeaban en su miseria.

Las salas se vaciaban poco a poco. El alguacil pegaba sellos de embargo sobre aquello que los transportistas no podían mover o que sus clientes recogerían más tarde.

Los pedazos de papel impresos parecían sonreír burlones a Jaqueline, mientras ella permanecía junto a la ventana como anestesiada y esperaba a que el último acreedor se despidiera de una vez.

El abogado de Fahrkrog buscaba constantemente su mirada, pero Jaqueline lo evitaba. Al parecer, el prestamista únicamente se rodeaba de sus semejantes, ya que Braun le resultaba tan repugnante como su cliente.

Al mirar al cielo iluminado por la dorada luz del sol, ignorando a los mirones, le vino a la memoria la descripción que Warwick había hecho del Canadá invernal.

Bosques oscuros con ramas cubiertas por la nieve, heladas que lo inmovilizaban todo, un sol que bañaba el cielo en tonos rojizos. Auroras boreales que se deslizaban por el cielo nocturno. ¡Ah, ojalá pudiera estar allí!

Una nostalgia mortificante se apoderó de ella.

Debería salir de viaje, pensó Jaqueline. Lejos de aquí, lejos de tantos disgustos y tanto dolor.

Cuando una mano se apoyó en su hombro, se estremeció. Asustada, abrió los ojos por completo suponiendo que se trataría del desagradable Braun.

Pero solo se trataba del rostro de Martin Petersen, cuyos labios esbozaban una sonrisa contenida.

—Ya ha pasado —dijo, y Jaqueline constató sorprendida que ya no quedaba allí nadie más que él.

Los pensamientos sobre Canadá debían de poseer propiedades mágicas.

—Por desgracia, no todos los señores han quedado satisfechos —añadió al no recibir respuesta por su parte—. Pero estoy seguro de que el resto de las deudas se saldarán una vez que se haya vendido la casa. Naturalmente, hasta entonces podrá quedarse aquí y disponer de los muebles que han quedado.

—Gracias. —Jaqueline no acertó a decir nada más, ya que las lágrimas le cerraban la garganta. Sin embargo, esta vez no lloraba de tristeza, sino de alivio.

—Si me lo permite, encargaré la venta a un agente de mi confianza. Las ventanas rotas de la planta baja disminuirán un poco su precio, naturalmente, pero de todos modos el importe será lo bastante alto para que se libere de las deudas.

Jaqueline se alegraba de que Petersen no tratara de consolarla con falsas promesas. Habría sido ilusorio tener la esperanza de obtener tanto con la venta como para que sobrara algo de dinero para ella.



—Haga lo que estime oportuno. Confío plenamente en usted —declaró Jaqueline, y le tendió la mano—. Muchas gracias, señor Petersen, no sé qué habría hecho sin usted.

—Siempre podrá contar conmigo, señorita Halstenbek. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Jaqueline negó con la cabeza. La tristeza y la melancolía la oprimían tanto que lo único que deseaba era estar sola.

—Si hubiera algo, avíseme en cualquier momento. La mantendré al corriente respecto a la venta de la casa.

Jaqueline asintió agradecida y acompañó al abogado hasta la puerta.

Apenas se había cerrado la puerta tras él cuando Christoph salió de la cocina. Tenía el aspecto de un perro apaleado.

—No podrá quedarse aquí, ¿verdad, señorita Halstenbek? —Su pregunta sonaba más bien como una afirmación desesperada.

Una vez subastada la casa, él solo tenía dos opciones: en el mejor de los casos el nuevo dueño lo conservaría, o tendría que buscar un nuevo empleo.

—Me temo que solo hasta que se encuentre un nuevo dueño, Christoph —susurró y percibió el eco extrañamente fuerte de su voz.

En el vestíbulo nunca había habido muchos muebles, pero al parecer habían sido suficientes para amortiguar ligeramente los ruidos. Ahora ya ni siquiera se oía el tictac del reloj de pie, ya que había sido una de las primeras piezas en desaparecer.

—Lo mejor será que comience a buscar un nuevo empleo lo antes posible —añadió Jaqueline sintiéndolo en el alma.

—Podría esperar a que el nuevo dueño de la casa me conservara.

—¿Y si se tratara de alguien que no pudiera soportar? ¿Quizás incluso Fahrkrog, que puede que quiera mudarse a un barrio mejor? Por lo que sé, los acreedores también pueden pujar.

La idea de que Fahrkrog pudiera mudarse allí le resultó insoportable a Jaqueline. Había sido fuerte durante todo el día y ahora tampoco tenía intención de llorar, pero de pronto la tensión se liberó con toda su intensidad y le llenó los ojos de lágrimas.

Permaneció allí sollozando a pleno pulmón, mientras Christoph la miraba sin saber qué hacer. Le habría gustado estrecharla entre sus brazos, pero ni siquiera llegó a intentarlo, ya que Jaqueline se marchó corriendo.

Sus pasos resonaron con fuerza por el pasillo, porque para la alfombra también habían encontrado un comprador. La puerta se cerró con un crujido tras ella después de que se precipitara en el estudio de su padre.

Mientras se secaba las lágrimas, nerviosa, corrió hacia el escritorio. Las cartas de Warwick seguían allí. Los acreedores no se habían interesado por ellas.

Sacó su última carta con manos temblorosas. La caligrafía se desdibujaba ante sus ojos, pero una frase se le había quedado grabada en la memoria: «Si se viera en apuros, siempre podría confiar en mí como su fiel amigo».

Jaqueline seguía resistiéndose a pedirle dinero, a pesar de que lo necesitaba apremiantemente. Pero sí que había algo que él podía hacer.

La mirada de Jaqueline vagó sobre el mapa bajo el tablero de cristal del escritorio, que también estaba marcado con un sello de embargo. El primer viaje de padre...

Hacia algún tiempo había leído acerca de una aventurera llamada Anna Jameson, que había viajado a Canadá para disolver su matrimonio. Había sentido una gran admiración por aquella mujer. ¿Por qué no iba yo a emularla?, se preguntó Jaqueline.

Antes de darse cuenta, se vio de nuevo tras el escritorio cogiendo papel y pluma con las manos temblorosas por la excitación. En su empeño, introdujo la pluma con demasiada fuerza en el tintero, de manera que esta tocó el fondo. Pero, al comenzar a escribir, por fin volvió a sentir una chispa de esperanza.

## 6

La tarde del día siguiente, Jaqueline observaba indecisa un pequeño escaparate en Glockgießergasse. Cuanto más tiempo pasaba allí, más tenía la impresión de que el monte de piedad se agazapaba entre los demás edificios, como si los negocios que se cerraran allí no fueran legítimos.

Su padre le había permitido decidir si empeñaba el broche. Al salir de la casa, Jaqueline aún había estado plenamente convencida de hacerlo. Pero ahora las dudas la asaltaban. El broche es precioso, quizá debería conservarlo, pensó. En su día perteneció a mi madre y es lo único que conservaré de mi hogar.

¿Y cómo pagarás entonces el viaje a Canadá?, le susurró una voz al oído. No tienes otra opción que convertir la joya en dinero.

Finalmente, Jaqueline hizo un esfuerzo y cruzó la calle. Tenía la sensación de que los demás viandantes la observaban, pero, al volver la cabeza hacia ellos, siempre estaban mirando en otra dirección.

Su corazón latía violentamente cuando empujó el picaporte y la campanilla de la puerta sonó.

Jaqueline entró vacilante en el local. Sintió un olor a moho.

Casi como en nuestro desván, pensó mientras dejaba vagar la mirada sobre los objetos que había a la venta. Relojes de pie, cómodas, botiquines, lámparas, faroles y jarrones esperaban a su antiguo o nuevo dueño. Detrás del mostrador había un alto armario de boticario cuyos cajones estaban numerados y sin duda no contenían ninguna medicina.

Casi nadie reconocería haber empeñado sus joyas u otros objetos de valor por dinero, pensó Jaqueline. Y, sin embargo, la tienda está repleta de todo lo imaginable.

—Buenos días, jovencita, ¿en qué puedo ayudarla?

La voz sacó a Jaqueline de sus pensamientos. Miró fijamente sin decir una palabra al hombre que había aparecido tras el mostrador como de la nada.

El dependiente de la casa de empeños era un señor mayor de patillas entrecanas y una cabellera revuelta que ya clareaba considerablemente por la parte superior de la cabeza. Sobre su camisa a rayas llevaba manguitos negros y un chaleco azul oscuro, del que colgaba una cadena de reloj plateada.

—Ehm... Me gustaría empeñar algo —dijo Jaqueline, ya que no se le ocurrió nada mejor. Las manos le temblaban cuando sacó la cajita del bolso y la dejó sobre el mostrador.

Al abrir la tapa, se quedó sin aliento una vez más. Las piedras preciosas relucían a la luz cálida que la lámpara arrojaba sobre el mostrador.

Jaqueline vio que los ojos del prestamista se abrían como platos.

—¡Una pieza maravillosa! —exclamó, se sujetó una lupa bajo el ojo derecho y sacó el broche cuidadosamente de la cajita—. ¿Sabe de dónde proviene?

—Mi padre se lo trajo de uno de sus viajes y me lo ha dejado en herencia.

—Realmente extraordinario —murmuró el hombre para sí mismo mientras parecía examinar las piedras preciosas una por una—. Son las amatistas y los zafiros más puros que he visto jamás. Y los del centro tienen un tono muy poco habitual.

Jaqueline clavó las manos en su falda.

¿Recibiría una gran suma por él?

De pronto, se avergonzó. ¡La joya había pertenecido a su madre! Y ella únicamente pensaba en el dinero que le reportaría. Jaqueline se sintió miserable, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero contuvo las emociones. Era necesario dar este paso, no había remedio.

La recuperaré, se dijo.

—¿Cuánto cree que vale el broche?

El hombre volvió a girar la joya en sus manos. La codicia en su expresión hizo que Jaqueline se estremeciera de asco.

—Depende: ¿durante cuánto tiempo tendría que prestarle el dinero? Podría vender una pieza como esta a muy buen precio muy rápidamente.

—¿Sería posible que me lo prestara durante un año? —preguntó Jaqueline titubeante mientras se frotaba las manos heladas—. Me dispongo a emprender un largo viaje y no podré recuperar el broche antes. Pero estoy muy unida a la pieza y quiero readquirirla suceda lo que suceda.

El prestamista se quitó la lupa del ojo y colocó de nuevo el broche en su sitio.

—Si tiene que ser por un plazo tan largo, no puedo darle más de quinientos marcos por él. Lo lamento.

¿Quinientos marcos? ¿No acaba de decir que podría vender el broche fácilmente? ¿Qué riesgo estaría corriendo entonces?

Jaqueline no había esperado una fortuna, pero sí contaba al menos con el doble de esa cantidad. Quinientos marcos serían más que suficiente para un pasaje de barco, pero una vez que estuviera en Canadá también necesitaría dinero.

—¿No puede ser un poco más? —preguntó tímidamente.

—Le daría más si fuera solo para tres o seis meses. Pero un año entero es mucho tiempo. Pueden pasar muchas cosas, y yo no soy más que un hombre de negocios que tiene que arreglárselas para sobrevivir.

Jaqueline suspiró. Al parecer, lo único que gobernaba ahora el mundo era el dinero. Pero, ¿qué le quedaba a ella? Incluso aunque me quedara aquí, no podría pagar una suma tan alta en un plazo menor de tiempo, reflexionó.

—Está bien, aceptaré los quinientos.

El prestamista se colocó tras la caja con una sonrisa de satisfacción. Se oyó una campanilla y entonces le entregó el dinero a Jaqueline.

—¡Deme un recibo, por favor! Como tan acertadamente ha comentado, un año es mucho tiempo. Quiero asegurarme de que el broche seguirá aquí cuando regrese.

El prestamista la miró con admiración.

—Por supuesto que le entregaré un recibo, y también un número de prenda.

Con estas palabras se acercó al armario de boticario, hizo desaparecer el broche en el cajón con el número 27 y le tendió un comprobante en el que había anotado el número.

Una hora más tarde, cuando ya había enviado la carta a Warwick, Jaqueline se puso en camino hacia el gabinete de abogados.

Esta vez fue el señor de la casa en persona quien le abrió.

—Señorita Halstenbek, me alegro de que haya venido —dijo Petersen—. Estaba a punto de enviar a mi secretario con un mensaje para usted. Mi agente inmobiliario ha encontrado a dos personas interesadas en la casa.

Esta noticia sorprendió en tal medida a Jaqueline, que por el momento no fue capaz de decir más que:

—Eso es estupendo.

—Pase, así podremos hablar de lo demás.

El aroma a café invadió la nariz de Jaqueline, pero solo lo percibió de pasada. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

—¡Thomas, trae una taza más al despacho! —le gritó a su ayudante, que trasteaba en una de las salas traseras. Entonces le dio a entender a Jaqueline que tomara asiento.

—Como le he dicho, hay personas interesadas. Quieren ver la casa mañana mismo. ¿No es fantástico?

Jaqueline seguía sin habla.

¡Qué rapidez!, pensó. ¿Y qué pasará conmigo y con Christoph? Él aún no tiene otro empleo y yo todavía no he reservado mi pasaje.

—Sí, así es —dijo, aunque sonó de todo menos entusiasmada.

Petersen la observó con mirada escrutadora.

—¿Está usted bien? —le preguntó. La emoción había desaparecido de su voz.

—Sí, sí. —Jaqueline se obligó a sonreír—. Es solo que me sorprende que todo vaya tan rápido.

—Está preocupada por no tener dónde alojarse, ¿verdad?

Jaqueline asintió.

—Respecto a eso, seguro que podemos llegar a un acuerdo con el nuevo dueño. Él podría concederle el derecho a residencia hasta que encuentre algo.

En una habitación sin muebles, pensó Jaqueline amargamente. Seguramente los acreedores recogerán las últimas piezas pronto.

—Es una buena propuesta. En cualquier caso, no tengo intención de buscar un nuevo alojamiento en Hamburgo.

Petersen levantó las cejas sorprendido.

Jaqueline respiró profundamente. El corazón le latía con fuerza y sentía pellizcos en la zona del estómago.

—He decidido emigrar.

—¿Emigrar? —dijo Petersen con voz ahogada, como si fuera lo más increíble que hubiera oído jamás.

—Sí, quiero conocer el país que tanto significó para mi padre: Canadá.

El abogado miró fijamente a Jaqueline sin decir una sola palabra.

—Pero emigrar a Canadá no será fácil —dijo finalmente mientras su secretario servía el café.

—Eso lo tengo claro. —Jaqueline observó su propio rostro en el oscuro reflejo de la bebida aún humeante—. Pero no me quedan muchas más opciones. Esta misma semana debo dejar la casa. No conservo más que una maleta con ropa y algunos recuerdos que solo tienen valor para mí. Además, uno de los acreedores ha desarrollado un odio personal hacia mí, de manera que ya no estoy segura en Hamburgo.

Petersen suspiró profundamente y se recostó.

—¿Y de dónde sacará el dinero para la travesía? Por lo que sé, el pasaje para uno de los nuevos barcos de vapor cuesta entre ciento treinta y trescientos marcos.

Jaqueline apretó los labios. Había estado a punto de revelar que había empeñado un broche. Sin embargo, no quería faltar al deseo de su padre de mantenerlo en secreto.

—He informado a un amigo de mi padre sobre mi situación y mis planes de emigrar, y espero que me ayude.

La mirada del abogado se tornó escéptica.

—¿Está segura de que lo hará? Ya he visto otras muchas veces que incluso buenos amigos se distanciaban de personas en dificultades.

—¡Estoy segura de que *mister* Warwick no lo hará! —declaró Jaqueline con decisión—. Él mismo me ofreció su ayuda. —Si bien no financiera, ya que nunca le he escrito acerca de nuestra montaña de deudas, añadió mentalmente.

El gesto escéptico de Petersen le reveló a Jaqueline que no la creía capaz de viajar sola.

—Incluso aunque reúna el dinero para el viaje, hay un segundo problema —prosiguió el abogado finalmente.

—¿Cuál?

—Necesita papeles. Además, no puede salir del país sin más, de un día para otro. Las personas que desean emigrar a menudo deben esperar varias semanas hasta que su barco zarpa. Eso significa que tendría que aguantar durante semanas en una de las salas de espera.

¿Acaso me toma por una frágil muñequita?, se preguntó Jaqueline llevándose la taza a los labios y bebiendo un sorbo para disimular su enfado.

El café tenía un sabor amargo y aceleró su pulso aún más.

—No tengo elección —declaró, encogiéndose de hombros.

El abogado se inclinó y cruzó las manos sobre el documento que había sobre la

mesa.

—Está realmente decidida, ¿verdad?

Jaqueline estiró los hombros.

—Mi padre comenzó su carrera en Canadá. Su primer mapa muestra la costa oriental canadiense. Estoy segura de que yo también encontraré la fortuna allí.

—Para una mujer podría ser mucho más difícil —objetó el abogado—. Por lo que sé, allí solo viajan mujeres que siguen a sus maridos o las que tienen un marido que las espera allá.

—¡A mí me espera *mister* Warwick! —prorrumpió Jaqueline.

Cuando se dio cuenta de que sonaba como si tuviera esperanzas de casarse con él, enrojeció y movió la taza de un lado a otro sobre la mesa.

—Evidentemente no puedo por menos que felicitar a ese hombre —dijo Petersen finalmente con una sonrisa enigmática.

Jaqueline se disponía a protestar cuando una voz interior le susurró: Admítelo, ¡en secreto, realmente tienes la esperanza de que este hombre sea el amor de tu vida! Así que se mantuvo en silencio.

Afortunadamente, Petersen cambió de tema con mucho tacto al darse cuenta de que a su clienta le resultaba incómodo hablar de su conocido.

—En cuanto a la documentación que necesitaría para emigrar, yo podría ocuparme de ello —se ofreció—. Suponiendo que así lo desee.

—Pero no puedo pagarle por ello...

—No se preocupe, no me haré pobre por ayudarla. Se lo debo a la memoria de su padre.

En el camino de vuelta a Mönckebergstraße, Jaqueline se sentía como en trance. Por un lado tenía ganas de llorar; por otro, de reír. Las luces de las farolas de gas, que se encendían poco a poco, se desdibujaban ante sus ojos.

Con quinientos marcos en el bolsillo y el apoyo de Petersen, sus planes de viaje presentaban mejor aspecto. Pero, ¿debía alegrarse por ello? ¿Qué pasaría con Christoph, el alma leal? ¿Podría dejarlo atrás sin más?

A pesar de que le había asegurado que buscaría un nuevo empleo en cuanto la casa estuviera vendida, se sentía responsable de él. Después de todos los años que había servido fielmente a su familia, no se veía capaz de abandonarlo a un futuro incierto. Quizá debería darle algo del dinero del broche, reflexionó. Una indemnización modesta por tantos años de trabajo, pero al menos sería algo.

Jaqueline levantó la mirada hacia su casa paterna con melancolía. Puede que algún día posea dinero suficiente para recomprar la casa y la joya de mamá, se le pasó por la cabeza mientras una lágrima se desprendía del rabillo de su ojo y caía por su mejilla.

La secó apresuradamente y subió las escaleras.

Entonces se dio cuenta de que la puerta de entrada estaba abierta.

Qué extraño, pensó. No es propio de Christoph.

Antes de abrir la hoja de la puerta, vio que había arañazos en el marco.

¿Habrá entrado alguien por la fuerza?, se le ocurrió. Se apartó y escuchó con atención. Pero solo oyó el latido de su corazón.

¡Tonterías! Estás demasiado alterada, Jaqueline, se convenció finalmente. La gente ya sabe que aquí ya no hay nada que llevarse. Los arañazos probablemente los haya causado un transportista que no tuvo cuidado al cargar uno de los muebles.

Durante un instante sopesó la idea de llamar a la policía. Pero, puesto que seguía sin oír ruidos, decidió echar un vistazo primero para ver si realmente se trataba de un robo.

Mirando hacia todos lados con cuidado, entró en el vestíbulo. El resplandor de la farola de gas ante la entrada atravesaba la oscuridad con una cuña de luz.

Por lo visto Christoph no está aquí, pensó. De lo contrario habría encendido las lámparas. ¿Quizás está de camino a la policía?

—¿Christoph?

Su voz resonó sin respuesta en las profundidades del edificio, lo que la reafirmó en sus suposiciones. Su criado no estaba allí. Jaqueline permaneció a la escucha un momento más, entonces cerró la puerta de entrada y se dirigió hacia la cocina. Puede que al menos haya hecho té antes de marcharse, pensó. Medio helada como estoy, me vendría muy bien una bebida estimulante.

Al llegar a la puerta de la cocina, Jaqueline percibió un olor extraño que hizo que el estómago se le encogiera. Desde luego no era té lo que olía.

Abrió la puerta con las manos temblorosas. Allí también estaba todo a oscuras. Ni siquiera el fuego del hogar seguía encendido. Un frescor húmedo la recibió. Al parecer, Christoph llevaba bastante tiempo fuera.

¿Habrá aprovechado mi ausencia para poner pies en polvorosa?, se preguntó. ¡Tonterías! Christoph Hansen no es de esos, fue su respuesta inequívoca a su duda.

Jaqueline avanzó a tientas hasta el armario de la cocina, cogió una caja de cerillas de uno de los estantes y encendió la lámpara de petróleo que había sobre la mesa.

Retrocedió con un grito.

El haz de luz caía sobre Christoph, que estaba tumbado boca abajo en medio de la habitación en un charco de sangre. La sangre había embadurnado las baldosas a su alrededor.

Jaqueline se arrodilló junto a él horrorizada. No le preocupó que la sangre empapara la orilla de su falda.

—¿Christoph? —preguntó con voz temblorosa, y trató de darle la vuelta con cuidado.

Se le revolvió el estómago al ver la cantidad de sangre que había impregnado la ropa del criado. Sin embargo, estaba tan profundamente impresionada que no era capaz de gritar ni llorar. Comprobó consternada que Christoph tenía una herida



abierta en la sien.

¿Se habría caído y se habría golpeado la cabeza contra la esquina de la mesa? ¿O le habría atacado alguien?

De pronto, el herido gimió.

—¡Christoph! —exclamó Jaqueline mientras abría el cuello de su camisa. Sentía que el corazón le latía en la garganta. ¡Sigue vivo! Quizá no sea tan grave como parece.

El criado abrió los ojos, uno de los cuales estaba casi completamente cerrado por la hinchazón.

—Jaqueline... —jadeó.

—Sí, soy yo, Christoph. —Jaqueline contuvo las lágrimas lo mejor que pudo y tomó la mano de Christoph—. ¿Qué ha pasado?

—Tres... de Fahrkrog...

—¿Los hombres de Fahrkrog le han atacado? —preguntó Jaqueline, a lo que él asintió débilmente.

—¿Qué buscaban aquí?

Christoph tragó saliva, pero no pudo articular palabra alguna.

—Tranquilo. Iré a buscar ayuda —dijo, y trató de soltarse, pero él se asió a ella con una fuerza sorprendente—. No tenga miedo, el doctor Sauerkamp lo ayudará.

—Yo... Yo solo... quería...

—¡Shhh! —siseó Jaqueline, que se había dado cuenta de que necesitaba reunir todas sus energías para hablar. Se le habían formado perlas de sudor en la frente—. Ya me lo contará cuando se encuentre mejor.

Sin embargo, Christoph tomó aire de nuevo y dijo, con voz ahogada y temblorosa:

—Yo... espero que usted... feliz...

A continuación, su cuerpo se estremeció y se distendió. La mirada de Christoph se petrificó.

—¡No! —susurró Jaqueline, sacudiendo la cabeza incrédula. Entonces se echó a llorar desconsoladamente.

Pocos minutos después Jaqueline corría como loca por Mönckebergstraße. No le preocupaba haber olvidado los guantes o que su abrigo estuviera abierto. Tenía la sensación de tener el estómago lleno de cristales, su corazón latía a cien por hora y su mente parecía estar completamente en blanco.

Lo más sensato habría sido acudir a la policía, pero en su estado solo se le ocurría un lugar en el que estaría a salvo. Pasó a toda velocidad junto a los últimos transeúntes vespertinos, ignorando sus protestas cuando empujó a alguno de ellos por descuido.

La oscuridad ya había caído cuando llegó a su destino. Llamó con la aldaba y se

apoyó en la pared como aturdida. A pesar de que el viento nocturno la hacía tiritar, no se le ocurrió cerrarse el abrigo.

Por fin se oyeron pasos y la puerta se entreabrió.

Jaqueline, temblando de miedo y frío, miró el rostro de Petersen.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido?

—Ladrones —profirió agotada—. Han asesinado a Christoph.

Antes de que Petersen pudiera responder, se desplomó inconsciente.

Luz tenue. Olor a carne y verdura. ¿Dónde estoy?, se preguntó Jaqueline. Los vapores de la comida le provocaban náuseas.

A medida que el fuego de la chimenea le hacía entrar en calor, sus ideas se aclararon. Poco a poco fue recuperando la memoria.

—Está en *shock* —susurró una voz femenina—. Deberíamos llamar al médico, puede que esos tipos también le hayan hecho algo a ella. Al fin y al cabo tiene sangre en el vestido.

—Estoy bien —dijo Jaqueline.

Era posible que estuviera en *shock*, pero no quería médicos.

Martin Petersen y su esposa se acercaron a ella de inmediato.

Marie Petersen se sentó a su lado.

—Señorita Halstenbek, ¿realmente está usted bien?

Jaqueline asintió.

—No me pasa nada. He encontrado a Christoph cuando los hombres ya se habían marchado.

Al pensar en Christoph, los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Ha informado ya a la policía? —preguntó Petersen, y Jaqueline negó con la cabeza.

—No, quería acudir primero a usted. Es usted el único en quien confío.

Martin Petersen habría podido sentirse halagado, pero la expresión que se dibujó en su rostro revelaba preocupación.

—Entonces enviaré a la policía a su casa. ¿Sabe con seguridad que se trataba de los hombres de Fahrkrog?

—Christoph me lo ha dicho cuando...

—¿Así que aún vivía?

—Sí, ha podido decir algo antes de morir. —Jaqueline se esforzaba por contener las náuseas que sentía otra vez.

—¿Ha visto algo fuera de lo normal? ¿Un arma quizá?

Jaqueline negó con la cabeza.

—Ningún arma, pero en la puerta había huellas de arañazos. Al parecer alguien ha estado hurgando en ella.

Martin Petersen miró a su esposa.

—Cuida de la señorita Halstenbek, yo comprobaré que todo esté en orden.

—¡Ten cuidado, por favor! —le pidió ella, y él la tranquilizó.

—No apareceré por allí sin la policía. Así que no tienes de qué preocuparte. Desapareció en el pasillo con una sonrisa alentadora.

Los cuidados de Marie Petersen tranquilizaron ligeramente a Jaqueline. Después de rechazar la oferta de comer algo, la señora de la casa le sirvió un té Darjeeling especiado que la reanimó.

Marie vigilaba constantemente a su invitada, pero era lo bastante discreta para no hacer preguntas. Cuando por fin se oyó el lloro de sus niños, se disculpó y salió del salón. Jaqueline se estiró de nuevo sobre la *chaise-longue*, ya que aún se sentía débil.

A pesar de que se había propuesto mantenerse despierta hasta que Petersen regresara, después de un rato los ojos se le cerraron y cayó en un profundo sueño del que no despertó hasta oír unos pesados pasos junto a ella.

Abrió los ojos y se sobresaltó. A su lado había un hombre de uniforme.

—Calma, señorita Halstenbek —la tranquilizó suavemente Petersen—. Es el agente Bartels, ha estado conmigo en su casa y se ha ocupado de que se llevaran a su criado. Le gustaría hacerle un par de preguntas.

Jaqueline se incorporó aturdida.

El policía le tendió la mano.

—Lamento molestarla tan tarde, pero cuanto antes comencemos con la investigación mejor.

En los siguientes minutos Jaqueline le explicó con todo detalle lo que había sucedido. Espero que Fahrkrog y su panda reciban su merecido, pensó.

Finalmente reunió también el valor para hablarle al agente de sus sospechas acerca de los cristales rotos, a pesar de que Martin Petersen se enteró así de que lo había engañado. Sin embargo, el asesino de Christoph debía ser declarado culpable, y, aunque solo fuera por eso, no podía ocultar nada.

¡Ese asqueroso de Fahrkrog debía pagar por sus pecados!

A la mañana siguiente, Jaqueline se despertó con la esperanza de que los acontecimientos de la noche anterior no hubieran sido más que un sueño. Sin embargo, seguía en casa de los Petersen. A pesar de que la estufa irradiaba un calor agradable y de que había un suave aroma a rosas en el aire, no se sentía a gusto.

De la silla junto a la cama colgaba un vestido verde oscuro que pertenecía a Marie Petersen.

Nunca podré devolverles el favor, se le pasó por la cabeza a Jaqueline mientras llevaba a cabo su aseo matutino en la jofaina junto a la ventana.

El agua fría hizo desaparecer el cansancio, pero no los pensamientos. Y ahora ¿adónde voy? ¿Debería conseguir hoy mismo un pasaje de barco? ¿Y qué sucederá con Alan Warwick? ¿Responderá a mi mensaje?

Sin embargo, esto último era el menor de sus problemas. Christoph no tenía familia, ella tendría que hacer que lo enterraran. Y aún tenía que pagar los gastos del sepelio de su padre.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió sus cavilaciones.

—¿Señorita Halstenbek?

Era la voz de Lilly, la criada de los Petersen.

—¡Sí, estoy despierta! —dijo Jaqueline, y cogió la toalla, pero la muchacha no tenía intención de entrar.

—La señora pregunta si querrá tomar el desayuno aquí o abajo en el comedor.

—¡Ahora bajo! —respondió Jaqueline.

Después de ponerse el vestido de Marie y peinarse, bajó las escaleras.

La recibió un aroma a gofres recién hechos que le recordó a su infancia.

Los Petersen ya la esperaban en el comedor. La mesa se había dispuesto con una abundancia que en casa de Jaqueline llevaba mucho tiempo sin verse.

Les deseó los buenos días a sus anfitriones ligeramente angustiada.

—Espero que haya podido dormir un poco —dijo compasiva Marie Petersen mientras indicaba con un gesto a la criada que sirviera café a Jaqueline.

—Más o menos, gracias. En cualquier caso, esta mañana me he preguntado si no habría sido todo un sueño.

Marie miró a su marido, que bajó la cabeza.

—Por desgracia no es así, señorita Halstenbek. Pero le aseguro que haremos todo lo imaginable para que el asesino del señor Hansen sea arrestado.

—Es muy amable por su parte.

Jaqueline observó el menú que tenía ante ella. Hacía un instante aún tenía hambre, pero ya se le había pasado.

Petersen carraspeó como si no se atreviera a decir lo que estaba pensando. Pero entonces le echó valor.

—¿Así que Fahrkrog la ha tomado con usted?

Jaqueline suspiró profundamente.

—Sí, el día siguiente a la muerte de padre ya me acosó. Christoph lo detuvo en esa ocasión, y el resultado fueron los cristales rotos y ahora su muerte. Fahrkrog no se arredra ante nada con tal de hundirme en la miseria.

—No lo conseguirá, se lo prometo. —Petersen le dirigió una sonrisa de ánimo—. La casa se venderá a pesar del asesinato y de los daños. He acordado con la policía que se guardará silencio sobre el caso hasta que la venta se haya llevado a cabo. La policía trabaja intensamente para demostrar que fue Fahrkrog.

—¿Y si no encuentran pruebas contra él? Seguro que tratará de amenazarme de nuevo.

—Pero no lo lograré, yo me encargaré de ello.

El matrimonio intercambió otra elocuente mirada.

—Verá como en los próximos días el susto se desvanece. Aquí está usted a salvo

—añadió Marie.

—Puede ser, y les estoy muy agradecida por ello, pero...

Como Martin Petersen levantó las cejas, Jaqueline enmudeció.

—¿Pero? En realidad estaba a punto de preguntarle si no quiere quedarse aquí un tiempo.

Jaqueline miró a su anfitrión sorprendida. La agitación hizo que su corazón trastabillara.

—¡No puedo aceptar esa oferta! Desde luego no sin...

—Sí que puede aceptarla, señorita Halstenbek. Mi esposa se alegrará de tener compañía y algo de ayuda para cuidar a los niños.

Marie Petersen sonrió en señal de aprobación.

—Si es así, me quedaré encantada y obviamente ayudaré. Muchas gracias por el ofrecimiento.

Jaqueline bajó la mirada hacia su vestido, aliviada y al mismo tiempo avergonzada. Le quedaba un poco grande, pero se alegraba de no tener que llevar su ropa manchada de sangre. Parece que aún queda gente decente, pensó mientras bebía un sorbo de café y cogía un gofre.

—Si quiere, más tarde puedo traerle algunas cosas personales de la casa. De todas formas, quiero comprobar que todo está en orden por allí.

Jaqueline recordó la bolsa de viaje que la esperaba en el desván.

—Si no le importa, me gustaría acompañarlo.

Petersen la miró dubitativo.

—¿Seguro que quiere hacerlo, después de todo lo que ha sucedido?

Jaqueline estiró los hombros.

—Sí. Si me acompaña usted, Fahrkrog no se atreverá a hacerme nada.

SEGUNDA PARTE

UN NUEVO PAÍS

*Hamburgo/Chatham, marzo de 1875*

«Calzas de Cuero se agazapó tras un tocón. Tenía la mano sobre su fusil, lista para disparar en cualquier momento. Los hurones, los lenapes y los iroqueses, todos con indumentaria de guerra, se acercaban a él y a las dos mujeres que tenía a su lado. De pronto, un joven saltó ante los guerreros enemigos y sacó su cuchillo...».

Cuando Jaqueline se dio cuenta de que los ojos de los niños se abrían con curiosidad, sonrió satisfecha. En momentos como aquel olvidaba por un instante lo que había sucedido y el horror que había vivido.

Pocas semanas atrás no habría creído que lograría captar la atención del grupito de cuatro con una historia. Sin embargo, parecía que con el relato de *Calzas de Cuero*, de James Fenimore Cooper, había dado en el clavo con el gusto de los niños. Los retoños de los Petersen pedían una historia nueva cada día, de manera que finalmente no le había quedado más remedio que enlazar las aventuras del libro con los relatos de su padre.

«—¡Soy Chingachgook! —gritó, y extendió el arma—. El hombre blanco al que perseguís es mi amigo».

Un ruido tras ella despertó su curiosidad.

—Jaqueline, ha llegado una carta para usted. Mi esposo ha pedido al cartero que entregue aquí el correo para Mönckebergstraße. —La dulce voz pertenecía a Marie Petersen.

Jaqueline se levantó inmediatamente, se alisó el delantal que llevaba sobre el vestido estampado azul, y cogió la carta.

Su corazón comenzó a brincar de alegría en cuanto vio la caligrafía en el sobre amarillo. ¡Alan Warwick me ha respondido! Hizo un gran esfuerzo por no abrir la carta allí mismo.

—Si quiere, puede leer la carta en el salón, allí tendrá un poco más de tranquilidad —dijo Marie mirando a los niños.

—¿Y qué pasa con nuestra historia? —preguntó Friedrich, el mayor.

—Enseguida os la terminaré de contar —prometió, y siguió a la señora de la casa a la sala contigua.

La pequeña habitación irradiaba bienestar nada más entrar en ella. Marie Petersen era aficionada a las labores manuales. Elaborados cuadros bordados adornaban las paredes, el mantel estaba ribeteado con encaje y la abrigada manta que se colocaba sobre las rodillas en los ratos de ocio también era una creación propia. Junto a la butaca de orejas que ocupaba habitualmente había una cestita con labores de punto.

Marie tejía desde hacía semanas peleles y chaquetitas para su futuro bebé. En alguna ocasión le había mencionado a Jaqueline que quería una niña, pero de todas

formas había escogido lana blanca por si acaso era niño de nuevo.

Marie le tendió un abrecartas a Jaqueline y le dio a entender que tomara asiento antes de sentarse ella misma en su butaca favorita.

A pesar de que las rodillas de Jaqueline parecían de mantequilla, se quedó de pie y abrió el sobre. Al desdoblar el pliego de color champán, un ligero aroma a madera de cedro le inundó la nariz. Retrocedió asustada cuando sus dedos tocaron algo liso y frío. Era una pequeña fotografía que mostraba a un hombre de pelo oscuro y barba.

Jaqueline la colocó apresuradamente detrás de la carta. Entonces su mirada sobrevoló las líneas de la arqueada caligrafía de Warwick.

Querida Jaqueline:

De nuevo quiero agradecerle de todo corazón su amable carta.

A decir verdad, en un primer momento me sorprendió su voluntad de comenzar una nueva vida en este país, que con el tiempo se ha convertido en mi hogar. Sin embargo, no quiero que crea usted que soy contrario a ella. Su padre siempre fue un viajero entusiasta y sospecho que también es usted semejante a él en este aspecto.

Me alegra mucho de que esté dispuesta a emprender el largo viaje hasta mí. Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para que sus primeros días aquí sean agradables.

Le ruego que me permita la libertad de ocuparme de su documentación. Sé que el procedimiento de entrada puede ser arduo. Y no me gustaría que tuviera que pasar semanas o incluso meses en alguno de los hospedajes provisionales en los que se acostumbra a alojar a los inmigrantes. A partir del 30 de marzo estaré en Boston y permaneceré atento a la llegada de su barco. Será una alegría para mí conocer por fin a la estimada amiga que me cautiva con sus dulces palabras.

Atentamente suyo,

ALAN WARWICK

P. S. Me permito adjuntar una fotografía de mí mismo, para que sepa que no es un golfo cualquiera quien se dirige a usted.

Jaqueline volvió a leer la carta inmediatamente, contempló el retrato y apretó ambos contra su corazón con un suspiro de felicidad.

Marie sonrió con complicidad.

—La carta es de su conocido, ¿no es cierto?

Jaqueline asintió. Sus mejillas enrojecieron.

—Sí, ¡y ha incluido una fotografía suya! —Le tendió la placa fotográfica a Marie. Marie Petersen examinó la imagen durante un rato antes de devolvérsela a



Jaqueline.

—¡Un hombre imponente! ¡Qué suerte que aún la haya localizado aquí! Su partida mañana sigue en pie, ¿verdad?

—Sí. Me alegro de que la carta haya llegado a tiempo. Mi conocido me comunica que me recogerá en Boston. Supongo que después me llevará a su residencia de Chatham.

—Los niños y yo la echaremos en falta, Jaqueline —comentó la señora Petersen con una sonrisa melancólica mientras se acariciaba la tripa—. Desearía que pudiera quedarse más tiempo. Pero, naturalmente, entiendo que tiene sus propios planes.

—Jamás olvidaré a su familia y su amabilidad —prometió Jaqueline. Entonces se dirigió al cuarto de los niños para terminar de contarles la historia antes de empezar a hacer las maletas.

La mañana siguiente Jaqueline se levantó muy temprano. La excitación apenas le había dejado dormir.

Por la noche había pasado revista una vez más a los acontecimientos de las últimas semanas. La casa se había vendido a un buen precio, que no solo había cubierto las deudas, sino también los gastos de los sepelios de su padre y de Christoph Hansen.

Ante la tumba del sirviente, Jaqueline se había hecho graves reproches a sí misma. Si lo hubiera despedido la misma mañana tras la muerte de padre, quizás aún viviría, se había dicho una y otra vez, a pesar de que sabía que Christoph no habría cambiado de opinión.

Las investigaciones de la policía no iban por buen camino. Era imposible localizar a los hombres que habían atacado a Christoph, y Fahrkrog se lavaba las manos. ¿Se aclararía el caso algún día? Jaqueline lo esperaba fervorosamente. Había hecho prometer a Martin Petersen que la informaría en caso de que apresaran a los asesinos.

¡Esta mañana comienza mi nueva vida!, se dijo Jaqueline. Hizo un esfuerzo por ignorar las punzadas nerviosas de su estómago y bajó al piso inferior con su equipaje.

El delicioso aroma que se extendía por la casa le reveló que la señora Petersen había indicado a la cocinera que preparara un desayuno opíparo, para que Jaqueline no tuviera que embarcar con la tripa vacía.

Lilly ya estaba poniendo la mesa.

—¡Buenos días, Herta, buenos días, Lilly! —exclamó jovial Jaqueline.

Ambas mujeres levantaron la mirada.

—¡Buenos días, niña! —respondió la cocinera como acostumbraba hacer, mientras que Lilly únicamente reaccionó asintiendo con la cabeza—. ¡Siéntese! El desayuno estará listo enseguida.

Jaqueline no estaba segura de ser capaz de ingerir un solo bocado.

Pero a Herta eso le traía sin cuidado. Llenó alegremente el plato de Jaqueline de huevos revueltos con jamón.

—Quién sabe cuándo volverá a ver algo tan bueno, niña. Además, he oído que en Canadá prácticamente solo viven franceses e ingleses. Esos no tienen ni idea de lo que es comer bien.

Jaqueline no pudo por menos que sonreír. Herta parecía obviar a propósito el hecho de que los franceses eran famosos en el mundo entero por su cocina. Como no quería ofender a la buena mujer, empezó a comer obediente, y después del primer bocado sintió incluso apetito.

Cuando hubo terminado se despidió de Herta, que le dio además una bolsa con provisiones.

—Por si el cocinero de a bordo no tiene ni idea —comentó, y entonces estrechó a Jaqueline contra su turgente pecho.

Una vez la cocinera la hubo liberado, Jaqueline se dirigió al salón, donde ya la esperaban Martin Petersen y su esposa.

—Cuídense mucho —le aconsejó Marie—. Y escribanos de vez en cuando para que sepamos qué tal le va.

—Lo haré. Les enviaré la primera carta en cuanto desembarque.

Martin Petersen le entregó un sobre.

—Para que compre papel y sellos.

Jaqueline sospechaba lo que contenía.

—Pero no puedo... —acertó a decir asustada, pero el abogado no admitió protesta alguna.

—Acéptelo, y sea feliz en el Nuevo Mundo.

—Muchas gracias por todo lo que han hecho por mí. Nunca olvidaré los días que he pasado en su casa, libres de toda preocupación. —Con estas palabras hizo desaparecer el sobre en su bolso.

El buque de vapor ofrecía una imagen imponente con sus altos mástiles, la chimenea gigante en el centro y el gran casco pintado de negro. Su nombre, *Taube*, resaltaba en la proa con trazos borrosos.

Ojalá me lleve a Boston rápido como una paloma mensajera<sup>[1]</sup>, deseó Jaqueline mientras caminaba hacia la pasarela. La multitud que esperaba había formado allí una fila. Era evidente que se trataba de gente de todas las clases sociales. Los trajes y levitas de viaje estaban representados en la misma medida que los abrigos gastados y las chaquetas de obrero. Algunos niños jugaban junto a las cajas de provisiones que se estaban cargando en ese momento sin prestar atención a las advertencias de los trabajadores.

La mirada de Jaqueline se deslizó de nuevo por el buque, en torno al cual volaban en círculos ruidosas gaviotas como si se tratara de un barco pesquero.

¡Qué coloso!, pensó fascinada. A padre le habría encantado verlo.

Anton Halstenbek había realizado la mayoría de sus viajes en barco sobre clípers. Aquellos barcos eran famosos por su velocidad y tenían mala reputación por las condiciones a bordo.

Hacia unos cuatro años, Jaqueline había leído un artículo en el periódico sobre una carrera de clípers destinados al transporte de té. El periodista narraba con emocionantes palabras las dificultades a las que se enfrentaban las tripulaciones de los noventa y nueve barcos participantes. Peligrosas tormentas con fuerte marejada habían puesto a prueba a los hombres. A Jaqueline no la habría atraído un viaje así. Aún circulaban clípers entre Europa y América, pero se había decidido por uno de los nuevos buques a vapor.

Según había afirmado el empleado de la taquilla en la que había comprado el pasaje, el *Taube* recorría el trayecto en dos semanas y media. Y lo hacía ofreciendo un confort muy superior al de un velero.

El grito de una voz de hombre la sacó de sus pensamientos.

Comenzó el embarque. Durante el mismo, fueron estrictamente divididos por cubiertas. Los pasajeros que habían reservado un camarote se colocaron a la derecha, los demás, a la izquierda.

Jaqueline sujetó con más fuerza el asa de su bolso. Se sentía algo inquieta. Pero su afán aventurero era más fuerte. De todos modos, hasta que no esté allí no sabré si estoy haciendo lo correcto, pensó Jaqueline.

Un rato después la fila se puso en movimiento.

Hasta entonces no se había dado cuenta de la cantidad de equipaje que llevaban el resto de los viajeros. Algunos luchaban incluso con un enorme baúl ropero en el que podría haber cabido cómodamente una persona. Jaqueline se sentía lamentable con su bolso de tela de alfombra. De todos modos, al menos había reservado un camarote para la travesía.

Para sorpresa de Jaqueline, el oficial que saludaba a los pasajeros de primera y segunda clase era aún bastante joven. El uniforme le sentaba de maravilla. ¡Qué ojos!, admiró para sí. ¡Y qué sonrisa!

—¿Nombre? —preguntó después de que sus miradas se cruzaran.

—Jaqueline Halstenbek.

El oficial buscó durante un rato, entonces asintió e hizo una marca en su lista.

—Su cabina es la diecinueve. Que tenga un buen viaje.

Mientras que a los pasajeros de primera y segunda clase los despachaban así, los pasajeros de entrecubierta eran sometidos a un examen médico. Jaqueline observó como un hombre de levita oscura tocaba la frente de una mujer para después examinarle el cuello. ¡Como si la pobreza equivaliera a enfermedad!, pensó indignada.

Por estar observando aquello, Jaqueline casi chocó con un porteador, que se apartó refunfuñando en voz alta.

—¡Eh, ten cuidado!

—¡Perdón! —murmuró Jaqueline, y desapareció descendiendo la escalera.

Su camarote estaba al final del pasillo. Muchos otros pasajeros estaban ocupados maniobrando con su equipaje a través de las estrechas puertas, de manera que tuvo que detenerse constantemente porque alguien salía de espaldas del camarote para buscar otra maleta.

Cuando por fin llegó a su estancia, percibió un olor extraño. Jaqueline arrugó la nariz mientras echaba un vistazo a su alrededor.

El mobiliario era sobrio, pero el camarote parecía limpio. Había una litera que podía cerrarse con una cortina, además de un pequeño armario, una silla y una mesa atornillada al suelo. El penetrante olor, aparentemente a producto de limpieza, manaba del revestimiento del suelo.

Jaqueline cerró la puerta tras de sí y dejó su bolso sobre la silla. La vista a través del ojo de buey le mostraba un cielo gris y, bajo él, un mar verde grisáceo en el que se balanceaba una gaviota.

Así que este será mi hogar durante dos o tres semanas, pensó mientras sentimientos encontrados se apoderaban de ella. Estaba deseando emprender el viaje y sentía mucha curiosidad por Canadá, pero al mismo tiempo la llenaba de tristeza tener que dejar atrás su hogar. ¿Volveré a ver las tumbas de padre y Christoph?, se preguntó. ¿Y sabré algún día si encontraron a los asesinos de Christoph? Quizás alejarme de Hamburgo me ayudará a olvidar todos los terribles sucesos...

Cuando el *Taube* zarpó por fin, Jaqueline regresó a la cubierta superior. Allí ya se apretujaban los pasajeros que querían saludar una última vez a los parientes y amigos que se quedaban en tierra. A pesar de que sabía que no había nadie allí para despedirla a ella, se abrió paso a través de la multitud. No fue fácil hacerse con un hueco en la barandilla. Desde allí observó cómo se recogían las pasarelas. A lo lejos, la iglesia de San Miguel, a la que los habitantes de Hamburgo llamaban solamente «la *Michel*», tocó las once, pero las campanadas quedaron ahogadas un instante después por una fuerte bocina. Las máquinas a vapor se pusieron en marcha. Al final, el ruido era tan ensordecedor que se tragó las palabras de despedida de la gente.

Mientras toda la gente en torno a Jaqueline saludaba con la mano, ella se aferraba a la barandilla con las manos heladas. Ha llegado el momento, pensó. Ya no hay vuelta atrás.

Esta idea la llenó de inquietud, incluso de miedo. Aunque cambiara de idea, ya no podría regresar a Hamburgo. El dinero que le había dado Petersen quizá bastara para el viaje de vuelta. Pero, ¿y entonces qué?

Después de que el barco dejara tras de sí a la concurrencia y saliera al mar del Norte, la agitación de Jaqueline se calmó un poco. Mientras los demás pasajeros se dispersaban, ella permaneció un rato allí y oteó el mar.

De pronto, los graznidos de las gaviotas sobre ella ya no sonaban a despedida, sino que parecían animarla a que mirara hacia delante. Con el firme propósito de hacerlo a partir de ese momento, Jaqueline regresó a su camarote.

El cielo era de un azul radiante, y solamente nubes de borrego aisladas flotaban en él cuando el *Taube* entró en el puerto de Boston. Como muchos otros pasajeros, Jaqueline estaba en la cubierta superior para ver la ciudad por primera vez.

Es como si el Nuevo Mundo nos diera la bienvenida, pensó, y sintió una repentina confianza. Desde lejos, Boston es muy similar a Hamburgo, aquí también se alzan numerosos campanarios tras los edificios del puerto.

Jaqueline tiritaba involuntariamente. Pero hizo caso omiso del frío invernal. Absorbió las nuevas sensaciones con todos los sentidos: los gritos de los marineros, que en ese momento estaban lanzando las gruesas amarras, los graznidos de las gaviotas, a las que algunos pasajeros tiraban pan, el lloriqueo de los niños que apenas podían esperar a desembarcar. El olor a pescado inundó su nariz y se mezcló con el fuerte hedor de una fábrica cercana. Pero no le importó en absoluto.

Jaqueline no podía creer que el viaje ya hubiera pasado. La nostalgia crecía en su interior. ¡Qué hermoso habría sido hacer este viaje con padre! Él habría podido hablarme de lo que me espera, pensó suspirando, pero entonces sintió como si una voz interior le susurrara: ¿Le gustaría a una exploradora saberlo todo de antemano? ¿Que no quedara nada por descubrir?

Cuando una llamada anunció que los pasajeros podían desembarcar, Jaqueline hizo a un lado el miedo a lo incierto y sacó su equipaje del camarote. Su corazón revoloteaba de pura excitación y sus manos estaban húmedas. En la mano libre llevaba la pequeña placa fotográfica que le había enviado Warwick. Durante la travesía había contemplado su retrato una y otra vez, y en ocasiones se había permitido soñar sobre su futuro con él. Pero había desechado estas fantasías. ¿De dónde he sacado que me quiere como esposa? Además, estoy aquí para empezar una nueva vida. Una vida dirigida por mí misma.

¿Estará aquí Alan?, se preguntaba ahora, mientras se apresuraba por el estrecho pasillo.

Llegado cierto punto tuvo que detenerse, ya que un hombre pasó junto a ella con un baúl ropero gigante. Dos pasajeros lo seguían y miraron a Jaqueline con desprecio. Estaba claro que el mozo era un criado. Sus señores llevaban ropas mucho mejores que él y que ella misma.

Cuando todos hubieron pasado, se unió a ellos. En la escalera, a cada escalón que ascendía parecía acelerársele el pulso.

Arriba se apiñaban numerosos pasajeros, de manera que le llevó un buen rato llegar a la pasarela. Por fin pudo ver el muelle, pero, como estaba lleno de gente que esperaba, era imposible distinguir a una sola persona. La multitud se apretujaba tras ella, así que Jaqueline se apresuró a cruzar el desembarcadero.

Era extraño tener de nuevo suelo firme bajo los pies. Tras la prolongada estancia en un barco, tenía la sensación de que el muelle también se balanceaba.

Jaqueline buscó a su alrededor. ¿Cómo voy a encontrar a Warwick entre toda esta gente?, se preguntó. De pronto sintió frío y calor al mismo tiempo. ¿Y si no ha venido?

—¡Abran paso! —exclamó tras ella una voz atronadora.

Jaqueline se giró. Un rizo de pelo le bloqueó la vista. Se lo apartó.

Un hombre delgado y de pelo oscuro se abría paso sin miramientos a través de un grupo de personas que esperaban. Una mujer a la que había apartado bruscamente le dedicó un improperio indignado, pero a él no pareció importarle. Prosiguió su camino sin disculparse.

¡Qué maleducado!, pensó Jaqueline al tiempo que se dio cuenta: ¡Es el hombre de la fotografía! Examinó de nuevo el retrato. Sí, no hay duda, ¡ese hombre es Alan Warwick! Pero, ¿por qué se comporta de forma tan desagradable?

Cuando la vio, su gesto sombrío se iluminó súbitamente. Se colocó bien la chaqueta y se dirigió directamente hacia ella.

—¿Miss Halstenbek?

—Sí, soy yo —respondió mientras metía rápidamente la placa fotográfica en el bolsillo del abrigo.

El rostro del hombre dibujó una simpática sonrisa.

—Soy Alan Warwick. —Le tendió la mano.

Jaqueline se la estrechó titubeante. Estaba sorprendida por su aparición. Tiene el aspecto de uno de los ganaderos terratenientes de los que tanto he oído hablar a bordo del *Taube*. Y es mucho mayor de lo que parece en la imagen.

—Es un placer conocerlo —declaró Jaqueline, cortés—. ¿Cómo me ha encontrado entre la multitud?

—He buscado a una preciosa mujer joven que mirara a su alrededor —respondió Warwick riendo—. Pero, a decir verdad, me he equivocado un par de veces. De todos modos el riesgo merecía la pena, de lo contrario no habría venido a buscarla hasta esta noche.

Jaqueline tuvo que reconocer que era encantador. Sin embargo, el entusiasmo no terminaba de invadirla. Sus desconsiderados empujones no casan con su apariencia. Probablemente sea solo que estoy agotada por el viaje, trató de convencerse a sí misma.

—Debo admitir que supera usted mis expectativas. —Warwick se inclinó para besarle la mano—. Ya suponía que era usted una mujer hermosa, pero la realidad desborda mi imaginación. No encontrará en todo Boston ninguna *lady* más encantadora que usted.

Jaqueline enrojeció. En las cartas había dado la impresión de ser muy discreto. ¿Se habría equivocado con él?

—Disculpe mi franqueza —cedió Warwick al percibir su bochorno—. Es solo que estoy impresionado por haberla conocido al fin. Durante todo este tiempo he tratado de imaginarme qué aspecto tendría. Y ahora se encuentra usted ante mí.

Las mejillas de Jaqueline ardían.

—¿Sabe por casualidad dónde hay una buena casa de cambio? —preguntó súbitamente.

—¿Una casa de cambio?

—Sí, una que no me engañe cuando cambie el dinero que me queda.

—Bueno, eso tendrá que esperar hasta que estemos en Búfalo. No me fío de las casas de cambio de este lado. Le garantizo que en Búfalo no la estafarán.

¿Cómo puedo saber yo eso?, se preguntó Jaqueline, pero entonces se reprochó su desconfianza. Seguro que Alan solo quiere lo mejor para mí.

Finalmente, Warwick la sacó del apuro.

—Deberíamos partir lo antes posible, para llegar a territorio protegido antes de que anochezca. Mi carro está allí.

¿Protegido de qué?, se preguntó Jaqueline, asombrada, mientras Warwick le ofrecía su brazo. Entonces se dio cuenta de que Warwick llevaba un revólver junto con una cartuchera, cuyos proyectiles centelleaban con aspecto peligroso. Se sintió angustiada.

—Estos vehículos ofrecen numerosas ventajas —explicaba ahora Warwick.

Al parecer, había percibido su asombro y lo había relacionado con su carruaje, que Jaqueline no había visto hasta ahora. No se trataba de un landó, sino de un sencillo coche con toldo como los que había visto en las ilustraciones de las historias sobre colonos americanos.

—El toldo protege la carga y a las personas del viento y el mal tiempo. Además, el coche es tan grande que ofrece suficiente espacio para dormir en él.

Jaqueline se asustó. ¿Tendremos que dormir a la intemperie? ¿Con este frío? ¡No puede decirlo en serio!

—¿Cuánto durará el viaje hasta Chatham, pues? —preguntó apocada.

¿Ella sola con este hombre en algún lugar en medio de la naturaleza salvaje? ¿Realmente no podía evitarse? ¿No habría alguna casa de huéspedes? Intentó que su preocupación no se notara.

—Tres o cuatro días largos. Por eso he cogido el carro con toldo. Ahí fuera no hay muchos lugares donde poder detenerse, por no hablar de poblaciones. Mi casa no está en el mismo Chatham, sino en las afueras. El carro nos será muy útil con este tiempo.

Jaqueline miró preocupada el cielo, en el que las nubes se acumulaban amenazadoras.

—Venga, yo la ayudaré a subirse. Le recomiendo que no se esconda aún bajo el toldo, así podrá ver algo del paisaje.

Jaqueline no sabía qué decir. En su cabeza todavía se arremolinaban los peores temores, así que permitió que Warwick la subiera al pescante con la mayor discreción posible.

Después de cargar sus bolsas, él trepó al asiento de al lado. Agarró las riendas y el



látigo y arreó a los animales.

El tirón con el que los caballos echaron a galopar empeoró el malestar de Jaqueline. El estómago se le encogió. ¿Y si los animales se desbocaban? Sintió un mareo y buscó apoyo instintivamente en el brazo de Warwick.

A él no pareció importarle. Hizo restallar el látigo sobre el tiro y sonrió contento.

Atravesaron el puerto y condujeron un rato entre hileras de casas que a Jaqueline le recordaron a Hamburgo. Pero esta impresión desapareció rápidamente al acercarse a la periferia de la ciudad. Aquí prácticamente solo había construcciones de madera levantadas con tablones ennegrecidos.

Entretanto Jaqueline se había acostumbrado al paso rápido y se relajó un poco. Observó a las mujeres tender la colada y sonrió al ver los buzos rojos de pernera larga que los hombres probablemente utilizaban a modo de ropa interior. Un par de niños jugaban al pillapilla. A Jaqueline la divirtió la animación hasta que dos niños se precipitaron a la carretera sin mirar a los lados. Chilló horrorizada y Warwick tiró de las riendas en el acto.

—¡Brrrr!

Los caballos se detuvieron a menos de un palmo de los niños.

—Malditos pillos... —Warwick se calló.

Al parecer había recordado que tenía una dama a su lado.

—¡Largaos! —increpó a los muchachos, que obedecieron al instante—. ¡Siempre lo mismo! —añadió gruñendo—. De puro entusiasmo estos mocosos no prestan atención a lo que pasa a su alrededor.

Jaqueline seguía temblando del susto.

### 3

Durante la primera etapa del viaje hacia el norte, el cielo se cubrió hasta que solamente una estrecha franja de luz iluminaba el horizonte. El viento soplaba con más fuerza y azotaba tan dolorosamente las mejillas de Jaqueline, que esta se arrebujó aún más en su abrigo.

—Si entra en la zona de carga, encontrará mantas de lana —dijo Warwick mientras refrenaba los caballos. La nieve del camino se había helado y los animales pardos corrían el riesgo de resbalar si eran arreados a demasiada velocidad. El carro daba bandazos una y otra vez cuando las ruedas no encontraban apoyo en el hielo.

Jaqueline tiritaba cuando trató de entrar en la parte trasera. Finalmente lo logró. Como Warwick solo había cargado un par de cajas, encontró las mantas enseguida. Ofreció una a Warwick, pero este sacudió la cabeza.

—Gracias, no la necesito. Estoy acostumbrado al frío.

De repente, Jaqueline se sintió mimada. ¿Me acostumbraré algún día a este frío?, se preguntó inquieta mientras se echaba una manta sobre los hombros y extendía la otra sobre sus piernas. Emanaban olor a caballo y a madera, pero en cualquier caso prefería eso a que le castañetearan los dientes.

Cuando sintió de nuevo algo de calor en las extremidades, Jaqueline se relajó y contempló el paisaje. Los bosques nevados eran más densos que en su país. Cubrían las laderas de las majestuosas montañas como si fueran alfombras. Los copetes de nieve en las cimas parecían fundirse con el cielo blanquecino. ¿Qué aspecto tendrán las montañas cuando el cielo esté despejado?, se preguntaba Jaqueline cuando un grito estridente sobre el carro la asustó. Un ave gigante de alas marrones planeaba justo sobre ellos. Cuando esta descendió de las alturas en círculos, Jaqueline distinguió una cabeza y un pecho blancos. ¡Un águila calva!

Jaqueline pensó inmediatamente de nuevo en su padre, que le había hablado de aquellas aves de presa con mucho entusiasmo. Entonces ella no había sido capaz de imaginar que su envergadura era a menudo mayor que la altura de un hombre adulto.

Cerca de ellos, una liebre de las nieves atravesó súbitamente la maleza y echó a correr en zigzag. El águila voló tras ella en el acto y desapareció finalmente entre las coronas de los árboles.

—Si tenemos suerte, hoy también veremos osos y lobos —explicó Warwick.

—¿A eso lo llama suerte? —preguntó Jaqueline—. Seguro que en invierno los animales no tienen suficiente alimento. Así que quizá dos viajeros sean justo lo que necesitan.

Warwick rio divertido.

—¡No tema, *miss* Jaqueline! Hace mucho que ningún viajero ha sido atacado. Aquí nadie sale de casa desarmado. En una de las cajas está mi fusil de caza, además de suficiente munición para exterminar a toda una tribu de iroqueses.

Jaqueline estaba extrañada. No lo diría en serio, ¿verdad? Pero reprimió el

comentario.

—¿Iroqueses? —preguntó, en cambio. Recordó los relatos de Calzas de Cuero—. ¿Realmente sigue habiendo por aquí?

—Algunos —respondió Warwick—. No suficientes para desenterrar el hacha de guerra. Los franceses acabaron con ellos con sus mantas infectadas de viruela. Pero aún siguen apareciendo un par de pieles rojas aquí y allá. —Posó una mano sobre su brazo y añadió—. No tenga miedo, ¡los iroqueses tampoco nos harán nada! Yo cuidaré de usted, querida.

Jaqueline se obligó a sonreír a pesar de que no lograba sentir alivio alguno.

Después de que cayera la noche, Warwick paró en un pequeño claro del bosque. Altos abetos rodeaban el lugar como tenebrosos guardianes. El sotobosque estaba formado por helechos marchitos y arbustos pelados. Algunas plantas leñosas negras estaban cargadas de brillantes frutos rojos similares a las serbas. La nieve resbalaba de las ramas aquí y allá, y a veces caían planchas de nieve y se estampaban contra el suelo. Se oían crujidos entre los arbustos y Jaqueline estaba inquieta.

—Este lugar es fácilmente abarcable en caso de que los lobos se hayan fijado en nuestros caballos —explicó Warwick mientras bloqueaba el freno del carro.

Jaqueline miró a su alrededor temerosa. La oscuridad entre los árboles le resultaba ahora más amenazadora. Se le secó la boca y su corazón se aceleró súbitamente.

—¿Realmente cree que se atreverían con animales de tamaño tan superior al suyo?

—Sí, es muy posible. Vuelve a haber muchos lobos. Antes los cazadores de pieles andaban tras ellos, pero ahora el negocio de las pieles no va bien. Por eso las manadas se han multiplicado casi sin estorbos.

Con estas palabras desapareció al fondo del carro. Poco después, Jaqueline le oyó mover las cajas. Cuando se giró, sostenía un fusil en la mano. Tenía un aspecto más moderno y peligroso que todas las armas que había visto ella hasta entonces.

—¿Le interesan las armas, *miss* Halstenbek? —preguntó Warwick mientras comprobaba la recámara.

—No especialmente. —Un escalofrío recorrió la espalda de Jaqueline. Siempre había tenido un gran respeto a los objetos que pudieran causar la muerte.

—Este es uno de los mejores fusiles que pueden comprarse ahora mismo —explicó mientras acariciaba el cañón con cariño—. No hay nada mejor que un Winchester.

Parece que en esta zona es vital tener un fusil, pensó Jaqueline.

—Trataré de hacer fuego —anunció Warwick al tiempo que se bajaba del carro de un salto—. Pero no puedo prometer nada, porque la madera está fría y empapada.

—¡Le ayudaré a recogerla! —propuso, pero Warwick hizo un gesto negativo con la mano.

—¡Mejor quédese en el carro, *miss* Halstenbek! No lleva el calzado apropiado. En

algunos puntos la nieve puede ser bastante profunda y no quiero que se hunda en ella.  
—Y desapareció en la espesura.

Warwick, efectivamente, logró encender un fuego. Las ramas húmedas que había sacado de debajo de la nieve ardieron silbando y humeando. Jaqueline disfrutaba del calor que emanaban. Ya no sabía si temblaba de frío o de miedo. La oscuridad rodeaba el campamento como un abrigo que de todos modos no podía protegerlos de los ruidos extraños. Se oían crujidos y chasquidos por todas partes y al final Jaqueline estaba tan asustada que creyó ver ojos que se iluminaban en la oscuridad.

—Tiene cara de estar muy asustada, *miss* Jaqueline. ¿Se encuentra bien? —preguntó Warwick, preocupado, mientras dejaba a un lado el arma—. Realmente no hay nada que temer. Yo me ocuparé de que llegemos a Chatham sanos y salvos.

—No se trata de eso, *mister* Warwick —desdeñó Jaqueline. Él no debía percibir en ningún caso que ya se arrepentía de haber realizado aquel viaje.

—Echa de menos a su padre, ¿verdad?

Jaqueline asintió para simplificar. ¿Cómo iba a explicarle que se sentía desamparada y que habría preferido regresar a Boston?

¡Vaya aventurera que estás hecha!, pensó. En cuanto se pone feo, te desalientas.

—Estoy seguro de que aprobaría lo que ha hecho. Empezar una aventura no es la peor manera de comenzar una nueva vida.

Jaqueline se limitó a mirar fijamente el fuego hasta que la mano de Warwick se colocó ante ella. Le tendió un paquetito en papel de embalar.

—Tome, ¡coma algo! Después, todo mejorará.

Desenvolvió agradecida la comida, que consistía en tiras de carne seca y galletas duras. Jaqueline conocía estos alimentos de las novelas de Cooper y los relatos de su padre. Primero probó las galletas con escepticismo, un rato después la carne. Era dura como el cuero y muy salada, pero no quiso ofender a Warwick rechazándola.

Una vez hubieron comido, Warwick sacó dos sacos de dormir de una caja.

¿Tendrá intención de pasar la noche conmigo en el carro? ¿Y si se lanza sobre mí en cuanto me haya dormido? Jaqueline volvió a sentir un frío repentino. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener los temblores. Hasta que Warwick no se bajó del carro con uno de los sacos de dormir, no se tranquilizó un poco.

—Le he preparado su campamento en el carro —explicó—. Yo dormiré junto al fuego.

—¿Aquí fuera? —preguntó Jaqueline, a pesar de que se sentía secretamente aliviada—. ¿No tiene miedo de morir congelado?

—No se preocupe, ¡no me pasará nada! Los vaqueros y tramperos utilizan sacos como estos cuando no encuentran alojamiento a cubierto. Incluso aunque nieve por la noche, dentro de ellos uno no sufre ningún perjuicio.

Con estas palabras desenrolló el saco de dormir junto al fuego.

—Bueno, pues buenas noches —dijo Jaqueline, angustiada. ¿Podía dejar tirado al hombre ahí fuera? De todas formas ha sido idea suya, pensó. No puede esperar de una dama que duerma con él en un mismo carro.

Jaqueline prácticamente no pegó ojo en toda la noche. El saco de dormir la protegía en gran medida del frío, pero no de los ruidos, y, sobre todo, no de su fantasía desbordante. Con cada chasquido, crujido o susurro, Jaqueline se imaginaba un nuevo peligro. Constantemente caía algo de nieve sobre el toldo del carro y cada vez se asustaba hasta la médula. Las bestias nocturnas se dedicaban a cazar y el chillido penetrante de un mochuelo le pareció el anuncio de su cercana muerte.

Jaqueline se acurrucó cada vez más profundamente en el tejido protector con el corazón acelerado. Todo su ser pedía a gritos despertar a su acompañante.

A él no parecían importarle los ruidos, tal y como revelaban sus ronquidos. ¿O se trataba del gruñido de un lobo?

¿En qué estaba pensando al venir aquí?, se preguntó Jaqueline, temerosa. ¡Qué inocente he sido! No tenía ni idea de que tendría que pasar la noche en plena naturaleza y de que aquí había animales salvajes.

Por supuesto, eso no era completamente cierto. Sabía lo de los animales y también que esa época del año allí era de todo menos agradable. Sin embargo, las fotografías le habían dado esperanzas de que Warwick fuera el reluciente héroe de sus sueños, ¡y no un nervudo hombre mayor!

Cuando por fin se le cerraron los ojos, soñó con un gran lobo que la perseguía. El enorme animal, con sus brillantes ojos amarillos, le pareció un demonio. De su hocico goteaban espumarajos, de manera que Jaqueline temía contraer la rabia solo de rozar sus colmillos con la piel. Huía desesperada corriendo entre montones de nieve. Cuando cayó al suelo de puro agotamiento y la bestia gris saltó sobre ella jadeando, gritó a pleno pulmón pidiendo ayuda.

Al despertarse asustada y bañada en sudor, despabilada por su propio grito, oyó efectivamente el aullido de un lobo en la lejanía. Sombras fantasmagóricas bailaban sobre el toldo a la luz de la luna.

Jaqueline, aterrorizada, se echó una manta sobre la cabeza. ¡No escuches!, se ordenó a sí misma. Eso ha sido muy lejos. ¡No ha sido más que un sueño! Pero el aullido cada vez era más fuerte. Los dientes de Jaqueline castañeteaban al tiempo que todo su cuerpo temblaba.

¡Dios mío, por favor, haz que el aullido pare y que por fin se haga de día!, suplicó en silencio. De pronto, se avergonzó de haber atribuido a Warwick cosas tan terribles. Él estaba allí fuera, en medio de la nieve, y estaba tan a merced de los lobos como sus caballos, que bufaban inquietos de tanto en tanto.

A medida que el aullido se fue extinguendo, Jaqueline se calmó poco a poco. Su corazón latía más tranquilamente y sus dientes dejaron de castañetear. Mientras

seguía escuchando con atención, se quitó la manta de encima y miró fijamente el toldo hasta que el sol matutino ahuyentó las sombras de la noche.

En los siguientes dos días desheló, de manera que las ruedas del carro rodaron de nuevo sobre suelo firme. Aquí y allá seguía habiendo nieve sobre árboles y arbustos, pero Jaqueline sentía que el aire templaba. Aún hacía viento, pero ya solo acariciaba agradablemente sus mejillas.

Después de haber conducido a través de la naturaleza salvaje durante un tiempo, llegaron a Búfalo, junto al lago Erie.

—Este es uno de los grandes lagos por los que discurre la frontera entre Canadá y Estados Unidos —explicó Warwick mientras se dirigían hacia la ciudad.

Las aguas, que solo estaban heladas en los márgenes, resplandecían como un espejo a la luz del sol, de manera que Jaqueline tuvo que protegerse los ojos. La orilla estaba ribeteada de cañas y pequeños arbustos. Más allá del agua se alzaban bosques imponentes que se extendían hacia el interior del país.

—Búfalo es la última ciudad en territorio de los Estados, detrás comienza Canadá. Deberíamos descansar un poco antes de continuar el viaje.

—¿Cuánto queda hasta Chatham? —quiso saber Jaqueline, mientras observaba los patos en la orilla y pensaba: ¡Qué idílico! Cuando el tiempo mejore, debería pintar este paisaje.

—Ya no queda mucho. No más de una jornada de viaje.

Mientras el coche traqueteaba por las calles, Jaqueline observó a los transeúntes. La mayoría de los hombres de Hamburgo llevaban sombreros de copa y levitas, en cambio aquí predominaban los sombreros abombados de fieltro claro u oscuro, adornados con cintas de colores, y las chaquetas de cuero con flecos o gruesos abrigos de piel. Y prácticamente todos los hombres llevaban un arma consigo de forma ostensible.

Entre las mujeres aún parecía predominar la moda de las faldas amplias, casi ninguna llevaba modelos de corte estrecho como en la ciudad del Alster. Aquí al menos no llamaré tanto la atención con mis andrajos pasados de moda, pensó Jaqueline.

Entretanto habían llegado al centro de la ciudad. Estaba formado por un *town hall*, una iglesia y un hotel, rodeados por pequeñas tiendas y un gran almacén.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Warwick cuando detuvo el vehículo ante la entrada del hotel.

Al letrero no le vendría mal una nueva capa de pintura, pensó Jaqueline. Así como a la puerta y los marcos de las ventanas. Este alojamiento no tiene aspecto de ser especialmente distinguido. Pero después de los días a la intemperie, amenazada por lobos y otros peligros, se alegraba de saber que, para variar, tendría un techo sobre su cabeza, una estufa caliente y una cama.

—¡Esta casa es la mejor de toda la región! —dijo Warwick con entusiasmo y la ayudó a bajarse del carro—. Puede que no parezca elegante, pero la comida es

magnífica. Y jamás he encontrado bichos en sus habitaciones.

¡Muy tranquilizador!, pensó Jaqueline, burlona, pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

El hombre situado tras el mostrador de recepción saludó a Warwick con una amplia sonrisa.

—¡Ah, *mister* Warwick, qué alegría volver a verlo por aquí! Hacía mucho tiempo que no nos visitaba.

—Ya sabe usted, Percy, los negocios.

—¿La joven dama viene con usted? —El recepcionista estiró el cuello.

—Es la hija de un viejo amigo. Vivirá conmigo hasta que encuentre otro lugar donde quedarse.

El hombre de librea roja torció el gesto de forma elocuente.

Jaqueline enrojeció. No por vergüenza, desde luego, sino por enfado debido a su indiscreción. ¿Es necesario que se lo cuente a todo el mundo? Actúa casi como si yo fuera de su propiedad.

A Warwick esto no se le escapó.

—Por supuesto, necesitaremos dos habitaciones separadas, una para la *lady* y otra para mí —se apresuró a asegurar.

Jaqueline suspiró aliviada. Warwick no había intentado hacer nada inoportuno durante el viaje, pero, de todos modos, seguía sintiéndose incómoda cerca de él. Ni siquiera sabía exactamente lo que la molestaba de Warwick. Era amable y se esforzaba por hacer su viaje tan cómodo como fuera posible. Sin embargo, había algo en él que no encajaba con la impresión que habían transmitido sus cartas.

Es probable que esté siendo terriblemente desagradecida, meditó. Y desconfiada, debido al asunto con Fahrkrog.

—Bueno, pues aquí es —declaró Warwick, que en esta ocasión también llevaba sus bolsas, mientras señalaba la puerta con el número 7—. Descanse un poco antes de que bajemos a cenar.

—Muchas gracias, *mister* Warwick.

—Bien, entonces nos veremos dentro de una hora. ¡Seguro que tiene ganas de darse un baño!

Warwick se dirigió sonriendo hacia una puerta situada al final de pasillo.

«Cenar», resonó en la mente de Jaqueline con una sensación agradable, al tiempo que introducía la llave en la cerradura. Por fin se acabaron la carne seca y las galletas duras. Me temo que no soy nada aventurera, por lo menos en lo que respecta a los alimentos.

Al dejar vagar la mirada sobre la habitación, amueblada con sencillez, también descubrió junto a la cama de latón un tocador y un armario. El calor que emanaba de una pequeña estufa la envolvió y le dio sensación de confort.



Tal y como había prometido el anfitrión, pronto estuvo todo preparado para un baño. Bien es verdad que la bañera de cinc solo era lo bastante grande como para sentarse en ella. Sin embargo, el agua ya humeaba en los cubos e incluso había una botella de aceite de baño.

Encantada con estas comodidades que tanto había echado de menos, Jaqueline se quitó sus húmedas ropas. Poco después el aire se llenó de aroma a pino. Mientras el agua caliente acariciaba su cuerpo, Jaqueline se sintió dispuesta a olvidar los problemas de los días anteriores. Cerró los ojos con placer y se recostó.

Al fin y al cabo, puede que todo salga bien.

Después del baño, rebuscó entre su ropa algo apropiado para la velada. No tenía muchas opciones. Además, constató que el contenido de su bolso no había superado intacto el viaje. La mayoría de prendas de ropa estaban tan arrugadas que les habría hecho falta una plancha.

Afortunadamente, uno de los vestidos no tenía arrugas profundas.

Me pondré este, pensó mientras lo extendía sobre la cama. A continuación, se sentó en el tocador.

No tenía muchas opciones para arreglarse, pero al menos quería desenredarse un poco el pelo. Durante el viaje no había tenido demasiadas oportunidades de peinarse. Por este motivo, su peine se quedaba enganchado en nudos y marañas una y otra vez.

Entonces alguien llamó a la puerta.

—Miss Halstenbek, ¿está usted lista? —preguntó la voz de Warwick.

Jaqueline se miró en el espejo, asustada. No quería presentarse ante Warwick en ropa interior.

—Un momento, por favor, ¡enseguida estaré preparada! —exclamó mientras se acercaba con rapidez a la cama, se ataba los botines apresuradamente y se echaba encima el vestido.

Estaba confeccionado con algodón verde pálido, y en Hamburgo había resultado anticuado debido a la falda amplia y el alto cuello alzado. Allí las mujeres preferían vestidos cada vez más estrechos con refinados polisones. Pero probablemente esta moda aún no había cruzado el océano. Como Jaqueline no se había llevado ningún miriñaque, los pliegues caían sobre sus caderas. De todos modos, le sentaba magníficamente, tal y como confirmó echando un vistazo al espejo.

Después de arreglarse el cabello, abrió la puerta.

Warwick, que se había estado apoyando sobre un pie y sobre otro, impaciente, se quedó de una pieza.

—Tiene usted un aspecto encantador, si me permite decirlo. Allí abajo será usted una rosa entre margaritas silvestres. —Le tendió el brazo y la condujo hacia la escalera.

Jaqueline se puso tan colorada que lamentó no tener un abanico tras el que

esconder su vergüenza.

Desde abajo llegaba el alegre tecleo del piano, que sonaba como el que ella solamente había oído en las tabernas de puerto de Hamburgo. Nunca había entrado en un local de aquellos, pero al recorrer el muelle en el coche con su padre era imposible no oír las melodías.

En el bar se había reunido un gran número de personas. A Jaqueline le escocían los ojos y la nariz por el humo de los puros cuando Warwick la empujó hacia una de las pocas mesas libres.

Había tantos hombres con toscas camisas de leñador, gastados chalecos de cuero y pantalones azules como hombres distinguidos vestidos con levitas. Otros llevaban camisas claras con chalecos de estampados exóticos. Los hombres, prácticamente sin excepción, llevaban botas como Warwick, algunos incluso con espuelas.

A excepción de las camareras, Jaqueline vio pocas mujeres. Sin embargo, estas iban vestidas de forma provocativa y se comportaban de una manera que disgustaría a cualquier ciudadano respetable.

La amenaza de Fahrkrog resonó en la cabeza de Jaqueline.

Puede que esto no sea una casa de citas, pensó, pero, sin duda alguna, estas muchachas están ofreciendo sus servicios.

Entonces Jaqueline percibió que había atraído las miradas de todos los hombres.

Es posible que piensen que yo también estoy a la venta, se le ocurrió, ante lo cual las mejillas comenzaron a hormiguearle. Pero se controló, hizo un esfuerzo por ignorar las indiscretas miradas e intentó que no se le notara nada.

Warwick, que había tomado asiento junto a ella, estaba visiblemente orgulloso de tener a su lado a una mujer tan joven y hermosa. Lanzó una sonrisa burlona a su alrededor con actitud casi impertinente. Entonces, por fin, los hombres dejaron de examinarla.

—Disculpe, *mister Warwick*, pero, ¿acaso no hay muchas mujeres por la zona? —preguntó finalmente Jaqueline para superar su timidez.

—¿Lo pregunta porque estos hombres la estaban mirando fijamente? —preguntó él a su vez en tono de broma.

Jaqueline asintió, avergonzada.

—Bueno, es cierto que por aquí existe una ligera escasez de mujeres, pero el motivo por el que los hombres la miraban es que es usted una mujer hermosa. Y de esas no hay muchas en el mundo.

Jaqueline enrojeció de nuevo. Por suerte una camarera apareció inmediatamente después.

Como Jaqueline no conocía la cocina local, dejó que Warwick escogiera. Él se decidió por filetes de alce con arándanos rojos y patatas asadas.

—¿Alce? —se sorprendió Jaqueline.

Warwick dibujó una amplia sonrisa.

—Sí, es una especialidad de la zona. ¡Y deliciosa! Se parece un poco al ciervo

europeo.

—De acuerdo, entonces yo tomaré lo mismo.

La camarera les dirigió una sonrisa amable antes de regresar a la barra.

—¿Usted también quiere dibujar mapas? —preguntó Warwick mientras esperaban la comida.

—Me temo que carezco del talento necesario —explicó Jaqueline—. Pero quizás alguien necesite por aquí a una educadora o una institutriz. Además, me gustaría escribir sobre este país. Reportajes sobre lo que sucede aquí.

—Son proyectos muy nobles y estoy completamente convencido de que encontrará su camino. Pero una mujer como usted no debería pasar por alto que la vida aquí es más fácil con un hombre a su lado.

Jaqueline levantó las cejas asombrada. Naturalmente, muchas cosas eran más fáciles para una mujer casada. Incluso en Alemania era así. Pero ¿por qué lo mencionaba?

—Bueno, mi intención no es permanecer sola. Pero para ello tendré que encontrar el marido adecuado.

Es posible que hace unas semanas mi respuesta hubiera sido completamente diferente, se confesó a sí misma. A estas alturas casi se avergonzaba de los elogios que le había manifestado a Warwick cuando aún intercambiaban cartas. Ahora lo tenía claro: en el mejor de los casos, su acompañante se convertiría en su amigo, pero no en su marido.

Antes de que él pudiera proseguir con el tema, la camarera colocó dos platos con grandes pedazos de carne sobre la mesa.

—Y bien, ¿qué le parece? —preguntó Warwick, expectante.

—Huele delicioso. —Jaqueline tomó el tenedor. El aroma estimuló su apetito.

Como a Jaqueline le habían inculcado desde niña que engullir no era propio de una dama, se esforzó por comer lentamente.

Permanecieron un rato en silencio. Aquel placer, del que se había visto privada durante tanto tiempo, hizo que olvidara incluso el ambiente que la rodeaba.

—¿Me disculpa un momento? —preguntó Warwick finalmente.

A Jaqueline no le gustó nada que quisiera dejarla sola.

—Volveré enseguida, solo necesito ir un momento al patio trasero.

Podía imaginar lo que eso significaba.

—Vaya tranquilo, ¡me las apañaré!

Apenas hubo desaparecido Warwick, un hombre con camisa de leñador se acercó. Antes de que Jaqueline lo oyera, olió el tufo a whisky que lo rodeaba.

—Oye, monada, ¿te apetece cambiar de montura?

Jaqueline se puso blanca como la cera. No sabía qué era peor: la invitación descarada o que era evidente que el hombre se le estaba acercando demasiado.

Su pulso se aceleró mientras miraba hacia la puerta trasera en busca de ayuda. Entonces reunió todo su valor y respondió:

—Lo siento, *sir*, ya estoy comprometida.

—¡Qué lástima! —El hombre le pasó la mano por el pelo—. Me habría gustado cabalgar contigo un rato. Pero puede que en algún momento te canses de tu hombre. Nunca le haría ascos a una pequeña bruja como tú.

Al sentir que la tocaba, Jaqueline, indignada, se levantó de un salto.

—¿Qué se ha creído usted? ¡Haga el favor de apartar sus manos de mí!

Todas las conversaciones del comedor enmudecieron al instante.

El hombre miró a Jaqueline con ojos vidriosos.

—Tranquila, monada, ¡pero si no te he hecho nada! —Rio inseguro—. Solo quería hacerte una oferta amable.

Con esas palabras irritó aún más a Jaqueline. De pura agitación, estuvo a punto de comenzar a maldecir en alemán, pero en el último momento se contuvo.

—¡Quién se cree que soy! ¡Será mejor que vuelva a su sitio antes de que mi acompañante regrese!

Al parecer sus palabras fueron lo bastante convincentes. El hombre se apartó. La miró fijamente con la boca abierta durante un rato, para después murmurar algo que Jaqueline no comprendió.

Posiblemente algún insulto, pensó. Pero me da igual. Lo único que quiero es que desaparezca.

Antes de que el tipo pudiera volverse, Warwick regresó a la mesa. Miró alternativamente al hombre y a Jaqueline, que aún mantenía una postura con la que parecía querer defenderse de una horda de atacantes.

Inmediatamente después estalló un aplauso y el cliente molesto se retiró.

Jaqueline estaba confusa. ¿La ovación iba dirigida a ella? Se dejó caer sobre la silla con gran malestar.

Warwick sonreía.

—Por lo que veo, se maneja usted muy bien.

—Ha sido en legítima defensa —replicó Jaqueline, con el pulso aún acelerado—. No se creería lo que buscaba este hombre.

—Como soy un caballero, prefiero no preguntar. Pero puedo imaginarlo. Algunos hombres pierden la compostura al ver a una mujer hermosa. ¡Perdóneselo al pobre diablo! Probablemente sea un dragón lo que le espera en casa.

—Suena como si ya hubiera estado casado alguna vez.

Warwick negó con la cabeza.

—No. Pero si la persona adecuada aparece en mi camino, pondré rumbo al puerto del matrimonio encantado. —La miró con insistencia.

Jaqueline enrojeció.

El resto de la velada transcurrió mejor de lo esperado. El cliente molesto no volvió a dejarse ver. Warwick no se apartó del lado de Jaqueline y la entretuvo con relatos sobre los días que había pasado con su padre. En aquella época, él había sido su guía a través de la naturaleza salvaje.

Cuando regresó a su habitación, Jaqueline se sorprendió. Su equipaje ya no estaba allí donde lo había dejado. Habían retirado el agua del baño.

¿Habría estado husmeando la camarera?, se preguntó asustada, y rebuscó en la bolsa de tela de alfombra con las manos temblorosas.

Su corazón se aceleró al no encontrar el sobre con el dinero. Ya se estaba preguntando dónde podría denunciar el robo cuando las yemas de sus dedos tocaron el papel. Jaqueline hundió más la mano, sacó el sobre y miró dentro: no faltaba nada. Cayó de rodillas suspirando de alivio.

No deberías ser tan desconfiada, se reprendió mientras guardaba de nuevo el sobre.

Después de cerrar las cortinas y desvestirse, Jaqueline apagó la luz y se deslizó dentro de la cama. La manta estaba helada, pero, ¿qué importaba? En comparación con el carro de toldo, se sentía como en el paraíso. Del comedor aún llegaban voces apagadas y sonidos del piano, ruidos que en cualquier caso eran más bien tranquilizadores y que arrullaron a Jaqueline. Su cuerpo fue haciéndose cada vez más pesado y lo que la rodeaba fue desapareciendo.

Jaqueline no habría sabido decir si ya dormía o solo dormitaba cuando de pronto oyó algo que no encajaba con el ruido ambiental que ya le resultaba familiar.

Escuchó con atención conteniendo el aliento. De pronto, recordó que había olvidado cerrar la puerta de la habitación con llave.

¿Eso son pasos? ¡Había alguien en su habitación! Abrió los ojos de golpe. Sin moverse, oteó temerosa la oscuridad, pero no distinguió nada.

¡Ahí! ¿Eso era una respiración?

A Jaqueline, de pronto se le había secado tanto la garganta que no era capaz de articular una sola palabra. Su corazón latía con tanta fuerza que se sentía mareada y sus extremidades comenzaron a temblar.

Si es un ladrón, que se lleve lo que quiera, pensó. Lo importante es que se marche.

¡Ahí! ¡El mismo ruido de nuevo!

Jaqueline apenas se atrevía a respirar. Se quedó tumbada, paralizada por el miedo. Finalmente le pareció oír que la puerta se cerraba. Ahora estaba segura de estar sola.

Saltó de la cama en el acto y encendió la luz.

¿Habría husmeado en mi bolsa el intruso? En ese caso, la puerta del armario habría crujido. ¿O quizá no? Jaqueline abrió una de las hojas.

Por lo que ella podía decir, la bolsa de tela de alfombra seguía en su sitio. Por precaución rebuscó en ella de nuevo, pero su contenido no había cambiado.

Suspirando aliviada se pasó la fría mano por la frente ardiente. Quizá solo me lo haya imaginado. Es muy posible que los ruidos vinieran de al lado, con lo delgadas que son las paredes.

Sin embargo, esta idea no la convencía del todo. Jaqueline se deslizó hasta la

puerta y se preguntó si debía contárselo a Alan. Probablemente me considere una exagerada y me diga que no ha sido más que una pesadilla, reflexionó. Al fin y al cabo no tengo ninguna prueba de que alguien haya estado realmente aquí.

Así que dio la vuelta a la llave y volvió a la cama.

Un día más tarde, después de haberse puesto en marcha tras un sustancioso desayuno, llegaron a Chatham a última hora de la tarde.

El lugar decepcionó a Jaqueline, ya que se asemejaba más a un asentamiento de tamaño considerable que a una ciudad. Salvo unas pocas excepciones, todos los edificios eran de madera. La calle principal no era más que un camino amplio y fangoso, lleno de huellas de ruedas, que se perdía en la lejanía del bosque.

Un par de perros ladraron cuando el carro pasó traqueteando junto a las casas. Los habitantes que salían por la puerta en ese momento o los viandantes que caminaban apresuradamente por aceras de madera los buscaron con la mirada.

Jaqueline había esperado que Warwick saludara, pero ni siquiera se quitó el sombrero cuando la gente se detuvo y lo miró. Al parecer eran invisibles para él.

Hizo un gesto inseguro con la cabeza a algunos de ellos, hasta que Warwick dijo:

—¡Mejor déjelo! La gente de por aquí es desconfiada con los extraños. Con un saludo no se ganará sus simpatías.

Este comentario dejó a Jaqueline pensativa. ¿Es posible que sea un solitario al que nunca le ha gustado relacionarse con sus vecinos?, se preguntó.

—¿Dónde está su casa? —Jaqueline recorrió la calle con la mirada. Ningún edificio daba la impresión de pertenecer a un rico comerciante.

—Fuera de la ciudad. Y tiene mejor aspecto que todo Chatham.

Jaqueline solo esperó que no estuviera prometiéndolo demasiado. ¿Qué se le ha perdido a un hombre como Warwick en un pueblucho perdido de la mano de Dios como este?, se preguntó.

Media hora más tarde llegaron a una elevación coronada por un edificio. Puesto que desde lejos parecía una villa, Jaqueline no dudó de que se trataba del domicilio de Warwick.

¡Al fin!, pensó con gran ilusión.

—¿Esa de ahí arriba es su casa?

—Sí, esa es. Aún hay que trabajar algo en ella, pero estoy seguro de que pronto recuperará su antiguo esplendor. —La voz de Warwick revelaba orgullo.

Probablemente haya corrientes por todas las ranuras. Y espero que no haya ratones bailando sobre la mesa, pensó Jaqueline, y en ese mismo momento se avergonzó de ello. Se esforzó por ocultar su decepción.

Te comportas como una mocosa malcriada, se reprendió. Antes no pensabas así. En tu casa paterna también había corrientes y nunca te quejaste.

Cuanto más se acercaban al edificio, más evidentes eran sus defectos. Sin embargo, Jaqueline tuvo que reconocer que con una reforma podía convertirse en una casa bonita. De todos modos, lo que veía por ahora eran paredes agrietadas, marcos de ventana destrozados y una puerta con la pintura desconchada. La escalera que conducía a la entrada tenía desperfectos en muchos puntos. Y los restos de hiedra se

aferraban a la terraza acristalada como dedos de cadáveres.

Jaqueline se estremeció involuntariamente.

Seguro que en verano el lugar es más agradable, se consoló mientras un desperfecto tras otro llamaban su atención: resquebrajaduras en las losas con las que estaba pavimentado el sendero al jardín; arriates cubiertos de malas hierbas; el tejado hundido de un granero; la puerta del granero inclinada sobre los goznes. Espero que el interior sea más acogedor, pensó Jaqueline mientras Warwick la ayudaba a bajarse del carro ante el granero.

—Bueno, ¿qué le parece mi pequeño reino? —Admiraba su propiedad entusiasmado.

—Es encantador —mintió con la esperanza de que Warwick no notara lo que pensaba en realidad.

Después de que él hubiera descargado su equipaje y una caja del carro, ascendieron la escalera y entraron.

El vestíbulo, para variar, supuso una sorpresa positiva. A Jaqueline le recordó el de su casa paterna, ya que en sus paredes, junto a trofeos de caza, también colgaban pequeños cuadros.

Al parecer le interesa el arte, pensó Jaqueline mientras miraba a su alrededor.

—Venga, le enseñaré su habitación —le comunicó Warwick después de dejar la caja.

Cogió la bolsa de Jaqueline y la condujo hacia arriba.

La escalera de madera crujió amenazadora bajo su peso. Cuando Jaqueline asió la barandilla, se dio cuenta de que se tambaleaba. Apartó la mano rápidamente.

En el pasillo superior no había alfombra. Jaqueline vio un par de pantallas de lámpara deterioradas y se percató de la capa de polvo que cubría el suelo.

¿No tendrá ama de llaves?, reflexionó, pero no se atrevió a preguntarlo.

Warwick se detuvo ante la puerta de una habitación. La escudriñó con la mirada.

—Aún no está muy impresionada, ¿verdad?

Jaqueline bajó la mirada, abochornada. ¿Es tan evidente mi asombro por el estado de la casa?

—Yo no diría... —quiso replicar, pero Warwick la interrumpió.

—Es usted muy amable. Soy muy consciente de los problemas. Esta casa es un pozo sin fondo. Pero cuando se termine la reforma, esta joya será la envidia de toda la gente de la zona. De todos modos, usted tendrá una de las mejores habitaciones.

Cuando abrió la puerta, Jaqueline vio una habitación decorada con gusto. La cama de latón parecía nueva. Las fundas de las mantas y almohadas estaban recién cambiadas, ya que emanaban un débil aroma a lavanda. Además, también había un tocador, un armario y una pequeña cómoda. Sobre la silla ante el tocador había una jofaina de porcelana y de su respaldo colgaban toallas. Visillos de encaje blancos impolutos y cortinas azules adornaban las ventanas.

Probablemente, Warwick la redecoró por completo después de que le informara



de mi llegada, pensó.

—¿Le gusta? —Warwick se había hecho a un lado y miraba a su huésped, expectante.

Jaqueline asintió.

—Es preciosa.

—Bueno, pues siéntase como en su casa e instálese. Hasta el momento no he tenido personal, pero estoy seguro de que podré servirle una cena como es debido.

A pesar de que Jaqueline no tenía hambre, dio las gracias. En cuanto Warwick se hubo retirado, cerró la puerta.

De pronto, un mal presentimiento se apoderó de ella. No le gustaba nada la idea de tener que vivir sola con un soltero bajo un mismo techo. Si al menos hubiera personal en la casa, pensó. ¿Qué pensará la gente de mí cuando se enteren? Espero que no sea un inconveniente a la hora de buscar un empleo. Si hubiera sabido que vivía completamente solo, quizá no habría aceptado su oferta. A fin de cuentas nadie debería pensar que no tengo moral.

Se frotó las frías manos sin saber qué hacer. Pero finalmente llegó a la conclusión de que por el momento no tenía otra opción que quedarse allí.

Al fin y al cabo no es para siempre, se consoló. Cuando encuentre trabajo, seguro que mi patrón me ayudará a buscar otro alojamiento.

En la última población había estado atenta a tiendas y colegios, y había descubierto que había una línea de ferrocarril. Al parecer, la ciudad estaba en auge. Era muy posible que se necesitara ayuda aquí y allá. Quizás a alguien le interesara que sus hijos aprendieran alemán. ¡Seguro que la educación que había recibido de su padre le serviría de algo!

Estaba decidida a buscar empleo lo antes posible. Pero, por ahora, lo único que podía hacer era desempaquetar sus escasas pertenencias e instalarse.

La primera noche de Jaqueline en aquella casa fue muy intranquila. Había esperado que cuatro paredes y un techo sobre su cabeza bastaran para darle cierta sensación de seguridad. Pero se había engañado a sí misma.

Nunca había tenido tanto miedo como entonces, ni siquiera cuando habían pasado la noche en el bosque. Dio vueltas de un lado a otro de la cama. Las paredes crujían y crepitaban por todas partes. El viento murmuraba y silbaba tras las ventanas. El golpeteo de una contraventana le destrozaba los nervios. Ni siquiera la colcha estirada sobre su cabeza ahogaba los ruidos.

Sin embargo, no era solo la casa lo que le preocupaba.

No se veía gran cosa del supuesto patrimonio de Warwick. ¿Tal vez la reforma de la casa lo había arruinado?

Entonces, ¿por qué no me ha contado nada?

Un fuerte estallido interrumpió sus elucubraciones.

Jaqueline se incorporó en la cama, sobresaltada. ¿Eso ha sido un disparo?, se preguntó asustada. Después de mirar fijamente la oscuridad con temor durante un momento, se deslizó fuera de la cama y se acercó a la ventana.

Al principio no distinguió nada más que la luna, que aparecía una y otra vez entre nubes negras que pasaban a toda velocidad.

Entonces vio un haz de luz que caía sobre el patio. Al parecer, Warwick seguía despierto. ¿O había entrado alguien en la casa?

Jaqueline pensó en Christoph, que había pagado la lealtad con su vida. No suponía que Warwick tuviera enemigos, pero de todos modos quiso saber si todo estaba en orden.

Como no tenía bata, se echó el abrigo encima sin dudarle y se deslizó hacia la puerta.

Las lámparas del pasillo no estaban encendidas, así que avanzó a tientas con cuidado hasta la escalera. Desde allí vio la luz y oyó ruidos.

Como no sonaban extraños, supuso realmente que solo se trataba de Warwick. Pero de pronto la curiosidad se apoderó de ella. ¿Cómo sería el resto de la casa?

Su anfitrión la había conducido a través del vestíbulo al comedor y a la cocina, pero, a excepción de su propio dormitorio, no le había mostrado ninguna otra estancia.

Jaqueline ardía en deseos por saber más de Warwick. A pesar de que era muy locuaz, apenas hablaba de temas personales. Sus descripciones del tiempo que había pasado con su padre también habían sido superficiales. Hasta el momento aún no había comprendido por qué Anton Halstenbek había buscado la amistad precisamente de ese hombre, cuando muchas otras personas en todo el mundo podrían haberle ayudado de la misma manera.

Casi había dejado atrás la escalera cuando de repente un escalón crujió con fuerza bajo sus pies. El ruido le llegó a Jaqueline hasta la médula. Se quedó paralizada en el acto.

¿Lo habría oído Warwick? Curiosamente tenía miedo de que la sorprendiera. Pero aún no había movimiento. Seguían llegando los mismos ruidos desde el pasillo.

Una vez abajo, Jaqueline decidió inspeccionar el ala de la casa en la que aún no había entrado. Quién sabe, quizás haya allí hermosos muebles antiguos, pensó.

—¿Sigue despierta?

Jaqueline se quedó helada. De pronto, se sintió como si la hubieran cazado haciendo algo prohibido.

¿Qué debía decir?

¡Además, estaba ante él en camisón de manera completamente indecorosa! Le habría gustado que se la tragara la tierra de pura vergüenza. Jaqueline se cruzó el abrigo sobre el pecho y se giró.

Warwick estaba apoyado en el marco de la puerta. Su pantalón tenía manchas y estaba remangado. Le habría encantado saber qué trabajo lo requería por las noches.

Pero no se atrevió a preguntar.

—Quería servirme un vaso de leche en la cocina —mintió.

—Pero a la cocina se va por allí —respondió Warwick con una sonrisa, y señaló con el pulgar sobre su hombro.

—Oh, me he confundido.

Sonrió insegura y sintió que se ponía colorada. De pronto se sentía desnuda. Warwick le bloqueó momentáneamente el camino y la escudriñó. Su mirada avivó su bochorno.

—¡Entonces adelante, *miss* Halstenbek! —dijo finalmente—. Ya sabe dónde encontrar la leche.

Jaqueline se deslizó rápidamente junto a él. Percibió claramente que Warwick la seguía con la mirada y se alegró de poder sumergirse en la oscuridad de la cocina.

Después de haberse servido un vaso de leche, atravesó de nuevo el pasillo en dirección a la escalera. Warwick había desaparecido. Había cerrado la puerta de la que salía el haz de luz. Ahora eran dos faroles del vestíbulo los que proporcionaban algo de claridad.

Se dirigió apresuradamente a la escalera tiritando de frío, mientras oía que Warwick seguía trabajando tras la puerta cerrada.

Tendría que haber echado un vistazo a la habitación antes, se le ocurrió mientras ascendía de nuevo las escaleras. Pero quizá sea mejor que no sepa a qué se dedica.

En su habitación, Jaqueline se acercó otra vez a la ventana. La luz seguía allí, pero ya no se oían estallidos.

A pesar de que sabía que la leche no la tranquilizaría, se bebió todo el vaso y volvió a meterse en la cama. Siguió mirando fijamente la oscuridad durante un rato, hasta que se sumió en un sueño liviano.

## 6

Cuando Jaqueline se despertó a la mañana siguiente, el sol ya brillaba en lo alto del cielo. Los pájaros gorjeaban ante su ventana.

¡Ay, Dios mío!, pensó, mientras se frotaba las telarañas de los ojos. Warwick creerá que eres una holgazana.

Se levantó, llevó a cabo su aseo matutino y se vistió rápidamente.

Al mirarse en el espejo medio empañado, tuvo que reconocer que en realidad encajaba perfectamente en aquella casa: su vestido azul tenía aspecto sucio y en los codos había zonas rozadas. A pesar de que se avergonzaba de ello, decidió dejárselo puesto, ya que las demás prendas de su vestuario también estaban bastante gastadas.

En cuanto haya encontrado un empleo, me compraré bonita ropa nueva, pensó. Como institutriz no puedo pasearme así por ahí.

Cuando llegó abajo, no oyó nada. Parecía que su anfitrión había salido.

—¿*Mister Warwick*? —llamó una vez más para estar segura, pero no obtuvo respuesta.

Sobre la mesa de la cocina encontró el desayuno y una nota que explicaba la ausencia de Warwick.

«He ido a caballo a Saint Thomas para ocuparme de sus papeles», decía en ella. Eso reconcilió ligeramente a Jaqueline con las condiciones de la casa.

Al fin y al cabo se está ocupando de mis asuntos tal y como prometió, pensó. Quizás haya partes de él que encajen con sus afectuosas cartas.

Aliviada por el hecho de que su vestido no tendría que resistir las miradas escrutadoras de Warwick, se sentó a la mesa y se abalanzó sobre las gachas de avena, que con azúcar y canela tenían un sabor aceptable. Además, también le había dejado algunas de las galletas que habían comido durante el camino hasta allí.

El café, bastante fuerte, ahuyentó el último atisbo de cansancio de Jaqueline y despertó su espíritu emprendedor.

Como el sol brillaba, después de desayunar decidió explorar el jardín abandonado y dar un pequeño paseo. Por el camino había descubierto algunos árboles preciosos. Además, era posible que bajo los restos de nieve los primeros brotes estuvieran asomando la cabeza. Jaqueline sonrió al pensar en los crocus violeta, que quizá también crecieran allí.

Después de lavar los platos, regresó a su habitación a buscar el abrigo. A continuación bajó contenta de nuevo.

¡Caramba, la puerta estaba cerrada! Jaqueline se apartó sorprendida. No me habrá encerrado, ¿verdad?

Como la llave no estaba en la cerradura y no encontró ninguna otra llave, se dispuso a buscar una segunda salida.

Warwick había mencionado que la propiedad había pertenecido en su día a una familia acomodada. Así que seguro que también había habido criados, que

normalmente disponían de una entrada propia a sus habitaciones.

Jaqueline sintió una punzada al pensar en ello, ya que de pronto vio a Christoph de nuevo ante ella. Christoph, que había tenido que pagar con la vida su valentía al protegerla. Christoph, que no había querido marcharse...

Cuando por fin logró sacudirse la tristeza, regresó a la cocina y miró a su alrededor con más atención. Y detrás de una cortina se escondía efectivamente un pasillo, que conducía a una habitación que probablemente en su día había hecho las veces de lavadero. Aquí el aire era especialmente frío, de manera que su aliento se congeló en una pequeña nube. Las paredes estaban impregnadas del olor a jabón duro y lejía. Pero la tina y la calandria estaban llenas de mugre y era evidente que ya no se utilizaban. ¿Lavaba Warwick su colada en la ciudad? ¿O quizá tenía a alguien que se ocupaba esporádicamente del mantenimiento de la casa?

Finalmente, Jaqueline encontró una puerta que parecía la salida de los criados. También estaba cerrada. No vio ninguna llave.

La contrariedad dio paso a un mal presentimiento.

¿Es este hombre realmente Warwick? ¿O quizá se ha instalado en esta casa alguien que solo se hace pasar por Warwick? Jaqueline desechó la idea de inmediato. Era demasiado descabellada.

Pero el temblor de su pecho y los pinchazos en su estómago no remitían. Jaqueline paseó intranquila de un lado a otro del lavadero. Preguntas y más preguntas se arremolinaban en su cabeza:

¿Cómo ha podido encerrarme aquí? ¿Qué busca con ello? ¿Y qué será de mí si no regresa?

Podría saltar por la ventana, pensó. Regresó rápidamente al vestíbulo y se acercó a la primera ventana que vio.

Pero, ¿qué era aquello?

Los ojos de Jaqueline se abrieron como platos. Se dio cuenta, consternada, de que la ventana no tenía tirador. Ya había visto que en su habitación no había posibilidad de abrir la ventana. Pero, ¿sucedió lo mismo con las ventanas de la planta baja?

Después de que Jaqueline comprobara que ninguna de las ventanas del vestíbulo tenía tirador, corrió al comedor. Probó en cada ventana, pero ninguna se abría.

¿Quizás es que soy demasiado tonta?, se preguntó al final. La ventana del hotel sí que conseguí abrirla...

Cuanto más avanzaba por la casa en busca de una ventana que pudiera abrir, más extraña era la sensación que tenía. Se perdió por dos estancias vacías, se encontró ante dos puertas cerradas, y cada vez se sentía más confusa y recelosa. La falta de tiradores no fue lo único que le llamó la atención, sino también que había por allí más cajas que muebles.

Al parecer, las únicas salas completamente amuebladas eran el comedor, el vestíbulo y la habitación de Jaqueline. Y quizá las estancias cerradas, donde posiblemente se alojaba Warwick. En el piso superior también había una puerta

cerrada. Jaqueline miró con curiosidad a través de la cerradura y se apartó sorprendida.

¡Detrás de aquella puerta había efectivamente una habitación completamente amueblada!

El estómago de Jaqueline se encogió aún más. Puede que tenga miedo de que le robe. Eso también aclararía por qué ha cerrado la puerta de la casa...

Jaqueline se apoyó en la pared junto a la puerta cerrada. Una corriente de aire que recorrió el pasillo hizo que temblara de frío.

Nada encaja con la imagen que me había hecho de Warwick, admitió. Escribía cartas amables y comprensivas y ahora me encierra como si fuera una niña desobediente. Me hizo creer que era un hombre de éxito y adinerado y su casa ni siquiera está terminada. ¿En qué estaba pensando? No se lo explicaba. Si quiero salir fuera a toda costa, no tengo más opción que romper un cristal.

Sin embargo, no quería hacerlo hasta que Warwick le diera una explicación de su comportamiento. Quizá debería hacer mi colada entretanto, pensó Jaqueline resignada. Desde luego, hay suficientes habitaciones libres para dejar que se seque.

Después de escuchar con atención el viento durante un rato, se puso manos a la obra.

Cuando cayó la tarde, Jaqueline ya no sabía qué hacer de pura inquietud. Una vez su colada estuvo impecable, no había hecho nada en todo el día. Miraba por la ventana de la cocina preocupada. Los árboles parecían guardianes amenazadores contra el cielo violeta del crepúsculo. Un ave rapaz negra volaba en círculos sobre sus copas, después se lanzó sobre ellas y desapareció de la vista. Probablemente ahora esté despedazando con placer su botín, pensó Jaqueline, y sintió un escalofrío.

Todavía no había ni rastro de Warwick. ¿Dónde se habría metido tanto tiempo? No era posible que llevara todo un día ocuparse de sus papeles. ¿Habría sido una excusa tonta? ¿Y si ese hombre no es Warwick, sino alguien que lo ha liquidado? Estas preguntas llevaban horas torturando a Jaqueline. Pero siempre se reprendía a sí misma: ¡No seas ridícula! Seguro que Warwick tiene una explicación para todo esto.

Cuando la luz fue demasiado débil, regresó a la mesa. En el armario de la cocina había encontrado una lámpara de petróleo que ahora encendió. El olor del petróleo ardiendo le invadió la nariz. Un soplo de aire cálido le acarició el rostro. La luz empujaba la oscuridad hacia las esquinas, pero no lograba ahuyentar los miedos de Jaqueline.

A pesar de que no había comido nada salvo el desayuno, no tenía hambre. Warwick había dejado suficientes provisiones, pero no había conseguido tragar ni un bocado. Esperaría a que volviera para comer.

Si es que regresaba. Sintió que el pánico volvía a crecer en su interior.

Entonces se oyó ruido de cascos fuera.

Jaqueline se levantó de un salto y se precipitó hacia la ventana.

Efectivamente, un jinete galopaba por el patio. Sus rasgos no se veían en la oscuridad, pero le pareció reconocer la silueta de Warwick.

Corrió hacia el vestíbulo de inmediato. A pesar de que sentía alivio por su regreso, al mismo tiempo estaba terriblemente furiosa.

Puede que sea desagradecido por mi parte, pensó. Pero me debe una explicación por haberme encerrado y por la falta de tiradores en las ventanas.

Oyó los pasos de Warwick en la escalera y este entró por la puerta.

Pareció sorprenderle que Jaqueline lo esperara en la entrada.

—¡Señorita Halstenbek! Espero que haya tenido un buen día.

Su sonrisa no hizo más que aumentar la ira de Jaqueline.

—¿Qué significa esto, *mister* Warwick? —le increpó.

Él levantó las cejas, asombrado.

—¿De qué está hablando?

—¡Me ha encerrado! —disparó Jaqueline—. Además, no se puede abrir ninguna ventana.

—¿Pensaba saltar por la ventana?

—¿Habría tenido otra elección?

Warwick parecía cogido por sorpresa.

¿Lo habré abordado con demasiada dureza?, se preguntó Jaqueline, pero entonces recordó el miedo que había sentido. Y todo solo porque probablemente se ha olvidado de que estaba aquí. O me ha encerrado a propósito, para que no me relacione con la gente de la zona, reflexionó.

—Pensaba que no le apetecería salir de la casa —respondió finalmente mientras dejaba su bolsa—. Además debía protegerla de los intrusos. Los furtivos y los iroqueses hacen de las suyas por la zona. No le gustaría encontrarse con ellos, ¿verdad?

Jaqueline miró a Warwick con los ojos muy abiertos. A juzgar por su tono, no tenía mala conciencia en absoluto.

—Perdóneme, por favor, ¡no quería causarle ninguna molestia! —cedió finalmente, pero ni siquiera su sonrisa podía disimular el hecho de que los motivos que había mencionado no eran más que excusas—. Me he demorado en Saint Thomas más tiempo del que pensaba. En realidad quería haber vuelto para el mediodía.

Jaqueline asintió escuetamente, a pesar de que el enfado aún le rondaba por dentro, ya que era evidente que era inútil discutir sobre el tema.

—Por cierto, ¿cómo van mis papeles? —preguntó Jaqueline durante la cena.

Warwick había traído filetes de la ciudad y los habían asado. No estaban tan buenos como los del pub de Búfalo, pero Jaqueline estaba satisfecha. Y Warwick también parecía estarlo, ya que engullía las porciones como si estuviera muerto de

hambre.

—Aún llevarán un tiempo —respondió masticando y tomó su copa de vino. El tinto que contenía provenía de la bodega que Warwick tenía bajo la casa, que Jaqueline no había localizado—. Realicé las solicitudes antes incluso de su partida, pero no son los únicos documentos que debe gestionar el gobierno.

—¿Y puedo quedarme aquí sin papeles? —preguntó Jaqueline, escéptica.

—Solo como visitante. Como inmigrante debe naturalizarse, por supuesto. Eso significa que mientras no tenga sus papeles, tampoco le corresponde ningún derecho civil. Pero de todos modos no pensaba aprovecharlos inmediatamente, ¿verdad?

Jaqueline se preguntó qué derechos le corresponderían en aquel país. Se había implicado en el derecho a voto de las mujeres, por el que se luchaba en todo el mundo sin obtener resultados dignos de mención. Seguro que Canadá no era ninguna excepción, y a Jaqueline casi le dio la impresión de que Warwick se burlaba de ella al hablar de derechos civiles.

—¿Y qué opciones tengo de trabajar si no tengo papeles? —siguió preguntando.

—Eso depende de aquellos que quieran contratarla. Pero yo creo que debería seguir descansando durante una temporada. En las próximas semanas el tiempo mejorará y podríamos hacer excursiones por la zona. Hay mucho por descubrir.

Jaqueline sintió que un mal presentimiento se extendía por su interior. ¿Tiene algo en contra de que me gane mi propio sustento?, se preguntó. El matiz de sus palabras era inequívoco. Inmediatamente sintió repugnancia.

Puede que fuera amigo de mi padre, pero no puede decidir por mí, pensó mientras seguía comiendo en silencio.

Tras la cena, Warwick propuso mostrarle algunos mapas que le había comprado a su padre. Una propuesta que Jaqueline aceptó encantada. El corazón se le aceleró al recordar a su querido padre y estaba deseando saber más sobre su vida de cartógrafo.

—Su padre era un auténtico genio, *miss* Halstenbek —explicó Warwick, mientras desenrollaba los mapas sobre la mesa del comedor—. También le acompañé en su último viaje por Canadá. Estaba completamente fascinado por el río San Lorenzo. Y naturalmente por los Grandes Lagos. Nosotros nos encontramos en uno de ellos.

Señaló una gran mancha ovalada en el mapa; después, una mancha que representaba la ciudad.

Jaqueline acarició pensativa con el dedo el tosco papel, cuyo margen estaba adornado con preciosos dibujos naturales. Eran los mismos toscos pliegos de papel que su padre almacenaba en Hamburgo y que los acreedores se habían llevado de la casa.

Debe de tratarse de un original, pensó. Los ojos se le llenaron involuntariamente de lágrimas.

—¿De dónde ha sacado este mapa?

—Su padre me lo dejó. Solo es una copia, pero gracias a este mapa no me he perdido jamás por esta zona.



Jaqueline reconoció por su sonrisa que estaba bromeando.

—Quizás, en primer lugar, deberíamos tomar esta ruta y viajar a las cataratas del Niágara. Puede que su padre le hablara de ellas.

Jaqueline se secó las lágrimas disimuladamente.

—Sí. Un lugar en el que inmensas masas de agua se precipitan al vacío.

—Correcto, pero es imposible expresar la sensación de estar justo allí y ver el espectáculo de la naturaleza con sus propios ojos. Se siente el retumbar del agua en el pecho y el vapor que desprende se posa sobre la ropa humedeciéndola.

La idea de encontrarse ante las rugientes cataratas del Niágara despertó la ilusión de Jaqueline. No podía esperar a verlas.

La noche siguiente también durmió inquieta, pero esta vez no oyó disparos. Tampoco se atrevió a bajar, a pesar de que Warwick volvió a hacer ruido. Hacia la medianoche tuvo la sensación de que alguien entraba en su habitación, pero al levantarse del susto con el corazón en un puño, constató que estaba sola.

Cuando Jaqueline se despertó a la mañana siguiente, Warwick había salido otra vez de la casa. ¿Tendría que pasar otro día recluida? Sin embargo, en la cocina descubrió una llave y una nota junto a su plato del desayuno. «Por si acaso», decía. Después de comer, cogió la llave y subió a su habitación.

Quizá debería dar un paseo hasta la ciudad, pensó. Allí seguro que hay una tienda en la que poder comprar un par de cosas. Puede que también averigüe algo sobre Warwick y sus negocios.

Mientras buscaba la bufanda, que había guardado con sus papeles en el bolso, Jaqueline se dio cuenta, horrorizada, de que el sobre en el que guardaba los documentos y el dinero no estaba allí.

¿Es posible que se me cayera por descuido al desempaquetar?, se preguntó, y registró el suelo. Incluso se agachó para mirar bajo la cama, pero no encontró más que un par de gruesas pelusas de polvo. Quizá lo guardé sin querer con mi ropa interior en el cajón de la estantería, se le ocurrió. Pero, a pesar de buscarlo febrilmente, no lo encontró.

¿Me lo robarían en el pub?, se preguntó. ¿O el sobre estará en alguno de los vestidos que he lavado?

Jaqueline casi tropezó por los nervios cuando descendía las escaleras a todo correr y se precipitaba en el lavadero. Rebuscó en los bolsillos y los pliegues de los vestidos colgados en las cuerdas de tender, miró en el suelo y los alféizares; nada.

¿Era posible que Warwick hubiera encontrado el sobre y se lo hubiera llevado para guardarlo?

Entonces me lo habría dado, reflexionó mientras se apoyaba, agotada, en la pared.

Una terrible sospecha se apoderó de ella. No, no puede ser. ¡Warwick no te ha robado, Jaqueline! Es sencillamente imposible. Seguro que hay una explicación inocente para todo esto, se dijo.

Pero no estaba muy convencida.

Jaqueline regresó a su habitación y se lanzó sobre la cama. Había perdido por completo las ganas de ir a la ciudad. En su cabeza se arremolinaban muchas preguntas: ¿Es realmente imposible que haya perdido el sobre? Y si Warwick lo ha cogido, ¿qué motivo podría tener para ello?

Recordó su parloteo sobre el matrimonio y lo que le había dicho acerca de descansar y viajar con él. También se acordó de que había llamado a su casa un pozo sin fondo. ¿Lo habría conducido a la ruina?

La idea la golpeó como un rayo:

¡Warwick espera que me case con él!

Al fin y al cabo, él vio a padre hacerse rico con su trabajo. Ella nunca le había mencionado a Warwick la ruina de su padre. Warwick posiblemente cree que he podido emprender este viaje gracias a su patrimonio...

De pronto, Jaqueline sintió una gran losa en el estómago.

Debí haber sido sincera, se dijo. Quizás entonces Warwick ni siquiera me habría ofrecido ayuda. Pero, ¿serán ciertas mis suposiciones? ¿Debería hablar con Warwick?, se preguntó. Probablemente no sirva de nada. Pondrá la misma cara de inocente que ayer y asegurará que hay una buena razón para todo ello.

Jaqueline decidió mantener los ojos y los oídos bien abiertos y averiguar por sí sola lo que tramaba Warwick. Se levantó y se propuso dar un paseo a pesar de todo. El aire fresco la ayudaría a ordenar sus pensamientos.

Cuando Warwick regresó por la noche, Jaqueline se prohibió realizar reproche alguno. A pesar de que bullía de ira y le habría gustado soltarle todo lo que había acumulado en su interior, se obligó a contenerse.

Ya averiguaré si ha cogido mis papeles y el dinero, pensó. Pero no puedo permitir que sospeche.

—¿Cómo ha ido su día, *miss* Halstenbek? —preguntó Warwick con alegría mientras dejaba en el suelo las alforjas—. ¿Ha visto la llave?

—Sí, la he visto, *mister* Warwick. Muchas gracias.

—¿Ha disfrutado de su libertad?

—He dado una vuelta, pero creo que tiene razón. En verano esto será mucho más bonito.

Mientras le sonreía, Warwick sacó un paquetito de una de las alforjas y se lo tendió.

—Le he traído algo. Me he tropezado con ello en Saint Thomas y me ha parecido tan apropiado para usted que no he podido pasar de largo.

El paquetito era suave y bastante pesado. La lona en la que estaba envuelto tenía varias manchas.

Jaqueline miró estupefacta a Warwick. Ayer mismo se habría vuelto loca de alegría por recibir un regalo de él, pero en aquel momento eran otras sensaciones las que surgían en su interior. Se le encogió el estómago y lo único en lo que podía pensar era: Probablemente lo ha comprado con mi dinero. El dinero que los Petersen me dieron para construir una nueva vida.

—¿Qué sucede? —preguntó Warwick, sorprendido.

Jaqueline se reprendió. ¡No puedes dejar que note nada!, le advirtió su voz interior. Es probable que crea que aún no te has dado cuenta de la pérdida del sobre. Deberías dejar que siguiera creyéndolo.

—Yo... estoy completamente impresionada. —Jaqueline se obligó a esbozar una

sonrisa—. No habría imaginado que...

—¿Qué le regalaría algo? —Warwick se echó a reír—. Puede que mi casa sea un desastre, pero mis maneras no lo son. Ábralo, ¡quiero saber si he acertado!

Jaqueline vaciló un instante antes de soltar el lazo. De pronto, tuvo en las manos una estola de piel. Era marrón y blanca y era la cosa más suave que había tocado jamás.

—Para que no pase frío en nuestro próximo viaje —explicó Warwick mientras la observaba con atención.

A Jaqueline le costaba respirar. La rabia la estrangulaba de tal manera, que casi olvidó seguir con su farsa. Entonces recordó a las asistentes a los antiguos bailes de sociedad. Trató de imitar sus rostros amables, que en ocasiones también era falsos.

—¡Qué pieza tan maravillosa! —exclamó e incluso fue capaz de arrojar al cuello de Warwick—. Muchísimas gracias. Estrenaré la estola en mi próxima excursión.

Warwick sonreía contento.

—La cena también está solucionada —declaró de buen humor. Con estas palabras se volvió y sacó un conejo de la otra alforja.

Jaqueline contempló con asco el animal, que posiblemente se había partido el cuello en un cepo. Cuando Warwick desapareció con él en la cocina, se preguntó en secreto si ella también sería una criatura indefensa que había caído ingenuamente en su trampa.

Al comer el estofado de conejo, que Warwick había preparado él solo para alivio de Jaqueline, esta intentó no pensar en el pobre animal que tenía sobre el plato. Si era sincera, la comida no sabía nada mal. A pesar de que Warwick no había escatimado en vino tinto mientras cocinaba y había bebido una copa tras otra, no logró sonsacarle nada sobre sus negocios. También respondió hábilmente con evasivas a todas sus preguntas personales. Jaqueline ni siquiera logró averiguar nada sobre su familia.

—Mi relación con ellos no es especialmente buena —respondió Warwick en tono lapidario—. Perdimos el contacto hace ya mucho tiempo.

¿Qué más podía preguntar ante eso?

Volvió a su habitación bastante temprano.

—Estoy muy cansada del paseo —puso como pretexto y le deseó a Warwick las buenas noches.

Sin embargo, no se cambió, ya que había decidido investigar y no quería que Warwick la pillara de nuevo en camisón.

Debo tener cuidado, se advirtió mientras se dejaba caer en la cama y escuchaba con atención.

Cuando los ruidos en el piso inferior se extinguieron, se levantó de nuevo. Estaba segura de que Warwick se había retirado a descansar. No sabía dónde estaba su

dormitorio, probablemente fuera una de las habitaciones cerradas. Pero eso no era lo que buscaba.

Se deslizó hacia la puerta de puntillas, abrió una rendija y oteó hacia fuera. Cuando creyó que no había moros en la costa, salió al pasillo.

Si tiene mis papeles, seguro que los guarda en su despacho, pensó. Y si no los encuentro allí, buscaré en otro sitio. Solo esperó que no cerrara también las puertas cuando estaba allí.

Descendió la escalera con cuidado, sin utilizar los escalones que crujían. En el vestíbulo, la oscuridad era absoluta.

Seguro que debo buscar en la estancia en la que ha estado durante las últimas noches, pensó, y escuchó con mucha atención.

¡Gracias a Dios! Todo estaba tranquilo. Jaqueline avanzó a tientas lentamente. Finalmente agarró el picaporte. Cuando el pestillo saltó, contuvo el aliento y miró a su alrededor una vez más.

Aún no había ni rastro de Warwick.

Abrió la puerta, aliviada, y entró.

A la luz de la luna, Jaqueline distinguió un escritorio y estanterías. Innumerables cajas se apilaban junto a una pared.

Había documentos y libros de cuentas esparcidos por todas partes. Cartas sin abrir se amontonaban desordenadamente sobre el escritorio. Intentando modificar lo mínimo aquel caos, tomó el escrito de la parte superior del montón y se acercó con él al lugar mejor iluminado por la luz de la luna.

Era el requerimiento de un comerciante de pieles, que exigía el pago por sus mercancías. La suma era considerable. Warwick había recibido pieles por valor de miles de dólares canadienses, pero no las había pagado.

Jaqueline supuso que Warwick sería algo así como un vendedor de artículos variados o un propietario de almacén.

Efectivamente, bajo las cartas que levantó cuidadosamente y dejó de nuevo en su sitio tras leerlas, encontró también otras dirigidas a una dirección comercial en Detroit.

Pero la ciudad se encuentra al otro lado de la frontera estadounidense, se sorprendió. ¿Habría huido Warwick a Chatham para escapar de sus acreedores?

Finalmente, Jaqueline encontró escritos que ella misma conocía bien. Eran avisos de embargo.

Entonces, ¿por qué ha comprado esta casa aquí y de dónde ha sacado los muebles?, se preguntó Jaqueline asustada, mientras el corazón se le subía a la garganta. ¿Los escondería al prever que su negocio fracasaría?

—¡Así me lo agradece! —retumbó de pronto una voz detrás de Jaqueline.

Se apartó del escritorio, asustada. Se volvió con el corazón acelerado y las manos temblorosas.

Warwick, que se elevaba ante ella con ropa oscura, le pareció un malvado

demonio.

—La acojo en mi casa, le hago un regalo, ¿y usted husmea entre mis cosas? — rugió, y se inclinó amenazadoramente sobre ella.

A pesar de que Jaqueline casi se moría de miedo, ya no vio más motivos para mantener la farsa.

—¡Me ha robado mis papeles! —le espetó furiosa—. Y mi dinero también. Probablemente ha comprado la piel con eso, ¿no es cierto? ¡Está usted arruinado, Warwick!

Él no se movió. Únicamente sus ojos chispeantes delataban lo furioso que estaba.

Jaqueline se dio cuenta de que estaba atrapada en aquella habitación. Pero ya no había vuelta atrás. ¡Quería aclararlo todo!

—¿Dónde están mis cosas? ¡No tenía usted ningún derecho a llevárselas! —añadió.

—Sus papeles están a buen recaudo —respondió con una serenidad asombrosa—. De todos modos, el asunto de su naturalización no pinta nada bien.

Estas palabras comprimieron el estómago de Jaqueline. No sabía qué decir, ya que lo irremediable de su situación le había arrebatado todo ánimo.

—Hay dos posibilidades, *miss Halstenbek* —explicó Warwick fríamente—. O se marcha, algo que le resultará difícil debido a la falta de medios, o se casa conmigo y al hacerlo se convierte en ciudadana canadiense.

Jaqueline lo miró atónita. ¡Claro! Sus suposiciones eran ciertas. Warwick lo había planeado desde el principio. Al animarla a viajar a Canadá, había contado con su herencia.

—No me casaré con usted —replicó—. Y mucho menos después de que me haya engañado y robado. ¡Abandonaré su casa inmediatamente!

De pronto, pareció que algo explotaba en la cabeza del hombre.

—¡Oh, no, no lo harás! —le increpó, y levantó la mano con gesto amenazador.

El corazón de Jaqueline dio un vuelco, pero no dio ni un solo paso atrás.

—¡No puede obligarme!

—¡Claro que puedo! —Los ojos de Warwick se entrecerraron—. ¡Te casarás conmigo! ¡Aunque tenga que arrastrarte de los pelos! ¡Necesito el dinero de tu padre y estoy dispuesto a todo por él! ¡Así que ten cuidado!

Estas palabras golpearon a Jaqueline como una bofetada. La desesperación comenzó a crecer en su interior. Estaba a merced de aquel tipo. ¿Qué sucedería? ¡Ojalá le hubiera escrito diciéndole que padre estaba arruinado!, pensó. ¿Por qué fui demasiado orgullosa para reconocerlo?

—A mi padre ya no le quedaba ni un céntimo —acertó a decir finalmente con voz lastimera—. Cuando murió estaba en quiebra. ¿Por qué cree que quería emigrar? No me ha quedado ni la casa. Todo lo que tenía era el dinero para la travesía.

—¡Mientes! —rugió Warwick.

Está loco, pensó Jaqueline, horrorizada. Debo marcharme de aquí antes de me

haga daño. Saltó hacia la puerta, pero Warwick la persiguió y la agarró bruscamente del brazo.

A pesar de que sabía que nadie acudiría en su ayuda, Jaqueline gritó tan alto como se lo permitieron sus fuerzas.

—¡Tú grita! De todos modos nadie te oirá —siseó Warwick—. Te quedarás aquí hasta que accedas a convertirte en mi esposa. No puedo arriesgarme a que te detengan y te condenen por ser inmigrante ilegal.

Entonces se la llevó a rastras.

Jaqueline se resistió con todas sus fuerzas. Pataleaba, daba golpes a su alrededor y arañó la cara de Warwick hasta que este le giró la muñeca y la golpeó en la sien con su propio puño. El estupor se apoderó de ella y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Warwick la arrastró por el pasillo, abrió una puerta con el pie y empujó a Jaqueline dentro de la habitación con tanta brusquedad que ella cayó al suelo.

—¡Te quedarás aquí hasta que entres en razón! —gruñó. Entonces cerró la puerta tras él.

Cuando Jaqueline oyó que giraba la llave, se echó a llorar desconsoladamente. ¡Qué inocente había sido! Probablemente ni siquiera había hecho ningún esfuerzo por tramitar su naturalización. ¿Podría siquiera solicitarlo sin estar emparentado con ella y sin autorización alguna por su parte? No sabía qué le dolía más: los abusos de Warwick o darse cuenta de que había sido demasiado confiada y se había equivocado por completo con él.

Jaqueline estaba sentada en el suelo y miraba con los ojos enrojecidos hacia la ventana, tras la cual velos de nubes de color plomizo ocultaban el cielo matutino; una imagen tan desoladora como su situación.

Ya llevaba tres días en cautiverio, tres días había aguantado en una habitación vacía y sin calefacción.

Warwick quiere ablandarme, pensó mientras se abrazaba las rodillas temblando de frío. Pero ¡jamás me casaré con él!

Todo ese tiempo había intentado convencerlo de que no poseía nada más que el contenido del bolso. Sin embargo, Warwick no la creía. A primera hora del día anterior, cuando le había llevado la comida, le había reprochado la cantidad de dinero que llevaba consigo. Dinero que había despilfarrado hacía tiempo, como ya había admitido.

Al indignarse Jaqueline, había reaccionado diciéndole que «cuando seas mi mujer, tu dinero sea mío de todos modos», y había desaparecido.

Cuando la puerta se abrió de golpe de nuevo, se estremeció. Contrariamente a lo que esperaba, Warwick no había salido de la casa esa mañana.

Entró con una bandeja y la miró con ojos vidriosos.

Pan, carne seca, galletas duras y una manzana. También una pequeña jarra de agua; la ración diaria de la prisionera, pensó Jaqueline con amargura.

Warwick despedía vapores de alcohol. ¿Habría bebido?

Sus mejillas encendidas y su mirada inestable eran indicios claros.

—Y bien, ¿lo has pensado? —balbuceó, y dejó la bandeja junto a Jaqueline.

Al incorporarse, se tambaleó.

Efectivamente, ha bebido, pensó Jaqueline, y de pronto supo: ¡Es mi oportunidad!

En lugar de responder, se levantó rápidamente de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¡Detente, maldita!

Al oír sus pesados pasos tras ella, a Jaqueline se le cerró la garganta de miedo, pero sus piernas la obedecieron. Corrió tan rápido como pudo hacia la puerta de la casa. Por favor, Dios mío, ¡que no esté cerrada!, suplicó mentalmente.

Al agarrar el picaporte, oyó una risa maliciosa tras ella.

La puerta estaba cerrada.

Una vez superada la impresión, Jaqueline se volvió. Warwick se abalanzaba sobre ella como un toro furioso.

¡La cocina!, se le ocurrió. Puede que la entrada de los criados esté abierta.

Evitando a Warwick con habilidad, corrió hacia la parte trasera de la casa. A pesar de sentir punzadas en el costado, no se detuvo.



¡Tienes que salir de aquí! ¡Tienes que salir de aquí!, se repetía, y abrió la puerta de la cocina de golpe. Percibió el aroma a whisky. Había varias botellas sobre la mesa y el suelo. Jaqueline saltó sobre los obstáculos como un corzo perseguido.

Pero, de pronto, una pesada mano le rodeó el cuello. El gesto la dejó sin aire y comenzó a jadear. Aparecieron estrellas ante los ojos al tiempo que Warwick la empujó al suelo y ella vio su rostro sobre el suyo.

El tufo a aguardiente la mareó.

—Has olvidado que he cerrado la puerta, cariño —dijo burlón—. Ya te dije que no saldrías de aquí. Y si no me quieres, tendré que apretarte las tuercas.

Su rostro encendido se desdibujó tras un velo de lágrimas; en cambio, Jaqueline sintió su mano con mucha más intensidad. Esta se abrió paso bruscamente bajo su falda y avanzó a tientas entre sus muslos.

—Me estarás incluso agradecida de no convertirme en una solterona —murmuró, y acercó los labios húmedos a su oreja.

Jaqueline cerró las piernas con asco. Dio golpes a su alrededor y se defendió por todos los medios posibles. Esta vez no había ningún Christoph que pudiera impedir el mal que la amenazaba.

—Una vez que te haya poseído tendrás que aceptarme, maldita —balbuceó, y tiró violentamente de su ropa interior.

Bajo el peso de Warwick, que se había colocado sobre ella, Jaqueline trataba de respirar con pánico. ¿Qué debía hacer? Apartó la cabeza con repugnancia. ¡Una botella! Junto a ella había una botella de whisky llena. ¡Eso podía ser su salvación!

Cuando Warwick hundió la cara en su cuello, Jaqueline trató de luchar contra los sollozos y los temblores. No tendrás otra oportunidad, ¡así que contrólate!, se ordenó, y estiró la mano derecha hacia la botella. Finalmente, las yemas de sus dedos alcanzaron el vidrio. El frío atravesó su mano como un calambre.

Apenas hubo agarrado el cuello de la botella, Warwick se incorporó. Al disminuir ella la resistencia, él parecía haber entendido que daba su consentimiento.

—Qué, a ti también te gusta, ¿eh? —jadeó mientras extendía los muslos y se abría el pantalón.

En ese mismo momento Jaqueline, le estrelló la botella contra el cráneo con todas sus fuerzas. Un aluvión de whisky se derramó sobre el rostro del hombre y el cristal roto le hizo un corte en la frente.

Warwick aulló y se limpió los ojos. Jaqueline rodó hacia un lado y se levantó a duras penas, tan rápido como pudo. Sus rodillas eran de mantequilla, se sentía mareada. Pero no pensaba en otra cosa que en huir. Corrió hacia la puerta con la intención de romper una ventana del lavadero. Entonces sintió un fuerte golpe en la nuca.

Lo vio todo negro, cayó de rodillas y se desplomó hacia delante.

Cuando Jaqueline volvió en sí, vio un techo blanco. El olor a polvo y madera le inundaba la nariz. Una corriente fresca que se deslizaba bajo la ventana le acariciaba la cara.

¡Estoy de nuevo en mi celda!, comprendió.

De pronto, sintió frío y calor al mismo tiempo. ¿Habría aprovechado Warwick su inconsciencia y habría abusado de ella? Jaqueline se incorporó, miró hacia abajo y se levantó las faldas. No había sangre y tampoco sentía dolor. Se apoyó en la pared, aliviada. La bandeja con su comida había desaparecido. Parecía que Warwick quería matarla de hambre.

Nunca volveré a tener una oportunidad de huida así, pensó, y fue consciente de lo irremediable de su situación. ¿Qué debía hacer ahora? Vencida por la desesperación, rompió a llorar.

Oyó pasos tras la puerta. Jaqueline se secó rápidamente la cara.

Aquí está otra vez, pensó temerosa. ¿Lo intentará de nuevo?

Antes de que la puerta se abriera, se retiró a la esquina más alejada de la estancia.

Warwick entró tambaleándose con una sonrisa ebria. Se había vendado mínimamente la herida, pero sus mejillas seguían embadurnadas de sangre.

—Tienes suerte de que te necesite a ti y a tu dinero. —Por cómo hablaba, había anestesiado el dolor con alcohol.

A pesar de que Jaqueline temblaba de miedo, se propuso no mostrar debilidad.

—No tengo dinero —declaró, aunque en aquel momento quizás hubiera sido mejor callar.

—¡Sí, sí que tienes! Lo sé perfectamente, tu padre era un hombre rico. Por aquel entonces también, cuando aún estaba en Canadá.

Jaqueline cerró los ojos desesperada.

¿Qué puedo hacer para que entre en razón? ¿El golpe en la cabeza lo ha enloquecido aún más?

—Si vuelves a hacer algo así, te moleré a palos. Como castigo no tendrás nada de comer hasta nueva orden. ¡Avísame cuando te lo hayas pensado mejor! Entonces llamaré al reverendo para que nos case.

Con estas palabras cerró la puerta de la habitación tras de sí.

Jaqueline apoyó la frente sobre los brazos. A pesar de que los ojos le ardían de rabia y desesperación, no era capaz llorar.

¡Tengo que salir de aquí!, se propuso firmemente. Tengo que encontrar la manera de largarme de aquí.

El estómago de Jaqueline rugía y tenía frío. No sabía cuánto tiempo había pasado. Solo sabía que no transigiría.

Padre, si pudieras verme ahora, pensó. ¿Cómo demonios diste con este tal Warwick? ¿Por qué creíste que era tu amigo?

¿O ha sido la pobreza lo que lo ha convertido en este monstruo?

Quizá sería mejor que muriera congelada aquí mismo.

Pero no fue la muerte la que la envolvió entre sus brazos, sino el sueño.

Un estruendo sordo despertó a Jaqueline.

Un rayo cayó deslumbrante del cielo, seguido de un trueno ensordecedor que hizo vibrar el suelo.

Jaqueline se asustó y se levantó de un salto. Buscó apoyo instintivamente en la pared mientras miraba por la ventana.

Cayó otro rayo, y, antes de que pudiera oírse el trueno, vio un segundo relámpago. El bosque situado tras la casa se iluminaba con aspecto fantasmal, mientras el cielo parecía estar en llamas.

¿Cuánto tiempo hará que ha estallado la tormenta?

Jaqueline sintió el siguiente trueno con fuerza en el pecho, pero asombrosamente no tenía miedo.

¡Ojalá pudiera salir de aquí!, pensó. No temería la tormenta. ¡Ojalá tuviera algo con lo que romper los cristales!

Volvió a mirar a su alrededor en vano. Solo había un viejo toldo en una esquina.

Entonces se oyó un crujido estremecedor, un sonido muy diferente al de los truenos. La casa tembló. Jaqueline se apartó con miedo de la ventana.

¿Qué había sido eso?

Miró hacia fuera, pero no distinguió nada. Posiblemente el rayo haya caído en alguna parte. Pero, ¿dónde?

Un olor a humo inundó su nariz.

¡Dios mío, ha caído sobre la casa! Jaqueline sintió puro terror. ¡Si todo esto comienza a arder, Warwick salvará antes sus pertenencias que a mí!, pensó. ¿Cómo voy a salir de aquí?

Solo había una manera. Jaqueline cerró los puños y golpeó el cristal con ellos.

Los impactos dolían, pero no le importó. Prefería lesionarse las manos que arder viva. Golpeó cada vez más fuerte, pero los cristales resistieron.

El olor a humo era cada vez más fuerte. El pánico se apoderó de Jaqueline.

Corrió aturdida de un lado a otro de la habitación, hasta que tropezó con el toldo.

La luz de los relámpagos hizo brillar los aros del toldo, que servían para atarlo al carro.

Obedeciendo a su inspiración, Jaqueline arrastró el toldo hasta la ventana, agarró con fuerza uno de los anillos y estampó el metal contra la ventana con desesperación. Pronto comenzaron a aparecer las primeras grietas en el cristal.

¡Por fin!, pensó Jaqueline. Lo conseguiré.

Pero, en ese momento, la puerta se abrió de golpe tras ella.

—¿Qué significa esto? —bufó Warwick.

Jaqueline deseó más que nunca tener al menos un palo o una botella para defenderse de él. Como no tenía ninguna de las dos cosas, lo miró obstinada.

—¡Tenemos que salir de aquí, la casa está en llamas! —exclamó él, y antes de que ella se diera cuenta, la agarró de la muñeca y la arrastró consigo.

La humareda se extendía cada vez más. El pasillo ya estaba cubierto. Jaqueline trató de protegerse del humo entre toses.

—El tejado está ardiendo. Tenemos que apagarlo.

—¿Tengo que ayudarle a apagar el fuego del tejado? —preguntó Jaqueline, atónita.

—Ahora también es tu casa —respondió Warwick, ebrio—. No querrás perderla, ¿no?

Jaqueline se estremeció. Le sonaban las tripas y sus rodillas cedieron. Los rayos seguían cayendo, los truenos seguían retumbando.

¿Y si alguno nos da?

Warwick pareció percibir sus temores.

—¡Contrólate, maldita sea! —le espetó—. ¡Si no, te meteré en el sótano!

Cuando la arrastró al patio, Jaqueline comprobó que la mitad del tejado ya estaba en llamas. La humareda le llenaba los ojos de lágrimas y sintió picor en la garganta.

Y ahora se quema lo último que me quedaba, pensó melancólica.

Pero entonces intentó reflexionar. ¡No seas tonta!, se reprendió. ¡Mejor procura salir de aquí! Lo demás no importa.

Cuando Warwick aflojó la mano en torno a su brazo, hizo acopio de todas sus fuerzas y se zafó.

—¡Maldita zorra! —aulló él—. Te voy a...

De pronto se oyó un fuerte ruido.

Jaqueline contempló con los ojos como platos como una hilera de tejas se desprendía del tejado. Se agachó y se alejó corriendo de la casa, ya que no quería que le cayeran sobre la cabeza.

Warwick no tuvo ninguna oportunidad. Antes de que pudiera reaccionar en su estado de embriaguez, las tablillas cayeron con gran estruendo y lo derribaron.

Jaqueline no se lo pensó y corrió hacia el establo. Nunca había montado a caballo, pero era la única opción que tenía para marcharse de allí. Como los animales no estaban en boxes, sino que estaban amarrados a los postes, se llevó el primero que alcanzó. No tenía tiempo de ensillarlo. Tendría que bastarle con las bridas. Sacó al caballo castaño fuera sin girarse hacia la casa en llamas.

Como tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerse sobre el animal, se recostó contra su fuerte cuello y se agarró con fuerza a las crines. Entonces clavó el tacón en el flanco del caballo. Este relinchó y se encabritó, pero Jaqueline logró mantenerse sobre él. Cuando el caballo echó a galopar, supo que no podría controlarlo. Pero corriera hacia donde corriera, la pondría a salvo de Warwick y de su maldita casa.

La lluvia caía con tanta fuerza que Jaqueline enseguida estuvo empapada hasta los huesos. Pero estaba tan concentrada en mantener el equilibrio que no se daba cuenta. No se atrevía a mirar a su alrededor. Si tenía suerte, Warwick seguiría inconsciente. ¡Por favor, Dios mío, haz que salga sana y salva de todo esto!, suplicó en silencio mientras los rayos centelleaban sobre ella.

El caballo galopaba a través de un bosque. Temblando y mareada, se apretó contra el cuello del animal, que evitaba hábilmente las ramas que podían azotarlos.

Entonces se oyó un crujido sobre ellos.

Jaqueline se incorporó asustada. Una rama inmensa se desprendió justo sobre ella. Con un grito trató de refrenar al animal, pero fue demasiado tarde: la rama golpeó la cabeza del caballo, este tropezó y Jaqueline fue catapultada al suelo. De repente, lo único que percibió fue silencio y oscuridad.

TERCERA PARTE

## LA NATURALEZA SALVAJE

# 1

*Saint Thomas, mayo de 1875*

—*Miss*, ¿puede oírme?

Las palabras llegaron al oído de Jaqueline como a través de una gruesa capa de algodón. La oscuridad en la que se había sumido se abría lentamente. Con el despertar también llegaron los dolores. Recorrían su espalda y martilleaban sus sienes. Sintió una leve náusea, pero tenía la boca tan seca como si hubiera caminado por el desierto.

¿Qué ha pasado?, fue lo primero que pensó.

—*Miss*, ¿me oye?

La voz masculina hizo que abriera los ojos.

Estaba boca arriba y veía el rostro borroso de un hombre de pelo y bigote oscuros.

¡Warwick!

El miedo la paralizó al recordar la tormenta y su huida. Había cabalgado hacia el bosque, donde un fuerte golpe la había tirado del caballo.

Me matará si no...

Cuando se agitó entre gemidos, dos manos se apoyaron suavemente sobre sus hombros y volvieron a tumbarla en el suelo.

—¡No! —gimoteó al tiempo que su resistencia decaía.

—¡Con calma, *miss*! No tenga miedo.

¿Qué voz es esta?, pensó Jaqueline. El corazón le latía en la garganta. No se parecía en nada a la de Warwick.

Al abrir más los ojos, su visión se aclaró un poco. El contorno del rostro era cada vez más nítido. Se dio cuenta de que el hombre no tenía el cabello negro, sino castaño, y además del bigote, también llevaba una perilla corta. Sus ojos relucían con un color azul claro que le recordó el cielo sobre el *Taube*. Llevaba un traje marrón con chaleco a juego y una camisa blanca almidonada, cuyo cuello estaba cerrado por un pañuelo rojo estampado.

—¿Dónde estoy?

—En el bosque de Saint Thomas. —El extraño le sonrió con amabilidad—. Se ha caído del caballo. Una rama ha golpeado al animal. Parece que ha tenido suerte.

A Jaqueline le llevó un rato comprender lo que oía. ¡Así que eso había sido el golpe! Se estremeció al ser consciente de lo cerca que había estado de la muerte.

—Me llamo Connor Monahan. Soy dueño de un aserradero en Saint Thomas. Veníamos a escoger árboles para talarlos cuando la hemos encontrado.

Mientras las palabras le llegaban como murmullos, Jaqueline trató de incorporarse una vez más.

—¡Cuidado, *miss*! —Connor Monahan le tendió una mano y la ayudó a

levantarse.

La sensación de vértigo se apoderó de ella y los latidos en las sienes se volvieron insoportables. Temió tener que vomitar, pero las molestias remitieron al permanecer sentada.

En ese momento se dio cuenta de que todavía no se había presentado.

—Me llamo Jaqueline Halstenbek.

El hombre, que aún la sostenía y del que emanaba un agradable aroma a madera y agujas de pino, esbozó una sonrisa tan amplia que puso al descubierto sus hileras de dientes, adornadas con una corona de oro.

—Un placer, *miss* Halstenbek. ¿Qué le parece si me la llevo conmigo? Muy cerca de aquí tengo una pequeña cabaña, que además está perfectamente equipada con comida, mantas y agua. Allí podrá recuperarse del susto. Si quiere, llamaré a un médico.

—No, no, no será necesario. No necesito ningún médico —aseguró apresuradamente Jaqueline. Seguro que el dolor remitiría una vez que estuviera de nuevo en pie.

—Por lo visto es usted una *lady* muy valiente. ¿Qué le parece si la ponemos juntos en pie?

Jaqueline asintió. Lo que más deseaba en el mundo era marcharse de allí. Warwick podía aparecer en cualquier momento. La presencia de Monahan no le impediría reclamar sus supuestos derechos.

Su salvador tiró de ella con cuidado. Sus piernas aún estaban algo débiles y el dolor le latía con fuerza en la espalda.

Por lo menos no me he roto nada, pensó Jaqueline al dar un par de pasos con cuidado, apoyada en el brazo de Monahan.

Cuando dejó vagar la mirada a su alrededor, vio unos cuantos hombres que parecían esperar a cierta distancia. Algunos se habían quitado los sombreros, mientras que otros solo la miraban fijamente, como si no hubieran visto una mujer en mucho tiempo.

—Son mis hombres. Bradley McGillion es mi capataz, los demás se llamaba Tom, Nick, James, Phil y Mason.

Jaqueline los saludó haciendo un gesto con la cabeza. Sintió un gran alivio. Warwick no podría llevársela contra su voluntad en presencia de todos aquellos hombres.

—¡Tom, trae uno de los caballos!

El hombre al que había llamado se puso en marcha en el acto.

—¿Cree que podrá sostenerse sobre un caballo? —Monahan señaló las monturas que pastaban tranquilamente en un claro. El joven que había echado a correr traía un caballo castaño de las riendas.

—Seguro. Siempre que no me golpee otra rama. —Jaqueline sonrió fugazmente y admiró el hermoso animal. Sus crines y su cola eran negras, y una mancha alargada



adornaba su frente.

Después de que ella intentara en vano alcanzar el estribo por sí sola, Connor preguntó educadamente:

—¿Me permite ayudarla?

—Naturalmente. —Jaqueline sintió que colocaba las manos en sus caderas con cuidado.

—Ahora agárrese al cuerno de la silla y tire de sí misma.

Jaqueline hizo lo que le indicaba y la fuerza de Connor la sorprendió. La subió a la silla como si fuera un juego de niños.

Seguro que lograría poner a Warwick en jaque, se le ocurrió.

—¿Cree que podrá? —preguntó mientras introducía suavemente su segundo pie en el estribo.

—Sí, creo que sí —respondió Jaqueline, a pesar de que se sentía algo mareada otra vez—. Si la rama no hubiera golpeado a mi caballo, probablemente no me habría caído.

Monahan se dirigió entonces a sus hombres.

—Bradley, ya sabe qué troncos quiero. Marque los posibles ejemplares y empiecen con las sierras. George debe de estar al caer con los caballos.

—Está bien, jefe —aseguró el capataz—. ¿Qué hacemos con el jamelgo?

—¡Dejadlo ahí mientras no os moleste para trabajar! Los osos y los lobos tendrán algo que llevarse a la boca.

Con estas palabras, él también montó en su silla, agarró las riendas del castaño y espoleó a su caballo tordo.

Los graznidos de los cuervos despertaron a Alan Warwick.

¿Qué ha pasado?, se preguntó. Rodó hacia un lado y abrió los ojos. La luz del día lo cegó. El aire olía a quemado. Algo le pinchaba bajo la espalda.

No tenía ni idea de dónde estaba.

El cielo sobre él era gris plomizo. Al ver parte del saliente del tejado, recuperó la orientación poco a poco. ¡Mi casa!

Los cuervos aletearon. Al principio, Warwick solo oyó el batir de sus alas, después vio las aves volar sobre él.

Tengo que incorporarme.

Palpó despacio el suelo bajo él. Sacó un par de tejas que crepitaban levemente.

Warwick se sentó confuso y observó las tablillas. Entonces le vino una imagen a la memoria: ¡fuego!

Ha caído un rayo sobre mi casa. He sacado a Jaqueline de su habitación para que me ayudara a apagarlo. Y entonces...

Entonces le llovieron encima las tejas.

No, antes de eso Jaqueline se había soltado y había escapado corriendo.

Warwick se levantó a duras penas entre gemidos. Su mirada recayó sobre la cuadra, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Sin necesidad de ir a ver los caballos, supo que faltaba uno. La certeza de que Jaqueline había logrado huir le quemaba por dentro como el ácido.

Volvió la vista hacia la casa jadeando. La imagen de los muros ennegrecidos lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

Gran parte del tejado se había hundido. Las ventanas de la planta superior habían estallado por el calor. Debía agradecer a la lluvia y a la humedad de los muros que el fuego no hubiera afectado el piso inferior.

¡Estoy arruinado! La verdad atravesó a Warwick como un cuchillo afilado. Todos los fondos que había invertido en la reforma se habían perdido.

Todo habría sido diferente si esa canalla testaruda no se hubiera enfrentado a mí, pensó, y apretó los puños.

Entonces se dio cuenta de que ninguno de los vecinos de la ciudad había acudido a ayudarlo, a pesar de que el fuego probablemente se había visto desde millas a la redonda. Es posible que incluso se alegren de que la casa se me haya quemado por completo, pensó furioso.

La relación de Warwick con los habitantes de Chatham había sido tensa desde el principio, ya que al comprar la antigua casa señorial había ganado la puja a un competidor local en calidad de advenedizo.

Si hubiera obtenido el patrimonio de Halstenbek, habrían visto lo que es bueno. Pero así... Dominó su ira y se revolvió.

¡Tengo que encontrarla! No pensaba en otra cosa mientras corría hacia las caballerizas.

¡Se ha llevado el castaño, por supuesto!

Enfadado porque había huido con su mejor caballo, ensilló al negro y lo espoleó.

No puede haber ido muy lejos. No conoce la zona. ¡Que Dios se apiade de ella cuando la pille!, gruñó furioso.

## 2

Un sendero estrecho apenas visible serpenteaba ante ellos entre la maleza. Jaqueline levantó la vista hacia los árboles, que a medida que penetraban en el bosque parecían ser más altos. Reconoció píceas y pinos, abetos y planifolios, que en esa época del año aún estaban pelados.

¿Pertenece este bosque a Monahan, o únicamente tendrá permiso para talar madera en él?, se preguntó.

Al igual que los árboles, los arbustos que bordeaban el camino también eran cada vez más altos. Un olor terroso invadió su nariz. El aire fresco y húmedo por la lluvia la hizo tiritar de frío. De vez en cuando le caían un par de gotas de agua. A pesar de todo no era capaz de rehuir la fascinación que le producía el bosque.

¿Qué aspecto tendrá esto en verano? Su padre le había hablado de altos helechos, hierba tupida y radiantes alfombras de flores.

El sendero era cada vez más estrecho. La vegetación los cubría por completo casi constantemente.

—Parece que por aquí no pasa gente muy a menudo, ¿no? —preguntó Jaqueline, finalmente, mientras las ramas le rozaban la falda y las piernas.

—Podría decirse, sí. Antes vivían tramperos por aquí, pero hace tiempo de eso. El bosque es bastante intransitable, y, además, ya hay muchas carreteras por las que viajar. Solo leñadores como nosotros se adentran todavía en esta zona.

A Jaqueline le gustó que hablara de sí mismo como un simple leñador, a pesar de que su atuendo y la forma en la que hablaba revelaban que era un hombre acomodado.

Parece que ha trabajado duro para alcanzar la prosperidad, pensó.

Al ver que el terreno era cada vez más impracticable, Jaqueline ya temía que se hubieran perdido.

Pero súbitamente Monahan exclamó:

—¡Aquí estamos!

Señaló una gran cabaña de tablones ennegrecidos ante la que se veía un bloque para cortar troncos, en el que había clavada un hacha. Junto a la cabaña de troncos había una cabaña más pequeña o cuadra, así como un cobertizo, abierto por un lado y con un puntal del que colgaban cuerdas. Debajo había una extraña estructura metálica, que ya estaba bastante oxidada.

¿Se habrá quedado Monahan la cabaña de algún trampero?, se preguntó Jaqueline mientras Monahan detenía el caballo.

Tuvo un mal presentimiento. Las manos se le enfriaron repentinamente. ¿Y si quiere aprovecharse de la situación?, se le ocurrió.

Sin embargo, se obligó a entrar en razón.

¡Este hombre quiere ayudarte! No todos son tan asquerosos como Warwick.

Cuando hubo desmontado, Monahan ayudó a Jaqueline a bajarse de la silla.

Se alegró de tener de nuevo suelo firme bajo los pies. De todos modos, sus zapatos se hundieron ligeramente. Al mirar hacia el suelo desconcertada, vio que se encontraba sobre una enorme alfombra de musgo que cubría todo el suelo del bosque.

—Aquí hay mucho musgo —explicó Monahan para tranquilizarla cuando percibió su mirada—. Pero no se preocupe, el terreno que hay debajo es firme. El pantano más cercano está a algunas millas de aquí. No tiene nada que temer.

Jaqueline suspiró aliviada. Mientras se dirigía hacia la cabaña, trató de imaginarse cómo sería correr descalza por el musgo. Sus pasos flotaban como si estuviera sobre nubes.

Pero esta ilusión desapareció rápidamente cuando llegó a la plataforma de madera que había ante la cabaña. Cuando Monahan abrió la puerta, la recibió el olor a pieles de animales.

La mortecina luz del día iluminaba una mesa, dos sillas y un catre cubierto con pieles.

—Entre tranquila, ¡y siéntase como en casa! —animó Monahan a Jaqueline. Encendió la leña en el hogar.

El fuego prendió enseguida. Cuando comenzó a llamear, colgó un pequeño hervidor de agua en un mecanismo dispuesto al efecto.

Jaqueline contempló la estancia titubeante. Las paredes estaban adornadas con trofeos de caza, entre ellos una imponente cabeza de wapití. ¿Lo habría matado Connor? Una larga escopeta de caza colgaba atravesada bajo un par de gigantescos cuernos enroscados. ¿A qué animal pertenecerían? Jaqueline no tenía la menor idea.

Ante el catre había una piel de oso. Qué pena de animal, pensó.

Junto a una gran chimenea de piedra había leña apilada, y, en un estante sobre ella, algunas tazas y pocillos de colores descoordinados. Probablemente habían sido desechados en casa de Monahan. ¿Estaría casado Connor?

Viendo lo atractivo que es, seguro que por lo menos está prometido, reflexionó Jaqueline, pero reprimió la idea rápidamente. No es de mi incumbencia, se dijo. Puedo estar contenta de que esté dispuesto a ayudarme.

—¡Siéntese tranquila! Esto no es ningún palacio, pero es mi lugar favorito cuando quiero descansar un poco.

Jaqueline tomó asiento en una de las sillas de la cocina.

—¿Qué la ha traído por aquí? —le preguntó su anfitrión mientras sacaba una lata de un pequeño armario.

Cuando la abrió, un intenso aroma a café inundó su nariz.

—Quiero decir que, a juzgar por su nombre, no parece que sea de por aquí —prosiguió—. Déjeme adivinar: viene usted de Alemania.

Jaqueline levantó las cejas, sorprendida.

—Es cierto, soy de Alemania. Lo ha sabido por mi acento, ¿verdad?

—Y por su nombre —añadió Connor divertido—. De todos modos, debo admitir que su inglés es magnífico. ¿Lleva ya un tiempo viviendo aquí?

¿Debería contarle toda la historia?, se preguntó Jaqueline mientras tironeaba nerviosa del encaje de la manga de su vestido. ¿Me creerá?

—No, he llegado aquí hace poco.

—Perdone mi curiosidad, pero, ¿cuál fue el motivo? ¿Su esposo la trajo consigo o ha venido a reunirse con él?

—No estoy casada —replicó Jaqueline en tono descortés. Solo pensar en la exigencia demencial de Warwick le provocó un escalofrío.

—¡Discúlpeme, no quería ofenderla!

¿He sonado ofendida?, se preguntó Jaqueline, y de pronto lamentó haber reaccionado tan bruscamente.

—No lo ha hecho —explicó—. Es solo que... Desde mi llegada han sucedido muchas cosas. Y por desgracia ninguna ha sido buena.

Se interrumpió y dirigió la mirada hacia la ventana. El follaje y las macizas ramas la tranquilizaban un poco. Aquí no me encontrará tan fácilmente.

Por el momento, Monahan no dijo nada más. El hervidor comenzó a hacer ruido tras él.

—¿Hay más alemanes en Canadá? —preguntó Jaqueline de repente, ya que el silencio le resultaba incómodo. Monahan debía darse cuenta de que no estaba enfadada con él.

—¡Por supuesto! No por nada, uno de nuestros distritos septentrionales se llama Nueva Brunswick. De todas formas, la zona en torno al lago Erie está más bien en manos de inmigrantes de origen inglés y francés y de sus descendientes.

Después de haber añadido café molido al agua hirviendo, Connor se sentó a la mesa con ella.

—Perdone mi curiosidad, ¿es una mala costumbre que tengo! —Se atascó brevemente, entonces prosiguió haciendo acopio de todo su valor—: Si quiere hablar de lo que le ha sucedido... Quizá pueda ayudarla. Al fin y al cabo, ninguna mujer saldría a cabalgar bajo una tormenta por diversión, arriesgándose a que le caiga un rayo encima.

Jaqueline le miró profundamente a los ojos.

¿Puedo confiar en él? ¿O se reirá de mi estupidez?

Antes de que se decidiera, Monahan se levantó de nuevo y se acercó a la cafetera. Cuando regresó con dos tazas llenas de café, ella ya había tomado una decisión.

—Huía de alguien. De un hombre que quería obligarme a casarme con él.

Monahan frunció el ceño.

—Debo admitir que el error fue mío. Jamás debí aceptar la invitación a su casa. Me tuvo encerrada y me quitó mis papeles. Siguen allí. Pero tuve que aprovechar la tormenta para escapar de él.

—En lo que respecta a los papeles, seguro que puedo ayudarla. ¿Tiene intención de emigrar a Canadá o solo estaba aquí de visita?

—En realidad quería quedarme aquí. —Jaqueline rodeó la taza con sus manos

heladas. Las palmas de sus manos le hormiguearon a medida que percibían el calor —. Pero, ¿será posible sin papeles? No quiero volver a ver a ese tipo de ninguna manera.

—Esto parece más bien un caso para la policía. —Monahan sopló en su taza antes de probar el café con cuidado.

A Jaqueline se le encogió el estómago.

—No, nada de policía.

Monahan dejó la taza.

—¿Por qué no? Por lo que cuenta, se trata de un crimen. En este país nadie puede retener a otra persona contra su voluntad.

—Puede ser, pero ya no me está reteniendo. Y en lo que respecta a los papeles, seguro que los ha quemado hace tiempo para eliminar todas las huellas.

Monahan la observó con escepticismo.

—¿Me dirá al menos el nombre de ese tipo? Podría informarme un poco sobre él.

Jaqueline negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No, no se lo diré! Solo quiero olvidarlo. Como ve, estoy sana y salva. Así que no hay ningún motivo para seguir tratando este horrible tema.

Monahan frunció el ceño. Al parecer, tenía una opinión completamente diferente. Pero permaneció en silencio y bebió otro sorbo de café.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos y de pronto Jaqueline se avergonzó. Quizá tenga razón con lo de la policía...

—Perdóneme, es solo que...

Monahan le dio a entender con un gesto de la mano que no era necesario que se disculpara.

—Si quiere, puede quedarse aquí un tiempo —dijo en tono conciliador—. En las próximas semanas estaré trabajando por aquí, e iré y vendré de Saint Thomas a caballo. El campamento de mis hombres también se encuentra en este bosque. Los víveres se envían allí.

—¿Quiere decir que puedo vivir en su cabaña?

—Sí. Así podrá pensar tranquilamente en qué hará. Solo estaré aquí por las noches, y, por supuesto, me comportaré como un caballero. Pero si no le gusta la idea, la acompañaré encantado a Saint Thomas.

¿Vivir de nuevo bajo un mismo techo con un hombre completamente desconocido?, pensó Jaqueline. ¿Puedo arriesgarme a ello? Claro que, ¿qué otras opciones tengo? No solo dejé mis papeles donde Warwick, sino también mi dinero. No puedo plantearme dormir en un hotel en la ciudad. ¿Acaso actúan todos los hombres así por aquí, sin preocuparse por la decencia?

—Si decide dormir en la cabaña, naturalmente yo dormiré allí, en la cuadra —aclaró Monahan, que supo interpretar correctamente sus dudas—. No quiero obligarla a pasar la noche con alguien a quien no conoce en absoluto.

Jaqueline lo miró sorprendida. Al parecer aún quedaban hombres de honor.

Naturalmente, la idea de dormir allí en el bosque no le resultaba del todo agradable. Pero al menos la oferta de Monahan era honesta.

Cuando me haya recuperado un poco de los sucesos de los últimos días, buscaré alojamiento en la ciudad, se dijo.

—Es muy amable por su parte. Aceptaré su oferta con gusto. Muchas gracias — afirmó rápidamente antes de que Monahan se lo pensara mejor.

—De acuerdo, la cabaña es suya ahora.

—¿No tendrá frío en la cuadra? —preguntó Jaqueline, algo avergonzada. Por mucho que la alegrara su gesto, tenía mala conciencia. ¡Todas estas molestias por mí!

—No se inquiete, *miss*, estoy acostumbrado a las malas condiciones. Me llevaré la piel de oso conmigo. Quizá debería tumbarse un rato. Después de tanto revuelo, debería descansar.

Jaqueline dudó de que pudiera relajarse después de haber tomado aquel café tan fuerte. Pero el hombre tenía razón. No le haría ningún daño acostarse. Les vendría bien a sus huesos doloridos.

Monahan se levantó.

—Tengo que regresar con mis hombres y cabalgar hasta el campamento. ¿Le importa quedarse aquí sola?

—¡Claro que no! No deje que lo estorbe en su trabajo. Ya me encuentro mucho mejor.

—Bien. —Connor señaló un baúl junto a la entrada—. Debería cambiarse. No puedo ofrecerle ropa femenina, ya que muy rara vez vienen mujeres por aquí. Pero lo que hay ahí dentro está limpio. ¡Sírvase usted misma, por favor!

—Gracias, es muy atento por su parte.

Sus miradas se encontraron.

Monahan carraspeó abochornado y abrió la puerta.

—¡Hasta esta noche, entonces! Y no se sienta obligada a mover ni un dedo. Cuando regrese, quiero ver que ha descansado.

—Se lo prometo. —Jaqueline sonrió pensativa para sí cuando la puerta se cerró tras él.

### 3

El olor a madera recién cortada invadió los pulmones de Warwick y lo reanimó un poco. Llevaba horas cabalgando por el bosque, pero no pensaba rendirse ni volver a su casa por nada del mundo. Atraparía de nuevo a aquella pelandusca, costara lo que costara. Pero ahora necesitaba hacer una pausa. Se sentó en un claro cuya tierra había sido removida por cascos de caballos y huellas de troncos arrastrados.

Si se hubiera quedado conmigo y me hubiera ayudado, ahora mi casa no estaría en ruinas, pensó amargamente.

Cuando estiró las piernas y dejó vagar la mirada, descubrió algo que desde la lejanía parecía un oso muerto. Se acercó sigilosamente con curiosidad.

¡Vaya, no era un oso, sino un caballo muerto! Los lobos ya habían arrancado grandes pedazos del cadáver, pero la marca de fuego en el cuarto trasero era inconfundible: ¡tenía ante sí a su propio caballo castaño! Parecía que se había roto el cuello.

Sin embargo, Warwick no se entretuvo lamentando la pérdida de su mejor montura. Únicamente pensaba en Jaqueline. ¿Qué habría sido de aquella zorra?, se preguntaba. ¿A lo mejor no ha sobrevivido a la caída y ya la han enterrado?

No, aquello ya no era habitual desde hacía mucho tiempo. Los cadáveres que se encontraban en el bosque se llevaban a la ciudad más próxima para que fueran identificados antes de enterrarlos.

¿Debía cabalgar hasta Chatham e ir a ver al enterrador? ¿O debía peinar antes el bosque? Quizás había sobrevivido y se había arrastrado hasta algún lugar en la espesura.

Como ya estaba oscureciendo, Warwick decidió instalar su campamento en el claro. Si aún vive, la encontraré, se dijo. ¡Y que Dios se apiade de ella!

—Mire lo que me he encontrado por el camino, *miss* —dijo Monahan al regresar por la noche, y sacó dos perdices de detrás de la espalda—. Serán una cena magnífica —explicó sonriendo al colocarlas sobre la mesa.

Jaqueline ocultó su espanto tras una sonrisa. El plumaje de las aves muertas aún estaba algo machado de sangre.

—¿Con qué les ha disparado?

Monahan se apartó la falda de la chaqueta. Al igual que Warwick, llevaba un revólver en el cinturón. A Jaqueline se le puso la piel de gallina al recordar a su torturador. Pero se deshizo rápidamente de ese pensamiento, ya que no quería arruinarse la noche a sí misma ni a su salvador.

—Me temo que no tengo ni idea de cómo se despluman —dijo, y casi se avergonzó de ello. Eso siempre lo hacía la cocinera. Y, cuando ya no tuvo cocinera, apenas comía carne.



—Ya lo haré yo —declaró Connor, y se puso manos a la obra inmediatamente. Mostró tal habilidad al hacerlo, que Jaqueline comprendió lo natural que era la caza para él. Era posible que él y sus hombres dependieran de ese tipo de comida en el bosque. También le resultó fácil destriparlas, mientras Jaqueline lo observaba por encima del hombro.

Poco después, las aves se cocinaban dando vueltas sobre el fuego. Monahan también había traído pan recién hecho, que desprendía un aroma embriagador.

—Le ruego que no me tome por un hombre impertinente —dijo Connor mientras se servía vino a sí mismo y a Jaqueline—. Me encantaría saber más sobre usted. Me ha contado que sus primeros días aquí no han sido muy felices, pero, ¿qué la llevó a tomar la decisión de viajar a Canadá?

Jaqueline titubeó mientras giraba su copa en la mano.

¿Debería contárselo?, se preguntó, y decidió hacerlo. Al fin y al cabo, ¿qué podía perder?

—Mi padre era cartógrafo. A lo largo de su vida emprendió largos viajes a países lejanos. A países que me describía con tal viveza, que casi creía haber vivido yo aquellas historias. Siempre soñaba con visitar todos aquellos lugares, pero entonces murió mi madre, después mi padre, y de un día para otro me encontré sin futuro alguno.

—Y por ese motivo decidió seguir los pasos de su padre.

—No exactamente, ya que no domino su profesión. Pero al menos quería ver el país que reprodujo en su primer mapa y que tanta fortuna le procuró.

Monahan la observaba en silencio. ¿Cómo había dado aquella joven tan simpática con un tipo así?, se preguntaba. ¿La había secuestrado? ¿La había atraído con falsas promesas? Pero no quería presionarla, a pesar de que le habría gustado mucho saberlo.

—Sí, si uno no tiene miedo de los riesgos y peligros, aquí es muy posible hacer fortuna —dijo finalmente—. Mis antepasados provienen de Irlanda. Allí reinaba la hambruna cuando se pusieron en camino hacia Canadá. Mi bisabuelo Rowen empezó como trampero. Durante un tiempo pudo alimentar así a su familia, pero la competencia cada vez era mayor y los animales con las pieles más valiosas eran cada vez más escasos. Mi abuelo ya no trabajó como trampero. Como el país es rico en bosques, y esta materia prima se renueva constantemente, se dedicó al comercio de la madera. Fue el primero que se atrevió a transportar troncos por el río San Lorenzo.

—Sueno peligroso. —Jaqueline aún recordaba perfectamente a los balseros que transportaban madera por el Alster.

—Lo es. El San Lorenzo es salvaje e impredecible. Es difícil imaginar los iroqueses navegando por el río con canoas de madera y pieles curtidas. Pero los indios conocen cada rápido, cada bajío. Mi abuelo siempre contaba que los indios fueron los que mejor le enseñaron a navegar por el río.

—¿Y por qué ya no está usted junto al San Lorenzo? Si no recuerdo mal, el río

discurre a un buen trecho de aquí.

—Sí, es cierto. Mi padre tenía tres hijos, y por supuesto solo uno podía continuar con su negocio. Mi hermano Barry, como primogénito, tuvo esa suerte. Dylan, el más joven, estudió y trabaja como abogado en Ontario. Y yo quería permanecer en el negocio de la madera a toda costa, así que me instalé por mi cuenta en otra zona. No quería entrometerme en los planes de mi hermano. También me dedico a transportar madera desde el lago Erie hasta Montreal. Aunque es peligroso porque, como quizá ya sabe, entre este lago y el lago Ontario se encuentran las cataratas del Niágara.

Jaqueline asintió.

—Mi padre me habló de ellas: las mayores cascadas que había visto jamás.

—Sí, por lo que sé, apenas existen otras mayores o más peligrosas. Todo aquel que se ha precipitado por ellas, porque su barco ha sido arrastrado o porque se ha creído capaz de vencerlas, ha sido engullido y muerto por las masas de agua.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jaqueline.

—¿Y cómo supera ese obstáculo?

—Bueno, poco antes de las cataratas del Niágara cargamos la madera en carros de caballos, transportamos los troncos hasta la zona más baja, y allí los pasamos de nuevo al agua. —Mientras hablaba, sus ojos azules se iluminaban como los de un muchacho entusiasmado.

—Suenan complicado. ¿Por qué no los transportan por tierra directamente?

Monahan sonrió divertido.

—Porque tardaríamos demasiado y sería mucho más costoso. Exceptuando el pequeño tramo en el que se deben sacar los troncos, el agua ahorra mucho trabajo. Y así podemos entregar los troncos en una fracción del tiempo que se necesita para su transporte por tierra. Ese es el secreto de mi éxito.

Dicho esto, Monahan se metió en la boca un muslo de perdiz.

A pesar de ser un chico de campo, tiene las manos muy cuidadas, pensó Jaqueline. Y se dio cuenta de que disfrutaba de la compañía de Monahan. Cuando él hablaba, ella lograba olvidar su terrible situación durante un rato.

¿Por qué Warwick no podía ser cómo él?, se preguntó. ¿Por qué me condujo el destino primero hacia un chiflado? ¿Qué más me deparará el futuro?

—Una perdiz por sus pensamientos.

—¿Cómo dice? —Jaqueline no comprendió a qué se refería hasta que Monahan se echó a reír a carcajadas. Observó los huesos roídos en su plato.

—En realidad, solo pensaba en la suerte que he tenido al dar con usted. Aparte de que parece que pocas personas se adentran en el bosque, no todas me habrían ayudado.

—No diga eso. Los canadienses siempre están dispuestos a ayudar.

Warwick no, pensó Jaqueline, pero no quería arruinar la despreocupada velada. Así que reprimió su recuerdo y se llevó otra pata de perdiz a la boca.

Cuando llegó la hora de acostarse, Monahan cogió la piel de oso para instalarse en la cuadra.

Es evidente que es un auténtico caballero, pensó Jaqueline, agradecida. Pero, ¿puedo permitir que se congele en el cobertizo por mi culpa?

—¿No necesitará un par de mantas más? —preguntó con mala conciencia.

Monahan hizo un gesto negativo con la mano.

—¡No se preocupe, *miss*, no me moriré de frío! Si necesita cualquier cosa, avíseme.

Jaqueline le dio las gracias. Nunca se le ocurriría molestar al hombre mientras dormía, pero la oferta la conmovió.

—Buenas noches, *mister* Monahan.

—Buenas noches, *miss* Halstenbek. —Levantó la mano para despedirse de ella y salió de la cabaña.

Jaqueline cerró la puerta tras él y corrió el cerrojo.

A pesar de que estaba muy cansada, tardó mucho tiempo en dormirse. Una gran cantidad de pensamientos rondaban su cabeza mientras miraba al techo y escuchaba los sonidos de la naturaleza.

¿A qué distancia estará la ciudad de aquí? Debería buscar un empleo allí lo antes posible. Al fin y al cabo no puedo vivir a costa de *mister* Monahan durante más tiempo. Necesito una casa propia y tengo que ganar dinero para mantenerme.

Un ruido al otro lado de la puerta la distrajo.

¿Será Monahan, que efectivamente tiene demasiado frío ahí fuera?

Se giró y miró hacia la ventana.

La luz de la luna atravesaba el follaje y dibujaba sombras inquietantes en el cristal. Fuera se oían crujidos y chasquidos, como si alguien estuviera merodeando.

Quizá no sea más que un animal, pensó. Puede que un tejón, ¡o un oso!

¿O será Warwick? Jaqueline se tapó con la manta hasta la barbilla. Miró fijamente hacia la oscuridad exterior como hechizada, hasta que los párpados comenzaron a pesarle y cayó en un profundo sueño.

Cuando Jaqueline despertó a la mañana siguiente, las extremidades le pesaban, tenía los pies helados y las sienes le latían con más fuerza que después del golpe. Le dolía la garganta como si hubiera comido papel de lija y sentía presión en el pecho. Se incorporó con gran esfuerzo.

Debería preparar el desayuno. No puedo dejar que sea Monahan siempre el que me sirva, pensó, y sacó las piernas de la cama.

Cuando intentó levantarse, Jaqueline sintió un mareo que la obligó a apoyarse de nuevo en el catre. Se agarró con fuerza a la manta y cerró los ojos. La cama parecía girar bajo ella.

Se me pasará, se dijo a sí misma. Date un momento.

Pero el mareo tardó un rato en desaparecer. Abrió los ojos de nuevo con cuidado. Se levantó temblorosa. Sentía verdaderas ansias de beber agua.

Es la fiebre, pensó. Un atisbo de miedo le cerró la garganta. ¿Quién me cuidará aquí si estoy enferma? Seguro que Monahan tiene mejores cosas que hacer. Hizo acopio de todas sus fuerzas y se arrastró hasta el hervidor de agua. ¡Cuánto esfuerzo requirieron ese par de pasos! Las piernas apenas la obedecían y le dolía la espalda. Un ataque de tos sacudió a Jaqueline. Jadeó desesperada. Le ardía el pecho y sintió vértigo otra vez. Instintivamente buscó apoyo en el borde de la mesa, pero falló y todo se volvió oscuro a su alrededor.

Connor Monahan lanzó una mirada satisfecha a los troncos que sus hombres habían talado el día anterior. Debido a su gran diámetro, los caballos de tiro debían transportarlos uno por uno. En ese mismo momento, dos de los bonachones animales ascendían el camino fangoso con otro gigante a remolque.

Monahan calculó mentalmente el precio que le pagarían en Montreal por él. La ciudad crecía de forma incesante, y con ella crecía también la demanda de material de construcción. Su madera era la mejor de la zona. Naturalmente, la competencia hacia el norte era mayor, pero en los últimos años había logrado hacerse un nombre. Por eso estaba seguro de que con las ganancias de la venta de esos troncos cubriría su manutención durante medio año. Y no era el único envío que pensaba transportar por el río.

El tronco cayó al suelo con un estruendo sordo al soltarlo de la cadena que lo unía al tiro de los caballos. Un par de hombres comenzaron inmediatamente a escamondarlos.

Monahan ya veía los troncos ante él: flotarían en el agua unos junto a otros como una alfombra, se balancearían sobre los rápidos y arrasarían con todo lo que se interpusiera en su camino.

—Bradley, ¡advierta a los hombres que busquen escarabajos bajo la corteza de los

troncos! ¡No vaya a ser que los bichos se nos coman las armadías por dentro!

—¡Eso está hecho, jefe!

—Y envíe también a un par de personas a Black Ground. Allí todavía quedan un par de árboles adecuados. La selección se la dejo a usted.

—¿Se marcha de nuevo, jefe? —preguntó McGillion, asombrado, ya que por lo general Monahan no permitía que nadie más seleccionara los árboles que se talarían.

—Todavía tengo algo que hacer en la ciudad. Me pasaré mañana a primera hora para examinar los troncos.

—*Okay*. —McGillion sonrió de forma elocuente.

Posiblemente piensa que voy a visitar a mi prometida, pensó Connor mientras subía a su montura y espoleaba al caballo. ¡Que así sea! No tiene por qué saberlo todo.

El modisto de Saint Thomas torció el gesto con escepticismo.

—¿No prefiere enviarme a la dama para que pueda tomarle medidas personalmente?

Connor se rascó la cabeza, abochornado.

—Eso podría ser complicado. No tiene que confeccionarle un vestido, sino venderme uno que ya tenga hecho y que más o menos pueda quedarle bien.

—Pero las medidas de las damas son muy distintas —repuso el sastre, que al parecer consideraba estúpido vender sencillamente un vestido sin haber visto a la mujer que lo llevaría.

—La dama en cuestión es de estatura mediana y delicada. No creo que corra un riesgo excesivo al darme un vestido. Si no le quedara bien, la dama siempre podría pasarse por aquí para cambiarlo. Pero por ahora debe ser una sorpresa.

—Está bien, como usted prefiera. Sígame, le mostraré algunos modelos terminados.

En la habitación trasera había varios maniqués ataviados con vestidos. Uno de color verde lima, algo apartado de los demás, llamó inmediatamente la atención de Connor Monahan.

¡Este le sentaría magníficamente a Jaqueline con su cabello rojo como el fuego!, pensó.

—¡Deme ese de allí! —dijo sin vacilar, y recibió una mirada de asombro.

—¿Está usted seguro? Muy pocas mujeres pueden llevar un vestido como ese.

—Parece hecho a medida para la señorita que lo llevará —aseguró Connor, confiado. Como el modelo no estaba excesivamente adornado, ni tenía un corte demasiado atrevido, seguro que a Jaqueline le gustaría—. ¿Podría empaquetarlo para que pueda llevármelo ahora mismo?

El sastre resopló, pero desprendió el vestido del maniqué y lo metió en una bolsa de lona.

Mientras cabalgaba de la ciudad a la cabaña del bosque, Connor se asombró de sí mismo. Era la primera vez que había acudido a un modisto. Nunca se le habría ocurrido sorprender a su prometida de la manera como se proponía sorprender a Jaqueline ahora. ¿Se debía a que Marion prestaba una atención casi excesiva a su aspecto y tenía las ideas muy claras en cuestiones de vestuario? Suspiró. ¿Qué dirá Jaqueline del vestido?, se preguntó. ¿Le gustarán el color y el corte? Cuanto más se acercaba a su destino, mayores eran sus dudas. ¿Será posible que malinterprete el regalo y piense que estoy flirteando con ella?

Un instante después se preguntó por qué le resultaba eso tan importante.

Intentó convencerse de que únicamente se trataba de su disposición a ayudar a aquella mujer en apuros, pero tuvo que admitir que le gustaba y le producía ternura. Su actitud natural era encantadora. No se le había escapado que a Jaqueline le había costado observar como destripaba las perdices, y valoraba mucho el hecho de que se hubiera esforzado por ocultárselo. En realidad, había mostrado una gran curiosidad. No pudo por menos que sonreír al imaginarse a su prometida en la misma situación. ¡Qué diferente habría sido la reacción de Marion! Seguramente habría arrugado su fina nariz y le habría reprochado que sencillamente no se podía pedir a una dama que contemplara algo así. Connor suspiró. Bueno, quizá Marion tuviera razón. Pero, de todos modos, se sentía mucho más relajado tratando con Jaqueline que con su hermosa prometida y sus extravagantes amigas. ¿Conseguiría algún día no dar a Marion motivo alguno para fruncir el ceño?

Cuando la cabaña apareció ante él, Connor se quedó de piedra.

¿Y el humo? ¿Habría dejado Jaqueline que se apagara el fuego? ¿Y a esas temperaturas? ¿O le habría sucedido algo?

Bajó de la silla de un salto, se abalanzó sobre la puerta y llamó.

Sin respuesta.

Sacudió la puerta. Estaba cerrada con pestillo.

—¿Miss Halstenbek? —gritó, y llamó de nuevo.

Silencio.

Connor gritó de nuevo mientras oteaba por la ventana.

El latido de su corazón se aceleró al descubrir a Jaqueline. Estaba tumbada en el suelo a pocos pasos de la chimenea.

—¡Cielo santo! —murmuró Connor e hizo presión contra las hojas de la ventana.

Afortunadamente cedieron. Al parecer, el día anterior él había olvidado correr el cerrojo de la ventana. Connor entró dando las gracias por ello.

—Miss Halstenbek, ¿me oye? —exclamó, y se arrodilló junto a la mujer inconsciente. Al ver que no respondía, le buscó el pulso.

¡Está ardiendo!, se asustó Connor.

Levantó con cuidado a Jaqueline y la llevó a la cama.

Jaqueline gimió y masculló algo incomprensible.

—Miss Halstenbek, ¿me oye?

Pero de nuevo no recibió más que un gemido por respuesta.

¡Tiene fiebre! Tengo que ir a buscar a un médico y rápido, pensó Connor.

Sobrecogido por el miedo, de pronto volvió a ver a la pequeña Beth ante él y se quedó paralizado. Su corazón latía a toda velocidad, sus manos se humedecieron. No, el médico no podía llegar demasiado tarde otra vez.

¡Ahora no podía pensar en Beth! Connor apartó el doloroso recuerdo con decisión. Sacó dos mantas del baúl y envolvió a la joven con ellas.

Habría preferido que alguien cuidara de ella, pero cabalgar hasta el campamento y enviar a alguien llevaría demasiado tiempo. Quería llegar a Saint Thomas lo antes posible.

Después de intentar hablar otra vez a Jaqueline en vano, se precipitó fuera de la cabaña.

El tiempo había seguido empeorando. Mientras Connor espoleaba su caballo como si le persiguiera el diablo, los terrones de tierra y las briznas de hierba se arremolinaban bajo sus pies. La lluvia le azotaba el rostro, pero no le importaba.

Espero que Jaqueline resista, pensó, y de nuevo recordó a Beth. Su hermana pequeña no había resistido. Cuando su padre se había acercado con el médico al lecho de enferma de su hija febril, ya era demasiado tarde. Beth había muerto poco después de su octavo cumpleaños.

Connor, que entonces tenía doce años, había llorado la muerte de su única hermana durante años. Y el recuerdo de su trágico fallecimiento seguía causándole un gran dolor. Curiosamente también sentía ahora por Jaqueline la misma preocupación que había sentido entonces por Beth. A pesar de que la conocía desde hacía solo dos días, su carácter dulce lo había conquistado.

¡No puede morir! Ella también es joven y aún tiene gran curiosidad por la vida, reflexionó.

Por suerte, las luces de Saint Thomas ya aparecían ante él y la imagen distrajo a Connor. Apartó sus negros pensamientos y se secó la lluvia de la cara. Las calles de la población estaban prácticamente desiertas a esa hora. Solo se oían ruidos en el pub local. Un pianista tocaba una vieja melodía inglesa, un par de clientes borrachos lo acompañaban cantando. Connor pasó a toda velocidad sobre los charcos y poco después llegó a casa del médico.

El doctor Leeroy era un médico experimentado y toda la ciudad tenía una gran confianza en él. Tal y como Connor había supuesto, la luz de las ventanas de su consulta ya estaba apagada.

Como gritar no ayudaría, Monahan buscó rápidamente un guijarro y lo lanzó contra la ventana tras la que se encontraba el dormitorio de Leeroy.

No pasó mucho tiempo hasta que se encendió una luz y se vio una cabellera gris. La ventana chirrió cuando el médico abrió una de las hojas.

—¿Qué sucede? —graznó, y un perro del vecindario comenzó a ladrar.

Otras ventanas vecinas también se iluminaron repentinamente.

—Soy yo, Monahan. ¡Necesito su ayuda urgentemente, *doc*!

El médico no vaciló. Cerró la ventana y pocos minutos después apareció vestido en la puerta de la casa.

—¡Entre, *mister* Monahan!

—No se trata de mí, doctor, se trata de una mujer que he encontrado en el bosque. Me temo que tiene una infección en los pulmones.

—Bien, entonces iremos a verla.

Antes de que pudiera desaparecer de nuevo tras la puerta, Monahan lo retuvo.

—Tenemos que ir a caballo. La enferma está en mi cabaña.

El médico levantó las cejas, pero a lo largo de su extensa carrera de ejercicio había vivido ya experiencias muy extrañas. Por eso se ahorró la respuesta. Se echó encima el impermeable, cerró la puerta y sacó su caballo de la cuadra. Su maletín colgaba de la silla.

Aún tendré la mala suerte de ser el siguiente en caer enfermo, pensó Connor, y envidió al doctor por poder protegerse de la lluvia. Pero me está bien merecido.

Ambos espolearon a sus caballos.

Cuando los hombres entraron en la cabaña poco después, Jaqueline seguía inerte en la cama. Su respiración acelerada se oía claramente.

Leeroy se acercó a ella sin rodeos, le tocó la frente y le buscó el pulso. Entonces sacó su estetoscopio del maletín y la auscultó.

Monahan, intranquilo, permaneció inmóvil.

—Sus sospechas eran ciertas, *mister* Monahan —dijo finalmente el médico—. La joven señorita ha contraído una infección pulmonar. Gracias a Dios es leve, pero necesita medicamentos y compresas frías. Podría ir trayendo agua.

¡No morirá! Era lo único en lo que podía pensar Connor mientras corría hacia el pozo que había tras la cabaña y sacaba agua.

Cuando regresó con el cubo lleno, Leeroy ya había colocado un par de medicamentos sobre la mesa.

—Esta noche debería velarla —declaró el médico después de que Connor dejara el cubo—. Si su estado empeora mucho, adminístrele estos polvos con un poco de agua. —Señaló una pequeña caja de cartón sin inscripción—. Si no, bastará con que le dé esto contra la fiebre. Cuando vuelva en sí, debería tomar un caldo sustancioso y a ser posible dos manzanas o limones, si puede conseguirlos. Lo que da buen resultado en los barcos, también funciona para las infecciones de pulmón.

—También podría prepararle un té. Un curandero de los iroqueses me recomendó una mezcla de hierbas.

—Por mí, adelante. No creo que las hierbas disminuyan el efecto del remedio



contra la fiebre. ¡Pero tenga cuidado en caso de que la joven presente una erupción! Si es así, deje de darle las hierbas inmediatamente.

—Por supuesto.

El doctor recogió su maletín.

—Si su estado empeora mucho, tendrá que llevarla al hospital.

—¿Así que no piensa sangrarla? —preguntó Connor, asombrado.

Leeroy negó con la cabeza riendo.

—Pero, ¿usted qué se piensa? Puede que yo sea viejo, pero mis métodos no lo son en absoluto. ¡No se me ocurriría sangrar a una paciente débil! ¡Eso sería simple y llanamente un asesinato!

Monahan pensó de nuevo en Beth. ¿Habría sido el médico de la familia el responsable de su muerte? En su última visita le había realizado una sangría. A pesar de que había pasado ya mucho tiempo, el estómago de Connor se encogió dolorosamente.

—Supongo que la señorita no está en condiciones de pagarme mis honorarios.

Connor entendió perfectamente la mirada escrutadora de Leeroy. Posiblemente el dinero no fuera lo único que le importaba, sino que se preguntaba de dónde había salido Jaqueline y por qué la había alojado allí.

—¡No se preocupe! Yo pagaré la factura, doctor —dijo amablemente.

—Gracias. —El médico se despidió con una última mirada a la enferma.

—Si lo desea, lo acompañaré de vuelta —se ofreció Connor, pero el médico negó con la cabeza.

—No es necesario. Volveré solo. ¡Cuide bien de la muchacha! Y cuídese usted también.

Con estas palabras, desapareció bajo la lluvia. Connor cerró la puerta, pero observó al médico por la ventana. Probablemente creerá que me he buscado una amante secreta, pensó. Espero poder confiar en su discreción, de lo contrario, Marion no me dejará en paz.

## 6

El aroma a caldo impregnaba el aire cuando Jaqueline abrió los ojos. Pero solo pudo disfrutarlo brevemente, ya que enseguida la sacudió un ataque de tos. Trató de incorporarse jadeando. No tenía fuerza suficiente, pero unas manos solícitas la ayudaron de inmediato.

—Ha vuelto en sí, *miss Halstenbek* —dijo una cálida voz masculina.

—¿Qué hora es, pues?

—Las tres de la tarde —respondió Connor Monahan—. ¿Me permite? —preguntó, e hizo un amago de lavarle la cara con un paño.

Ella le dejó hacer, ya que sentía que la frente le ardía.

—¿Tanto he dormido? —preguntó Jaqueline asombrada. Como la luz que entraba por la ventana le hacía daño en los ojos, miró a Monahan guiñando.

—Sí, así es, y puede seguir durmiendo tranquilamente. Al fin y al cabo está enferma. Necesita descansar.

Jaqueline se dejó caer de nuevo sobre el catre. Ahora recordaba que se había desplomado ante la chimenea. Al parecer, Monahan la había encontrado y la había salvado así por segunda vez.

—¿Tiene hambre? —preguntó Connor, y cogió un pequeño cuenco.

Ella negó con la cabeza. Se sentía demasiado débil para comer.

—Me temo que debe comer algo de todos modos —insistió Connor—. El doctor me arrancará las orejas si la debilidad acaba con usted.

¿Un médico ha estado aquí?, se preguntó Jaqueline. Entonces vio un par de frascos y bolsitas sobre la mesa de la cocina.

—El doctor Leeroy es bastante estricto —prosiguió Connor, mientras se sentaba en una silla junto a la cama—. Si la visita durante los próximos días y ve que no ha mejorado, ya puedo despedirme de mis orejas.

La cara seria que puso al decirlo hizo que ella se echara a reír y lo pagó con otro ataque de tos.

—¡Con calma, *miss Halstenbek*! Podrá reírse cuanto quiera cuando esté recuperada.

Esperó pacientemente a que la tos remitiera. Entonces le sostuvo el cuenco de sopa bajo la nariz. A pesar de que el caldo olía muy bien, Jaqueline no tenía apetito. Le dolía el pecho al respirar y también los brazos al hacer cualquier movimiento.

—Solo una cucharada —le pidió Monahan con una simpática sonrisa.

—Está bien, una —cedió, y abrió la boca.

Connor hizo hábiles equilibrios con la cuchara sobre la colcha y Jaqueline tuvo que reconocer que el caldo sabía tan bien como olía. Además, suavizó ligeramente su garganta irritada.

—¿Cuándo ha estado el doctor aquí?

—Anoche. —Connor le secó la boca cuidadosamente con un trapo—. Después de

encontrarla febril en el suelo, fui a buscarlo a caballo, porque yo no sé nada de enfermedades.

—Ha sido muy amable por su parte. Aunque me temo que no podré pagarle.

—No se preocupe, el doctor Leeroy es un buen hombre. Tiene compasión por las personas en apuros. ¿Y si toma una cucharada más de caldo?

—Habíamos acordado que sería solo una —replicó Jaqueline con una débil sonrisa, pero sin embargo abrió la boca.

Cuando el cuenco estuvo medio vacío, Connor lo dejó a un lado y sacó el paquete con el que había querido sorprender a Jaqueline la noche anterior.

—Tome, le he traído esto de la ciudad. En realidad se lo quería dar anoche.

Jaqueline sentía el peso agradable de la bolsa de lona sobre su vientre mientras metía las manos en ella con nerviosismo. Poco después vio el brillo del tejido verde lima y se quedó petrificada.

—¿Qué sucede? —preguntó Connor.

La impresión no permitía a Jaqueline responder todavía.

Un vestido, pensó, mientras sus manos acariciaban la tela con ansia. ¡Me ha regalado un vestido!

—¡No puedo aceptarlo! —exclamó justo después, cuando le vino a la mente el desagradable recuerdo del regalo de Warwick.

—¿Por qué no? —preguntó Connor, sorprendido—. Como su viejo vestido necesita arreglarse y ya no está presentable, pensé que le vendría bien uno. Podría llevarlo a las entrevistas de trabajo. O cuando quiera ir a la ciudad.

A Jaqueline se le llenaron los ojos de lágrimas. Parece que su intención es buena y no tiene motivos ocultos, pensó, y apenas podía creerlo.

—¿Acaso no le gusta? —preguntó Monahan, ahora visiblemente desconcertado. Casi se avergonzaba de haberse equivocado tanto.

Jaqueline se secó las lágrimas y carraspeó.

—Claro que sí, gracias, *mister* Monahan. Es realmente precioso. Me recuerda a un vestido que tuve que dejar en Alemania.

—Y, entonces, ¿por qué motivo no quiere aceptarlo?

La mirada de la joven le reveló la respuesta.

—Escuche —dijo, mientras se acercaba más a la cama—. Le aseguro que no tengo intenciones ocultas de ningún tipo. Solo quiero ayudarla. Eso también incluye darle una pequeña alegría. Además, tendrá que vestirse como es debido si quiere conseguir los papeles o encontrar un empleo. ¡Acepte mi regalo, por favor!

Jaqueline se avergonzó súbitamente por haber puesto en duda las intenciones de su salvador. De pronto, odió a Fahrkrog y a Warwick por haberla hecho tan desconfiada.

—Está bien, lo aceptaré encantada —cedió—. ¡Muchas, muchas gracias!

El rostro de Monahan se iluminó.

—Me alegro. Si el vestido no le queda bien, lo llevaré encantado de vuelta a la

sastrería para que lo arreglen.

—Es muy amable por su parte. Pero sé coser bastante bien. Si es necesario, lo arreglaré yo misma.

—Como quiera. Pero deberíamos posponer la prueba. —Connor quiso recoger el vestido y la bolsa de lona, pero Jaqueline sujetó ambos firmemente.

—¡Oh, Connor, deje esto aquí un ratito, por favor! Hacía mucho tiempo que nadie me regalaba algo tan bonito.

Monahan asintió. Estaba tan conmovido que no podía articular palabra. Y por dentro también se alegró de que le hubiera llamado por su nombre de pila. Se apartó, recogió el cuenco de sopa y echó un poco de leña al fuego.

Mientras tanto, Jaqueline admiraba el delicado tejido verde lima y se permitió imaginar por un momento que paseaba por Saint Thomas con aquel vestido, del brazo de Connor Monahan.

Marion Bonville se observó con mirada crítica en el espejo, a pesar de que no había nada que objetar a su imagen. El corsé blanco formaba una curva perfecta en su delgada cintura, sus pechos se curvaban como dos medias lunas sobre el ribete de encaje de su camisa de seda. Sus estrechas caderas y sus largos y delgados muslos estaban enfundados en largas calzas de seda, y las medias irisadas resaltaban sus delicados empeines. Algunos de sus rizos no estaban perfectos. Tenían un aspecto algo desgredado, pero eso lo arreglarían las hábiles manos de su peluquera.

—¡El novio no podrá apartar los ojos de usted la noche de bodas! —dijo entusiasmada la modista, la señora Hopkins, de la que Marion prácticamente se había olvidado al contemplarse a sí misma.

—Espero que eso ya le suceda antes —replicó mientras se inclinaba para examinarse el rostro. Siempre había estado orgullosa de su nariz estrecha, sus ojos azules y la piel de porcelana que todas sus hermanas envidiaban. Puede que su boca fuera demasiado grande, pero en realidad resultaba de lo más risueña. Desde luego, Connor siempre repetía que le encantaba.

—¿Cuándo cree que tendrá listo el vestido de novia? —preguntó Marion finalmente, después de retirarse del espejo. Sus manos acariciaron el corsé, y, por un breve instante, se permitió imaginar excitada que eran las manos de Connor las que la recorrían sensualmente.

—En cuanto lo necesite. ¿Ya tienen fecha para la boda?

El rostro de Marion se ensombreció brevemente. Sin embargo, no había recibido en vano la estricta educación de su madre, que le había enseñado a dominarse en cualquier situación, por muy desagradable que fuera esta.

—Estoy segura de que mi prometido pronto establecerá una fecha. Lo que sucede es que debemos tener en cuenta a muchos familiares y queremos esperar a que haga mejor tiempo. Al fin y al cabo no queremos que su creación quede empapada por la

lluvia.

La modista asintió, pero Marion percibió que la señora Hopkins no la creía del todo. A esas alturas toda la ciudad sabía ya que Connor Monahan no tenía ninguna prisa por contraer matrimonio. Ya llevaban dos años comprometidos, tiempo suficiente para casarse de una vez. Pero él siempre encontraba un motivo para aplazar la boda.

¡Su amor por su maldito aserradero! ¡No le importa que me esté convirtiendo poco a poco en el hazmerreír de la gente!, pensó Marion.

Ocultó rápidamente su preocupación tras una sonrisa perfecta.

—Procure estar lista para entregar el vestido en cuatro semanas. —Pero su tono áspero reveló lo enojada que estaba.

—Como desee, señorita Bonville.

La modista chasqueó los dedos y una de las dos ayudantes que la habían acompañado a casa de los Bonville se acercó al instante.

Marion observó con mirada crítica cómo desprendía del maniquí el vestido de seda, que naturalmente seguía la última moda de París, y lo metía cuidadosamente en una caja alargada.

La próxima vez que lo vea estará terminado, pensó Marion con alegría.

—¿Quiere que dejemos aquí ya la ropa interior o prefiere que nos la llevemos? —quiso saber la modista, y despertó a Marion de sus pensamientos.

—¡Déjela aquí! —respondió Marion mientras pensaba para sí: Si seduzco a Connor antes de la boda, ya no podrá seguir posponiéndola.

Connor no se sentía especialmente bien dejando sola a Jaqueline, pero no tenía opción. Debía informar a Marion de que no podrían cenar juntos. Por la noche, la alemana le necesitaba más que su prometida, que rebosaba salud y llevaba una vida sin preocupaciones en casa de su padre.

Mientras conducía su caballo a través de la calle principal de Saint Thomas, se encontró con algunos de sus clientes, hombres de negocios que le compraban madera de tanto en tanto, cuando querían construir nuevos edificios o ampliar los antiguos. Les saludó a todos con amabilidad, pero no se paró a charlar con ellos.

Finalmente se detuvo ante la casa de los Bonville. Era uno de los mayores edificios de Saint Thomas. Solo lo superaban la iglesia y la estación de ferrocarril, terminada unos años atrás. Por algo se decía que George Bonville era el alcalde secreto de la ciudad. Desde luego, el padre de Marion era más rico que el *mayor*, y así se lo hacía sentir a Benton Stockwell siempre que se tomaban decisiones en el consejo municipal.

Monahan no quería tener nada que ver con eso. Despreciaba la política, ya que a sus ojos se basaba principalmente en mentiras que no quería cargar sobre su conciencia. Por eso, hasta el momento, había resistido cada intento de Bonville para

que se sentara también en el consejo municipal. El trabajo en su empresa, que lo absorbía por completo, era siempre una buena excusa, y por mucho que amara a Marion, no quería verse atrapado en su familia.

Después de atar a su caballo, subió corriendo las escaleras. La puerta se abrió como por arte de magia, antes incluso de que pudiera tocar el pomo.

James, el mayordomo de los Bonville, en quien siempre se podía confiar, naturalmente lo había visto.

—¡Bienvenido, *mister* Monahan! La joven señora se alegrará de verlo.

Connor se atrevió a dudarlo. Conocía muy bien a Marion y sabía cómo reaccionaba cuando algo no iba como su linda cabeza lo había planeado.

La cena de aquella noche llevaba bastante tiempo planeada. Habían sido invitadas muchas personalidades importantes de la vida pública. El padre de Marion quería hacer campaña con vistas a las elecciones a representante municipal, que se celebrarían al cabo de pocos meses. En cualquier caso, tendría que prescindir de su apoyo.

—Le diré a la señorita que está aquí —dijo el mayordomo.

—¡Sí, por favor, James! Yo iré en seguida. Antes quiero pasar un momento por la cocina para comentar algo con Savannah.

El mayordomo hizo una reverencia.

—¡Como desee, *sir*!

Connor se dirigió directamente a la cocina.

Savannah, la fiel cocinera de los Bonville, era de origen iroqués y sabía muchísimo sobre hierbas. Para sus señores, no solo cocinaba deliciosas comidas, sino que también preparaba medicamentos. Connor estaba seguro de que tendría algún remedio para curar la enfermedad de Jaqueline.

Esa tarde Savannah estaba muy ocupada con los preparativos de la cena. Algunas de las doncellas habían sido enviadas a la cocina para ayudarla. La cocinera arreaba aquí y allá a sus subordinadas con su tono acostumbrado a dar órdenes, como si fuera la señora de la casa.

—¡No te olvides de la sal, Maggie! ¿Has rociado el asado con agua, Judy? Nelly, ¿qué pasa con las codornices?

Las muchachas se dispersaban como golpeadas por un látigo invisible.

—Se nota que es usted la nieta del jefe de la tribu, Savannah —intervino Connor, al sumergirse en el aroma a pan y asado.

La cocinera giró la cabeza rápidamente, de manera que Connor pudo ver su rostro redondo. La gruesa trenza con la que siempre se recogía la melena negra estaba hoy oculta bajo una cofia blanca. Sus ojos oscuros lo observaban con tanta atención como si estuviera en pie de guerra.

—*Mister* Monahan, ¿qué le trae a mi cocina? —preguntó mientras se secaba las manos con un trapo que llevaba atado al delantal.

—Buenas tardes, Savannah. Me preguntaba si aún tendría algo de su magnífico

jarabe para la tos.

—¿Está usted enfermo? —La cocinera sonaba preocupada.

—No, no es para mí, es... —Connor se interrumpió. ¿Podía confesar a Savannah que era para una mujer? Como empleada de los Bonville, seguro que sería fiel a sus señores y se lo contaría a Marion. Sería mejor que echara mano de una mentira piadosa.

»Es para la mujer de uno de mis hombres. Tiene fiebre alta y tose muy fuerte. El doctor opina que se trata de una infección de pulmón, pero sus remedios no surten efecto.

Una sonrisa de superioridad hizo relucir los dientes de la cocinera.

—Bah, yo siempre digo que la medicina de los blancos no sirve de nada. Claro que me queda algo de jarabe. Espere, le traeré un frasco. —Con estas palabras, desapareció en la despensa.

Connor observó divertido que sus ayudantes resoplaron inmediatamente aliviadas, pero su alegría no duró mucho.

Savannah regresó poco después como un torbellino y dio una palmada.

—¡No penséis que podéis quedaros ahí quietas en cuanto os doy la espalda!

Mientras las muchachas volvían a revolotear por la cocina, le tendió a Connor un frasco con un jarabe oscuro.

Por experiencia propia sabía que el brebaje tenía un sabor horrible, pero había funcionado y quizá también ayudara a Jaqueline.

—Muchas gracias, Savannah.

—Un placer. ¡Dígale a la mujer que los dioses velan por ella! Las plantas que he utilizado contienen aliento divino, así que no le sucederá nada.

—Lo haré —prometió Connor, y se preguntó en silencio cómo reaccionaría Jaqueline cuando se lo contara.

Se metió la medicina en el bolsillo de la chaqueta y fue a buscar a Marion.

La encontró entre vestidos, cubierta con una bata aterciopelada que llevaba sobre la combinación. Azuzaba a sus criadas por la habitación. Connor disfrutó de la imagen de su prometida antes de llamar picando en el marco de la puerta. Las muchachas se asustaron y se sonrojaron, como si estuvieran en ropa interior ante él.

En cambio, a Marion no pareció importarle no estar vestida como es debido.

—¡Connor! —gorjeó contenta—. ¡Qué sorpresa! No te esperaba hasta la noche.

Se levantó de un salto y se abalanzó sobre él con tanto ímpetu como si lo recibiera después de un largo viaje.

—¡No, no, qué pensarán tus doncellas de nosotros! —Connor sonrió y trató de protegerse en broma, pero ella le echó los brazos al cuello y lo besó con vehemencia. El deseo creció en él cuando el calor de la piel de la joven traspasó su ropa. Se había puesto un perfume que olía a almendras tostadas. Llevaba colorete en las mejillas y carmín en los labios.

—Me da igual lo que piensen las doncellas —musitó Marion—. ¿Dónde has

estado todo este tiempo?

Connor sintió el peso del frasco en su bolsillo y se sintió avergonzado.

—He pasado un momento por la cocina, yo...

—¡Me refería a los últimos días! —dijo Marion con voz melosa—. Me has tenido un poco desatendida. Ya pensaba que te habría devorado un oso.

—Bah, de eso te habrían informado mis hombres hace tiempo —explicó Connor riendo, al tiempo que se apartó un poco de ella—. De todos modos, me temo que tengo malas noticias.

Las cejas perfectamente depiladas de Marion se arrugaron de preocupación.

—¿Malas noticias? ¿Ha sucedido algo?

—Puede decirse así. —Connor sintió el impulso de mentir, pero decidió decir la verdad.

—¿Alguno de tus hombres?

—No, hemos encontrado a una mujer en el bosque. Una rama golpeó a su caballo y ha contraído una infección pulmonar. Anoche su fiebre era tan alta que tuve que llamar al doctor.

—¿Estás cuidando a una mujer que encontraste en el bosque? —Marion se zafó de su abrazo y lo miró incrédula.

—Sí, y ha tenido mucha suerte.

—¿Y por qué no la has traído a la ciudad? Aquí hay pensiones y el doctor Leeroy podría haberla acogido en su habitación para los enfermos.

—Existen motivos de peso para mi decisión —respondió Connor.

—¿Y cuáles son? —dijo Marion, celosa.

—La vida de la mujer está en peligro. Aunque solo sea por caridad cristiana, es mi deber cuidar de ella.

—¡Caridad cristiana! ¿Acaso te has enrolado en el Ejército de Salvación? No puedes anteponer el bienestar de una extraña al de tu prometida. —Marion estaba visiblemente enojada.

Connor trató de relajar la situación con una sonrisa.

—No veo que a ti te vaya mal, querida. Estás tan hermosa como siempre.

Cuando intentó besarla, Marion se apartó de él.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

Antes de que Connor se lo dijera, lo adivinó.

—¡No, no puedes hacerme esto!

—Marion, entiéndelo, ¡no puedo acudir a la cena! Tengo que cuidar de la enferma.

—¿Tienes? —respondió Jacqueline en tono de burla—. ¿Acaso es tu hermana? Padre se disgustará. ¡Vienen personas muy importantes de la ciudad!

—Lo sé, y lo siento de veras, pero no puedo hacer otra cosa. Esta mujer se encuentra muy mal. No puedo arriesgarme a traerla a la ciudad.

El gesto de Marion se ensombreció. Tamborileó sobre la mesa con ira.



—Otro podría cuidar de ella. Solo por esta noche.

—La he alojado en mi cabaña, y después de todo lo que ha sufrido, debería quedarse allí. Ya es bastante peligroso que yo esté aquí ahora. En cuanto esté recuperada, te lo contaré todo.

—¡No hará falta! —le espetó Marion, respondona—. Esa bruja no me interesa. ¡Eso sí, ten cuidado de no coger parásitos!

Dios mío, ¡por qué le habré dicho la verdad!, pensó Connor. Ahora no tendré más que disgustos. Pero odiaba mentir y no tenía intención de engañar a su futura esposa. Además, no había nada malo en ayudar a alguien necesitado.

—Hace un par de horas he encargado mi vestido de novia a la señora Hopkins — prosiguió Marion mientras regresaba al tocador—. ¡Pero poco a poco voy teniendo la impresión de que nunca me lo pondré!

Connor conocía sobradamente frases como aquella. Con ellas, Marion intentaba obligarlo a cambiar de opinión. Pero esta vez no estaba dispuesto a ceder. Jaqueline Halstenbek le necesitaba.

—¡El hecho de que no quiera que le suceda nada a esta mujer ni que muera no tiene nada que ver con nuestra boda! —A pesar de que no había sido su intención, su voz sonó disgustada. Marion podía ser muy dulce y agradable, pero no era muy comprensiva con las personas en apuros—. Cuando vuelva a encontrarse bien, la traeré a la ciudad. Ella misma querrá. Pero hasta entonces me siento responsable de ella. Si yo fuera el hermano o el padre de esta mujer, le estaría muy agradecido al hombre que cuidara de ella.

—Ah, ¿acaso es la mujer de alguna personalidad importante? —disparó Marion sus palabras envenenadas—. ¿La hija de un hombre cuyo agradecimiento también te aportaría algo a cambio?

—No siempre se trata de obtener algo a cambio. Esta noche me quedaré en la cabaña pase lo que pase.

Marion lo miró fijamente como hechizada. Entonces agarró nerviosa su borla de polvos y se miró al espejo como si él ya no estuviera allí.

Connor vio por el rabillo del ojo las miradas turbadas de las doncellas.

—¡Saluda a tu padre de mi parte! Espero que lo comprenda.

Marion no respondió.

En otra ocasión, Connor habría intentado convencerla, pero extrañamente aquel día no tenía ganas. Jaqueline está en la cabaña con fiebre, pensó. No me puedo permitir perder más tiempo. Por eso únicamente dijo:

—Bueno, me despido. ¡Que lo paséis bien esta noche!

Cuando se giró, le pareció sentir la mirada de Marion como un pinchazo en la espalda. Se le pasará, se consoló.

De camino a la salida se encontró de nuevo con James, que lo miró sorprendido.

—¿Ya se marcha, *mister* Monahan?

Connor se obligó a tranquilizarse.

—Sí, James, lo siento. Me volveré a pasar por aquí en los próximos días.

Con estas palabras, se puso el sombrero y salió de la casa.

Se acababa de subir a la silla cuando el doctor Leeroy apareció junto a él.

—¡*Mister* Monahan! —llamó el médico mientras le indicaba con un gesto de la mano que quería hablar con él.

A Connor no le apetecía, pero de todos modos, se inclinó hacia el médico.

—¿Cómo está mi paciente?

—Está consciente de nuevo y la fiebre ha bajado —informó Connor, y colocó la mano involuntariamente sobre el bolsillo que contenía el frasco con el jarabe para la tos—. Me dispongo a volver con ella.

—¡Entonces saludela de mi parte! ¿Lo veré esta noche en casa de su suegro?

—No, no vendré —explicó Connor—. Vigilaré a *miss* Jaqueline, y me gustaría pedirle que guardara su secreto profesional. No tengo secretos con mi prometida. Sabe dónde estaré, pero no necesita saber detalles.

—¡No se preocupe! —respondió Leeroy algo molesto, ya que no le gustaba que se pusiera en duda su palabra—. Sé muy bien lo que significa el secreto profesional. Además, de todos modos, nunca hablaría de mi trabajo en una reunión personal.

Connor sabía perfectamente que el doctor no había logrado jamás cumplir dicho propósito. Había escuchado al médico difundir información sobre las enfermedades de sus pacientes demasiadas veces.

—Bien. ¡Muchas gracias!

—Cuando la joven se encuentre un poco mejor, la espero en mi consulta —añadió Leeroy antes de despedirse.

Marion lanzó el cepillo furiosa. No le dio al espejo por poco, y el cepillo cayó con estrépito sobre el parqué.

Las doncellas aún estaban de una pieza entre los maniqués con vestidos de noche.

—¿Qué hacéis ahí mirando como tontas? —les espetó Marion.

Mientras una muchacha se deslizaba rápidamente a recoger el cepillo y otra toqueteaba uno de los vestidos, Marion volvió a mirarse en el espejo.

Una mujer desconocida, pensó furiosa, ¡una mujerzuela cualquiera es más importante que yo! ¿Tan equivocada estaba contigo, Connor Monahan? La desconfianza creció en su interior. ¿Se habrá buscado una amante? ¿Una pelandusca de Chatham? Por lo que se dice, esa ciudad es como Sodoma y Gomorra. Cuando uno pasa tanto tiempo solo con hombres como hace él, es posible tener ideas estúpidas. Pero, por otro lado, ¿le habría contado aquella historia en ese caso?

El ruido de la puerta hizo que se girara esperanzada. ¿Habrá vuelto?

—Oh, perdona, querida, no sabía que te estabas vistiendo.

La decepción cubrió el rostro de Marion. No era Connor, sino su padre quien estaba ante ella.

—Ni siquiera sé si debería arreglarme tanto. —Suspiró.

—¿Y por qué no? —Bonville tironeó de su corbata, cuyo distinguido tono plateado hacía juego con su levita gris oscuro.

—Connor no vendrá.

Bonville levantó las cejas.

—¿Qué estás diciendo?

—Acaba de estar aquí y me lo ha comunicado.

—¿Y por qué motivo? —El tono de Bonville revelaba su indignación. No era en absoluto de su agrado que su futuro yerno no se presentara en ocasiones oficiales.

—¡Una mujer!

—¿Una qué?

—Ha recogido a una mujer en el bosque, una enferma ni más ni menos. Es más importante para él que yo.

Bonville aún no lo entendía.

—¿Una mujer enferma?

—Sí, la encontró allí —respondió Marion en tono respondón—. Al parecer su vida está en peligro. Por eso Connor quiere quedarse con ella esta noche en lugar de cenar con nosotros.

—¡No puede ser! —Bonville se giró y comenzó a caminar de un lado a otro. Al hacerlo, sacudía la cabeza sin cesar—. Seguro que es una vieja vagabunda —dijo finalmente.

Marion tuvo la impresión de que al decir aquello no solo quería tranquilizarla a ella, sino también a sí mismo.

—¡No te preocupes, mi niña! Connor Monahan es un caballero. No te dejará plantada por una mujerzuela cualquiera. Tiene un buen corazón, simplemente. Y eso será una gran ventaja para ti cuando se trate de defender tus intereses ante él. En cuanto os caséis bailaré al son que yo toque. Y me ocuparé de que mi niña sea feliz.

Marion puso morritos.

Pero su padre ni siquiera se dio cuenta. Su mente ya estaba pensando en otras cosas.

—Y, ahora, vístete ¡y ponte guapa! El alcalde traerá a un par de conocidos de Toronto, hombres influyentes que podrían implicarse financieramente en mi campaña. Su decisión dependerá de esta velada, así que debe ser un éxito. No estaría mal que les gustaras.

Con estas palabras le dio un beso en la mejilla y salió precipitadamente por la puerta.

Cuando Monahan regresó a su cabaña según caía la noche, Jaqueline lo recibió sentada en la cama. Aún estaba muy pálida, pero tenía mejor aspecto que por la tarde. Y, al parecer, había logrado encender la lámpara.

—¿Cómo se encuentra, *miss* Jaqueline? —preguntó mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Algo mejor. No puedo llegar más allá de la mesa, pero tengo la sensación de que la fiebre ha bajado un poco. El remedio del doctor surte efecto.

Connor dejó resbalar las alforjas del hombro con una sonrisa.

—Son buenas noticias. Tengo algo para usted.

Sacó la botella con el jarabe para la tos de Savannah.

—¿Qué es eso? —preguntó Jaqueline con curiosidad.

—Medicina para usted.

—¿El doctor no dejó suficiente?

—Esta no es del doctor, sino de la nieta de un jefe iroqués.

Jaqueline dibujó una débil sonrisa.

—Me está tomando el pelo, Connor.

—¡De ninguna manera, se lo juro! —Se colocó la mano sobre el pecho—. Este jarabe para la tos ha sido elaborado por una auténtica medio iroquesa. Y no estoy exagerando si digo que prepara los mejores remedios de la zona.

—¿Y dónde encuentra uno a una auténtica medio iroquesa por esta zona? —preguntó Jaqueline, contenta. De pronto, había recordado las historias de Calzas de Cuero.

—Es muy raro verlos ahora como vivían antes, pero en casa de mi prometida trabaja la nieta de un jefe. Sabe muchísimo del poder curativo de las plantas. Quería traerle uno de sus remedios milagrosos a toda costa. Esta medicina sabe a rayos, pero funciona magníficamente.

Jaqueline únicamente asintió, mientras hacía esfuerzos por que no se le notara la decepción que de pronto, y para su propio asombro, había arruinado su buen humor. ¿A qué viene esto, Jaqueline?, se reprendió. Desde el principio supusiste que un hombre como él estaría comprometido. No lo olvides: ¡quieres vivir tu propia vida! Así que, vamos, ¡da las gracias por la ayuda!, se ordenó a sí misma.

—Gracias por la medicina. Es muy amable por su parte. Tomaré una cucharada ahora mismo. —Jaqueline sonrió.

Monahan no vaciló. Cogió una cuchara, descorchó el frasco, llenó la cuchara de medicina y se la tendió a Jaqueline.

Esta no se hizo de rogar y tragó el jarabe de hierbas.

Connor se echó a reír a carcajadas al ver la cara que ponía al hacerlo.

—Sí, sabe a rayos, lo sé, pero la he avisado.

Jaqueline respiró profundamente y se secó disimuladamente una lágrima del rabillo del ojo. Tragar la amarga medicina no había sido difícil, pero la nueva información sobre su salvador aún la preocupaba.

—Así que está prometido —dijo, ávida por saber más.

—Sí. Marion apenas puede esperar a pasar por el altar. Me repite una y otra vez que debería avisar al pastor.

Bueno, no suena precisamente entusiasmado, pensó Jaqueline. Quizá se lo piense mejor. Pero inmediatamente se prohibió albergar esperanzas semejantes: ¡Está comprometido, hazte a la idea! Tú tampoco querrías que otra te arrebatara a tu prometido. Además, después del chasco con Warwick, deberías haber espabilado.

—¿Y cuándo piensa casarse? —Jaqueline se arrepintió en ese mismo momento de haber pronunciado esas palabras. ¡No es de tu incumbencia!, se hizo callar a sí misma—. Discúlpeme, no quería...

—¿Ser curiosa? —preguntó Monahan sonriente—. Bueno, si vuelve a sentir curiosidad, significa que está mejorando, y eso me alegra. Usted parece ser una de esas personas que dice lo que piensa.

No tanto como me gustaría, pensó Jaqueline. Si fuera así te diría lo mucho que me gustas.

—Bueno, no es ningún secreto, Marion también lo sabe. Quiero casarme con ella cuando haya transportado a Montreal los troncos que están siendo talados en este momento. No es que ahora no tenga dinero suficiente, pero la venta de los troncos me permitiría celebrarlo por todo lo alto. Celebrarlo como se merece Marion.

—Quizás a ella eso no le importe. Si le está insistiendo, puede que la celebración le dé igual. Las mujeres no siempre buscan esplendor.

—Oh, eso es porque no conoce a mi prometida. ¡Es el esplendor en persona y adora las celebraciones fastuosas! Al fin y al cabo su familia proviene de la más antigua nobleza francesa.

—¿La nobleza no fue víctima de la Revolución?

Jaqueline se arrepintió en el acto de la malicia en el tono de su voz. Pero no había podido evitarlo. A pesar de que no conocía a la prometida de Connor, sentía cierta antipatía hacia ella. Aunque solo fuera por su gusto por la pompa.

Monahan únicamente se echó a reír.

—¡Usted sí que sabe de lo que habla, *miss* Jaqueline! Por supuesto que a la nobleza francesa no le ha ido nada bien en su patria. Pero la familia de Marion fue lo bastante lista para partir hacia el Nuevo Mundo antes de que estallara la Revolución. Los Bonville han levantado un imperio de tramperos y comerciantes de pieles y son personas muy admiradas por aquí.

Jaqueline recordó el comentario de Warwick acerca de que a los comerciantes de pieles ya no les iba bien. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Tiene usted frío? —preguntó Connor al percibir su entumecimiento.

—Lo cierto es que sí. —Jaqueline se acurrucó bajo la manta—. Parece que aún me llevará un tiempo recuperarme completamente.

—Ya verá cómo se cura —respondió Connor despreocupado, y echó más leña al fuego—. ¡Cierre tranquila los ojos! No se perderá nada. Prepararé la cena, quizá tenga más apetito que esta tarde. —Al decir esto, le guiñó un ojo.

Jaqueline no sabía si debía alegrarse por ello o no. A pesar de que apenas lo conocía, en su corazón se estaban despertando sentimientos por él. Pero no podía

permitir que se notara. Seguro que hay más hombres amables en este país, se consoló. Quizás algún día encuentres a uno que sea tan simpático y dulce como Connor. Por ahora me alegro de que me cuide y estoy contenta de haber escapado del monstruo de Warwick. Y, en cuanto esté recuperada, cogeré las riendas de mi propia vida.

La fiebre de Jaqueline desapareció durante los siguientes días y las tos también remitió. Monahan seguía durmiendo en el cobertizo. A Jaqueline le resultaba embarazoso, pero la decencia le impedía pedirle que pasara la noche en la cabaña. Además, estaba segura de que él no aceptaría la oferta. Al fin y al cabo parecía ser un auténtico caballero.

Durante el día, Connor cuidaba de Jaqueline siempre que podía y se alegraba de cada pequeño paso que la muchacha daba hacia la recuperación. Para animarla, le contaba anécdotas de su juventud y le hablaba de su trabajo.

Como Jaqueline fue teniendo la sensación de que podía confiar en él, no dudó en revelar cosas sobre sí misma. Le habló de Hamburgo y de su infancia acompañada de las historias de su padre. Le confesó que le encantaría escribir sobre viajes que ella misma hubiera realizado.

Connor reaccionó a esto con un gesto lógico de asentimiento. Jamás trataba de disuadirla. Cuando le explicó que planeaba buscar empleo como institutriz, su respuesta fue verdaderamente entusiasta.

—Estoy seguro de que alguien contratará los servicios de una mujer de sus características. Sobre todo porque podrá enseñar a los niños su lengua materna. Seguro que muchas familias adineradas estarán interesadas.

—Eso espero.

El hecho de que Connor no tuviera nada en contra de que una mujer decidiera por sí misma le llegó al corazón y le dio ánimos.

Después de un tiempo volvió a sentirse con fuerzas para ponerse en pie. Envuelta en las gruesas mantas, por las noches a menudo se sentaba con Connor en el banco que había ante la cabaña y escuchaba con atención los sonidos del bosque.

—En pocos días el paisaje aquí será maravilloso —le explicó en una de esas ocasiones con un amplio gesto de la mano—. Todo el suelo del bosque se cubre de flores amarillas y blancas. Los pájaros carpinteros martillean en las coronas de los árboles y se puede observar una gran cantidad de aves. Le gustará.

—Estoy convencida. A usted parece gustarle la vida aquí. Más que en la ciudad, supongo.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Connor riendo.

—Se percibe en sus palabras. Mi padre siempre hablaba de manera similar cuando relataba sus viajes o cuando nos mostraba entusiasmado sus mapas. Puede que los idiomas que hablan las personas sean diferentes, pero yo creo que el tono con el que se expresan ciertos sentimientos es el mismo.

—Nunca había pensado en ello, pero si usted lo dice...

Connor contempló el perfil de la mujer que tenía junto a él. De nuevo le llamó la atención su belleza. La enfermedad había dejado surcos oscuros en torno a sus ojos y sus mejillas estaban hundidas, pero todo aquello no eclipsaba el carácter amable y

natural de aquella muchacha, que con su aspecto atractivo y su cabello rojo como el fuego llamaría la atención incluso en las salas de baile de Montreal.

—Si le soy sincero, preferiría vivir en el bosque si pudiera. Puede que me contradiga usted, pero opino que la vida en la ciudad es agotadora. Hay que fijarse constantemente en cómo comportarse y qué decir. Uno se enfrenta siempre a las expectativas, al menos cuando es conocido allí. Y si no se cumplen, se acabó.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted. Nuestra familia también sufría una presión considerable. Cuando todo se fue a pique, ni siquiera los criados del vecino me saludaban. ¡Qué hermoso sería no tener que estar a la altura de ninguna expectativa!

—Sería el auténtico paraíso. Porque en el paraíso que predica la Iglesia también existen las expectativas. Sin embargo, yo creo que aquí, en esta cabaña, por lo menos podemos descansar del mundo. Los pájaros, los osos y los lobos no tienen interés alguno en nosotros.

Jaqueline asintió.

—Apenas puedo esperar a explorar el bosque. ¿Realmente hay osos?

—Más de los que a uno le gustaría. —Monahan rio—. Osos pardos, *grizzlies*, todo lo que se pueda desear. Si sale a caminar sola, tenga cuidado con las viejas trampas para osos. Y naturalmente con los mismos osos. No sirve de nada huir de ellos hacia el agua o subirse a un árbol. Los osos nadan y trepan mejor que cualquier ser humano.

—No tengo intención de provocar a ningún oso —declaró Jaqueline con decisión—. Pero me gustaría ver uno.

—Entonces creo que deberíamos hacer una pequeña excursión en cuanto se sienta mejor. Sé dónde se reúnen la mayor parte de los osos, y, en mi compañía, no tendrá nada que temer. Si quiere, le enseñaré incluso a disparar, así podrá defenderse si es necesario.

Jaqueline pensó en la escopeta del despacho de su padre y en sus trofeos de caza. Siempre había sentido compasión por los animales y dudaba de que pudiera disparar a uno.

—Gracias por la oferta, pero prefiero observar a los animales antes que matarlos.

Connor esbozó una amplia sonrisa.

—Entonces esperemos que los osos y los lobos la dejen en paz, para que no tenga que cambiar de opinión.

Connor aún recordaba la conversación cuando se presentó de nuevo en casa de los Bonville la noche siguiente, en domingo. Lo recibió un aroma embriagador a asado. Savannah realmente sabe lo que hace, pensó, y decidió dar después las gracias a la cocinera en nombre de Jaqueline por el jarabe.

Para entonces Marion ya se había tranquilizado y lo había perdonado por no



acudir a la cena de gala. Sin embargo, él sentía que se estaba tramando algo. Su futuro suegro lo trataba con menos calidez que antes. Probablemente no pudiera perdonarle que hubiera preferido ayudar a alguien que pasar una velada manteniendo conversaciones superficiales.

Preferiría estar ahí fuera con los lobos y los osos, pensó mientras el mayordomo lo conducía al comedor.

George Bonville y Marion ya estaban sentados a la mesa, que estaba magníficamente dispuesta, como siempre.

—¡Perdonad el retraso! —se disculpó Connor mientras se dirigía a su asiento—. En estos momentos la tala de madera va a toda marcha. Y para colmo ha habido problemas con los caballos.

—Para eso precisamente tienes empleados —comentó George Bonville, mordaz, mientras cogía su copa de vino.

—Es cierto, pero hay decisiones que solo puedo tomar yo. Uno de los animales se ha dislocado dos tobillos. He tenido que decidir si debíamos entablillar o matarlo. Como quizá sepas, los buenos caballos de tiro son muy caros, así que he decidido conservar al animal y probar de entablillar.

Bonville respondió con un gruñido de enojo.

Claro, para ti el dinero no es importante, pensó Connor.

—Quizá deberías ocuparte más de tu prometida, en lugar de andar por ahí —prosiguió el padre de Marion—. Últimamente parece que no sales del bosque.

Connor sintió que el estómago se le encogía. De pronto, ya no tenía ganas de tomar el delicioso asado de ternera. Intuía a dónde quería llegar su suegro. Desde hacía algún tiempo se habían extendido rumores por la ciudad. Rumores que afirmaban que tenía una amante secreta que ocultaba en el bosque.

—Como sabes, el bosque es mi medio de vida. Se lo debo todo: mi profesión, mi reputación y mis ingresos.

—A pesar de todo, podrías delegar más.

—¡Pero no quiero! —replicó Connor cortante—. Soy tan estúpido que prefiero seguir haciendo muchas cosas por mí mismo. Y lamentablemente tampoco le he cogido el gusto aún a desperdiciar mi tiempo con intrigas políticas.

Ambos hombres se fulminaron furiosos con la mirada.

Marion observó un rato en silencio antes de intervenir:

—Las rosas que me has enviado son preciosas, Connor.

Pero esto no rebajó la tensión. La hostilidad entre los hombres casi se podía tocar con las manos.

Finalmente Bonville dijo:

—El viernes tengo intención de ofrecer una recepción, una gran recepción. Se espera a numerosas personalidades de la zona. ¿Puedo contar contigo esta vez o preferirás quedarte en el bosque de nuevo?

Lo que más me gustaría es estar ahora mismo en el bosque también, pensó

Connor, furioso. Pero, como no quería pelea, cedió:

—Por supuesto que vendré. Y estoy seguro de que esta semana tendré múltiples oportunidades de ocuparme de Marion.

Visiblemente más tranquilo, Bonville se recostó. Con un gesto indicó al mayordomo que sirviera a su futuro yerno.

Quizá no me habrían dado comida si no hubiera aceptado, pensó irónicamente Connor mientras se colocaba la servilleta en el cuello.

A pesar de que en realidad se había propuesto cabalgar a la ciudad la mañana del día de la recepción, Monahan condujo su caballo de nuevo hacia el campamento de leñadores, donde sus hombres apilaban los troncos talados. Los pájaros piaban sobre él y en la lejanía se oía picar a un pájaro carpintero. Connor disfrutó de la soledad del bosque y aspiró el aroma del fresco verdor. La corteza gris clara del nogal blanco resplandecía alentadora. Sus flores amarillas y las primeras hojas brillaban al mismo tiempo. Al ver aquello, su enfado de los últimos días se desvaneció. Tengo que mostrar este árbol a Jaqueline, pensó Connor, en su patria no lo hay. Jaqueline... Sencillamente no se le iba de la cabeza.

Ya casi llevaba dos semanas con él, y en ese tiempo se había recuperado muy bien. Habían dado breves paseos juntos y él le había hablado de la flora que veían. Jaqueline parecía haber heredado el afán explorador de su padre. Connor casi lamentaba no haber conocido al cartógrafo.

Sin embargo, su curiosidad desmedida por el entorno no era lo único que le fascinaba de ella. Jaqueline irradiaba una energía de la que otras mujeres carecían. Tenía la capacidad de tomar las riendas de su vida. Él percibía que a ella le resultaba desagradable aceptar su ayuda, a pesar de que se la agradecía con tanta calidez y amabilidad, que el corazón se le aceleraba con solo mirar a la joven. Sí, ahora ya incluso deseaba regresar a la cabaña al terminar de trabajar, aunque eso significara otra noche sobre la piel de oso.

Cuanto más agradable le resultaba el tiempo que pasaba con Jaqueline, más desagradables eran las visitas a Marion. La cena que habían compartido un par de días atrás no había sido más que el prelude de una serie de preguntas fulminantes a las que tuvo que someterse en su casa. Y no fue Marion quien se las formuló. No, le cedió oportunamente la tarea a su padre. Mientras Bonville le exigía una y otra vez que cuidara más de su hija, ella se hacía la inocente.

Connor suspiró. Las negociaciones de Bonville con los hombres de Toronto habían tenido éxito. A estas alturas George tenía esperanzas incluso de alcanzar las altas esferas políticas.

A Connor le parecía ridículo, pero se lo ocultaba a su futuro suegro. Solo con pensar en que los hombres aquella noche volverían a hablar de política sin excepción e intentarían superarse mutuamente con sus argumentos, perdió las ganas de acudir a la recepción. Preferiría talar árboles, pensó suspirando. Pero lo he prometido y esta vez no les daré motivos para enfadarse.

El olor aromático del serrín distrajo a Connor. Tenía ante él el campamento de leñadores y ahora debía concentrarse en el trabajo. Pasó junto al barracón de la cuadrilla en dirección al almacén de madera, situado a la orilla de un lago. Desde lejos vio ya los impresionantes montones de madera que sus hombres habían apilado. Ya solo quedaba llevar los troncos al agua. A pesar de que habían perdido sus copas,

aún tenían un aspecto imponente. Algunos de ellos pesaban varios cientos de libras y en el pasado habrían sido transformados seguramente en quillas de barco. Sin embargo, ya no se construían buques de madera; ni siquiera los clípers eran ya solo de este material. Pero Connor estaba seguro de que sus clientes quedarían entusiasmados con aquellos troncos tan extraordinarios.

Dirigió su caballo hacia su capataz.

—Bradley, ¿cómo va?

—¡Muy bien, *sir*! Ya hemos traído la mitad de los troncos. Dentro de poco podremos transportarlos. Y si quiere saber mi opinión, creo que ya hemos encontrado también los troncos para nuestra armadía.

McGillion señaló un par de ejemplares apartados que habían crecido especialmente derechos. Monahan tuvo que reconocer que eran idóneos, y de pronto sintió ese cosquilleo que ya había sentido antes de su primer transporte por el río. Viajar sobre una armadía era una empresa peligrosa, pero también una de las pocas aventuras que se podían seguir viviendo.

—¡Buen trabajo, Bradley! —Con esas palabras, Connor cabalgó en torno a la gran pila.

—¡Cuidado, jefe! —El penetrante grito le llegó a Connor hasta la médula.

¡Uno de los troncos de la parte superior del montón se movía! Connor espoleó a su caballo.

Se oyeron crujidos y un gran estrépito. Los troncos rodaron y se estamparon contra el suelo. Connor se apretó contra su caballo y escapó de un salto. El suelo tembló bajo los cascos. Entonces el ruido cesó tras él. Reunió todo su valor, refrenó a su caballo y miró a su alrededor.

Los troncos estaban desperdigados como gigantescas cerillas que alguien hubiera dejado caer descuidadamente sobre una mesa. Uno de ellos se había detenido a pocos metros de él. La imagen puso a Connor la piel de gallina.

—¡Tranquilo, amigo! Hemos vuelto a tener suerte. —Acarició agradecido el cuello de su caballo y lo giró.

Bradley McGillion se dirigía apresuradamente hacia él.

—¿Todo bien, *sir*? —jadeó, con la zona de la nariz completamente pálida.

—No se preocupe, no me ha pasado nada. ¿Alguien se ha hecho daño?

—Por lo que veo, no —respondió el capataz—. La mayoría de los hombres están en el bosque. Los que aún quedaban aquí estaban a mi lado.

Monahan suspiró aliviado. Todos sus hombres sabían lo peligroso que era el trabajo. Algunos ya habían sufrido lesiones, pero hasta entonces, gracias a Dios, no había habido muertos. No había nada que Connor temiera más que tener que informar a una mujer de que un accidente laboral la había convertido en viuda.

—Por lo menos no han rodado hasta el agua —comentó McGillion.

—La próxima vez debemos apilar los troncos con más cuidado. Cabalgaré hacia el bosque y avisaré a los demás —respondió Monahan.

Encontró a sus hombres a poca distancia del campamento y les ordenó que regresaran.

Les llevó varias horas recogerlo todo. Después de que los caballos de tiro hubieran separado los troncos encajados unos en otros, los hombres pudieron sujetar los primeros troncos con la grúa. Las fuertes cuerdas los llevaron de nuevo al lugar donde se formaría la pila y los dejaron allí. Connor comprobó personalmente la posición de los troncos subiéndose a ellos con un par de hombres. Una vez garantizado que la capa inferior se sostenía, se colocaba la siguiente.

Mientras sentía el sudor recorriéndole la espalda, recordó la recepción. Esto sería una buena excusa. Pero no puedo escaquearme de nuevo, reflexionó. Espero que los demás invitados no me atosiguen demasiado. Connor suspiró. Posiblemente todos quieran saber qué hay de cierto en los rumores que recorren la ciudad.

De pronto, tuvo una idea. Quizás era algo osada, pero de todos modos le gustó.

Si me atrevo, puede que ponga fin a los rumores, pensó. Y de pronto deseó incluso que llegara la velada.

Por la tarde, Jaqueline ya no aguantaba más en la cabaña. El sol brillaba y los pájaros gorjeaban. El paisaje había cambiado. A pesar de que por las noches aún había heladas, los árboles y arbustos mostraban los primeros brotes y las primeras flores relucían sobre la hierba.

¡Qué día tan magnífico!, pensó. Quizás encuentre violetas.

Con estas palabras se echó por encima el abrigo que Connor le había dejado y se asomó a la puerta. A pesar de que ya estaba curada, todavía sentía las piernas algo débiles. Por eso solo quería dar un corto paseo con la esperanza de poder observar ardillas o ciervos.

Connor le había narrado casi cada noche historias sobre el bosque y sus habitantes. Sus descripciones de enormes diques construidos por castores, de peligrosas manadas de lobos y de osos gigantes la habían impresionado especialmente. Sí, Connor realmente sabía cómo fascinarla. Sabía mucho sobre los indios, a quienes los colonos blancos habían desplazado en su mayor parte, y hablaba a menudo de Savannah, la cocinera de su prometida, que aún conservaba las tradiciones de su pueblo a pesar de que se había adaptado a la forma de vida de los blancos. Naturalmente también habían hablado de la madera y las maderadas. Jaqueline se imaginaba maravillada cómo sería viajar sobre una enorme balsa en aguas impetuosas. Quería ver a toda costa las cataratas del Niágara, que conocía por los relatos de su padre. Connor le había prometido llevarla en algún momento, ya que en su opinión nadie debía perderse aquella grandiosa vista.

El aire envolvía a Jaqueline como un pañuelo de seda, y los aromas y el canto de los pájaros la estimulaban. Hacía mucho tiempo que no se había sentido tan viva. Aceleró el paso llena de dinamismo.

Pero, ¿qué era eso? Un ruido extraño, justo detrás de ella. ¿No sería un lobo?

Jaqueline se revolvió rápidamente y acechó entre la maleza. A pesar de que oía el ruido claramente, aún no veía nada.

Una sensación angustiosa se apoderó de ella. De repente, sintió frío. Quizás haya indios por aquí a los que no les guste que una mujer blanca recorra sus senderos, pensó.

Mirando a su alrededor con atención, dio la vuelta y caminó hacia la cabaña.

Todavía se oían chasquidos y crujidos, como si alguien la siguiera. El corazón de Jaqueline latía tan violentamente que temió que su perseguidor lo oyera.

¡Tonterías, Jaqueline! ¡Piensa en las historias de indios! Un indio jamás se haría notar, se tranquilizó a sí misma. Seguro que no es más que un pequeño animal.

Entonces se oyó un rugido furioso.

Jaqueline se estremeció y se quedó helada.

¡Dios mío, que no sea lo que parece!

Miró a su alrededor temblorosa. ¿Qué era eso? Un pequeño jirón de piel marrón. Pero el jirón fue haciéndose más y más grande... Jaqueline se quedó sin aliento. ¡Un oso pardo! ¡Un enorme oso pardo que al parecer buscaba comida!

¡Corre!, le gritó la razón, pero, hasta que el animal no atravesó la maleza, Jaqueline no despertó de su ensimismamiento y no echó a correr.

¡Menos mal que llevaba pantalones! Sin embargo, no era lo bastante rápida. ¡El oso le pisaba los talones!

Lloriqueando de miedo, Jaqueline se precipitó por el sendero del bosque mientras volvía la cabeza una y otra vez.

El oso se acercaba. De vez en cuando resoplaba furioso, como si pretendiera paralizar a su víctima.

¿Qué debo hacer?, se preguntó Jaqueline. Su corazón latía a toda velocidad y su mente trabajaba a toda máquina. ¿Debía trepar a un árbol? No, Connor se lo había desaconsejado. ¿Podré ahuyentar al animal con una rama? ¿O asustarlo con un grito?

El pánico le oprimía el pecho y le cortaba la respiración. Casi creyó sentir el aliento del oso en la nuca. En cualquier momento alargaría una zarpa hacia ella y la derribaría... ¡Estoy perdida!, pensó Jaqueline, y su garganta emitió un profundo sollozo.

Un estallido repentino. Un grito. Jaqueline siguió corriendo lo más rápido que pudo hasta que oyó un rugido torturado tras ella.

Entonces comprendió: ¡había sido un disparo! Jaqueline se detuvo en seco y echó un vistazo hacia atrás: el oso se tambaleaba.

¡Estoy salvada! Alguien le ha disparado, se dio cuenta Jaqueline. Las piernas no le obedecían. En su cabeza todo daba vueltas. Jadeaba y luchaba contra la amenaza de desmayarse. El oso dio tumbos, su figura se desdibujó ante sus ojos, y se dio media vuelta.

Jaqueline buscó apoyo en un árbol con la respiración acelerada. ¡Dios bendito, ha

estado cerca! ¿Habría emprendido el animal la huida definitiva? No sobreviviría a otro encuentro como aquel.

Pero, ¿qué era eso? ¡Otro chasquido! Jaqueline estaba paralizada por el miedo.

—¿Está usted bien, *miss* Jaqueline?

¡Connor Monahan! ¡Gracias al cielo! Salió de entre la maleza a caballo con el revólver en la mano.

Jaqueline apoyó las manos en los costados entre jadeos. No podía responder. Pero asintió y sonrió débilmente.

Connor miró a todos lados para asegurarse. Los osos heridos eran imprevisibles. Pero el animal había desaparecido. De todos modos, conservó el arma en la mano.

—Podría haber acabado mal —murmuró. Su alivio era evidente—. Creo que ambos debemos recuperarnos del susto. Vamos, la llevaré de vuelta a la cabaña. Para empezar, tomaremos un café.

Con estas palabras se inclinó hacia Jaqueline y le tendió una mano. Ella dejó que tirara de ella y la subiera al caballo tras él.

Poco después la cafetera hervía a borbotones sobre el hogar. Jaqueline todavía estaba como aturdida. Pero el aroma especiado que llenaba la cabaña la reanimaba poco a poco.

—No había exagerado, ¿verdad? —preguntó Connor mientras le servía un café—. Apuesto a que en los bosques alemanes no hay gigantes como estos.

—No, ciertamente, no. —Jaqueline aún temblaba un poco—. El mayor peligro allí son los zorros rabiosos.

—Aquí siempre debe usted contar con que puede encontrarse con uno de estos pardos. Ha tenido suerte de que se tratara de un ejemplar joven. Un oso adulto no se habría dejado ahuyentar por un disparo. Habría tenido que matarlo para apartarlo de usted.

—¿Qué pasará ahora con el animal?

—¡No se preocupe! La herida sanará. Quizá cojee un poco, pero eso apenas lo perjudicará.

—En realidad yo tengo la culpa. Al parecer, él tenía hambre y yo no he tenido cuidado. ¿Aparecerá de nuevo por aquí?

—Puede ser. Al fin y al cabo, ahora sabe que aquí hay comida. Quizá debería dejar fuera un par de tiras de carne.

—¡No se me ocurriría hacer algo así! —respondió Jaqueline, asustada. Se dio cuenta demasiado tarde de que la propuesta era una broma y se echó a reír—. Por cierto, ¿por qué regresaba tan pronto? —preguntó entonces.

—Quería preguntarle algo.

Jaqueline levantó las cejas.

—¿Preguntarme algo a mí?

Monahan titubeó un instante, como si necesitara reunir todo su valor.

—¿Qué le parecería acompañarme a esa recepción?

La pregunta sorprendió a Jaqueline.

—¿Su prometida también estará allí? —preguntó angustiada.

—Naturalmente. Me gustaría presentársela. Marion no está precisamente contenta de que cuide de usted. Pero creo que se llevarán bien; quizá pueda incluso entablar amistad con ella.

Jaqueline se había quedado muda. ¿Este hombre se ha vuelto loco?, pensó. ¿Quiere que me haga amiga de su prometida?

Sintió un fuerte rechazo.

No, no quería ver a Monahan con su prometida. Y si a su prometida no le gustaba que Connor cuidara de Jaqueline, seguro que tampoco tenía interés alguno en conocerla. Además, había otro problema: Monahan provocaba sentimientos profundos en Jaqueline, sentimientos que era capaz de ocultar ante él. Sin embargo, las mujeres tenían un olfato mucho más sensible que los hombres para las emociones. Y Marion no debía percibir de ningún modo lo que sentía Jaqueline.

—No sé si es una buena idea. —Jaqueline se esforzó por dar una respuesta diplomática. A juzgar por la alegría con la que Connor le había hecho la propuesta, esa noche parecía significar mucho para él—. Seguro que a su prometida no le parece bien. —Jaqueline se sonrojó.

—Marion y yo llevamos años prometidos —prosiguió Monahan—. Hasta ahora no hemos sufrido ninguna crisis grave, y no tiene ningún motivo para suponer que le he sido infiel alguna vez. Lo único de lo que puede estar celosa es de mi trabajo, pero de él no me separaré.

Esto no disipó en absoluto las dudas de Jaqueline.

—De todas formas no debería estar allí. En Hamburgo habrían surgido rumores bochornosos si un hombre prometido hubiera aparecido en sociedad con una mujer desconocida. Habría dado mucho de qué hablar a la gente chismosa. No quiero causarle ninguna molestia.

Connor sonrió delicadamente.

¡Si tú supieras!, pensó.

—En lo que a eso respecta, ya hay habladurías en la ciudad —explicó—. Los rumores afirman que he escondido a una mujer en mi cabaña. Una mujer a la que consideran mi amante. Mientras nadie en Saint Thomas la haya visto, las historias serán cada vez peores.

—¿Y cree que presentarme en la recepción les hará cambiar de opinión? —Jaqueline tuvo que hacer grandes esfuerzos para ocultar su decepción, ya que en su interior se preguntaba: ¿Tan fea me encuentra que piensa que la gente no creerá que pueda competir con Marion?

—Bueno, podría usted contarles lo que la ha traído aquí. Y lo que se propone.

—¿Así que usted cree que una aventurera es aquí más apreciada que en otros



lugares?

—Por lo menos aquí la sociedad es lo bastante liberal para no privar a las mujeres del derecho a pensar y a actuar. Si la gente habla con usted y se da cuenta de que no tiene ningún interés en impedir mi boda, nos dejarán a ambos en paz.

Monahan tomó sus manos repentinamente.

A Jaqueline le habría gustado levantarse de un salto, pero no quiso rehuirle. Su corazón se aceleró y se alegraba de estar sentada, ya que de lo contrario las rodillas le habrían fallado.

¿Por qué me resulta tan atractivo, este hombre? ¿Por qué me confunde de esta manera?, se preguntó.

—Por favor, *miss* Jaqueline, ¡hágame este favor! Estoy seguro de que podemos aclararlo todo. Marion no es mala persona, la teme porque no la conoce. No quiero que tenga la impresión de que ya no estoy interesado en ella solo porque he sentido la necesidad de ayudarla a usted.

Estas palabras conmovieron y decepcionaron a Jaqueline a partes iguales. Naturalmente se había olvidado de la necia idea de poder convertirse en la mujer que estuviera siempre a su lado. Y lo cierto es que no había venido a Canadá para emprender exclusivamente la búsqueda de un buen partido. Sin embargo, lo que decía sonaba como si no le encontrara ningún atractivo. Nada que quizá pudiera tentarlo.

Pero, ¿puedo negarle el favor?, se preguntó Jaqueline. Al fin y al cabo, me ha dado alojamiento y me ha cuidado de forma enternecedora. No, no puedo ser tan desagradecida. No debería dar por sentada su preocupación por mí. Parece que al hacerlo se ha ganado incluso el enfado de su prometida. ¡Debo compensárselo! Su decisión era firme.

—Está bien, le acompañaré —dijo.

—Se lo agradezco —dijo Connor sonriendo—. No se arrepentirá. Cuando los ánimos se hayan calmado, los chismorreos cesarán. Ahora iré a vestirme y la recogeré hacia las siete y media.

Jaqueline esperó de todo corazón que tuviera razón.

Un intenso aroma a tierra, madera y follaje envolvía a Jaqueline, y helechos exuberantes rozaban la orilla de su vestido mientras cabalgaba con Connor por el estrecho sendero que conducía a la ciudad. Se oían crujidos y chasquidos entre los matorrales y el eco del ruido de los cascos resonaba en la oscuridad. De vez en cuando se oía la llamada de un mochuelo. Un lobo solitario aullaba en la lejanía. Sin embargo, Jaqueline no tenía miedo de la naturaleza. Era más bien la inminente reunión lo que la asustaba.

¿Por qué me he dejado convencer?, se preguntó Jaqueline con un mal presentimiento mientras asía las riendas con fuerza. Seguro que la velada resulta muy desagradable. Y quién sabe, quizás eche a perder toda posibilidad de encontrar empleo en la ciudad.

En cambio, Connor no parecía estar nada preocupado. Al menos no dejaba que se le notara. Parece que está convencido de que mi presencia debilitará los rumores, reflexionó Jaqueline con escepticismo. Ya se estaba preparando mentalmente para los disgustos, ya que la alta sociedad podía ser realmente cruel. Ya lo había experimentado en Hamburgo.

Padre, ¿qué me aconsejarías tú?, se preguntó desesperada, pero no se le ocurrió ninguna respuesta.

Después de cabalgar un rato por el bosque, llegaron a un camino abierto removido por los cascos de los caballos y las ruedas de los carros. En la lejanía se veían luces.

—¿Eso de ahí es la ciudad? —preguntó Jaqueline al tiempo que su corazón se aceleraba y el estómago se le encogía dolorosamente.

Habría preferido darse la vuelta, pero ella misma sabía que era ridículo. Lo superarás, se tranquilizó. Quizá puedas establecer contactos útiles e informarte un poco. Es posible que alguno de los asistentes te contrate como educadora o institutriz. Así pronto dejarás de ser una carga para Connor.

—Sí, eso es Saint Thomas —confirmó Monahan—. Por el momento no es especialmente impresionante, pero créame, esta ciudad tiene futuro. En un par de años habrá aquí calles adoquinadas y bonitas empresas. Ninguna otra ciudad de la zona es tan prometedora.

Así llegaron a la calle principal, que atravesaba la ciudad como una cinta oscura. Algunos perros callejeros ladraron, y un gato escapó bufando de los cascos de los caballos.

Jaqueline distinguió enseguida a qué edificio se dirigían. Varios coches de caballos se alineaban ante una villa con una logia flanqueada por dos altas columnas. Todas las ventanas estaban iluminadas. La luz de la luna caía sobre las brillantes tejas. Cada metro cuadrado de aquella propiedad pregonaba la riqueza de sus habitantes.

Jaqueline se había quedado sin habla al ver aquel palacio. Pocos edificios en Hamburgo podían competir con él. Ni siquiera las casas de nuestros miembros del Senado son tan grandes, pensó. ¿Cómo será el interior?

El recuerdo del embargo de su casa paterna se apoderó de ella. Jaqueline contuvo las lágrimas mientras miraba a través de las ventanas del salón de recepciones, intensamente iluminado. En el pasado, ellos también habían celebrado bonitas fiestas. Y por aquel entonces su única preocupación había sido qué vestido o qué peinado llevaría.

Ahora todo había cambiado. No tenía recursos, se había enemistado con un hombre impredecible, y esa noche quizá se convertiría en el hazmerreír de la gente. Jaqueline suspiró.

¿Connor Monahan, por qué me hace esto?, se preguntó de nuevo.

—¿No quiere bajarse?

La voz de Monahan sacó a Jaqueline de sus melancólicos pensamientos. Entonces se dio cuenta de que él ya había desmontado.

—Sí, claro.

—¿Me permite que la ayude? —Connor le tendió la mano.

Jaqueline rehusó la ayuda negando con la cabeza.

—Gracias, ya puedo sola. —La respuesta sonó más brusca de lo que Jaqueline había pretendido.

—Sigue sin estar convencida, ¿verdad? —preguntó Connor, después de haber encargado al mozo de cuadra que se había acercado que se ocupara de los caballos.

—Si le soy sincera, no. Pero, ¿qué más da? Esta noche también pasará. Quizá pueda establecer algún que otro contacto útil. —Jaqueline se recolocó el vestido verde y se recogió algunos mechones molestos en el moño.

Está nerviosa, pero hará todo lo posible por no mostrarlo, pensó Connor con admiración. No solo es hermosa, sino que también es muy valiente. Deseo de todo corazón que encuentre su camino.

—Bueno, ¡entonces lo mejor será que entremos! ¡Enfrentémonos a la turba! —Al decir esto, le cedió el paso.

A pesar de que el calor del vestíbulo envolvió a Jaqueline como un abrigo, de pronto tuvo la sensación de quedarse helada, ya que todos los presentes fijaron su atención sobre ella en el acto. Las miradas que le dirigían le parecieron a Jaqueline afiladas como agujas. Sintió un fuerte mareo, de manera que permaneció inmóvil.

—¡Ánimo, *miss* Jaqueline! —murmuró Connor tras ella—. Esto es como con los depredadores. Si se permite uno la menor debilidad, se abalanzan sobre él. Si les mira uno a los ojos, se retiran.

—No se preocupe, no tengo miedo.

A pesar de que eso no era cierto, Jaqueline se irguió y avanzó con la cabeza bien alta. ¡Piensa en el pasado!, se ordenó.

Sin embargo, eso no resultó ser útil, ya que en Hamburgo nunca había recibido

miradas maliciosas ni había tenido que ver cómo su llegada era objeto de chismorreos.

Jaqueline, desconcertada, se obligó a no prestar atención a los que la rodeaban.

Finalmente llegaron a una puerta doble abierta tras la que se apiñaban más personas.

¿Tantos amigos ricos tiene esta familia?, se preguntó Jaqueline, impresionada al ver todas aquellas elegantes levitas, fracs y vestidos de gala. Las joyas centelleaban y despertaron el recuerdo del broche que había empeñado. Si hubiera sabido lo que me esperaba en Canadá, habría destinado el dinero a otra cosa, pensó deprimida.

Le habría gustado buscar apoyo en la mano de Connor, pero eso habría resultado completamente inapropiado.

Monahan la condujo hasta un pequeño grupo formado por tres mujeres y dos hombres. Una de las damas destacaba entre las demás como un lirio solitario entre flores silvestres. Su vestido verde pálido era de seda y el peinado con el que se había recogido su cabello oscuro solo podía calificarse de extravagante.

Posiblemente utilice blanqueante para conseguir que su piel tenga un tono blanco tan reluciente, pensó Jaqueline al ver su perfecta tez de porcelana. ¿Será la prometida de Monahan?

Mientras todas las miradas se dirigían hacia Jaqueline, esta no podía apartarla de la dama de verde pálido.

—Ah, Connor, ¡aquí está! —exclamó uno de los hombres, que llevaba una levita de corte estrafalario con la que parecía haber salido de otra época—. Ya pensaba que también desaprovecharía esta ocasión.

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondió Monahan—. Mi invitada ya está recuperada y ya no precisa mi vigilancia.

—Así que esta es la pobre niña abandonada —comentó el hombre, burlón.

A pesar de su buen aspecto, a Jaqueline le resultó desagradable de primeras, ya que le recordaba a Fahrkrog.

—Esta es la joven dama a la que he ayudado —explicó Monahan, impasible, como si no hubiera percibido el matiz mordaz—. *Miss* Jaqueline Halstenbek, de Alemania.

—Una inmigrante —siseó despectivamente alguien al fondo.

—*Miss* Halstenbek, esta es mi prometida Marion Bonville, *miss* Elina Chance, *miss* Mary Wenham, así como su padre, August Wenham, y mi futuro suegro, George Bonville.

Jaqueline estaba segura de que para la mañana siguiente ya habría olvidado los demás nombres. Pero no los de los Bonville. No se le escapó la hostilidad que encendía los ojos de Marion.

Oh, sí, *mister* Monahan, Marion y yo nos haremos amigas inseparables, se burló en silencio mientras inclinaba la cabeza a modo de saludo y esbozaba una sonrisa.

—El padre de *miss* Halstenbek fue uno de los mejores cartógrafos de Alemania. A

la joven le gustaría seguir sus pasos.

—Pelo rojo como el de una bruja —susurró una de las damas a su vecina, sin especial discreción. Probablemente quería que Jacqueline la oyera.

A pesar de que estas palabras encendieron la rabia de Jacqueline, pretendió no haber oído nada. Puesto que aquí, al parecer, se la consideraba una inculta, demostraría a la gente lo contrario y se comportaría de forma imperturbable. Quizá pararán si pierden el interés en burlarse de ti, pensó.

—¿Lo fue? —preguntó Bonville, divertido—. ¿Acaso ya no lo es?

—Mi padre falleció hace dos meses —explicó Jacqueline con tanta calma como le fue posible—. Ya llevaba un tiempo muy enfermo.

—¡Qué desgracia! —dijo Bonville con fingida compasión—. ¿Y ahora está en Canadá en busca de un buen partido?

Esta vez Jacqueline no logró ocultar su consternación ante semejante falta de tacto. Asustada, buscó la mirada de Connor. Le supuso un gran esfuerzo responder con voz calmada:

—No, más bien pensaba explorar el país que mi padre immortalizó en sus mapas. Quizá logre reunir algunas experiencias y publicarlas, como ya han hecho otras mujeres.

Las mujeres expresaron visiblemente su desprecio, pero Bonville no se mostró impresionado en lo más mínimo.

—Bueno, su padre le habrá legado entonces un patrimonio considerable.

Jaqueline tuvo que reconocer que su interlocutor poseía un sexto sentido para las debilidades de los demás. Pero aprovecharse de ello no lo hacía más simpático. Un profundo rechazo hacia Bonville creció en su interior.

Otra mirada de reojo a Connor le reveló que este no aprobaba en absoluto aquella conversación.

En realidad no es asunto de Bonville lo que hago aquí y cuál es mi situación financiera, pensó Jacqueline. Solo busca una oportunidad para desacreditarme ante su hija.

—No puedo quejarme de mi padre, *mister* Bonville. Era un hombre extremadamente cariñoso y educado.

Jaqueline percibió que las miradas que le dirigían eran cada vez más punzantes.

Monahan dibujó una sonrisa torturada. Parecía desagradablemente impresionado.

Jaqueline sospechaba que lo que más le habría gustado hacer en ese momento era cabalgar de vuelta al bosque.

—Me alegro de que ya se haya recuperado, querida —intervino entonces Marion en la conversación—. No debería permitir que nadie le impidiera tomar las riendas de su vida.

¡Tenías que decirlo precisamente tú!, pensó Jacqueline, burlona. Lo más probable es que tu vida esté planeada al detalle de antemano. Posiblemente nunca pongas un pie fuera de este palacio, a no ser que tu marido te lleve de viaje.

—Muchas gracias por el consejo. Esa es precisamente mi intención —respondió fríamente. ¡No puedo hacer caso de sus provocaciones!, se machacó mientras trataba de dominar su corazón, que había enloquecido de pura exasperación—. No obstante, esta noche no tendré oportunidad de buscar otro alojamiento. A no ser que uno de sus invitados me alquile una habitación.

Marion abrió la boca, pero no encontró una réplica adecuada.

Jaqueline se sintió cada vez más indispuesta.

—Si me disculpan, me gustaría ir a por algo de beber. Como no tengo acompañante, tendré que ocuparme yo misma. —Se apartó sonriente.

Sabía que considerarían ese comentario una muestra de su mal comportamiento, pero, ¿qué podía perder?

Se abrió paso a través de los invitados y buscó a su alrededor. Un criado vestido con librea blanca se acercó a ella de inmediato. Llevaba una bandeja con copas de champán llenas. Antes de que él pudiera ofrecerle una copa, ella cogió una y se retiró a una esquina de la sala. Desde allí tenía una buena vista sobre los invitados sin que ellos pudieran verla y observarla sin pestañear.

Jaqueline levantó temblorosa la copa y bebió. A pesar de que la bebida probablemente fuera cara, le resultó insípida.

Este no es mi lugar, pensó, y dejó la copa sobre una mesita. Si padre estuviera conmigo, las personas como los Bonville me recibirían con los brazos abiertos. Pero entonces se preguntó si el respeto de George Bonville y su hija le importaba realmente. Puede que ambos tuvieran dinero, pero desde luego no carácter.

—¡No creas que puedes arrebatarme a mi prometido! —siseó alguien de pronto.

Jaqueline levantó la mirada. Ante ella se encontraba Marion Bonville flanqueada por sus dos amigas. Las tres tenían un aspecto tan agresivo que parecía que quisieran propinarle una paliza.

—No es mi intención en absoluto —respondió tranquilamente Jaqueline, a pesar de que la rabia había acelerado su corazón.

—¿Que no es tu intención? —Marion soltó una estridente carcajada. Al parecer había tomado ya demasiado ponche—. ¡Claro que lo es! ¡Conozco a las mujerzuelas como tú! ¡Mírate, con tu vestido barato y tu peinado! Lo único que quieres es parecer un buen partido.

Jaqueline enrojeció. Sentía tanta vergüenza que le habría gustado que se la tragara la tierra. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominarse. Esta mujer está borracha, se convenció. ¡Simplemente haz como si no existiera!

Quiso alejarse, pero Marion le cortó el paso. Sus ojos se entrecerraron.

—¡No pienses que Connor es tan estúpido como para caer en tu trampa! —chilló.

Las conversaciones que se mantenían a su alrededor enmudecieron. Se formó un grupito de curiosos que observaban a las mujeres ávidos de escándalos.

Mañana probablemente seré la comidilla de la ciudad, pensó amargamente Jaqueline. Incluso a pesar de que no he hecho nada a nadie. Empujó a Marion a un

lado y huyó en dirección a la puerta.

Pero Marion corrió tras ella y prosiguió con su soflama llena de odio.

—¿No creerás que una pelandusca cualquiera como tú puede impresionarlo?!

En la sala se hizo tal silencio que se habría oído caer un alfiler. Todos esperaban atentos a lo que pasaría entonces.

—¿Estoy tan lejos de ser una mujerzuela como usted de ser una mujer honorable! Al escucharla hablar así, uno podría creer que ha salido usted de cualquier alcantarilla —respondió furiosa Jaqueline y echó a correr.

No esperó respuesta, sino que se precipitó a través de la logia y las escaleras de la entrada.

—¿Mi caballo! —le gritó al mozo de cuadra, que estaba listo a los pies de la escalera. Las lágrimas de indignación y vergüenza le nublaban la vista.

Se las secó con decisión y siguió al mozo hasta el patio. ¡Debía marcharse de allí! Mientras el hombre desaparecía en la cuadra, se apoyó agotada en un árbol. ¡Dios mío! ¡Qué escena tan espantosa! Nos hemos comportado como cretinas. ¡Qué actuación tan bochornosa! ¡Pobre Connor! Esta noche no lo tendrá fácil. ¿Lo atormentará ahora esa estúpida de Marion? Se echó a llorar de nuevo.

—Lo siento.

¡Connor! ¿De dónde había salido? Su voz reveló que lo lamentaba sinceramente.

Jaqueline se secó las lágrimas apresuradamente.

—No pasa nada.

Lo único que podía reprocharle era que se había equivocado al valorar a la alta sociedad que se había reunido allí dentro.

—No, claro que pasa. No sé qué mosca les ha picado a Marion y a mi suegro, nunca los había visto así.

Él tiene miedo de que le arrebatase a su hija el buen partido, pensó Jaqueline, pero no lo dijo.

—Un motivo más para no volver a presentarme ante ellos —respondió, en cambio—. Me buscaré una habitación en la ciudad. No quiero que tenga más problemas por mi culpa.

Connor la miró con una tristeza extraña. De pronto le recordó a un niño pequeño al que le hubieran quitado su juguete preferido.

Jaqueline no pudo contener una sonrisa.

—¿Será mejor que vuelva a entrar, Connor! De lo contrario su prometida creerá que se lo ha pensado mejor.

En ese momento apareció el mozo de cuadra con el caballo. Jaqueline cogió las riendas. Debía marcharse de allí. Bonville podía aparecer en cualquier momento y echarla con cajas destempladas.

Connor la agarró del brazo.

—¿Espere! ¿Adónde iré a estas horas? No tiene ni siquiera un abrigo. Además, una habitación en la ciudad significa que se encontrará mucho más a menudo con los

Bonville. ¿Es eso lo que quiere?

Jaqueline dejó caer la cabeza. Tenía razón. De pronto fue consciente de lo desesperado de su situación. ¿Qué debía hacer? No tenía ni un centavo.

Connor la observó pensativo.

—Escuche, Jaqueline, puede seguir viviendo en mi cabaña. Si cree que debe pagarme un alquiler, entonces podrá hacerlo en cuanto haya encontrado trabajo.

No creo que lo encuentre después de la escena de esta noche, pensó con amargura. Pero la oferta de Connor la conmovió.

—No sé si puedo aceptarlo —musitó—. Aunque duerma en el cobertizo, todos pensarán que usted y yo...

—¡Tonterías! En un par de días me pondré en camino con la madera. Y después regresaré a mi oficina de todos modos. Tendrá la cabaña para usted sola. Mientras no vuelva a salir a cazar osos, no hay motivo alguno por el que no debería alojarse allí. —Le guiñó un ojo con complicidad.

Jaqueline no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Si su prometida no es un motivo... Esto no le gustará nada.

—No se enterará, yo me ocuparé de ello. Bueno, ¿qué me dice?

—¡Gracias, Connor! No sé qué haría sin usted. Acepto su oferta encantada. Pero nunca más lo acompañaré a la ciudad. Preferiría que un oso salvaje me persiguiera de nuevo por el bosque.

Connor se echó a reír a carcajadas.



CUARTA PARTE

UN PRECIO MUY ALTO

# 1

*Saint Thomas / Cataratas del Niágara,*  
*junio de 1875*

Saint Thomas descansaba plácidamente bajo el sol vespertino mientras Alan Warwick recorría Main Street a caballo. Se oyó el silbato de vapor de un tren que entraba en la estación y un par de perros lo acompañaron con sus gruñidos.

La noche anterior había escuchado algo interesante en el Silver Leaf, el pub local, donde la cerveza y el whisky se servían con cotilleos y chismorreos: un cliente le había contado a otro que en casa de la distinguida familia Bonville se había producido hacía poco un escándalo tremendo. La hija de George Bonville llevaba años comprometida con Connor Monahan, el propietario del aserradero junto al lago. Al parecer, hacía tiempo que había rumores que aseguraban que la relación entre ambos no era muy buena. En realidad debían haberse casado hacía mucho tiempo, pero Monahan retrasaba la boda una y otra vez. Finalmente, había llevado a otra joven a la recepción de la semana anterior.

Warwick solo les había escuchado de pasada, hasta que el camarero se había explayado en la descripción de aquella persona: «¡Al parecer tenía el pelo rojo como el de una bruja! Y dicen que era terriblemente guapa. Se rumorea que es extranjera».

—Imaginaos —había vociferado un hombre desde la barra—, Monahan la pescó en el bosque y la convirtió en su amante.

Warwick casi se había atragantado con el whisky.

¿Sería una coincidencia?, se preguntaba. Mujerzuelas guapas hay muchas, pero, ¿cuántas tienen el pelo rojo? Si además es extranjera y ha salido del bosque...

Se había propuesto visitar a los Bonville. Si actuaba con habilidad, quizás averiguaría quién era aquella mujer.

Se desmontó de la silla ante la casa del comerciante de pieles y ató su caballo. El mayordomo, que le abrió cuando llamó, lo miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Qué desea?

—Me llamo Warwick. Me gustaría hablar con *mister* o *miss* Bonville. Un asunto privado. —Le habría gustado agarrar del cuello al arrogante mayordomo. ¿Qué se ha creído este tipo, mirándome como si fuera un vagabundo? Pero se contuvo, ya que puertas como aquellas no se abrían por la fuerza.

—Preguntaré si *miss* Bonville está dispuesta a recibirle. ¿Podría esperar un instante en el vestíbulo?

Al menos no tengo que quedarme en la puerta como un mendigo, pensó Warwick, que se quitó el sombrero y entró. La suntuosa decoración de la entrada le dejó de piedra. Después de que admirara con envidia las pinturas al óleo, el mayordomo apareció de nuevo.

—*Miss Bonville* lo recibirá en el salón. Si hace el favor de acompañarme. —El criado condujo a Warwick a través del vestíbulo hacia una puerta de doble hoja entreabierta.

Marion Bonville estaba sentada como una reina en su silla de mimbre. Cada pliegue de su vestido adornado con encaje parecía planeado. Su postura y la sonrisa reservada revelaban al visitante que era plenamente consciente de su estatus.

¡Menuda pequeña sinvergüenza autocomplaciente!, pensó Warwick, furioso, mientras hacía una perfecta reverencia.

—Bien, *mister Warwick*, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Disculpe las molestias, *miss Bonville*! No deseo importunarla, pero es importante.

Las cejas perfectamente depiladas de Marion se crisparon.

—¡Hable!

—Ha llegado a mis oídos que una mujer causó problemas en su recepción.

—¿Quién dice tal cosa?

—La gente. —Warwick señaló hacia la ventana—. Lo cierto es que no acostumbro a hacer caso de las habladurías. Solo me interesa el nombre de esa persona.

—¿Y eso a usted qué le importa? —Las mejillas de Marion enrojecieron bajo la capa de polvos de tocador.

—¿Por casualidad se llamaba Jacqueline Halstenbek?

El rostro de Marion se desencajó.

¡Bingo! Warwick estaba satisfecho.

—¿Qué tiene usted que ver con ella? —La mano de *miss Bonville* cogió la campanilla que había en un mesita a su lado.

—¡No me malinterprete! —Warwick levantó la mano—. Esa mujer es una conocida mía. Nos perdimos la pista, o, mejor dicho, escapó de mí.

—¿Escapar? —preguntó Marion, visiblemente extrañada, y volvió a dejar la campanita.

Warwick giraba el sombrero en las manos.

—Bueno, tuvimos una pequeña diferencia de opiniones, un malentendido. Me gustaría aclarar las cosas con ella, pero no sé dónde encontrarla.

Los ojos de Marion brillaban con frialdad. Entonces torció el gesto como si hubiera mordido un limón.

—No sé dónde está. Y tampoco me importa.

Warwick contuvo un resoplido de disgusto. Había estado tan cerca... ¿Y ahora?

—¿Existe la posibilidad de que aún se encuentre en la ciudad?

—¿Por qué iba a saberlo yo? —bufó Marion, cogió de nuevo la campanilla y llamó—. ¡Y ahora salga de aquí!

—Si así lo desea, *miss*.

El mayordomo apareció con tanta rapidez que posiblemente había estado

escuchando tras la puerta.

—¡Acompañe al caballero fuera, por favor! Que tenga un buen día, *mister* Warwick.

Warwick se inclinó a modo de despedida.

Bueno, no he averiguado todo lo que quería, pero con un poco de paciencia pronto lo lograré, se consoló al subirse a la silla. Al fin y al cabo, ahora sé que Jaqueline evidentemente se ha enemistado con Marion Bonville. Quizás eso me sea de utilidad.

En el aserradero, los preparativos para la maderada de los troncos talados estaban en plena marcha. Una vez dividida por tipos, la madera se apilaba en el gran patio sobre una rampa con la que se transportaba al agua. Monahan comerciaba con abetos de Douglas, píceas de Sitka, así como tsugas y abetos púrpura. El aroma de las diferentes maderas flotaba en el aire. Cuando hacían funcionar la gran sierra de cinta, el viento arrastraba el serrín a través de las ranuras de las ventanas.

Connor apartó el fino polvo de los papeles sobre el escritorio y apretó los dedos contra los extremos de los ojos. Desde primera hora de la mañana tenía dolor de cabeza. El hecho de verse obligado a pasar el día en la oficina con el detestado papeleo no mejoraba precisamente su estado. Había que rellenar la documentación de transporte de los troncos, y, además, tenía pendiente la correspondencia que no había atendido durante las últimas semanas.

Para distraerse del dolor, Connor echó un vistazo a la corriente artificial del río que alimentaba la rueda hidráulica del aserradero. El ruido de la sierra ahogaba el chapoteo.

Sus hombres habían descubierto recientemente un dique construido por castores allí donde se apilaba el serrín. De vez en cuando podía verse un castor que nadaba hasta la orilla en busca de material de construcción.

Quizá debería mostrarle a Jaqueline estos animalitos tan graciosos, pensó Connor, y sintió una gran calidez. Decidió espontáneamente olvidarse del papeleo por el momento. De todos modos tenía intención de llevar nuevas provisiones a Jaqueline aquel día.

Desde hacía más de una semana vivía sola en la cabaña y parecía arreglárselas muy bien allí.

Durante su última visita lo había sorprendido con una magnífica sopa verde de hierbas. Y le había contado que le gustaría elaborar un herbario.

—Tiene usted una relación asombrosa con la naturaleza para tratarse de una chica de ciudad —había comentado él mientras disfrutaba de la sopa.

—Sí, ya de niña me habría gustado deambular por los bosques. Adoraba los relatos de mi padre y me alegro de poder verlo todo ahora con mis propios ojos.

Le habría encantado pasar más tiempo con ella, pero los negocios seguían su

marcha. Además del trabajo de oficina, también tenía pendiente la inspección de los troncos para su transporte. Las heladas habían reducido el número de parásitos de la madera, pero algunos habían invernado bajo la corteza y en el serrín. Dichos troncos debían ser apartados y convertidos en leña menuda.

Connor se echó al hombro las alforjas con los alimentos que había dejado en el pasillo y las llevó fuera. Los hombres con los que se cruzó lo saludaron con amabilidad.

Una vez cargado su caballo, salió a galope del patio. Esta vez dio un pequeño rodeo por el bosque. Había un motivo muy concreto para ello. Hacía un par de días le había preguntado a Joe Flannigan, un conocido criador de perros, por un pequeño mestizo que fuera buen guardián contra los osos. El estrafalario viejo le había respondido escuetamente que regresara a mediados de la semana siguiente.

Cuando Connor se acercó a la granja, lo recibieron los ladridos de los perros. Algunos animales se lanzaban con fuerza contra los barrotes de las jaulas.

Alertado por el ruido, Doggy Joe, como solían llamar al criador, salió al encuentro de su visitante. Tenía las manos ensangrentadas. Al percibir la mirada extrañada de Connor, explicó:

—*Elsa*, mi hembra de collie, acaba de parir. No ha ido tan bien como debería. La vieja casi se me queda en el sitio.

—Lo siento.

—No se preocupe. —Doggy Joe se rascó el rostro, cubierto de cañones de barba grises, con el antebrazo derecho.

Monahan se desmontó.

Joe indicó a Connor que lo siguiera hacia las jaulas.

—Como le prometí, le daré un macho que pueda ventear osos. Lo he intentado con tres, pero uno de ellos reacciona especialmente bien.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó Monahan, y se estremeció al ver los dientes que enseñaban los animales que alborotaban tras los barrotes.

—Con piel y carne de oso. Le he dejado lamer la sangre.

—Entonces, ¿podré tocarlo?

—¡Claro! —aseguró el viejo riendo—. ¡Usted no es un oso, *mister* Monahan! Como el perro ha probado la carne de oso, quiere más. El pobre no sabe que nunca podría matar a un oso.

—¿Así que el perro atacaría a un oso en caso de necesidad?

—¡Vaya que sí! Pero no le aconsejo azuzar al perro contra esos monstruos. Sería una pena. —La preocupación por su pupilo era evidente.

—No es mi intención. Solo tendrá que vigilar mi cabaña y ahuyentar a los osos con sus ladridos.

—Eso lo hará bien.

Doggy Joe señaló una pequeña jaula apartada de las demás. Una jauría reducida meneaba la cola tras las rejas. Aquellos animales no tenían nada que ver con las

bestias que enseñaban los dientes en las jaulas grandes. Eran más bien perros de caza o guardianes. El macho que escogió Joe era mediano, tenía el pelo hirsuto de color castaño y negro, las orejas caídas y la cola larga. Sus ojos marrones miraban a los hombres con ingenuidad.

—¿No es un ejemplar estupendo? —exclamó Flannigan entusiasmado—. Tiene aspecto de mosquita muerta, pero cuando huele un oso, se convierte en una bestia. El pelo se le eriza, gruñe y bufa, ¡y enseña los dientes como un lobo!

No había nada en aquel perro que infundiera temor a Connor. Al contrario, el gemido con el que reaccionó el animal cuando el criador lo cogió en brazos resultó casi lastimero.

¿Realmente serviría como guardián? Connor se dirigió de nuevo a Joe con escepticismo.

—¿Cuánto tiempo tiene el chico, pues?

—Dos años. ¡Si quiere, puede comprobarlo en la dentadura!

Por muy inofensivo que pareciera el perro, Connor rehusó agradecido.

—No, le creo, Joe. ¿Puedo llevármelo ahora? Si se deja transportar a caballo, claro.

—No se preocupe, es un amor de perro. Pero si se encuentra con un oso, no me hago responsable.

Con estas palabras, el viejo cerró la jaula, dio unas palmaditas en la cabeza del animal, lo dejó en el suelo y lo ató a una correa de cuero que llevaba anudada a modo de cinturón.

Monahan pagó el importe que habían negociado y llevó el animal hacia su caballo.

—¿Y bien, qué te parece si dejamos que tus patas descansen? —preguntó, pero no recibió más que un gemido triste como respuesta. El perro volvía la cabeza hacia su antiguo dueño, que observaba la escena.

—¡Tiene que acariciarlo para que reconozca su olor!

—¿Has oído eso? —preguntó Connor al chucho, le dio unas palmaditas bajo el hocico y se lo colocó bajo el brazo derecho. Se subió a la silla con ayuda del izquierdo.

Apenas estuvo sentado, el perro se colocó delante de él y se apoyó en el cuello del caballo.

—¡Vaya, fantástico! ¡Así que esto ya sabes hacerlo! —exclamó Connor, asombrado. Entonces se despidió del viejo con la mano y se puso en camino.

## 2

La luz del sol despertó a Jaqueline con un cosquilleo. Abrió los ojos de mala gana. Cuando vio que ya era pleno día, se estiró bostezando hacia los rayos dorados que atravesaban la ventana y se levantó de la cama.

La noche anterior se le había hecho tarde. Jaqueline había estado ocupada con el herbario y había intentado catalogar las plantas que había reunido. El libro de botánica que Connor le había traído en su última visita era de gran ayuda. Había encontrado brotes de castilleja y valeriana, además de hojas de epilobio, al que allí llamaban *fireweed*. Las imágenes del libro mostraban flores maravillosas, de manera que Jaqueline había decidido ampliar la colección durante la época de floración de las plantas.

Sin embargo, ahora debía darse prisa. Connor había prometido volver a visitarla hoy. ¡Hasta entonces al menos quería preparar café!

Jaqueline se lavó, se vistió y se peinó rápidamente. Entonces salió de la cabaña con el cajón de madera para recoger leña. El aire fresco del bosque le inundó los pulmones y el cálido sol le acarició el rostro. Jaqueline parpadeó y levantó la mirada hacia los abetos de Douglas, cuyo cono se mecía suavemente al viento. El aroma a resina la embriagó. ¡Magnífico!, pensó mientras escuchaba el canto de los pájaros. ¡Ojalá pudiera vivir aquí para siempre!

Jaqueline rodeó la casa y se acercó al pequeño cobertizo. La leña estaba apilada con esmero contra una de las paredes exteriores. Le cayó un poco de agua sobre la falda al apartar la lona que la protegía. Pero no le importó. Amontonó leños en el cajón y volvió a colocar la gran pieza de lona sobre la pila.

De pronto, oyó un crujido tras ella.

Jaqueline se volvió. ¡Un oso! Había un oso a pocos metros de ella. Retrocedió asustada y chocó contra la madera. Al mismo tiempo se tapó rápidamente la boca para no gritar.

El oso olió su miedo y gruñó furioso.

¡Corre! ¡Debes echar a correr!, se ordenó. Pero estaba como hipnotizada.

Inmóvil, miraba fijamente al animal, que de pronto se levantó sobre las piernas traseras.

¡Era más alto que el cobertizo!

Jaqueline sintió un miedo mortal. Profirió un grito, dejó caer el cajón y salió corriendo.

El oso rugió, cayó sobre sus patas delanteras y se precipitó tras ella. El trayecto hasta la puerta de la cabaña que la salvaría le pareció interminable a Jaqueline. El oso resoplaba. Casi sentía sus garras en la espalda.

Entonces se oyó un fuerte ladrido. Una bola de pelo marrón salió de entre la maleza como un rayo y se abalanzó sobre el predador. Cuando el oso se levantó sobre sus patas traseras, sonó un disparo.

El oso resolló, cayó de nuevo sobre sus cuatro patas y se marchó de allí trotando muy calmado. El perro lo siguió ladrando, pero un agudo silbido lo llamó de vuelta.

Entonces Jaqueline se dio cuenta de que Connor había llegado. Se dejó caer sobre la pared de la cabaña jadeando. Las sienes le latían. Sus rodillas, que temblaban como hojas, cedieron. Resbaló y se quedó en cuclillas.

—¡Jaqueline! —Monahan corrió hacia ella—. ¿Está usted bien?

—No me ha atrapado. —Los dientes le castañeteaban, y se abrazaba las rodillas como si estuviera helada de frío.

Connor se inclinó hacia ella, le apartó el pelo de la cara con suavidad y le acarició las mejillas cariñosamente.

Jaqueline se tranquilizó poco a poco.

—Muchas gracias, Connor. Ya es la segunda vez que me salva.

—No hay de qué. Es una costumbre bonita —respondió riendo, y se sentó junto a ella.

—¿De dónde ha sacado al pequeño cazador de osos? —Jaqueline señaló al perro, que se había estirado sobre la hierba—. Parece muy valiente.

—Lo es. Me lo ha dado Doggy Joe, uno de nuestros criadores de perros. Lo ha adiestrado especialmente contra los osos, y, para mi sorpresa, incluso hace caso cuando le silbo.

—¡Un buen animal!

Como si hubiera entendido el elogio de Jaqueline, el perro aulló y meneó la cola.

—Estoy segura de que la protegerá bien.

—¿A mí? —Jaqueline levantó las cejas, sorprendida.

—¡Sí, a usted! Es cierto que en la ciudad también hay bestias peligrosas, pero caminan sobre dos piernas y llevan levitas o vestidos. No necesita un perro para ahuyentarlas.

Jaqueline estaba desconcertada. ¡Connor me regala un perro! Los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción. Le habría gustado echarse en sus brazos. Pero se contuvo.

—¿Me hará caso a mí también?

—Le enseñaremos. —Connor se levantó y le tendió la mano para ayudarla.

El perro observaba a ambos con mirada inocente.

—Debería atarlo delante de la casa. Si huele un oso por la noche y echa a correr, no podrá silbarle para que regrese. ¡Acarícielo! Doggy Joe dice que así la reconocerá.

—¿No me morderá? —Jaqueline observó al perro, escéptica. Sus padres nunca habían tenido mascota, a pesar de que ella de niña siempre había querido una.

—Si es así, conseguiré que el perro suelte su mano —bromeó Connor mientras acariciaba al animal.

—¡Suenan muy alentador! —Jaqueline se asustó cuando el perro giró la cabeza hacia un lado, ya que temía que realmente tratara de morderla. Pero entonces él mismo se colocó bajo su mano.



Jaqueline dio un suspiro ahogado al tocar aquel pelo tan suave. Entonces se echó a reír aliviada.

—El tacto es maravilloso.

—Como puede ver, es muy pacífico. El criador lo ha adiestrado con carne de oso. Mientras no luche usted contra un oso, probablemente no le hará nada.

Después de buscar un sitio para el perro, Connor metió las provisiones en la cabaña. Entonces Jaqueline se dio cuenta de que torcía el gesto de vez en cuando, como si le doliera algo.

—¿Está usted bien?

Monahan asintió con cuidado.

—Sí, es solo un ligero dolor de cabeza. Puede que esta mañana haya pasado demasiado tiempo consultando archivos.

—Mi abuela siempre recomendaba valeriana y tomillo para el dolor de cabeza. Si quiere, le prepararé un té.

—¿Acaso tiene tomillo y valeriana?

—Tomillo, no, pero valeriana, sí. Ayer, mientras buscaba plantas para mi herbario, encontré un poco y me la llevé.

—¿La valeriana no se utiliza solo como tranquilizante?

—Bueno, mi abuela confiaba ciegamente en ella para el dolor de cabeza también.

—Jaqueline lo observó preocupada—. No se tarda nada en hacer una infusión.

—De acuerdo. ¡Intentémoslo!

Mientras Connor sacaba las cosas de las alforjas, ella hirvió agua y finalmente añadió un par de hojas secas de valeriana. El aroma de la hierba llenó enseguida la cabaña.

—Espero que no atraiga a todos los gatos de la zona —bromeó Connor, pero después se bebió obedientemente la infusión que le tendió Jaqueline.

—Cuando todo esto haya florecido, podré reunir un botiquín más completo —comentó al dejar la tetera de nuevo junto a la chimenea.

—¿Sabe usted mucho sobre el tema?

—Un poco. Mi abuela tenía algunas recetas caseras eficaces de las que mi padre se sirvió incluso cuando estaba de viaje. Tengo mucha curiosidad por saber qué otras plantas hay aquí y qué se puede hacer con ellas.

Connor observó fascinado a Jaqueline. Su relación con la naturaleza ya le había llamado la atención otras veces. Sentía que congeniaba con ella, ya que él también amaba la naturaleza. Quizá debería hacer una pequeña excursión con ella, pensó mientras sorbía la infusión. En cuanto regrese de la maderada.

Efectivamente, después de tomar la infusión se sentía más relajado y la dolorosa presión en sus sienes desapareció poco a poco.

—Su abuela tenía razón —comentó después de girar la taza a un lado y a otro

pensativo—. La valeriana realmente ayuda. Ahora podemos recoger las cosas.

Jaqueline estaba encantada de que Connor hubiera pensado incluso en el jabón y en un peine nuevo. Las raciones de comida también eran dignas de ver. Había pequeños tarros de carne en conserva, huevos macerados y verdura encurtida. Además, galletas duras, harina para hacer pan, patatas y arroz.

—¡Con esto debería tener suficiente para la próxima semana! —Guiñándole un ojo, Connor dejó los últimos paquetes en una esquina junto a la ventana, que Jaqueline había dispuesto como pequeña «despensa».

Jaqueline se colocó un mechón de pelo tras la oreja, avergonzada.

—No sé cómo podré agradecerérselo.

—¡Pero si tenemos un trato! Cuando encuentre un empleo, me pagará el alquiler.

—Pero apenas podré...

La sonrisa de Monahan la interrumpió.

—Antes de que lo olvide, la semana que viene tendrá que ir a Saint Thomas a hablar con el alcalde respecto a sus papeles. Él se ocupará de que obtenga un permiso de residencia provisional. Si escribe a Alemania seguro que le repondrán también sus documentos. Después de eso, la naturalización no debería suponer ningún problema.

—Entonces puedo ponerme a buscar empleo tranquilamente.

Monahan esbozó una sonrisa alentadora.

—He oído que la niñera de los Jennings se casa dentro de dos meses. La familia necesitará a alguien que se ocupe de sus hijos.

—¿Lo dice en serio? —Jaqueline no se permitió ceder a la euforia que crecía en ella. La idea sonaba bien, pero no quería crearse falsas esperanzas.

—Sí. Los Jennings son gente decente y acomodada. Abe Jennings es dueño de los grandes almacenes de la ciudad. Con ellos seguro que le iría bien.

—Suponiendo que quieran que una alemana críe a sus hijos.

—Los Jennings son personas muy abiertas, y posiblemente estarán encantados con la idea de que sus hijos aprendan además una lengua extranjera. Si yo fuera usted, redactaría ya mismo una solicitud.

Jaqueline estaba tan contenta que tuvo que sentarse. ¿Realmente tendré suerte por una vez?, se preguntó.

—En caso de que quiera solicitar el empleo en casa de los Jennings, he metido utensilios de escritura en esa caja. —Señaló un paquete junto a la cama—. Y le daré buenas referencias si es necesario. Pero creo que convencerá a sus empleadores por sí misma.

Jaqueline se tapó la boca con la mano. Los ojos se le llenaron de lágrimas. La emoción la había dejado sin palabras. Finalmente se levantó de un salto y abrazó espontáneamente a Monahan.

—¡Muchas gracias, Connor!

—Bueno, bueno, *miss Halstenbek*, ¡no llore! Realmente no hay motivo para ello.

Connor la sostuvo un momento y acarició su espalda cuidadosamente. Entonces

Jaqueline lo soltó. Sonriendo entre lágrimas, se secó la cara con un gesto nervioso de la mano.

Monahan no podía apartar la mirada de ella.

Las mejillas de Jaqueline ardían. Una ola de sentimientos agradables se extendió por su interior y se despertaron en ella deseos desconocidos.

—¿Le importaría hacerme un poco de compañía esta tarde? —dijo de repente.

Connor suspiró profundamente.

—Por mucho que me hubiera gustado aceptar su oferta, hoy me esperan a cenar en casa de mi prometida. Lo siento.

—¡Oh! —Jaqueline intentó que no se notara su decepción. ¿Qué te habías creído?, preguntó su voz interior—. Perdóneme, no quería...

—No tiene por qué disculparse —la interrumpió sonriente—. Le prometo que en cuanto tenga ocasión le recordaré su tentadora invitación. —Monahan la observó con mirada escrutadora.

Jaqueline solo esperaba que no viera lo mucho que envidiaba a su prometida.

—Si quiere, mañana puedo dar un paseo con usted y mostrarle un grupo de abetos púrpura. Hemos retirado un par de árboles para que los demás crezcan más fuertes. Pero la imagen es impresionante incluso ahora.

—Es una buena idea. —Jaqueline sonreía para ocultar su decepción—. Entonces le deseo una agradable velada.

—Lo mismo le deseo a usted, Jaqueline. ¡No olvide dar de comer al perro!

—No se preocupe, ¡no olvidaré a mi salvador! —Cuando Jaqueline se dio cuenta de que con esas palabras no solo podía referirse al perro, sino también a Connor, bajó la mirada, abochornada.

Al salir de la cabaña, Monahan acarició la cabeza del perro una vez más y volvió a subirse a su caballo.

Jaqueline lo siguió anhelante con la mirada hasta que ya no se le distinguía entre los árboles. Entonces se colocó junto a la caja con los utensilios de escritura. Encontró un tintero, un portaplumas, papel secante y delicados pliegos y sobres de color amarillo claro.

En realidad el papel era demasiado refinado para una carta de solicitud de empleo. Probablemente quiera asegurarse de que causo una buena impresión. Acarició suavemente el papel. Oh, Connor, por qué no serás libre...

Sintió un deseo ardiente, pero Jaqueline se prohibió aferrarse a él y se concentró en la solicitud. Espero que un empleo me distraiga del flechazo que siento por él, pensó.

### 3

En la cena en casa de los Bonville reinaba un ambiente gélido. Solamente estaban presentes Marion y Connor, ya que George Bonville tenía una sesión importante en el Ayuntamiento. Connor no sabía cómo habría transcurrido la velada con el padre de Marion. Pero se alegraba de que no estuviera allí obligándolo a mostrar buen humor o hablándole de los problemas entre su hija y él. Marion todavía estaba disgustada por el incidente en la recepción. Como Connor suponía, estaba molesta principalmente porque la gente aún cuchicheaba acerca del escándalo, incluso aquellos que ni siquiera habían estado allí.

Los pensamientos de Monahan vagaron involuntariamente de nuevo hacia Jaqueline. Se olvidó incluso del delicioso carnero.

¿Podrá protegerla el perro del ataque de un oso? Cuando él, Connor, había vivido en la cabaña, los osos se habían dejado ver en contadas ocasiones. Con Jaqueline, en cambio, ya había aparecido el segundo. ¿Se deberá a algún motivo en concreto?, reflexionó.

Automáticamente pensó en el viejo curandero de los iroqueses que había trabajado para su padre. El indio le contaba a menudo que el oso era el animal espiritual de Connor.

—Tu tótem siempre se mostrará cuando tú no seas capaz de ver algo por ti mismo —le había explicado.

¿Hay algo que no haya visto aún? ¿Y qué tendrá que ver con Jaqueline?, caviló.

—Hoy por la tarde ha estado aquí un hombre extraño —rompió Marion el silencio—. Ha preguntado por la chica a la que «salvaste». —Era imposible no percibir su tono de burla.

Desde el incidente en el baile, Marion le hacía comentarios mordaces relacionados con Jaqueline constantemente.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó él con marcada indiferencia mientras seguía masticando.

—Le he echado. Que busque por sí mismo a esa mujerzuela libertina. —Marion lo miró fijamente—. Si quieres saber lo que opino, yo creo que esa no tiene la conciencia limpia. El hombre ha asegurado que escapó de él. Hablaba de ella como una «conocida», pero creo que hay algo más entre esos dos. Quizá sea su mujer.

Connor sintió una repentina conmoción. Sin embargo, se esforzó por mostrarse lo más impasible que pudo. No puedo dar a Marion más motivos de enfado, pensó. Pero si ignoro el asunto, también le estaré dando argumentos a su favor.

—¿Cómo se llamaba el hombre? —preguntó después de coger otro pedazo de pan de la bandeja de plata.

—Alan Warwick. Quizá puedas ayudarlo. Al fin y al cabo, fuiste el último que vio a esa pelandusca.

Connor reprimió un suspiro. El tono respondón de Marion comenzaba a ponerlo

nervioso. ¿Siempre había sido así? Últimamente cada vez eran más las situaciones en las que dudaba de tener ante él a la mujer de la que se había enamorado. ¿Dónde había quedado la fascinante Marion que había conocido en el baile de verano que había organizado su padre?

—No sabría cómo ayudarlo.

—A algún sitio debiste de seguir a la mujer después de la recepción —respondió seca Marion mientras alcanzaba su copa de vino—. Si es su marido o su prometido, tiene derecho a averiguar dónde se ha metido.

—Estoy completamente de acuerdo. Pero no puedo ayudarlo.

—Quién sabe, quizá sea algo completamente diferente lo que los une —prosiguió Marion, haciendo caso omiso de sus palabras. Su voz tenía un tono cada vez más penetrante—. Esos dos podrían ser una pareja de estafadores. O quizás ella le haya robado.

Connor cerró el puño. Tuvo que obligarse a no dar un golpe sobre la mesa. Era posible que Warwick fuera el tipo del que había huido Jaqueline.

—Lo diré por última vez: no puedo ayudarlo. Si te parece bien, me gustaría cambiar de tema, ya que al parecer sigue poniéndote histérica.

En realidad no había querido decir eso último. Pero le había salido.

Marion enmudeció al instante. Lo miró fijamente, como si se le hubiera atragantado un bocado, y respiraba jadeante de forma audible.

—¿Así que crees que soy una histérica? —preguntó por fin.

—Últimamente, sí —respondió Connor. Sus crecientes ganas de discutir lo inquietaban. Pero ya no quería guardar silencio—. Te comportas como una niña mimada que tiene miedo de que otra pueda quitarle su juguete. ¡Actúa como una mujer adulta de una vez!

Marion palideció y se sonrojó alternativamente.

—¿«Una niña mimada»? —Su voz sonaba afilada—. ¡Entonces ve con esa buscona, sea donde sea que la hayas escondido!

—¡Bien, como quieras! De todos modos, no iré con mi «buscona», sino a trabajar. Cuando hayas entrado en razón puedes enviar a James a buscarme.

Connor se levantó y arrojó la servilleta junto al plato. La cara le ardía y tenía el pulso acelerado. El rostro maquillado de Marion le recordó de pronto la cara impasible de una muñeca de porcelana. No, esa ya no era la mujer que él amaba.

Al salir del comedor se encontró con James, que probablemente había estado escuchando su discusión, ya que bajó la mirada turbado mientras acompañaba al huésped a la puerta.

Connor se despidió y salió de la casa. No desperdició ni un solo momento pensando en lo que se diría sobre él en la ciudad al día siguiente. Solo podía pensar en Jaqueline. Debía advertirla de Warwick, y lo antes posible.

Por la noche, Warwick se había acercado de nuevo a casa de los Bonville con la esperanza de encontrarse allí con el prometido de Marion.

Estaba a punto de atar su caballo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Hasta la próxima, *mister* Monahan! Lamento que se marche usted ya. —Era la voz del engreído mayordomo.

—Bueno, me temo que mi prometida hoy no está de humor para recibir visitas. ¡Hasta la próxima, James!

Warwick se escondió instintivamente entre las sombras junto a la ventana. Apenas podía creer la suerte que había tenido. Por lo visto era el prometido de *miss* Bonville quien se estaba despidiendo. Y, efectivamente, el tratante de madera se precipitó escaleras abajo y continuó por la calle principal.

Warwick lo siguió sin pensárselo mucho. Quizá vaya con su amante, pensó. En algún lugar tiene que haberla alojado.

Al comerciante de madera le llevó un buen rato alcanzar su destino. La oscura silueta del aserradero se alzaba en el cielo nocturno. «Maderas Monahan» decía en letras grandes el letrero iluminado por la luz de la luna.

Warwick se mantuvo a una distancia prudencial. Hasta el momento Monahan no se había dado cuenta, y así debía seguir siendo.

El comerciante no entró en el edificio, sino que lo rodeó. Warwick no lo siguió, sino que esperó pacientemente. ¡Y mira por dónde! Monahan apareció poco después con un tordo ensillado.

¿A dónde irá?, se preguntó Warwick mientras Monahan se montaba y salía cabalgando en dirección al bosque.

Jaqueline había estado trabajando toda la tarde en su solicitud. Nunca había hecho algo así, y solo esperaba haber adoptado el tono adecuado y haber incluido toda la información importante sobre sí misma. Para relajarse se permitió un sorbo de café, se recostó y contempló satisfecha su obra. Gracias a que el portaplumas era nuevo, su caligrafía era uniforme y agradable a la vista.

Un ruido de cascos atravesó el silencio. Jaqueline corrió hacia la ventana.

¿Quién viene a verme a estas horas? ¿Y por qué el perro no ladra?

El miedo a Alan Warwick aceleró su pulso. Desde su huida no había sabido nada más de él, pero temía que aún la estuviera buscando.

Observó con el corazón en un puño al jinete, del que solo distinguía el perfil. La puerta estaba cerrada con pestillo, pero, ¿detendría eso a Warwick?

De pronto, la luz de la luna iluminó la figura.

¡Connor!

El miedo de Jaqueline se desvaneció y dio paso a una alegre excitación.

Llevaba un elegante traje de etiqueta. Naturalmente, había estado con su prometida... Pero, ¿qué hace ahora aquí?, se preguntó Jaqueline.

Se oyó llamar a la puerta.

—Jaqueline, ¿sigue usted despierta?

—¡Sí! —Desatrancó la puerta y la abrió—. ¡Pase!

Monahan se quitó el sombrero y entró.

—Espero no molestarla.

—En absoluto. Acabo de terminar mi solicitud para los Jennings. —Jaqueline señaló las hojas ordenadas sobre la mesa—. ¿Sucede algo, Connor, para que se moleste en venir a estas horas?

—Tenía que advertirla.

Jaqueline lo miró asustada.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—Ha aparecido un hombre en la ciudad. Le ha preguntado a mi prometida por usted.

Jaqueline se quedó sin aliento. ¡Me ha encontrado! ¡Dios mío, no!

—¿El nombre de Warwick le dice algo? —Connor se balanceaba inquieto de una pierna a otra.

Jaqueline tuvo que sentarse. Súbitamente comenzó a temblar.

—Es el hombre del que escapé.

—Mi prometida cree que es su marido. —La voz de Connor sonaba áspera.

—¡Eso es mentira! —La rabia prácticamente la ahogaba. Esa bestia no deja de difamarme allá donde puede, pensó—. Ese hombre era un conocido de mi padre que me ofreció ayuda tras su muerte. Pero Warwick solo quería mi herencia. En mis cartas no le había dicho lo mala que era nuestra situación financiera. Apenas llegué, me quitó mis papeles y me encerró. El resto ya lo sabe.

Los ojos de Monahan se entrecerraron.

¿Cómo va a creerme?, pensó Jaqueline, resignada. La historia se parece demasiado a una mala novela.

—¡Si no me cree, vaya a Chatham! —se defendió agitada—. La casa de la colina pertenece a Warwick. Seguro que está dañada por el incendio y...

—Yo la creo, Jaqueline. Warwick no ha dicho nada de que fuera usted su mujer o su prometida. Eso ha sido fruto de los celos de Jaqueline. En cualquier caso, el tipo la está buscando. Yo en su lugar me dirigiría a la policía. Lo que ha hecho es suficiente para meterlo entre rejas.

—Pero, ¿me creerá la policía? Al fin y al cabo soy una extranjera sin papeles y él es un habitante de este país y puede afirmar cualquier cosa. Como ya vio en el baile, todos me consideran una buscona.

Connor tomó suavemente su mano.

—Siento de veras que tuviera que soportar todo aquello. Pero realmente creo que la policía es la mejor solución.

De pronto, Jaqueline tuvo la impresión de que aquel hombre podía otear las profundidades de su alma.

—Mi vida ha cambiado radicalmente desde que mi padre murió —confesó en voz baja—. Para los acreedores era una presa fácil. Uno de ellos hizo que asesinaran a mi criado. La policía prometió que lo investigaría, pero mientras estuve en Hamburgo no sucedió nada. Canadá suponía volver a tener esperanza. —Agachó la cabeza. De nuevo sintió que estaba a punto de llorar.

—Y aquí encontrará la fortuna —dijo Connor, y le apretó la mano—. La protegeré y siempre estaré a su lado, si es lo que quiere.

Las mejillas de Jaqueline enrojecieron súbitamente. ¿Qué había dicho? ¡Y cómo la miraba! Su mirada no solo era capaz de hacer desaparecer el miedo que le encogía el estómago, sino que también calentaba su corazón y despertaba en ella el deseo incontenible de echarse en sus brazos y abrazarse a él.

¡No, no puedes hacerlo!, se reprendió en el acto. Le pertenece a otra.

Pero no servía de nada. No lograba contener sus sentimientos de afecto. Jaqueline sentía un nudo en la garganta. Le suponía un gran esfuerzo mantener la compostura.

—Mi compromiso con Marion pende de un hilo —explicó entonces—. Nos hemos peleado. Sencillamente no puedo soportar que alguien que nunca ha sufrido penurias juzgue a una persona a la que la vida le ha jugado tan malas pasadas. La sonrisa de Marion no es más que fachada.

Sus palabras dejaron a Jaqueline sin aliento. Confusa, evitó su mirada.

—Connor, yo... —La emoción hizo que el resto de la frase se le atragantara.

—Jaqueline —murmuró Connor, y se inclinó hacia delante para besarla, pero ella se apartó de él.

¡No! ¡No puede ser!, se dijo otra vez, a pesar de que deseaba aquel beso con toda su alma.

—Por favor, Connor, no quiero que por mi culpa...

Monahan apoyó las manos suavemente sobre los hombros de Jaqueline y la giró hacia él.

—¡Jaqueline, mírame, por favor! —susurró—. ¡No te preocupes por mí! Mis sentimientos hacia Marion han cambiado. Y no solo por ti. Desde el enfrentamiento en la recepción, me he dado cuenta de muchas cosas. Quizás en mi subconsciente ya lo sabía desde hacía mucho tiempo, ya que posponía la fecha de la boda una y otra vez. Y el motivo no era desde luego el trabajo, que era lo que me decía a mí mismo. Marion ha cambiado, y yo también.

—¿Ya no la amas?

Connor negó con la cabeza.

—No, creo que no.

—¿Crees?

—Estoy completamente seguro. No quiero pasar el resto de mi vida con Marion, sino... —Se bloqueó.



Jaqueline sintió escalofríos. Las huellas de sus manos parecían estar marcándose a fuego en sus hombros. Apenas se atrevía a respirar.

—Me gustaste desde el principio, Jaqueline. Y quiero que seas feliz.

—¡Pero si ya lo soy! —susurró, y bajó la mirada ruborizada—. Por lo menos cuando estás conmigo.

Se tapó la boca con las manos, asustada. Sus últimas palabras no habían sido más que un susurro. Nunca debía haberse dejado llevar. Pero era cierto y no quería retirarlo.

Connor se arrodilló en el suelo ante ella.

—Yo siento lo mismo cuando estoy contigo, Jaqueline. Pasear contigo es maravilloso, mucho mejor que todas las recepciones y todos los bailes del mundo. Contigo me siento en casa. Contigo puedo ser como soy; no tengo que fingir sin cesar.

Enmudeció, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente en la boca.

Al tocar sus labios, Jaqueline sintió un delicioso escalofrío de excitación. Se mareó de felicidad. Tenía la sensación de ser una marioneta en los brazos de aquel hombre, y no podía hacer lo más mínimo para remediarlo. Deseaba entregarse a él por completo.

¡Es pecado!, pensó. Pero todos sus reparos eran insignificantes. En ese momento era su corazón el que hablaba.

—¡Quédate conmigo esta noche! —susurró mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Connor la miró sorprendido.

—¿Sabes lo que eso significa? —Su voz sonaba ruda y apasionada.

—Sí, lo sé, Connor. —Las palabras de Jaqueline se vieron entrecortadas por sollozos—. Te quiero desde hace tanto tiempo... Quizá no pueda pasar la vida a tu lado, pero al menos deseo una noche contigo. —Lo miró temerosa.

Lo que Jaqueline veía en la mirada de Connor era un anhelo infinito.

Él le apartó cariñosamente un mechón de pelo de la cara, se incorporó, la levantó en brazos y la abrazó con fuerza.

Connor ardía como si tuviera fiebre. La besó apasionadamente, y Jaqueline tuvo la impresión de incendiarse. Los labios de él le quemaban en la boca y fueron bajando hacia su cuello.

—Eres preciosa —murmuró, la soltó y le deshizo el recogido. Los dedos se le enmarañaron en sus rizos. Los desenredó riendo—. Me gusta tu pelo. —Con estas palabras, colocó a Jaqueline sobre la cama.

Un delirio indescriptible se apoderó de Jaqueline. No sabía qué le estaba sucediendo. De pronto sintió las manos de Connor acariciando sus pechos, las manos bonitas, firmes y suaves que tan protegida la hacían sentirse, y se abandonó completamente al éxtasis que crecía en su interior.

A Warwick no le resultó fácil seguir la pista de Monahan desde la distancia necesaria. Un rato después apareció entre los árboles un pequeño edificio cuya ventana estaba iluminada.

Warwick se quedó atrás por precaución y esperó a ver qué sucedía.

Los goznes de la puerta crujieron. Una cuña de luz atravesó la oscuridad. No solo iluminó al comerciante de madera, sino también un vestido.

Warwick se quedó de piedra. Se bajó del caballo, ató las riendas a un árbol y se acercó deslizándose cuidadosamente.

Escondido tras el tronco de un árbol, sacó unos binoculares del bolsillo y los dirigió hacia la ventana. Allí vio a ambos. Como Monahan tapaba parcialmente a la mujer, no distinguía su cabello ni su rostro. Sin embargo, Warwick sentía que estaba en lo cierto. Solo tengo que esperar a que el tipo vuelva a desaparecer, pensó, ¡y entonces esa pelandusca sabrá lo que es bueno!

Warwick permaneció un rato en cuclillas detrás del árbol sin que sucediera nada. Pero entonces Monahan desapareció del campo de visión de Warwick y este vio a la mujer que se giraba hacia un lado. ¡Jaqueline Halstenbek! Habría reconocido su perfil entre cientos de ellos. Además, estaba su cabello rojo, que le caía suelto sobre los hombros.

¿Cómo reaccionarás cuando volvamos a vernos, palomita?, pensó con malicia. Lo más probable es que no te haga ninguna gracia... Comenzó a temblar de impaciencia.

Se deslizó un poco más cerca y se quedó helado.

¡Monahan estaba besando a Jaqueline!

Le habría gustado precipitarse en la cabaña furibundo para arrancar a ese tipo de sus brazos. Pero Warwick se contuvo. Ya llegará mi momento, pensó. Y mi venganza será terrible.

Jaqueline estaba tumbada, agotada pero feliz, y observaba soñadora la habitación, en la que la luz titilante de la lámpara hacía bailar sombras misteriosas. Connor, el fuerte, seductor y querido Connor, se arrimaba a su espalda y la acariciaba. Fuera, el viento susurraba entre los árboles.

Jaqueline buscó a tientas la mano de Connor. Era un placer inmenso sentir su cercanía y apenas podía creer lo que había sucedido.

¿Qué pasará ahora?, pensó. ¿Podré seguir viviendo sin él? Pero no quería romperse la cabeza con eso. Quería disfrutar de cada minuto con él.

Entonces se oyó un ladrido furioso. Jaqueline se estremeció.

—¿Qué le pasa al perro?

Connor se levantó asustado de la cama y se puso los pantalones.

—Probablemente sea otro oso. Lo ahuyentaré antes de que mate al perro.

Sacó su revólver de la funda que había colgado de una de las sillas.

Jaqueline se envolvió en la manta y se levantó también.

—¡Ten cuidado!

—Lo haré, no tengas miedo. —Con estas palabras, Connor salió por la puerta. Miró a su alrededor con atención, pero no vio ningún oso.

El perro cada vez gruñía con más rabia.

—¿Qué es lo que pasa, muchacho?

De pronto, Connor creyó oír ruido de cascos. Escuchó con atención. Efectivamente, alguien cabalgaba por el bosque. Se estaba alejando, pero era más que preocupante.

—¡Ya está, ya está! Eres un buen chico. —Connor dio unas palmaditas en la cabeza y el lomo del animal, al que le temblaba todo el cuerpo.

Después de mirar a su alrededor una última vez, Connor regresó a la cabaña.

—¿Qué sucedía? —preguntó Jaqueline, que entretanto se había puesto un camisón.

—Desde luego, no era un oso —respondió Connor, y dejó el revólver sobre la mesa—. Pero me temo que tienes que marcharte de la cabaña.

Jaqueline palideció.

—¿Por qué?

—Alguien ha estado aquí. He oído ruido de cascos. Puede que alguien se haya acercado furtivamente a la cabaña.

Ella se echó a temblar.

—¿Crees que se trataba de Warwick?

—Yo no lo descartaría. Mis hombres no me molestarían de noche.

—¿Puede que Marion haya contratado a un detective?

Connor negó con la cabeza.

—No lo creo. Pero incluso aunque así fuera, el resultado sería el mismo: te

acompañaré a la ciudad y te buscaré otro alojamiento, Jaqueline. Cualquier otra opción sería demasiado arriesgada. No quiero que te quedes aquí sola, querida. ¡Vístete y coge las cosas que quieras llevarte!

Jaqueline estaba completamente aturdida. Apenas encuentro un poco de felicidad, todo se destruye de nuevo, pensó desesperada. Y a pesar de que temía a Warwick, en ese momento también sentía rabia.

Huiré una vez más de él, pero si se cruza en mi camino en la ciudad, lo lamentaré, se prometió solemnemente, y se dispuso a empaquetar sus cosas.

No tenía mucho que llevarse. Sus únicas posesiones eran un par de zapatos, el vestido verde, el cuaderno junto con los utensilios de escritura, así como el herbario, además de un camisón, los productos de aseo y las piezas de ropa que Connor le había ido llevando. En la ciudad no podré llevar los pantalones y las chaquetas de Connor, pensó. Con lo prácticos que eran. En ellos, no solo se había sentido cómoda, sino también muy cerca de Connor. A quien me gustaría llevarme es a ti, pensó mientras observaba a Connor vestirse y atarse el revólver al cinturón.

—¿Podremos vernos cuando esté en Saint Thomas?

—Por supuesto. No estoy dispuesto a renunciar a ti de nuevo.

—¿Y qué pasa con Marion?

—No se enterará de que estás en la ciudad. Además, anularé el compromiso. Será un gran escándalo, pero yo no hago las cosas a medias.

—¿No te arrepentirás, Connor? —Jaqueline temía su respuesta.

Él se giró súbitamente y la estrechó entre sus brazos.

—El error sería dejar escapar a una mujer como tú, querida. Cuando estés en la ciudad, avisaremos a la policía de que Warwick te está acosando. Todo se resolverá. —La besó en la boca e hizo así imposible cualquier tipo de protesta.

Poco después salieron de la cabaña. Connor lanzó al perro un par de tiras de carne seca y ensilló su tordo.

Jaqueline volvió la vista hacia la cabaña con melancolía. Me gustaría tanto quedarme aquí, pensó. ¡Qué feliz he sido en este lugar! Quizá pueda volver algún día, cuando todo haya pasado.

Una vez Connor hubo atado su bolso a la silla del caballo de ella, se montaron.

—¿Y qué pasa con el perro? —preguntó Jaqueline mientras agarraba las riendas—. No podemos dejarlo aquí solo, ¿no?

—Mañana por la mañana lo recogeré y lo llevaré al aserradero. Allí también nos vendrá bien un perro guardián. Pero, ahora, lo primero es tu seguridad.

Media hora después llegaron a Saint Thomas. La mañana aún quedaba lejos. El disco rojizo de la luna estaba suspendido a baja altura, sobre el horizonte.

La ciudad dormida se extendía ante ellos. No había luz en ninguna parte. Cuando los perros oyeron el ruido de cascos, comenzaron a ladrar.

Connor sintió un gran alivio. Ahora ya no la encontrarás tan fácilmente, Warwick, pensó. Además, aquí reina la ley y el orden.

—Te alojaré en el mejor hotel de la ciudad —dijo—. ¡Prométeme que te quedarás en tu habitación, Jaqueline! Al menos hasta que sepa por dónde anda Warwick.

—¿Y si Warwick también se aloja allí?

—Lo averiguaré. Si es así, vendrás conmigo a la oficina. —Connor dobló la siguiente esquina y enfiló su caballo hacia la calle principal. La luna se reflejaba en los charcos, y un gato vagabundo salió disparado delante de los jinetes. En un único edificio había dos ventanas débilmente iluminadas. El letrero «Hotel Saint Thomas» sobre la entrada ya empezaba a desconcharse.

Un calor agradable los recibió al entrar. El aire olía a aroma de rosas. Tres lámparas de gas emitían una luz tenue.

El tintineo de la campanilla de la puerta asustó al portero, que al parecer estaba dando una cabezada. Levantó la mirada sorprendido y se desperezó al ver a los tardíos huéspedes.

—¡Buenos días, señores!

Las manecillas del gran reloj de pie junto al mostrador de recepción marcaban casi las dos.

La melancolía inundó el pecho de Jaqueline, porque el reloj se parecía al que había poseído su padre.

—*Mister Monahan*, ¿a qué debo este placer? —preguntó el portero, que había reconocido inmediatamente al tratante de madera.

—Me gustaría saber si un tal *mister Warwick* se aloja en su establecimiento —preguntó Connor sin rodeos.

El portero de noche lo miró asombrado.

—El hombre es un conocido mío y quiero asegurarme de que ha llegado bien a la ciudad —explicó Connor rápidamente, ya que percibió la desconfianza de su interlocutor.

El portero consultó solícito el libro de huéspedes y recorrió los registros con la mirada. Finalmente negó con la cabeza.

—No, lo lamento, no ha llegado ningún *mister Warwick* en los últimos días.

Connor intercambió una mirada con Jaqueline, que suspiró aliviada.

—Qué lástima, creí que haría caso de mi recomendación. ¿Tendría usted una habitación para mi sobrina?

—Naturalmente. Aún están libres dos de las mejores *suites*. ¿Cuánto tiempo se quedará la dama?

—Por ahora una semana. Sin embargo, es posible que su estancia se prolongue.

—Como usted desee, *mister Monahan*. ¿A qué nombre debería registrar la habitación?

Al mirar de nuevo a Jaqueline, una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de Connor.

—A nombre de *miss Emily Monahan* —respondió—. Se ha producido un pequeño contratiempo con el coche de caballos, y, como a esta hora ya no circula ningún tren, nos hemos visto obligados a molestarle a estas horas de la noche.

—No se preocupe, *mister Monahan*. Siempre estamos disponibles para nuestros huéspedes.

Jaqueline esbozó una amplia sonrisa. Parece que Connor es un pillo. Debería tener cuidado.

Después de anotar su nombre en el registro de huéspedes, el portero le tendió una llave.

—La número diecinueve es una de nuestras mejores *suites*, *miss Monahan*. Le deseo una estancia agradable.

—¿Sobrina? —susurró Jaqueline una vez dejaron atrás la escalera. Un largo pasillo cubierto con una alfombra roja se extendía ante ellos. Tras las puertas que flanqueaban el pasillo se oía algún ronquido aquí y allá.

—¿Y por qué no? —respondió él sarcásticamente—. Mi hermano mayor tiene edad suficiente para tener una hija de tu edad. Rondas los veinte, ¿verdad?

—A eso lo llamo yo un sofisticado intento de averiguar mi edad —contestó Jaqueline—. Pero tienes razón, tengo veintidós.

—¡Lo que yo decía! Nadie sospechará. Si Warwick aparece por aquí, el portero no encontrará a ninguna *miss Halstenbek* en su registro. Eso es lo único que importa por ahora.

Se detuvieron ante la puerta con el número 19. Después de abrirla, Jaqueline dijo:

—No sé cómo agradecértelo, Connor.

—No tienes por qué hacerlo, queridísima «sobrina». —Le guiñó el ojo divertido y la estrechó entre sus brazos—. No lo olvides: ¡siempre estaré ahí cuando me necesites! Juntos derrotaremos a ese tal Warwick. —Tras estas palabras le dio un beso de despedida.

—Buenas noches, Connor. Ha sido el día más hermoso de mi vida —susurró Jaqueline. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Era la despedida? ¿O era el recuerdo de esas horas que habían pasado juntos, de esa felicidad embriagadora?

Cogió rápidamente su bolso y se deslizó en la habitación.

La mañana gris plomiza que se había levantado sobre Saint Thomas dio paso a un mediodía soleado. La vista era tan clara que en la lejanía podían divisarse las montañas cubiertas por bosques. En los jardines relucían los colores de las primeras flores.

Marion no las veía. Recorría con prisa la acera con las faldas al viento, pensando en su pelea con Connor la noche anterior. A pesar de que había contado con que su prometido volvería y se disculparía en cuanto sus ánimos se hubieran calmado, no había regresado. ¿Se habría tomado Connor en serio sus palabras? El temor a que pudiera ser así la cegaba de tal manera que ni siquiera respondía al saludo de los paseantes.

—¡Miss Bonville! —gritó repentinamente alguien cerca de ella. Se detuvo inmediatamente y se giró.

Junto a ella se encontraba Alan Warwick.

¡Él otra vez! ¿Acaso no le dije que se marchara?

—¿Qué quiere de mí? —bufó.

—Precisamente me dirigía a verla. He descubierto algo que le interesará.

—¿Y por qué cree saber lo que me interesa?

Intentó proseguir su camino, pero Warwick le cortó el paso.

—¡Se trata de su prometido!

Marion lo miró sorprendida.

—¿De mi prometido?

Warwick asintió.

—Creo que deberíamos charlar. En su casa.

Marion no se sentía a gusto. ¿Adónde quería ir a parar?

—¿Ha encontrado a esa mujerzuela?

—Casi. Lo uno tiene que ver con lo otro. Le pido encarecidamente...

Marion lo miró atónita. ¡Así que yo tenía razón!, pensó al tiempo que los celos le ardían en el estómago.

—¡Bueno, en ese caso venga conmigo! —dijo escuetamente Marion, se volvió y regresó a su casa paterna con paso firme.

Allí el mayordomo se apresuró a recibirla.

—¿Ya está de vuelta, miss Bonville? —Dirigió una mirada de desprecio a su acompañante.

—He cambiado de opinión respecto a mi paseo. ¡Tráiganos té al salón!

—Muy bien, señora. —El criado se inclinó y desapareció en las habitaciones traseras de la casa.

Mientras ella lo conducía al salón, Warwick comprobó satisfecho que la solemne frialdad de Marion había desaparecido.

Ella lanzó descuidadamente su sombrero adornado con plumas sobre una butaca y

camino inquieta de un lado a otro.

—Y bien, ¿qué tenía usted que decirme, Warwick?

—Reconozco que es algo delicado. Pero como hombre de honor tengo la obligación...

—¡Hable de una vez! —le espetó disgustada.

—Su prometido tiene escondida a Halstenbek.

Al escuchar estas palabras, Marion se detuvo bruscamente. Miró a su interlocutor con rabia.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Me lo encontré por casualidad. Anoche salió de su casa, ¿verdad?

Ella asintió, a pesar de que su cuerpo parecía haberse quedado congelado.

—Lo seguí a escondidas. Tiene a esa buscona escondida en una cabaña en el bosque. Al parecer se trata de su nidito de amor.

—¡Calle! —Marion soltó un gallo—. ¡No es cierto!

—Solo le cuento lo que vi con mis propios ojos. —Warwick se giró para marcharse—. Pero si no quiere oírlo...

—¡Espere!

Warwick se volvió hacia ella con marcada lentitud.

—¿Qué es lo que vio?

—Se besaron y después desaparecieron de mi campo de visión durante una hora entera.

Marion buscó a tientas la mesita que había junto a ella, porque tenía la sensación de estar a punto de desmayarse. ¡Maldito cabrón! ¿Cómo podía engañarla así?

James apareció entonces en la puerta con una bandeja en la mano.

—¡Deje eso sobre la mesa! —le ordenó ella.

El mayordomo obedeció con gesto impasible y desapareció inmediatamente.

—¿Hay algo más que quiera decirme, *mister* Warwick? —Marion hacía esfuerzos evidentes por mantener la calma.

Warwick contuvo una amplia sonrisa. Le gustaba verla tan fuera de sí.

—No, eso es todo, *miss* Bonville. Si quisiera hablar conmigo de algún otro asunto, me encontrará en el Silver Leaf, en la habitación número siete.

Tras decir estas palabras se despidió.

Marion lo siguió furiosa con la mirada. ¡Miente!, trató de convencerse a sí misma, a pesar de que sabía que Warwick no tenía ningún motivo para ello. Quiere vengarse, pensó. Y yo también lo haré.

Animado por la conversación con Marion Bonville, Warwick cabalgó de nuevo hasta la cabaña de Monahan. Al hacerlo puso todo su empeño en evitar encontrarse con los leñadores, a los que se oía por todo el bosque. Nadie debía averiguar qué se proponía, ni debía interponerse en su camino.



Llevaba consigo su revólver, como siempre. Además, llevaba en la alforja un pequeño frasco de cloroformo, por si Jaqueline daba demasiados problemas. No había sido fácil conseguir el narcótico. En la droguería de Chatham había puesto como pretexto que la sustancia era para un amigo, un médico. El boticario incluso se lo había fiado a nombre de este, porque Warwick le había prometido recomendar su droguería por toda la región.

Qué extraño, no sale humo de la chimenea, pensó cuando divisó la cabaña ante él. Se desmontó, ató su caballo a un árbol y sacó los binoculares. No se veía nada. Nada se movía dentro ni fuera de la casa. Al parecer, Monahan había regresado a su aserradero. De todos modos Warwick se deslizó con prudencia a través de los matorrales. Cuando una rama crujió bajo su bota, el perro comenzó a ladrar. El animal tiraba rabioso de la correa y enseñaba los dientes.

¡Maldito chucho!, pensó Warwick sin apartar la vista de la cabaña. Si Monahan o Jaqueline están ahí, saldrán enseguida a la puerta para ver qué sucede. Cuando ese tipo salga, ¡lo dejaré seco!

Pero no sucedió nada. Los ladridos del perro espantaron a los pájaros de las coronas de los árboles, pero en la cabaña todo permanecía tranquilo.

¿Debería entrar o no?, reflexionó Warwick. Decidió salir de su escondite.

Pero incluso cuando se acercó a la puerta a plena vista, no pasó nada.

¿Se habrá marchado? ¿Estará dando un paseo?

El perro casi se estaba quedando ronco de tanto ladrar; el collar lo estrangulaba cuando se levantaba sobre las patas traseras enseñando los dientes.

—¡Cierra el pico, maldito chucho! —Entonces Warwick sacó el revólver de su funda de un tirón y apretó el gatillo. El animal se desplomó con un aullido lastimero. Warwick, sin inmutarse, se acercó a la puerta.

¡No estaba cerrada!

Sintió una chispa de esperanza. Puede que todavía esté dormida.

Al abrir la puerta de golpe, lo recibió una oleada de aire fresco con olor a plumas y a ceniza. ¡Jaqueline no estaba allí!

—¡Maldita sea!

Furioso, dio una patada a una silla que le estorbaba y volcó la mesa. La lámpara que había sobre ella se estrelló contra el suelo. El petróleo se extendió por los tablones. El fuerte olor penetró en la nariz de Warwick mientras observaba el catre, cuya colcha había sido colocada descuidadamente.

¡Aquí es donde lo han hecho! Yo no era lo bastante bueno para ti, furcia miserable. Pero dame tiempo, yo también te daré lo que te mereces, perra. Estos pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

Lleno de odio, agarró la colcha y la arrojó junto a la mancha de petróleo. Entonces sacó una cerilla del bolsillo y la encendió. En cuanto tocó el líquido, se levantó una llamarada. Warwick empujó la manta con el pie y esta prendió en el acto.

¡Que arda la maldita cabaña!, pensó. Puede que Monahan sospeche quién le ha

dado esta lección, pero no podrá probar nada.

Entonces Warwick regresó a su caballo y puso pies en polvorosa.

A Connor el trayecto hasta la casa de los Bonville le resultó sumamente difícil. Todo había cambiado. Había pasado la madrugada en vela pensando en Jaqueline y él. Una y otra vez había llegado a la misma conclusión: Marion nunca me hará feliz. Y yo no quiero vivir con arrepentimiento.

Connor tuvo que llamar tres veces antes de que la puerta se abriera.

—¡Ah, *mister* Monahan, bienvenido! —saludó el mayordomo—. *Miss* Bonville está en el salón.

—¡Gracias, James! —Connor atravesó el vestíbulo con pasos largos. De la cocina llegaba el aroma del pastel casero de Savannah.

Probablemente eche más de menos sus artes culinarias que a Marion, pensó de pronto.

En el salón Marion estaba sentada ante la ventana. Con aquel vestido lila, su blanca piel resultaba enfermiza. En cualquier caso, no mostraba debilidad. Clavaba la aguja en el bastidor casi con furia.

Connor sabía que solo bordaba cuando estaba enfadada por algo. Al parecer le calmaba los nervios, pero la mayor parte de las veces acababa pinchando con la aguja a sus doncellas y lanzando el bastidor a una esquina.

—Buenos días, Marion.

Su prometida actuó como si no le hubiera oído.

—Marion, yo... —empezó de nuevo Connor. Todavía no sabía cómo decirle que amaba a otra.

—¿Quieres disculparte? —preguntó fríamente con la mirada dirigida aún hacia la labor.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No se te ocurre ningún motivo? —replicó mordaz.

Nunca ha sabido ocultar sus emociones, pensó Connor al ver su rostro desfigurado por la ira. Un frío odio hacía brillar sus ojos.

—¡Cómo has podido hacerme esto! —bufó.

Connor frunció el ceño, sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no estás con tu furcia? —gruñó Marion—. ¡Ya que te acuestas con ella en secreto, quédate con ella para siempre!

Las palabras de Marion lo golpearon como puñetazos en el estómago.

¿Cómo lo sabe?, se preguntó. ¿Realmente ha contratado a alguien para que me espíe? ¿O es cosa de Warwick? Ya no tenía sentido negarlo. De todas maneras, quería ser sincero con Marion.

—Lo siento, Marion. Me he enamorado de Jaqueline. No quería que sucediera, créeme. Pero la amo. Y desde hace un tiempo ya. —La mala conciencia le pesaba sobre los hombros. Pero, ¿cómo luchar contra su corazón? Los jueguecitos y la falta

de honestidad no eran lo suyo.

—¡No es más que una pelandusca que busca un buen partido! —chilló Marion temblando.

—No, no está buscando nada. Solo la libertad. La libertad que le quitó tu nuevo amigo Warwick y que aún quiere arrebatársela. No sé cómo te has enterado, pero apuesto a que él me ha seguido, ¿no es cierto?

Marion se giró bruscamente.

Eso le bastó a Connor como respuesta.

—¡Ten cuidado de no mezclarte demasiado con él, Marion! —prosiguió tranquilamente—. Es un granuja.

Marion suspiró dramáticamente.

—¡Largo de aquí! ¡Anulo el compromiso! ¡Ya verás lo que es bueno!

A pesar de que aquellas frases le sentaron a Connor como bofetadas, sintió un extraño alivio. Habría esperado cualquier cosa excepto que Marion se lo pusiera tan fácil.

—¿Así que quieres anular el compromiso? —preguntó escéptico.

—¡Sí, así es! Y no quiero volver a verte. ¡Lárgate ahora mismo, de lo contrario haré que te echen!

—Como quieras, Marion.

Connor le hizo una reverencia, se volvió y se marchó. Mientras recorría el pasillo, oyó de pronto un ruido. Al parecer Marion acababa de lanzar su bastidor. Pero a él le importó tan poco como su lloro histérico.

Percibió con asombro lo poco que le afectaba el desarrollo de los acontecimientos, y se dio cuenta de que hacia Marion nunca había albergado esa pasión ardiente que sentía por Jaqueline, incluso cuando pensaba en ella.

Tras la desagradable conversación con Marion, Connor se dirigió hacia el bosque. Le habría gustado ir rápidamente con Jaqueline, pero tenía miedo de que Warwick anduviera cerca y siguiera vigilándolo. Así que decidió recoger primero al perro y algunas otras cosas de la cabaña.

El murmullo y el aroma de los abetos de Douglas y las píceas de Sitka tranquilizaron sus ánimos. Oyó un crujido cerca de él y entonces vio una hembra de ciervo de cola blanca que lo examinaba y después se esfumó a la velocidad del rayo.

Eso era lo que le gustaba de la vida allí: poder sentirse libre de ataduras y ser uno con la naturaleza. Un sentimiento que Jaqueline, al contrario que Marion, compartía con él.

Al acercarse a la cabaña, Connor tuvo un mal presentimiento. Aún no veía nada fuera de lo común, pero sentía que algo no iba bien. Espoleó a su caballo y se apartó la falda de su chaqueta para poder sacar su arma más rápidamente en caso de necesidad. Y, efectivamente, de pronto el olor a quemado le inundó la nariz. Eso no

habría sido alarmante si Jaqueline aún hubiera vivido en la cabaña. Pero ahora Connor se inquietó.

Vaya, ¿por qué no ladra el perro?, se preguntó, y entonces descubrió al animal sin vida. Aquello despertó la consternación y la ira de Connor. Saltó de la silla y se arrodilló junto al perro. La lengua le colgaba del hocico, tenía la mirada petrificada. Al parecer una bala le había desgarrado el corazón.

Monahan acarició las orejas caídas del animal. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Apretó los dientes tan fuerte que le crujieron.

¡Warwick!, pensó furioso. Se levantó rápidamente y se precipitó en la cabaña. El olor a quemado le dejó sin aliento un instante e hizo que retrocediera.

En medio de la gran zona carbonizada estaban los restos de la colcha chamuscada. Las llamas habían dejado marcas de hollín en el techo. Era prácticamente un milagro que la cabaña no hubiera ardido por completo.

El mensaje que ese tal Warwick había dejado allí era evidente. ¿Acaso aquel tipo no se arredra ante nada? El temor por Jaqueline se apoderó de él. Está en grave peligro, pensó. ¿Puedo protegerla de este monstruo? ¿Quién es este Warwick que no se rinde jamás y que recurre a semejantes métodos? Debería denunciarlo a la policía. Pero, ¿tengo pruebas de su culpabilidad?, se preguntó.

Después de registrar minuciosamente el suelo, Connor se dio cuenta de que el criminal no había dejado el más mínimo rastro. Ningún juez en el mundo emprendería acciones contra Warwick en este caso.

El miedo y la impotencia bullían en su interior mientras Connor barría los restos de la manta y las cenizas.

¡Tengo que llevármela conmigo!, pensó. Aunque en el hotel no conozcan el verdadero nombre de Jaqueline, solo puedo protegerla cuando está cerca de mí.

Se apresuró a enterrar al perro junto a la cabaña, cerró la casa y colocó un candado en la puerta de entrada. Entonces se subió otra vez a la silla.

A pesar de que se trataba de la mejor estancia del hotel, Jaqueline no habría sabido decir si la *suite* le gustaba. El cuarto de estar le recordaba al salón de su madre, en el que siempre celebraba sus reuniones para tomar el té. El papel pintado a rayas rosas y blancas encajaba perfectamente con los muebles de estilo imperio y las pesadas cortinas brocadas. Un espejo con marco de oro adornaba la pared junto con elegantes bodegones de pequeño formato. Una habitación para una princesa, pensó Jaqueline mientras caminaba de un lado a otro. A pesar de todo, preferiría estar en la cabaña con Connor. ¿Qué estará haciendo? ¿Y cuándo volveré a verlo?

Llevaba todo el día esperándolo. Tras el revuelo de la noche, había dormido como un tronco en la ostentosa cama del pequeño dormitorio de la *suite*, y al despertarse se había sentido completamente desorientada. Pero después lo había recordado todo.

¿Se habría extrañado el portero de que la «sobrina» de *mister* Monahan no

hubiera salido de su habitación en todo el día y de que hubiera tomado todas sus comidas en su sala de estar? Jaqueline no pudo evitar reírse.

Se acercó a la ventana y observó hechizada la actividad vespertina de la calle principal de Saint Thomas. Aquella ciudad era completamente diferente a Hamburgo. La influencia francesa era evidente. Algunos edificios bien podrían haber estado en París. En cualquier caso, el contraste con las aceras de madera y la calle sin empedrar, que con la lluvia o el deshielo probablemente se convertía en un lodazal, era considerable.

Jaqueline comenzaba a arrepentirse de haber prometido a Connor que no saldría bajo ningún concepto.

De pronto, se oyeron ruidos en el pasillo.

Jaqueline se estremeció y al mismo tiempo se reprochó su temor. Seguro que solo es alguien que se ha caído ahí fuera.

Cuando llamaron a la puerta, el miedo aceleró su corazón.

¿La habría encontrado Warwick?

—¿Jaqueline? —llamó Connor—. ¿Puedo entrar?

Jaqueline suspiró.

—¡Sí, por favor!

Connor parecía angustiado al entrar. Su ropa estaba impregnada de suciedad y hollín.

Sintió un escalofrío.

—¿Qué ha pasado?

—¡Tienes que salir de aquí! —Cerró la puerta apresuradamente.

Jaqueline sacudió la cabeza sin entender nada.

—¿Por qué? ¿Has visto a Warwick cerca de aquí? ¿Se hospeda en el hotel?

—Warwick ha estado en la cabaña. Ha matado al perro de un disparo y ha tratado de pegar fuego a la casa, lo que por suerte no ha conseguido. Además, Marion sabía que ayer estuve contigo. Seguramente Warwick nos espía y se lo ha contado a ella.

Al pensar lo cerca que había estado de ellos aquel tipo, Jaqueline se estremeció.

Connor tomó suavemente sus manos y miró a Jaqueline con apremio.

—Tienes que marcharte del hotel a toda costa, ¡y enseguida!

—¿Y adónde voy?

—Te alojaré dos días en el aserradero —respondió—. Entonces de todos modos comenzará la maderada. ¿Serás lo bastante valiente para acompañarme?

Jaqueline apenas podía creer que le estuviera haciendo aquella oferta.

—¡Sí, lo soy! —La alegría hizo que el miedo a Warwick se desvaneciera. Jaqueline se zafó y echó los brazos al cuello de su amor—. ¡Oh, Connor, si supieras cuánto lo deseaba!

Su vehemencia hizo reír a Connor.

—Sabes que es peligroso —añadió.

Jaqueline lo soltó y asintió.

—¡Bien, entonces recoge tus cosas y ven conmigo! En mi aserradero nadie te hará daño.

Cuando Connor hubo pagado la habitación y le hubo entregado una generosa propina al portero, salieron del hotel.

Jaqueline tenía un mal presentimiento. Entre los viandantes no vio a nadie que se pareciera a Warwick lo más mínimo, pero de todos modos tenía un nudo en la garganta.

Después de recorrer un tramo de la calle principal, Connor condujo a Jaqueline a una calle lateral. Desde allí se dirigieron hacia el norte. Finalmente, Jaqueline sintió el olor a madera recién cortada. Se oía el murmullo del agua acompañado de un estridente ruido de sierras.

Cuando el aserradero apareció ante ella, la sorpresa la dejó sin aliento. En un amplio patio había troncos inmensos, algunos de ellos ya sin corteza. Ante el aserradero se apilaban tablones de diferentes tamaños; algunos eran lo bastante largos para construir botes o barcos, otros servirían más bien para muebles. Al lado se amontonaban maderos que a primera vista parecían leña. Junto al edificio había un semillero en el que se cultivaban nuevos árboles.

Sin embargo, lo más fascinante para Jaqueline era la enorme sierra accionada por agua, que en esos momentos troceaba un tronco. La hoja de la sierra era gigante, sus dientes tenían aspecto amenazador. Atravesaban la madera como si fuera mantequilla.

—Impresionante —musitó. La máquina la fascinaba de tal manera que no podía apartar la mirada.

—Sí, y peligrosa. Podría partir en dos a un hombre sin problemas.

Ese sería un buen castigo para Warwick, pensó Jaqueline, pero enseguida apartó la idea de su mente horrorizada consigo misma.

—¡Por aquí! —dijo Connor mientras señalaba la oficina. Quería exponer a Jaqueline lo menos posible a las miradas de otros, ya que temía que Warwick pudiera andar cerca—. En el piso superior de las oficinas está mi vivienda y una habitación de invitados. No es tan lujoso como el hotel, pero el servicio de limpieza, que viene dos veces por semana, lo mantiene todo limpio y ordenado.

Cuando entraron en las oficinas, Jaqueline se quedó asombrada con las artísticas tallas que adornaban las vigas y la barandilla de la escalera. Percibía claramente que la madera era la gran pasión de Connor. Su aroma despertaba en ella recuerdos de la cabaña.

—¿Quieres ver mi despacho? —Connor dejó el bolso de Jaqueline en el primer peldaño de la escalera, que conducía hacia arriba desde la entrada.

Jaqueline estaba entusiasmada.

El despacho de Connor le recordó un poco al de su padre, a pesar de que aquí había más libros de cuentas que trofeos. El reloj de pie entre ambas ventanas emitía un agradable tictac. Los dos únicos trofeos animales eran una cornamenta de ciervo y un gorro de piel con cola de marta cibelina. Ambos estaban colgados junto a una

vieja escopeta y el retrato de un hombre que se parecía un poco a Connor.

—¿Es algún familiar tuyo? —preguntó Jaqueline.

—Mi abuelo. El gorro está confeccionado con una de las primeras pieles que cazó aquí.

—Y esta escopeta es con la que consiguió esas pieles.

—En realidad, no, fue la última escopeta que tuvo. Ese wapití de ahí fue el primero que abatí yo. Con la escopeta de mi abuelo.

—¿Sabes utilizar ese monstruo de arma? —Jaqueline examinó el arma más detenidamente. Incluso sin los herrajes decorativos, la escopeta debía de ser bastante pesada—. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Catorce. Todos los descendientes masculinos de nuestra familia saben disparar con esta escopeta, es la tradición. Si algún día tengo un hijo, le enseñaré.

Connor guardó un repentino silencio. Jaqueline podía ver en su rostro qué era lo que le preocupaba.

—Si Marion supiera lo nuestro... —comenzó a hablar prudentemente.

Connor respiró profundamente.

—¡Por eso no te preocupes! Ha anulado su compromiso conmigo. Vuelvo a ser un hombre libre.

A pesar de que Jaqueline sentía una alegría incontenible, también tenía mala conciencia.

—Así que le he arrebatado a su hombre...

Connor negó con la cabeza y la tomó entre sus brazos.

—No, no lo has hecho. Marion y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Somos demasiado diferentes. Ella ama el esplendor de la vida social, y yo, el bosque. Tú solo me has demostrado que existe una mujer que encaja mejor conmigo.

Seguro que Marion me acusa de haber actuado de forma calculadora, pensó Jaqueline. Y eso que me he resistido a enamorarme de él. Le vino a la mente una máxima de su padre: «La vida es impredecible, las desgracias no duran para siempre, pero tampoco las alegrías. Así que vive tu vida lo mejor que puedas y aprovecha cada oportunidad que se te presente».

—¡Ven, te enseñaré tu habitación! —dijo Connor finalmente, le soltó el abrazo y llevó a Jaqueline hacia la escalera.

La habitación de invitados estaba justo debajo del tejado y tenía dos paredes inclinadas. Pero a Jaqueline le pareció acogedora desde el primer momento. Había una confortable cama de latón, una cómoda y un escritorio con una silla. Desde la ventana, encajada en una de las vertientes del tejado, podía ver el lago, en el que se reflejaban las nubes doradas por la luz del sol.

—¿Te gusta?

—Es maravillosa. ¡Vaya vistas! Aquí estaré bien. —Con estas palabras, se giró hacia Connor y lo besó.



La noche se apretaba contra las ventanas del pub como una bestia negra. Warwick, echado sobre su cama, escudriñaba la oscuridad con mirada vidriosa. En la mano sostenía un vaso medio lleno y sobre la mesita de noche había una botella de whisky. Estaba profundamente disgustado porque Jacqueline se le había escapado otra vez.

Ni siquiera el aguardiente me sabe bien, pensó, ¡y todo por esa maldita pelandusca! Ese tal Monahan ha debido de olerse algo. Quizá tendría que haber acabado con él antes.

Unos golpes en la puerta lo distrajeron de sus pensamientos. ¿Quién podría ser?

—¡Adelante! —gritó, y dejó el vaso a un lado.

Para su asombro, una falda azul oscura crujió al deslizarse por el resquicio de la puerta. Marion Bonville entró y se retiró la capucha del abrigo. Miró con desprecio al hombre repantingado sobre la cama con las botas puestas.

—Oh, *miss* Bonville, ¿a qué debo el honor de su visita? —preguntó Warwick, mientras se incorporaba lentamente. La embriaguez hizo que se tambaleara.

Marion cerró la puerta y miró a su alrededor. ¡Vaya pensión de mala muerte!, pensó con asco. ¡Y qué tipo más repugnante! Sin embargo, necesito su ayuda.

—Tiene que hacer algo por mí —respondió fríamente.

Warwick levantó las cejas. Por suerte, no estaba tan borracho como para no percibir el matiz de su voz.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—Quiero que quite de en medio a Connor Monahan. Junto con su furcia.

Ahora Warwick sí que estaba sorprendido.

—¿Que debo qué?

—¡No se haga el estúpido! —Marion jugueteó nerviosa con el encaje de su manga izquierda—. Por supuesto, tendrá que parecer un accidente.

—Me está pidiendo usted mucho, *miss*.

Marion entrecerró los ojos.

—¿Así que no quiere vengarse del tipo que le ha quitado a su querida? Porque lo era, ¿verdad?

Warwick esbozó una sonrisa maliciosa.

—Mi relación con *miss* Halstenbek es un tanto complicada. Pero no me opongo a la venganza. De todos modos, tendrá que pagar si quiere que su prometido...

—Ya no es mi prometido —respondió inquieta—. ¿Cuánto quiere?

—Estaba pensando en veinte mil dólares.

—¡Veinte mil! —exclamó Marion, asustada—. ¿Es que ha perdido la cabeza?

—¡En absoluto! Una vida humana es valiosa. Supongo que la gente aún no sabe que su compromiso se ha anulado. Así que también seré responsable de su buena reputación. Usted se presentará como prometida de luto y salvará su imagen. Si eso no tiene ningún valor para usted...

—Maldito...

—¡Piense bien lo que dice, *miss* Bonville! No querrá que toda la ciudad se entere

mañana de la ruptura de su compromiso.

El rostro de Marion ardía, y de sus ojos saltaban chispas. ¡Cómo puede atreverse este cabrón a amenazarme! Quizá debería buscarme a otro esbirro que hiciera el trabajo sin exigencias.

—¿Así que quiere chantajearme? —preguntó con frialdad.

Warwick chasqueó la lengua.

—«Chantaje» es una palabra muy fuerte. ¡Mejor digamos que solo quiero lo mejor para usted! A la gente le gusta el sensacionalismo. Se abalanzan sobre cualquier escándalo que pillen.

Marion no encontró ninguna respuesta adecuada, porque en realidad tenía razón. La anulación del compromiso la convertiría en objeto de numerosas burlas, especialmente cuando se supiera que Monahan la había engañado. Le reprocharían no haber hecho suficiente para retener a su hombre. Desde luego, su padre lo haría. Él aún no sabía que había echado a Connor de la casa.

—Bueno, ¿qué me dice entonces, *miss*? —preguntó Warwick mientras se acercaba a ella con gesto amenazador.

Marion retrocedió instintivamente, pero entonces se irguió y lo miró decidida.

—Necesitaré algo de tiempo para conseguir el dinero.

Una sonrisa satisfecha apareció fugazmente en el rostro de Warwick.

—¡Buena chica! Y lista también. No se arrepentirá.

—Pasado mañana Monahan partirá hacia Montreal con sus armadías. El camino hasta allí es largo y peligroso...

Warwick esbozó una amplia sonrisa.

—Ya se me ocurrirá algo. De todas maneras, necesitaré un adelanto, para cubrir gastos, ya me entiende.

Marion se llevó la mano al bolso y lanzó un par de billetes sobre la cama.

—Aquí tiene cien dólares. Al fin y al cabo no tendrá que dedicar mucho tiempo a Monahan.

—¡Tenga por seguro que no lo haré! Espero el resto del dinero cuando regrese.

Marion asintió y salió de la habitación sin despedirse.

Saint Thomas estaba cubierto por un manto de completa negrura cuando Warwick salió del pub. La luz ya estaba apagada en la mayoría de las ventanas. Desde el lago llegaba un aire salobre. Después de echar otro vistazo a la casa de los Bonville, que se veía bien desde allí, se volvió y caminó pesadamente por la acera en dirección al aserradero.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Su plan era prácticamente genial. Miraba a su alrededor una y otra vez para asegurarse, pero allí fuera no había nadie.

El aserradero se elevaba pacífico en la oscuridad. Sobre el lago Erie flotaban enormes troncos amarrados unos a otros con cuerdas para que no se separaran en el camino. Dos casas flotantes alzaban sus tejados hacia el cielo, y además había otras dos armadías de carga para transportar tablones y leña menuda. Warwick no tenía ni idea del negocio de la madera, pero sabía qué era lo importante en una balsa y cuáles eran sus puntos débiles.

Se detuvo ante el portón. En una de las ventanas de la oficina había luz. ¿Aún estás trabajando con tus libros de cuentas, Monahan?, pensó Warwick, burlón. ¿O estás haciéndolo con tu puta?

Cuando una figura apareció en la ventana, se adentró más en las sombras. ¿Me habrá visto? ¿Sentirá que estoy aquí?

Después de que la sombra de la ventana, cuyo perfil era claramente masculino, desapareciera, la luz se apagó. Warwick esperó un rato aún, y, después de asegurarse de que no había ningún perro ni ningún vigilante, avanzó a hurtadillas.

A la mañana siguiente, en el aserradero reinaba una intensa actividad desde muy temprano. Aparecieron algunas mujeres para traer provisiones a los hombres que marchaban de viaje. Los trabajadores llevaron los víveres a las armadías de carga.

Cuando el sol alcanzó la posición de mediodía, el grupo estaba listo para subir a bordo.

Jaqueline se encontraba en el despacho de Connor, después de haber ayudado a llevar algunos objetos a la casa flotante que sería su hogar durante una semana larga.

Sentía una alegre excitación. Connor le había hablado mucho del magnífico paisaje que recorrerían. En esa época, al parecer, verían praderas y árboles floridos. Como tendrían que atracar de vez en cuando, se presentaría la oportunidad de ampliar su herbario y tomar notas. Había decidido llevar un diario de viaje para animar a todos aquellos que se propusieran visitar aquel país.

El miedo a que Warwick apareciera por allí había ido perdiendo fuerza. ¡Por fin viviría la aventura con la que tanto había soñado!

—¿Por qué no transportas los troncos sencillamente en tren? —preguntó entonces, y se volvió hacia Connor.

—Porque la línea de ferrocarril todavía no llega a todas partes. —Se acercó a Jaqueline por detrás y le rodeó la cintura—. Además, un tren nunca podría transportar semejante cantidad de madera. Las locomotoras no son lo bastante fuertes. El agua seguirá siendo el medio de transporte prioritario para la madera durante un tiempo. Y también es más barato.

—Y si transportaras la madera en tren, no podríamos hacer este viaje.

Connor le besó la sien.

—Ese es probablemente el argumento de mayor peso.

Siendo sincero, había otro motivo por el que se alegraba de salir de allí. Aún no había sabido nada del viejo Bonville, pero estaba convencido de que no aceptaría fácilmente la ruptura del compromiso. Un hombre como George no hacía nada sin pensarlo antes. Aunque sea Marion quien ha anulado el compromiso, me culpará de ello e intentará perjudicarme, pensó Connor.

—¿Vamos entonces? —le preguntó a Jaqueline.

—¡Sí, encantada!

Fuera la cuadrilla ya les esperaba junto a las armadías. Connor no les había ocultado su relación con Jaqueline. Los hombres, algunos de los cuales no habían mostrado ningún aprecio por Marion, trataban a Jaqueline siempre con cortesía.

A diferencia de Marion, que siempre actuaba con cierta soberbia, Jaqueline era amable con sus empleados. Desde el primer día respondía educadamente a sus preguntas y se esforzaba por obtener sus simpatías comportándose de forma discreta. Y esa mañana incluso había llevado bebidas a sus hombres en los descansos.

Jaqueline quedó fascinada una vez más al ver las casas flotantes de cerca. Sobre la base formada por enormes troncos, los hombres habían construido cabañas cuyas paredes no se habían fijado con clavos, sino con un complicado sistema de cuñas, de manera que podían desarmarse en un abrir y cerrar de ojos. Connor le había explicado que no se llevarían de vuelta ni un solo tablón, todo se vendería. Las armadías de carga, que irían detrás de la alfombra de troncos, estaban pensadas para transportar toda la madera que era demasiado pequeña para formar balsas.

Después de que Connor instruyera a los hombres y les insistiera en que tuvieran cuidado, todos se subieron a las armadías. Se cortaron las amarras, y poco después la corriente alejó lentamente la madera y las balsas de la orilla.

—Ya no puedes escaparte de mí —le susurró Connor a Jaqueline, que se agarraba a un cabo para que las sacudidas de la armadía no la hicieran caer.

—Tampoco quiero.

A pesar de que tenía un poco de miedo, en ese momento no podía imaginarse nada más hermoso que estar allí con Connor. Era como si aquella balsa la llevara hacia la libertad, lejos de toda preocupación.

Jaqueline observó Saint Thomas desaparecer lentamente tras ellos. Las casas eran cada vez más pequeñas, de manera que pronto pareció una ciudad en miniatura en un cuarto de juegos. Más allá de los límites de la ciudad, con los imponentes y oscuros

bosques como telón de fondo, divisó una locomotora de vapor que arrastraba sus vagones de carga en dirección a la estación. El vapor que salía de la chimenea se elevaba hacia el cielo ligeramente nublado, en el que un águila majestuosa volaba en círculos.

Jaqueline cerró los ojos con alegría y aspiró el aire fresco impregnado de los aromas del lago y de la madera.

A padre esto también le habría gustado, caviló, pero apartó inmediatamente el pasado de su mente.

Warwick observó zarpar a las armadías desde la orilla con sus binoculares. La densa maleza le proporcionaba cobijo suficiente.

Mientras que en una de las casas flotantes solo veía hombres, en la segunda vio de pronto una melena pelirroja.

¡Jaqueline!

¿Ella también viaja en la maderada?

Había supuesto que Monahan la tenía escondida, pero no había contado con que se la llevaría. Aunque quizá me convenga que ella también muera, pensó. Así podré presentarme como su esposo y embolsarme por fin su herencia.

No sabía cuándo ni dónde tendría efecto su sabotaje. Así que pensó que lo mejor sería seguir la maderada a caballo.

Esperó un rato hasta que las balsas se alejaron. Entonces regresó donde su caballo y poco después dio un gran rodeo con él en torno al aserradero.

Tenía claro que no podría seguir la marcha de las armadías. Pero si hacía pocas pausas y tomaba atajos siempre que fuera posible, quizá pudiera divisarlas de vez en cuando y averiguar si su plan había salido bien.

Jaqueline pasó todo el día fuera y observó la vida junto al lago Erie y junto a él. De vez en cuando tomaba notas. Numerosas especies de patos y aves acuáticas se dejaban ver a su alrededor, y en una ocasión incluso divisó cisnes. En la orilla del lago había osos, que saltaban intrépidos al agua para atrapar peces. Desde la lejanía, los intentos de pesca de los predadores resultaban más bien graciosos. Uno de los animales lanzó un pez plateado al aire y trató de atraparlo. Como su presa se agitaba, se desvió de la trayectoria previsible y no entró en la boca del oso. Cuando el pez se zambulló en el agua, el oso intentó golpearlo con la zarpa, enfadado.

—Si tenemos suerte, también veremos ciervos y lincees junto al agua antes de llegar a las cataratas del Niágara —le explicó Connor durante la comida del mediodía, que consistió en galletas duras, carne en conserva y judías—. Alégrate de que los lincees prefieran salir de noche, probablemente por eso no te hayas encontrado con ninguno en el bosque. Puede que estos felinos no sean tan grandes como los leones, pero son igual de peligrosos.

—¿Y qué pasa con los salmones? Padre contaba que había visto grandes bancos de salmones en estos ríos.

—Esos solo pueden verse en la época de desove, es decir, entre junio y octubre. Remontan el río San Lorenzo desde el mar hasta sus zonas de desove. De todos modos, algunos de ellos no llegan hasta allí, porque los osos acechan por el camino. Si lo que quieres es ver muchos osos juntos, entonces tienes que recorrer el San Lorenzo durante esa época.

—Me encantaría ver eso.

—Bueno, ya lo organizaremos. Ya te conté que uno de mis hermanos se ha hecho cargo del negocio maderero de mi padre.

—Sí, el que tiene una hija adulta, ¿verdad? —Jaqueline sonrió con picardía.

—Exacto. Seguro que se alegraría de conocerte. Y, además, sabe cuáles son los mejores lugares para ver osos.

—¿No tiene miedo de tantos osos? —preguntó Jaqueline, a quien, con solo recordar los que había visto por separado, se le había puesto de nuevo la piel de gallina.

—¡Mi hermano es tan fuerte como uno de ellos! —Connor se echó a reír—. Y sabe muchísimo de esas criaturas.

A Jaqueline le gustó el cariño con el que Connor hablaba de su hermano.

Entonces se oyó un carraspeo tras ellos.

Al girarse vieron a Bradley McGillion, que mantenía la distancia por educación y que probablemente los había estado observando un rato.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro barbudo, que sin embargo desapareció en cuanto Connor preguntó:

—¿Qué es lo que pasa, McGillion?

—Bueno, no quiero molestar, *sir*, pero los hombres se preguntan si habrá carreras de troncos como siempre.

—¡Claro que las habrá! —respondió Monahan con una sonrisa.

—¿Carreras de troncos? —preguntó Jaqueline, asombrada.

—Es una tradición nuestra —respondió Connor—. El primer día después de zarpar intentamos correr sobre los troncos sin caer al agua.

—¿No es peligroso?

—Desde que amarramos los troncos unos a otros, no tanto, pero de todos modos hay que estar extremadamente atento para no perder el equilibrio. Tampoco hay que subestimar las ranuras entre los troncos. A quien llega al otro lado sin mojarse le doy cinco dólares que puede pulirse en Montreal. ¿Lo he explicado bien, Bradley?

—Aye, *sir* —respondió el capataz—. También les diré a los hombres que deben comportarse ahora que tenemos una *lady* a bordo.

—Por mí no se repriman, *mister* McGillion —intervino Jaqueline con una sonrisa—. No soy de cristal y puedo soportar alguna que otra broma.

—Bien, los hombres se alegrarán de oír eso. ¡Entonces, les dejo a lo suyo!

McGillion se alejó riendo.

—Has hablado como una auténtica mujer maderera —comentó entonces Connor—. Bradley se lo contará a los hombres. ¡Que me parta un rayo si no te has ganado ya los corazones de toda la cuadrilla!

Hace unos meses todavía no habría hablado así, pensó Jaqueline. Es probable que este país ya me haya cambiado mucho.

Al caer la tarde, en las casas flotantes se encendieron pequeñas lámparas que debían indicar el camino a los participantes en la carrera de troncos. En los propios troncos no había luz, lo que aumentaba el desafío. Los corredores solo podían aprovechar la última luz del día.

Aquellos que no participaban hacían apuestas sobre quién caería primero al agua. Al parecer, algunos de ellos llevaban varios años sin fortuna, pero eso no significaba que no pudiera sucederles de nuevo.

—Esta vez tenemos una mujer a bordo —comentó uno de los hombres—. Estoy seguro de que *miss* Jaqueline nos traerá suerte.

—Probablemente no quieran quedar en ridículo delante de ti —le susurró Connor al oído.

Durante los siguientes minutos se produjo un gran alboroto en el lago Erie. Ambas casas flotantes se pusieron a la par y se fondearon de manera que la marea de troncos no siguiera avanzando. Las armadías de carga se colocaron detrás de la alfombra de madera y también echaron el ancla. De esta manera se creó una especie de puente flotante entre las balsas.

Los hombres se alinearon uno tras otro. Comenzaría el equipo de una de las

balsas. Los hombres de la otra balsa los animaban, algunos de ellos también intentaban con sus gritos que los adversarios cometieran alguna imprudencia.

Finalmente, el primero echó a correr. Las voces de sus compañeros lo seguían mientras sus pasos golpeaban la madera.

—Corren sobre la madera hasta la armadía de carga, que flota detrás de los troncos. Cuando todos hayan llegado allí, habrá una segunda carrera. Todos los que regresen secos a su casa flotante recibirán cinco dólares.

Apenas había dicho eso, se oyó un chapoteo. Los hombres prorrumpieron en gritos. Al parecer, uno de los corredores se había resbalado en un tronco.

—Eh, Cody, ¿te apetecía un baño? —gritó McGillion entre risas.

El susodicho maldecía. Pero no le había pasado nada, ya que salió del agua y prosiguió su camino hacia la otra balsa.

Allí sus compañeros lo recibieron con burlas, mientras el siguiente corredor salía. Este había recorrido los troncos hasta la mitad cuando también perdió el equilibrio y cayó al agua. Los hombres vocearon de nuevo.

Jaqueline deseó en secreto ser un hombre o al menos poder participar en aquella diversión a pesar de sus faldas. Pero probablemente acabara en el agua mucho antes que cualquiera de ellos.

Después de que la mayoría de los leñadores completaran la carrera secos y otros tuvieran que darse un baño involuntario, comenzó la segunda ronda. Primero regresaron a sus balsas los hombres que se habían mojado. Algunos volvieron a caer al agua y otros lo lograron esta vez, lo que les enfadó especialmente, puesto que de todos modos habían perdido los cinco dólares.

Los equipos de cada balsa animaban a su propia gente, y, cuando el último subió a bordo de su armadía, estalló un aplauso.

—Y así habéis despertado hasta el último pato —bromeó Connor mientras se disponía a repartir a los vencedores los primeros billetes, que llevaba en el bolsillo enrollados en un fajo.

Cuando a continuación se quitó la chaqueta, Jaqueline tuvo miedo.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —preguntó preocupada.

—¿Por qué no? —respondió Connor mientras le daba su chaqueta al capataz—. Si hago que mis hombres corran sobre la madera por cinco dólares, yo tendré que hacer lo mismo, de lo contrario perdería toda credibilidad.

Antes de que Jaqueline pudiera objetar algo, Connor ya había echado a correr. Acompañado por los gritos de ánimo de sus hombres, saltó sobre la madera que flotaba sobre el oleaje y bajo su peso.

Jaqueline se tapó la boca y contuvo el aliento.

De pronto, Connor se tambaleó. Pareció perder el equilibrio. Ella se quedó sin respiración, asustada, pero entonces vio que lo recuperaba y seguía corriendo. Finalmente desapareció en la oscuridad. Los gritos de ánimo se seguían oyendo, así que Jaqueline supuso que seguía corriendo o que al menos no se había caído al agua.



Cuando se oyó la celebración al otro lado, McGillion se acercó a ella.

—Lo ve, ha llegado sano y salvo. También logrará regresar. Siempre lo consigue.

El capataz tenía razón. Mientras Jaqueline aún temía por Connor, de pronto este dio un gran salto desde la oscuridad hasta la balsa y pudo estrecharlo felizmente entre sus brazos.

—¿Acaso dudabas de mí? —Connor sonreía de oreja a oreja—. Cuando era pequeño ya corría por los troncos, a pesar de que a mi padre nunca le gustó. Mis hermanos y yo nos enfrentábamos en verdaderas competiciones. Ni siquiera mi hermano mayor me ganó nunca.

—Tendrías que haberme contado eso antes, entonces no me habría preocupado.

Connor rio y la besó cariñosamente.

Durante las siguientes horas los hombres celebraron su victoria o ahogaron sus penas. Los madereros se sentaron juntos a la luz de las lámparas y se permitieron una pequeña ración de whisky. Cantaron viejas canciones y uno de los hombres acompañó con su armónica los cánticos, en algunos casos desafinados.

Jaqueline los escuchaba soñadora y oteaba el agua. En la orilla divisó luciérnagas, que parecían flotar hacia ella. La luna se levantaba sobre ellos a través de las nubes y bañaba con su luz plateada las coníferas que rodeaban el lago. La corriente era suave y las armadías se deslizaban tranquilamente.

Después, cuando los hombres daban vueltas roncando en sus catres, Jaqueline y Connor se amaron en el pequeño compartimento que se había separado del resto del espacio expresamente para ellos. Al principio, Jaqueline tenía reparos, ya que temía que los demás pudieran escucharlos. Pero una vez se sumergió en el deseo, olvidó todo lo que la rodeaba. En ese momento solo existían las manos de Connor acariciándola, sus labios y su piel, que se frotaba contra la suya mientras él la penetraba con tanto cuidado como si temiera romperla.

Más tarde, mientras se abandonaban al sueño uno en los brazos del otro, Jaqueline oyó un ruido raro. Los sonidos del lago y de los troncos que surcaban el agua envolvían la balsa. La construcción también crujía y chirriaba. Pero aquel ruido sonaba extraño y amenazador y la inquietó.

—¿Oyes eso? —musitó en la oscuridad.

Connor respondió con un adormilado «mhh» y no hizo amago alguno de abrir los ojos.

Entonces se oyó el ruido de nuevo.

Puede que solo sean imaginaciones mías, pensó Jaqueline, pero entonces un temblor sacudió la balsa.

—¡Connor! —exclamó en voz más alta, y le zarandeó el hombro.

Él se despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede?

—Algo no va bien. —Jaqueline se cerró apresuradamente los botones de la camisa. Había preferido no desnudarse completamente.

Connor escuchó con atención.

—¿Qué es lo que pasa?

—He oído un crujido extraño y he sentido un temblor.

—No es más que la corriente. —Connor quiso atraer a Jaqueline hacia sí de nuevo, pero esta permaneció rígida. Sentía punzadas en el estómago. El temor le había cerrado un nudo en la garganta. Aún recordaba perfectamente la tormenta durante su travesía. Naturalmente esto era diferente, pero ahora también sintió un miedo repentino a morir ahogada.

Entonces otro tirón recorrió la balsa.

Esta vez Connor también se incorporó.

—¿Sigues pensando que se trata de la corriente? —preguntó Jaqueline.

—Iré a ver qué pasa. Para que puedas dormir tranquila.

Connor se levantó del catre y comenzó a dar una vuelta. A primera vista no se veía nada y el ruido tampoco se repitió.

En el lado de estribor se encontró con la guardia nocturna. Ambos hombres se habían tendido en la armadía y miraban la luna, que flotaba entre dos nubecillas iluminadas.

Cuando vieron a su jefe, se levantaron asustados.

—¿Todo en orden por aquí? —preguntó Connor mientras dejaba vagar su mirada sobre los troncos.

—Sí, *sir*, todo bien.

—¿Vosotros también habéis oído los ruidos antes?

—Sí, los hemos oído, pero no era nada —respondió el primer guardia—. Seguro que se ha colado una piedra entre los troncos y después ha salido disparada.

—¿Y el temblor?

—Una ola, nada más, *sir* —respondió el segundo.

Como Connor no estaba seguro de que aquello se pudiera tomar a la ligera, regresó al lado de babor. Allí todo parecía normal. Los cabos que sujetaban los troncos estaban mojados, pero parecían estar intactos. La distancia entre los troncos tampoco había cambiado. Quizá realmente no haya sido más que una ola, se tranquilizó Connor, y regresó con Jaqueline.

Los demás hombres seguían profundamente dormidos, mientras que Jaqueline estaba sentada inquieta en su cama.

—¿Y bien?

—Todo en orden, querida. Los guardias no han visto nada. Probablemente haya sido una ola. —Con estas palabras se tendió de nuevo—. ¡Durmamos! Mañana nos espera mucho trabajo.

Al deslizarse él en la cama y extender las manos hacia ella, Jaqueline se hundió en sus brazos y se apretó contra su pecho. Sin embargo, aún no podía dormir. Seguía

escuchando nerviosa con atención. Olía el agua salobre y oyó el chillido de un águila. Un par de ruidos estridentes que no fue capaz de clasificar se entremezclaban con todo ello. Pero no provenían de la balsa.

Jaqueline cerró los ojos y se dejó llevar al país de los sueños.

Dos días después, la maderada llegó al río Niágara. La cuadrilla se enfrentaba a la tarea de dirigir las armadías y la madera hacia el brazo del río que conducía hacia las cataratas del Niágara. La corriente del río en dirección a la desembocadura aceleraba las balsas y hacía que en ocasiones su trayectoria fuera impredecible.

Jaqueline admiraba el trabajo de los hombres. A pesar de que era duro, en ellos parecía muy sencillo. Ahora se daba cuenta de que las carreras de troncos tenían un sentido más profundo: los hombres debían cruzar una y otra vez los puentes flotantes de troncos con largas varas para mantenerlos alejados de la orilla y dirigirlos hacia el río. Connor no se libraba de esta peligrosa tarea, sino que ayudaba vigorosamente.

Para no interponerse en el camino de los hombres, Jaqueline pasó mucho tiempo anotando sus experiencias y realizando pequeños dibujos. Al hacerlo, pensaba a menudo en su padre. Cuando levantaba la mirada hacia las montañas boscosas, cuyas cimas en ocasiones parecían desaparecer entre las nubes, a veces se preguntaba si quizá la estaba velando desde el cielo.

Por la tarde disfrutó con Connor de la luz dorada sobre el río, que hacía que los árboles relucieran. Durante el crepúsculo vieron algunos ciervos en las orillas; se deslizaban furtivamente del bosque en busca de algo de beber. Los cormoranes se lanzaban atrevidos contra las olas, y de las copas de los árboles les llegaban los graznidos de los arrendajos.

Un inmenso dique de castores asombró a Jaqueline.

—¡Es incluso mayor que el del aserradero!

—Aquí el castor puede reunir el material sin ser molestado. —Connor atrajo a Jaqueline hacia sí—. Allí siempre teme que lo pillen.

—Pero no le hacéis nada al castor.

—Eso él no lo sabe. Probablemente crea que las ramas que le dejamos son fruto de una buena búsqueda. En cualquier caso no se atreve a explayarse como este de aquí.

Hacia el mediodía del día siguiente pasaron junto a unas ruinas que se alzaban a la orilla del río. Jaqueline observó fascinada la imagen, que le recordó un poco a los castillos de Renania. Señaló los muros desmoronados.

—¿Qué había antes allí?

—El fuerte Erie. Una base militar que sirvió a los ingleses como depósito de suministros durante la Guerra de Independencia. Los americanos la ocuparon y fue destruida hace unos sesenta años. Las ruinas siguen allí desde entonces, pero entretanto se ha establecido una ciudad detrás del fuerte.

Poco después Jaqueline escribió sobre todo ello en su cuadernito de notas.

A última hora de la tarde se acercaron a una bifurcación del río, en cuyo centro se alzaba una pequeña isla verde.

—Esa es la isla Strawberry —explicó Connor—. La isla se llama así porque,

observada desde las pendientes de la orilla, tiene forma de fresa. Detrás de ella está la isla Pirates.

—¿Porque en ella se asentaron piratas?

—Puede ser. Nadie sabe exactamente por qué se llama así. Pero quizás hubo aquí piratas fluviales en algún momento.

Jaqueline trató de imaginarse la vida de los piratas fluviales. ¿Asaltarían a los comerciantes de pieles?

Cuando fondearon allí por la noche, comprobó decepcionada que no había ni rastro de piratas. Si en algún momento había habido allí una base, la naturaleza la había reconquistado. El suelo estaba completamente cubierto de epilobios, diferentes tipos de hierba y lupinos, y las píceas de Sitka se elevaban hacia el cielo.

En la isla Strawberry se había establecido una gran colonia de gansos canadienses, cuyos graznidos resonaban más allá del río. Jaqueline lo escuchó con los ojos cerrados y recordó el otoño en Hamburgo, cuando los gansos salvajes sobrevolaban la ciudad. El aroma de la resina de las píceas se mezclaba con los olores del agua y el humo del fuego, sobre el que McGillion calentaba agua para el café.

—Vamos muy bien de tiempo —comentó Connor al volver de la armadía de carga, que había querido revisar.

El café humeaba ya en una gran cafetera. Comerían lo mismo que las demás veces: galletas duras, judías y carne seca. Jaqueline comenzaba a entender por qué los hombres estaban deseando disfrutar de la vida y dejarse mimar en un buen pub al final del viaje, en Montreal.

—Si todo sigue como hasta ahora, llegaremos antes que el vehículo de transporte —comunicó Connor a los hombres cuando se sentaron todos de nuevo junto al fuego.

—Entonces podremos encender una hoguera en la orilla y asar un par de peces —intervino un hombre al que, según recordó Jaqueline, llamaban Cody y había caído al agua durante la carrera de troncos.

—Lo que quieres es atraer a los osos, ¿no? —respondió otro entre las risas de sus compañeros.

—Sabes perfectamente que solo se atraen osos al... —Cody enmudeció en el último momento y miró a Jaqueline, abochornado.

Al fondo se oyeron entonces unas risitas contenidas, mientras el hombre, un tipo de manos macizas y tan alto como la copa de un pino, se sonrojó.

Jaqueline supuso que había estado a punto de decir algo supuestamente obsceno.

—¿A qué se refiere? —preguntó sonriendo—. ¡Puede decirlo abiertamente! No soy una mujer susceptible.

—¡Se refiere a que se puede atraer a los osos meando contra un árbol! —intervino otro hombre que no tenía ningún problema en contarle aquello a una mujer.

—¿Es eso cierto? —preguntó Jaqueline, asombrada.

—Sí, pone a los osos agresivos —explicó McGillion después de lanzar una mirada severa al otro hombre—. Más de un trampero ha pagado cara la necesidad de

aliviarse.

—Bueno, tal y como yo lo veo, algunos osos también se dejan provocar por otras cosas. —Jaqueline miró a Connor. Este le guiñó el ojo con complicidad.

—Suenan como si ya hubiera tenido algún encontronazo con las bestias, *miss*.

—¡Y tanto que sí! Ya me ha perseguido un oso en dos ocasiones.

—No me extraña, ¡una señorita tan guapa! —exclamó Cody, lo que le granjeó un codazo de su vecino.

Jaqueline se echó a reír.

—Seguro que el oso no me perseguía por mi aspecto. Mi padre me contó que los osos se alteran por muchas cosas. Algunos reaccionan al olor de la sangre, otros se ponen furiosos cuando se entra en su terreno y se amenaza a sus crías.

—¡Parece que sabe usted mucho del tema! —comentó Bradley.

—No, no, principalmente conozco las historias de mi padre. Pero ya que estoy aquí, naturalmente me propongo comprobar la mayoría de lo que me contó.

—Será mejor que deje lo de los osos, *miss* Halstenbek. Sería una pena que uno de ellos la atrapara.

—No se preocupe, creo que los osos no son el mayor peligro de este país. No dejaré que me coman.

Connor y ella volvieron a intercambiar miradas elocuentes antes de abalanzarse otra vez sobre su comida.

Después de otro día de viaje, Connor indicó a sus hombres por la tarde que dirigieran las armadías hacia la orilla.

—Dicen que en esta zona hay ciervos bastante grandes —le explicó a McGillion—. Un jugoso filete estaría bien para variar.

Los hombres estaban entusiasmados.

Jaqueline también se alegraba de poder bajar a tierra. Se había habituado sin problemas al balanceo de la balsa, pero estaba contenta de tener tierra firme bajo los pies para variar. Además, tendría la oportunidad de examinar con más detalle las plantas que por lo demás observaba desde el río y de recoger un ejemplar para su herbario.

—¿Qué árboles son esos? —le preguntó a Connor mientras se acercaban al embarcadero. Probablemente en algún momento hubiera habido allí una línea de transbordador, pero ahora ya solo quedaban los restos de una pasarela.

—Son *cucumber trees*<sup>[2]</sup>.

—¿Árboles pepino? —Jaqueline frunció el ceño, incrédula—. ¿Acaso dan pepinos?

—No, pero sus frutos inmaduros son muy similares a ellos. Si quieres, los observaremos desde más cerca.

—¡Claro que quiero!

—Entonces será mejor que lleves papel y lápiz, por si quieres tomar notas.

Jaqueline metió todo lo que necesitaba en una pequeña bolsa de lona. Esperó atenta a que las balsas atracaran.

Llegado el momento, y después de dar unas últimas instrucciones a sus hombres, Connor ayudó a Jaqueline a bajarse de la armadía. Ascendieron la orilla cubierta de hierba, donde vieron las primeras flores rojas de las castillejas.

Jaqueline se agachó y se llevó un par de flores. También recogió ejemplares de los helechos y de otras plantas que desconocía.

—A este paso, nuestra armadía se va a convertir en un barco de investigación —bromeó Connor mientras le tendía el tallo de un lupino azul—. Ten, seguro que este también te viene bien.

Finalmente alcanzaron los árboles floridos de color amarillo. Jaqueline observó las flores fascinada y después agarró una de las ramas. Por el momento nada indicaba que hubiera allí un fruto con forma de pepino.

—Los *cucumber trees* pertenecen a la familia de las magnolias —explicó Connor—. Un botánico me lo dijo una vez.

—Qué raro que mi padre nunca hablara de ellos. O puede que yo lo olvidara con el tiempo. —Jaqueline extendió la mano cuidadosamente hacia las flores. Se oyó un zumbido y un abejorro salió del cáliz de la flor.

—Oh, parece que alguien tenía hambre —bromeó Connor—. ¿No quieres dibujar la flor? Estoy segura de que enriquecería tus notas.

—Me falta un apoyo para dibujar.

Connor se agachó.

—¡Utiliza mi espalda!

—¿Aguantarás tanto tiempo?

—¡Por ti lo aguanto todo, mi amor!

Jaqueline sacó una hoja de papel y aceptó el ofrecimiento. Constató satisfecha que no había perdido el talento para dibujar que había heredado de su padre.

—Ya puedes incorporarte, ya lo tengo. —Jaqueline desprendió una pequeña rama y la metió con las demás plantas en su bolsa de lona.

—Bien, entonces quiero mostrarte otra cosa. —Connor tomó su mano y la llevó consigo.

—¿Adónde me llevas ahora? —Jaqueline trató de guardar su dibujo mientras caminaba.

—¡Espera y verás! Estoy seguro de que te gustará.

Caminaron un rato campo a través. En el margen del camino Jaqueline vio lupinos árticos y las alargadas flores amarillas de las varas de oro canadienses.

—Por cierto, a esto de aquí lo llamamos *horsetweed*<sup>[3]</sup>. —Connor señaló una planta de tallo largo con hojas dispuestas en forma de estrella y flores amarillas.

—¿Porque les gusta a los caballos?

—Así es. Crece prácticamente en todas las praderas y se extiende a gran

velocidad. Puede utilizarse para elaborar preparados o mantequilla de hierbas. Savannah, la cocinera de los Bonville, confía ciegamente en ella.

Connor enmudeció. Jaqueline se dio cuenta de que pensaba en Marion.

¿Será que en realidad se arrepiente de haber anulado su compromiso?, se preguntó temerosa. Pero, antes de que pudiera ahondar en la idea, Connor exclamó:

—¡Ahí está!

Tres rocas sobresalían de la hierba. A primera vista no tenían nada de especial, pero al acercarse Jaqueline distinguió pequeñas muescas. Estas mostraban estilizadas figuras de soles, hombres y aves.

Su padre había documentado innumerables imágenes en la roca como aquellas calcándolas y le había hablado de ellas, pero no había encontrado ninguna cerca de las cataratas del Niágara.

Jaqueline sintió una gran excitación y alegría. ¡Ah, si pudiera enseñarle estas imágenes!

Sacó rápidamente una hoja de papel.

—¿De quién son estos dibujos y qué significan? —preguntó mientras recorría cuidadosamente las muescas con el dedo.

—De los iroqueses. Supongo que son hombres que veneran a un dios del sol. Como los franceses mataron a muchos nativos, gran parte de los conocimientos sobre su culto se han perdido. Pero los testimonios sobre la roca han sobrevivido.

Jaqueline colocó la hoja encima con cuidado y comenzó a repasar los motivos. Estaba tan concentrada que ni siquiera se dio cuenta de que Connor la observaba fascinado.

—En Toronto quizás encontremos a alguien que nos explique lo que significan.

—¿Viven iroqueses allí?

—Sí, algunos. Han dejado la vida en la naturaleza y trabajan como curanderos o llevan negocios. Los tiempos han cambiado mucho desde la llegada del primer *voyageur*.

—Mi padre siempre lamentó eso —comentó Jaqueline mientras colocaba la segunda hoja—. Él opinaba que fueron los comerciantes de pieles quienes arrebataron la libertad al país.

—Y probablemente tenía razón. La vida en las ciudades cada vez es más parecida a la de las metrópolis europeas. A pesar de todo, aquí la naturaleza sigue conservando muchas zonas vírgenes.

—Me encantaría recorrerlas algún día.

Connor sonrió.

—A mí también. Algún día lo haremos, te lo prometo.

Cuando Jaqueline hubo calcado todos los motivos, emprendieron el camino de vuelta.

La vista del río le pareció verdaderamente pintoresca. Serpenteaba entre las pendientes escarpadas como una cinta de seda verde azulada. Una bandada de pájaros



lo sobrevolaba.

—¡Podría sentarme aquí y mirar el agua todo el día! —exclamó entusiasmada.

—Podremos hacerlo una vez que hayamos vendido la madera. —Connor le apartó suavemente un mechón de pelo de la cara—. Esperemos que el dios del tiempo esté de nuestro lado. Aquí a veces nieva incluso a finales de la primavera.

—Le rezaré para que nos sea propicio.

Jaqueline se inclinó para besarlo, ¡y entonces de repente se oyó un disparo! Dio un salto hacia delante y se aferró a Connor.

—¿Qué ha sido eso?

—¡No te preocupes! Supongo que la cena ha caído víctima de las escopetas de nuestros hombres —explicó sonriendo—. Siento que te hayan asustado. —Con estas palabras la rodeó con sus brazos y la besó.

El delicioso aroma a asado impregnaba el aire de la noche. Los hombres de Monahan habían abatido un ciervo y lo habían preparado sobre el fuego. Jaqueline nunca había probado una carne tan tierna.

—¡Si me lo permite, *sir*, me llevaré la piel! —le gritó McGillion a Connor—. Mi mujer lleva semanas quejándoseme de que las polillas se han comido nuestra piel de oso.

—¡Entonces haga feliz a su mujer! —respondió Connor y brindaron con whisky, que hoy se servía excepcionalmente.

—Y para darle las gracias, ella también le hará feliz a él —graznó uno de los hombres, y los demás prorrumpieron en carcajadas.

—¡Eh, cierra el pico, Frank! —gritó McGillion, ofendido, pero él mismo se echó a reír también.

Jaqueline contemplaba la hoguera ensimismada. Tan lejos de todo, junto al hombre al que amaba, y entre personas que la respetaban, se sentía sencillamente a gusto. A pesar de que las conversaciones de los hombres le hicieran sonrojarse de vez en cuando, eran más honestas que todo lo que se decía en las reuniones de sociedad, y eso le gustaba.

Aquella noche levantaron tiendas de campaña en la orilla para dormir.

Jaqueline escuchaba cansada los sonidos del río. Las llamadas de los pájaros y los aullidos de los zorros acompañaban el murmullo del agua.

De pronto, algo hizo ruido delante de la tienda de campaña.

Jaqueline se incorporó asustada y oteó fuera de la lona.

—¿Qué sucede? —preguntó Connor, adormilado, mientras se incorporaba también.

—Hay alguien rondando por aquí. —Jaqueline miró hacia la hoguera.

—Puede que alguno de los hombres haya ido a aliviarse. —Connor se colocó junto a ella y miró también hacia fuera.

Entonces se oyó el ruido de nuevo. Después un gemido.

—Oh, creo que tenemos visita. —Connor se deslizó fuera de la tienda de campaña.

El gemido aún se oía. Jaqueline lo siguió curiosa y se dio cuenta de que había una cazuela volcada junto al embarcadero. Algo parecía haberse quedado atrapado dentro.

Connor le dio a entender que se quedara quieta. Entonces se agachó lentamente. Cuando levantó la cazuela, apareció un animal alargado, de pelaje espeso y suave. Corrió hacia el río asustado.

—¿Qué era eso? —Jaqueline se llevó la mano al pecho, sorprendida.

—Una nutria. Son frecuentes aquí. No se conforman con pescado si pueden conseguir alguna otra cosa.

—¿Y se acercan a las personas tan fácilmente?

—Las nutrias son muy curiosas. De todos modos, esta no parece haber tenido aún ninguna mala experiencia con los seres humanos.

Jaqueline miró en la dirección por la que se había marchado la nutria. Pero ya había desaparecido. En cambio, le pareció ver movimiento en la otra orilla. ¿Sería un ciervo? ¿O un oso?

—¡Volvamos dentro! —Connor rodeó los hombros de Jaqueline con un brazo y la atrajo suavemente hacia sí.

Jaqueline echó otro vistazo hacia el río, pero el movimiento había desaparecido. Tuvo un mal presentimiento, pero junto a Connor se sentía protegida y enseguida se durmió de nuevo.

A Warwick no le había resultado difícil distinguir las armadías al otro lado del río. Apenas podía creer que Monahan se tomara tiempo para un descanso en tierra. Él, por su parte, había espoleado a su caballo sin compasión durante los últimos días y solo se había permitido las pausas estrictamente necesarias. Le dolían los huesos, pero el esfuerzo había valido la pena. Solo le disgustaba que su plan todavía no hubiera surtido efecto.

Quizá debería sumergirme bajo la balsa otra vez y cortar más la cuerda, reflexionó. Es evidente que los primeros cortes no han sido lo bastante profundos.

Sin embargo, decidió no hacerlo. Seguro que Monahan había dispuesto guardias y el riesgo de ser sorprendido era sencillamente demasiado grande.

Como había recuperado la ventaja de las armadías, Warwick decidió darse un descanso a sí mismo y a su montura e instalar un campamento hasta el amanecer.

Dio de comer a su caballo, desenrolló el saco de dormir y se dispuso a descansar.

A la mañana siguiente, las armadías zarparon de nuevo. Después de dejarse llevar plácidamente durante un rato, la velocidad de la corriente del río aumentó considerablemente.

—Nos acercamos a las cataratas —explicó Connor—. Allí el río fluye más veloz. Si quieres saltar al río para bañarte, hazlo ahora, ya que más adelante ya no será posible hacerlo sin peligro.

—No creo sentir la necesidad de saltar desnuda al río bajo la mirada de tus hombres —respondió Jaqueline riendo, y se inclinó de nuevo sobre su herbario. Allí no podía secar las plantas tan bien como en la cabaña del bosque, pero por ahora bastaría.

Hacia el mediodía la marcha se aceleró. Los objetos de la cabaña se movían sin control de vez en cuando, y Jaqueline se vio obligada a sustituir la pluma y la tinta por un lápiz. En las pausas de trabajo lo dejaba en su regazo para que no rodara por la mesa.

—¿Cuánto queda hasta las cataratas del Niágara? —le preguntó Jaqueline a Connor cuando este regresó a la cabaña para servirse una taza de café.

—Calculo que aún tardaremos uno o dos días. Vamos muy bien de tiempo.

—¿Y qué pasará entonces? No dejarás que los troncos caigan por la catarata, ¿verdad?

—¡Claro que no! Los llevaremos a tierra, al igual que las balsas, y los cargaremos en carros que los transportarán a la zona baja de las cataratas. Eso nos llevará de uno a dos días. Entonces montaremos otra vez las armadías y pondremos la madera de nuevo en el agua. ¡Mira aquí!

Connor desenrolló un mapa que mostraba los Grandes Lagos y Quebec. Señaló las cataratas del Niágara y después siguió con el dedo.

—Seguiremos por el lago Ontario hasta Toronto para cargar más provisiones. Entonces continuaremos hasta Kingston, donde nos dirigiremos hacia el río San Lorenzo.

La nostalgia se apoderó de Jaqueline al ver el mapa, que le recordó a su padre, a pesar de que aquella representación gráfica estaba lejos de ser tan elaborada como su cartografía. Este viaje le habría gustado mucho, pensó con tristeza.

Aquella noche Jaqueline durmió intranquila. Puesto que el río Niágara tenía varios meandros en su tramo más ancho, era necesario que hubiera más hombres haciendo guardia que las noches anteriores. Impresionada por la belleza del río nocturno, cuyas corrientes relucían a la luz de la luna, se levantó de su camastro y se sentó delante de la cabaña de la balsa para contemplar el paisaje junto al que pasaban.

Debería pedirle a Connor que hiciera un viaje en barca solo conmigo, pensó mientras cerraba los ojos y aspiraba los aromas que la rodeaban. Se imaginó lo maravilloso que sería estar tumbada a su lado y mirar las estrellas sobre el río, sin

tener que preocuparse por que alguno de sus hombres los estuviera observando.

Después de un rato, Connor se unió a ella. Él también parecía sentir una extraña inquietud.

—La proximidad de la catarata os pone nerviosos, ¿verdad? —preguntó Jaqueline mientras se acurrucaba en sus brazos.

—Es el momento más excitante de la maderada. Presta atención, ¡puede que después el resto te resulte aburrido!

—No lo creo.

De pronto, un fuerte tirón recorrió la balsa. Se oyeron gritos, seguidos de un chapoteo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jaqueline, temerosa.

—¡Hombre al agua! —vociferó alguien.

Connor se levantó de un salto y corrió hasta la parte delantera de la armadía. Lo que vio allí hizo que se le helara la sangre en las venas.

—¡La cuerda! —gritó asustado—. ¡Vamos, todos los hombres a la otra balsa! —ordenó—. ¡Tú también, Jaqueline!

Ella miró a Connor horrorizada y corrió a la cabaña.

Más temblores sacudieron la armadía. Jaqueline tuvo un terrible presentimiento mientras metía en la bolsa de lona su herbario y el cuaderno de notas. El miedo se apoderó de ella cuando oyó a Connor gritar desde fuera:

—¡La balsa se está desarmando! ¡Jaqueline, sal inmediatamente de la cabaña!

Cuando se precipitó hacia fuera, vio que las uniones entre algunos troncos se estaban soltando. Los maderos comenzaban a rodar en el agua y arrastraban a otros consigo, de manera que la balsa se estaba deshaciendo.

—¡Corre al otro lado! —le indicó Connor desde la lejanía. Jaqueline obedeció. Se apresuró con la bolsa al hombro.

—¡Nosotros la llevaremos al otro lado, *miss*! —Dos leñadores la agarraron de los brazos.

—¡Cuando diga «ya», salte! —le ordenó el hombre a su derecha.

Jaqueline, dominada por el miedo, solo acertó a asentir.

La arrastraron al borde de la balsa, que se tambaleaba.

—¡Ya!

Mientras Jaqueline gritaba, llegaron a la alfombra de troncos de un gran salto. El agua le mojó los zapatos y las orillas de la falda, pero los hombres siguieron arrastrándola. El baile de los troncos la aterrorizaba. El corazón de Jaqueline latía a gran velocidad, pero su cuerpo reaccionaba instintivamente a los movimientos de sus acompañantes, de manera que llegaron a la otra balsa sanos y salvos, donde Cody y otro par de hombres recibieron a Jaqueline.

—¿Qué está pasando? —quisieron saber, pero Jaqueline únicamente era capaz de señalar impotente la balsa que tenían ante ellos.

—Las cuerdas no aguantan —explicó uno de sus acompañantes mientras cada vez

más hombres de la primera balsa se unían a ellos—. Se han soltado, la balsa se está desarmando.

—¡Mierda! —Cody se disponía a correr hacia el lugar del accidente, pero sus compañeros lo detuvieron.

—Cuantos menos hombres haya allí, mejor.

Tuvieron que observar cómo la armadía se desmoronaba ante ellos sin poder hacer nada. La cabaña se desplomó con un crujido estremecedor, los tablones y los troncos rodaron unos sobre otros con gran estrépito, se cruzaron, cayeron al agua y la corriente se los llevó. Los hombres que se habían quedado en la balsa luchaban desesperados por mantenerlo todo unido, a pesar de que el suelo bajo sus pies amenazaba con irse a la deriva en cualquier momento.

Jaqueline temblaba de miedo. A pesar del frío, tenía un calor insoportable. Juntó las manos, temerosa. ¡Dios mío, haz que llegue aquí sano y salvo! ¡Por favor, cuida de él!, suplicó en silencio.

Era consciente de que Dios no siempre había estado atento a sus plegarias, especialmente en los últimos tiempos. Pero, después de todo lo que había vivido, alguna vez tenía que estar de su parte.

Al menos esta vez.

Connor intentó que su espanto no se notara mientras agarraba las cuerdas para rodear los troncos con ellas. Su corazón estaba acelerado y los dientes le castañeteaban por la tensión.

¡Sabotaje!, le decía la razón. Solo puede haber sido un sabotaje. Pero, ¿quién habría hecho algo así? Puesto que confiaba plenamente en sus hombres, solo podía tratarse de una persona:

¡Warwick!

Esta idea hizo que intensificara sus esfuerzos.

¡Ese tipo no puede salir vencedor!, pensó. ¡Aún tengo que castigarlo por todo lo que le hizo a Jaqueline!

Acababa de asegurar un tablón en peligro cuando un tronco salió disparado del agua.

—¡Cuidado, *mister* Monahan! —gritó el hombre que tenía al lado.

Pero el aviso llegó demasiado tarde.

El madero golpeó a Connor en la cabeza y lo catapultó al agua. Se dispuso a nadar de vuelta a la armadía cuando todo se volvió negro y los ruidos enmudecieron.

—¡Hombre al agua!

Algunos hombres intrépidos ya corrían sobre los troncos hacia la balsa siniestrada.

—¡Vamos, coged una cuerda! ¡Tenemos que sacar al jefe del agua!

Jaqueline tenía el corazón en un puño y jadeaba asustada.

—¿Qué ha pasado?

Los hombres se pasaron la cuerda entre ellos.

—El jefe se ha caído al agua.

Jaqueline se llevó la mano a la barriga. El miedo le punzaba en las entrañas como un cuchillo. Sollozando con impotencia, observó cómo un hombre tras otro saltaban al agua atados con cuerdas.

¿A qué distancia estarían las cataratas del Niágara?

La patrulla de búsqueda avanzó nadando y después se sumergió.

¿Se habrá hundido?, se preguntó Jaqueline con miedo.

Cuando los hombres salieron a la superficie, sintió una chispa de esperanza. Pero esta se apagó enseguida cuando los nadadores hicieron un gesto negativo con la mano, cogieron aire y se sumergieron de nuevo en las profundidades.

Jaqueline se desplomó sobre el suelo, porque las piernas ya no la sostenían. Rezó en silencio y rogó por la vida de Connor. A cada grito que oía recuperaba la esperanza de que lo hubieran encontrado. Pero la búsqueda continuaba.

Después de que pasaran algunos angustiosos minutos, el capataz se acercó a ella. Los dientes le castañeteaban de forma audible, ya que el agua del río estaba helada. Su ropa chorreaba. Pero no era lo único que le preocupaba.

—Deberíamos atracar y proseguir la búsqueda desde la orilla. —Su voz sonaba angustiada.

—¿Hay alguna probabilidad de éxito, sabiendo lo rápido que fluye aquí el río?

—Es posible que *mister* Monahan haya quedado atrapado bajo los troncos. O que se haya hundido. Será más sencillo y menos peligroso buscar desde la orilla.

Los ojos de Jaqueline se llenaron de lágrimas. La tristeza le hizo un nudo en la garganta. No se atrevía a expresar la terrible idea que ardía en su interior.

—Haremos todo lo posible por encontrarlo —prosiguió McGillion—. A estas temperaturas es posible que un hombre aguante más tiempo bajo el agua. Un médico me dijo una vez que el frío ralentiza la respiración y conserva el cuerpo. Puede que incluso haya logrado aferrarse a un tronco.

A un tronco que se dirige a toda velocidad hacia las cataratas con él, pensó Jaqueline, pero se guardó el pensamiento para sí misma.

—¡Bien, entonces echen el ancla! —Jaqueline luchaba contra las lágrimas—. ¡Hagamos todo lo posible para encontrarlo!

Cuando McGillion se giró para dar la orden de fondear, dio rienda suelta a sus lágrimas.

Mientras algunos hombres amarraban a la orilla la madera y las armadías, o lo que quedaba de ellas, la mayor parte de la cuadrilla buscaba febrilmente a Connor. Jaqueline también participaba. Caminaba por el lodo, escudriñaba la maleza, miraba bajo cada helecho y sobre todo hacia el río, una y otra vez. No podía hacer mucho,

pero no quería sentarse y observar sin hacer nada.

Quizás haya conseguido realmente agarrarse a algo. Quizás haya sido arrastrado a la orilla en algún lugar río abajo. Quizá... Quizá... Incontables posibilidades se arremolinaba en la cabeza de Jaqueline, ya que no quería abandonar la esperanza. Se aferraba a las opciones en busca de consuelo como alguien que se estuviera ahogando. Sin embargo ya había aparecido una voz que no lograba acallar. Preguntaba tenaz: ¿Y qué será de ti ahora? Junto a Connor no tenías nada que temer, pero ahora vuelves a estar sola...

¡Tonterías!, se reprendió. Estos hombres son gente decente. Y McGillion nunca permitiría que te pasara nada. Además, tienes manos, rodillas y dientes para defenderte.

Contuvo el aliento sorprendida al percibir un movimiento por el rabillo del ojo.

¡Connor!, pensó cuando vio la figura acercarse a ella.

Pero entonces reconoció a Cody. Cerró los ojos con un sollozo, pero empujó rápidamente la desesperación a un lado.

—¿Han encontrado algo? —le preguntó, pero él negó con la cabeza en silencio.

Al caer la noche, los hombres encendieron antorchas y prosiguieron la búsqueda. Para que Connor pudiera orientarse en caso de que hubiera logrado llegar a la orilla, Jaqueline pidió a algunos de ellos que encendieran una gran hoguera. Además, los hombres debían calentarse y secar su ropa después de haber nadado en aquellas corrientes tan frías.

Como Jaqueline no era de mucha ayuda en la búsqueda y necesitaba distraerse, preparó café y calentó judías para los leñadores agotados que necesitaran descansar. Jaqueline los atosigó con preguntas; quería saber qué habían observado exactamente. Por desgracia, ninguno de ellos había visto ni rastro de Connor.

Al amanecer, la última tropa de búsqueda todavía no había regresado. Y a cada hora que pasaba sin encontrar a Connor, el grupo iba perdiendo la esperanza.

—Si no ha conseguido salir del agua, esperemos que al menos no haya caído vivo por las cataratas —musitó McGillion, suponiendo que Jaqueline no lo oiría.

Sin embargo, sus sentidos estaban tan alerta que oía cada susurro y las palabras la golpearon con fuerza. Se agarró a la amarra de la balsa y trató de recuperar la calma. No, no está muerto, se convenció. Seguro que ha logrado llegar a tierra. Si estuviera muerto mi corazón lo sabría. Y me dice que sigue vivo.

Pero las miradas de los hombres decían lo contrario y Jaqueline ya no podía soportarlas. Se retiró a la cabaña de la balsa, donde se acurrucó llorando sobre un camastro.

Quizá todo hubiera sido diferente si me hubiera quedado en Hamburgo, pensó, llena de reproches. Aunque entonces no habría conocido ni amado a Connor...

El regreso de la última tropa interrumpió sus cavilaciones.

Jaqueline se levantó de un salto y salió corriendo. Al ver los rostros decepcionados y agotados de los hombres congelados, supo que otra esperanza había

muerto. Pero no podía dejarse llevar. Se secó las lágrimas y condujo a los hombres hacia el fuego en silencio, les trajo mantas y volvió a calentar las judías y el café.

—Deberíamos dormir un par de horas —propuso cuando todos estuvieron servidos—. Tenemos que recuperar las fuerzas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Bradley McGillion—. ¿Qué pasará con la madera?

¿Por qué me lo pregunta precisamente a mí?, pensó Jaqueline, y lo miró con los ojos enrojecidos por las lágrimas. El dolor en su pecho era tan insoportable que le habría gustado despedir al capataz.

—¿Es que *mister* Monahan no dio instrucciones en caso de que...?

Se interrumpió. ¡No, no diría en voz alta que lo había perdido!

—Nunca lo pensó —explicó McGillion.

Jaqueline suspiró.

—Tenemos que seguir descendiendo a toda costa. Si ha logrado llegar hasta la orilla, esperará que pasemos con la madera. Además, usted y los demás hombres no recibirán su salario si la madera no se vende.

McGillion asintió en señal de aprobación.

—*Aye, miss*, entonces, en tres horas nos prepararemos para zarpar. Si *mister* Monahan sigue vivo, lo encontraremos.

Jaqueline bajó la cabeza; su corazón estaba a punto de desgarrarse. Entrecerró los ojos, pero las lágrimas le rodaron por las mejillas de todos modos.

McGillion la miró turbado.

—Lo siento mucho, de veras.

—Lo sé.

—Si necesita hablar o cualquier otra cosa, ¡avíseme enseguida! Haré lo que esté en mi mano.

—Es muy amable por su parte.

El capataz asintió y se alejó.

Jaqueline lo retuvo.

—¡*Mister* McGillion!

—¿Sí, *ma'am*?

—Usted habría tomado la misma decisión, ¿verdad?

—Naturalmente —respondió el capataz. En sus ojos también brillaban las lágrimas—. Odio tener que decirlo. Pero, si no aparece, tendremos que hacer algo. Si nadie se hace cargo del aserradero, los hombres perderán su trabajo. Con el dinero que ganen con esto, al menos podrán salir adelante durante un tiempo.

—¿Y si hubiera propuesto algo diferente?

McGillion esbozó una sonrisa.

—Entonces probablemente habría intentado hacerle cambiar de opinión. Pero es usted una mujer sensata, *miss* Jaqueline. *Mister* Monahan puede estar contento de tenerla a su lado. —Con estas palabras se giró y regresó con los hombres.



Jaqueline permaneció un rato en la parte delantera de la armadía y observó la cinta verde azulada del río. Sus lágrimas no se agotaban. ¡Oh, Connor, no te he traído más que desgracias!, pensó sollozando. ¿Cómo voy a seguir con mi vida si tú ya no estás?

Veinticuatro horas después llegaron al punto de desembarco en la margen izquierda del río. Jaqueline había pasado toda la noche llorando tras una manta que los hombres habían colgado a modo de cortina provisional por educación, hasta que por fin había caído dormida hacia la mañana.

Se había despertado con el firme propósito de continuar y no abandonar la esperanza de ninguna manera. Mientras no se encontrara ningún cadáver, Connor podía seguir vivo.

Los conductores de los carros, que ya esperaban a los madereros, se sorprendieron por la ausencia de Connor.

Bradley McGillion les explicó la situación.

Los otros se santiguaron rápidamente.

Entre los hombres reinaba el abatimiento, pero todos sabían que el bienestar de sus familias dependía de la madera. Como debían seguir con el plan, comenzaron a sacar la madera del agua y a cargarla bajo las órdenes de su capataz.

Mientras tanto, Jaqueline paseaba por la orilla. Involuntariamente buscaba con la mirada cosas que el agua hubiera arrastrado a tierra. A pesar de que temía encontrar el cadáver de Connor, no era capaz de apartar la mirada del terraplén. El murmullo del río la envolvía como el susurro del mil voces. Se oyó el grito de un águila sobre ella. Un par de patos asustados caminaban en la hierba.

Jaqueline no pudo evitar recordar la excursión de los *cucumber trees*. Ah, Connor, ¡qué contentos y despreocupados estábamos aquel día!, pensó. Las lágrimas le nublaron la mirada. ¡No puedes dejarme sola! ¿Qué será de mí entonces? Quizá sea mejor que me quede en Montreal. Si regreso, de todos modos, los únicos que me esperarán allí serán Warwick y una furiosa Marion Bonville.

Warwick. De pronto Jaqueline tuvo una terrible sospecha. Comenzó a temblar. La idea la indignó tanto que se sintió mareada: Quizá Warwick había saboteado la balsa. Si estaba en la ciudad y sabía...

—¡Miss Halstenbek!

Jaqueline se estremeció y se volvió. Cody se precipitaba hacia ella a través de la maleza. ¿Qué debía haber sucedido?

—Miss Halstenbek, no debería caminar tan cerca de la orilla —le advirtió el leñador—. Podría quedarse atrapada en el lodo o caer al río. *Mister Monahan* no querría que le pasara nada.

La candidez con la que la miraba aquel hombre hizo que los ojos de Jaqueline se llenaran de lágrimas.

—¿Qué sucede? —Se secó apresuradamente la cara.

Cody negó con la cabeza.

—Nada. Es solo que *mister* McGillion se ha dado cuenta de que de pronto usted ya no estaba. Así que me he puesto a buscarla inmediatamente. Podría haberle pasado algo a usted también.

—Muy atento por su parte. ¿Cuánto les queda a los hombres para terminar de cargar los troncos? —preguntó, ya que no se sentía a gusto bajo la mirada escrutadora de Cody.

—La mayor parte ya está en el carro. Los chicos se están dando prisa, ya que tardaremos un buen rato en bajar al lago.

—Bien, entonces será mejor que regresemos antes de que *mister* McGillion envíe una tropa de búsqueda.

En la zona de carga se estaban subiendo ya los últimos troncos pesados con la grúa portátil a los vehículos. Tampoco quedaba nada de la última casa flotante, ya que los hombres la habían desmantelado.

Cuando McGillion la vio, suspiró aliviado.

—*Miss* Jaqueline, ¿está usted bien? Ya pensábamos que le había sucedido algo.

¡Por eso debía cuidarme Cody!, pensó Jaqueline. McGillion es un hombre realmente prudente.

—¡No se preocupe! ¡Gracias, *mister* McGillion! —respondió.

—Hemos terminado —informó el capataz—. Podemos partir en dirección al lago Ontario. A no ser que quiera que pasemos la noche aquí.

—No, deberíamos salir lo antes posible —declaró Jaqueline con decisión—. Si *mister* Monahan sigue vivo, quizá nos estará esperando en el lago Ontario.

La caravana avanzaba lentamente, ya que la luz de las antorchas era insuficiente para alumbrar el camino. Además, los conductores debían tener cuidado de no dar bandazos y que los troncos no se movieran, lo que en el peor de los casos podía provocar que los carros volcaran.

Jaqueline estaba en cuclillas con los hombres sobre la carga y oteaba la noche. Las nubes habían desaparecido poco después de la puesta de sol y ahora miles de estrellas brillaban sobre ellos.

¡Ah, ojalá pudiera disfrutar de esta vista contigo, Connor!, pensó Jaqueline con tristeza.

—Échese un rato, *miss* Jaqueline —le aconsejó Bradley McGillion, que había estado sentado en silencio junto a ella todo el tiempo—. Debería descansar un poco.

—No estoy cansada —respondió, a pesar de que los huesos le pesaban como si fueran de plomo.

McGillion la miraba como si quisiera reprenderla. Pero no dijo nada.

—¿Siempre lo han hecho así? —Jaqueline interrumpió el angustioso silencio—. Quiero decir, ¿siempre han bajado hasta el lago así, sobre los troncos?

—¡Por supuesto! No hay mejor manera de hacerlo. Cuando *mister* Monahan recibió los primeros encargos desde más lejos, se enfrentó al problema de hacer llegar los troncos más allá de las cataratas. El ferrocarril no es especialmente apropiado, y, además, es demasiado caro.

—Eso mismo me dijo a mí.

—Así que hizo construir una grúa que se guarda aquí cerca en un granero. Y siempre que necesita los carros para el transporte, envía un telegrama a sus hombres en St. Catharines. Como puede ver, son de total confianza.

Realmente lo son, todos ellos, pensó Jaqueline. Connor debería pagarles como reyes cuando llegemos a Montreal. Jaqueline cerró los ojos y trató de luchar contra las lágrimas.

A McGillion esto no se le escapó.

—Dormir sobre los troncos es una cuestión de costumbre, claro —explicó suavemente—. Pero verá que uno se habitúa a ello. ¡Pruébalo!

Jaqueline se dejó caer agotada sobre un montón de mantas que había detrás de ella, con las que se había acolchado la ranura entre dos troncos contiguos. Tuvo que reconocer que aquel lecho improvisado no era tan incómodo como se había temido. Levantó la mirada hacia las estrellas, y, mientras se preguntaba si Connor estaría allí arriba, el agotamiento le sobrevino y la sumió en las profundidades del sueño.

A la mañana siguiente, Jaqueline se sentía sorprendentemente descansada, a pesar de que su espalda estaba algo rígida. Mientras el sol se alzaba paulatinamente tras los

árboles, observó como los hombres se despertaban poco a poco. Al parecer habían dormido todos en el carro excepto los cocheros.

Después de parar para tomar un desayuno frugal, hacia el mediodía llegaron a las cataratas del Niágara.

Jaqueline estaba tan fascinada que se quedó sin aliento al ver las masas de agua que se precipitaban sobre los cantos de las rocas con forma de herradura. Sobre la hondonada en la que se derramaban, flotaba una densa niebla que atrapaba los rayos de sol. Un arco iris se dibujaba sobre el pozo en el que se vertían las aguas.

A pesar de que Jaqueline se encontraba a gran distancia, sentía gotitas de agua en el rostro. El ruido de las estruendosas aguas era ensordecedor.

¿Puede una persona sobrevivir a esta corriente?, se preguntó mientras oteaba las profundidades. ¿Será posible que el agua, que parece tan apacible, destroce a una persona o se la lleve consigo?

—Esa es la catarata Horseshoe —explicó Bradley McGillion—. Una vista impresionante, ¿verdad? —Él también contemplaba hechizado aquella maravilla de la naturaleza. Tenía que gritar para que Jaqueline lo oyera por encima del estruendo—. ¿Puede imaginar que una y otra vez se lanzan por ella hombres en barriles?

Jaqueline lo miró atónita.

—¿De verdad?

—Sí, existen personas así de chifladas. Están convencidas de que, si utilizan un buen barril, sobrevivirán a la caída. Aunque hasta ahora no se tiene noticia de que haya sobrevivido nadie a tal aventura.

Tardaron un día más en llegar por fin a la tranquila orilla del lago Ontario con los carros. Jaqueline intentó que nadie percibiera su creciente desesperación al no ver allí tampoco a Connor por ningún lado. Se giró y contempló una vez más las cataratas del Niágara, que desde esa distancia no resultaban tan amenazadoras.

En aquella zona llana de la ribera del lago debían descargar de nuevo la madera y volver a armar las balsas.

Jaqueline quería aprovechar el tiempo para tomar notas. En el trayecto hasta allí, balanceándose de un lado a otro sobre una pila de madera, había decidido que continuaría con el diario de viaje, ya que Connor la habría animado a hacerlo.

—¿Cómo dejaremos los troncos de nuevo en el agua? No veo grúas por ningún lado —le preguntó a McGillion mientras los hombres se ocupaban de los carros.

—Enseguida lo verá. Apártese un poco, en cualquier momento se armará un gran revuelo.

Apenas la había apartado de en medio cuando los hombres se gritaron una orden, abrieron las puertas laterales de los carros y se alejaron con un salto ágil.

La carga cayó rodando con gran estrépito. El suelo vibraba bajo los golpes de los pesados troncos y el olor a resina y tierra inundó la nariz de Jaqueline. Algunos

troncos rodaron hasta aguas poco profundas.

Cuando todos los carros se hubieron descargado de la misma manera, los hombres reunieron los componentes para construir la casa flotante.

Jaqueline se sentó en uno de los troncos, abrió su cuaderno de notas y comenzó a esbozar el montaje de la balsa. Poco a poco tomaba forma ante sus ojos. Primero se unió la base con fuertes cabos, después se encajaron los tablones para las paredes laterales. Finalmente se colocó el tejado, que otra parte del grupo había montado entretanto. Los hombres trabajaban más rápido de lo que Jaqueline podía dibujar, pero se propuso repasar los esbozos más tarde.

—Miss Jaqueline, ya podemos continuar. —McGillion se acercó a ella—. Le hemos construido incluso una separación mejor.

—Gracias, es muy amable por su parte.

McGillion sonrió cuando su mirada recayó sobre los dibujos.

—Si lo desea, puedo apuntarle cómo funciona la construcción de la cabaña.

—¿De verdad lo haría?

—¡Sería un placer!

Jaqueline se apartó un poco y le ofreció asiento a su lado al capataz.

—Mi caligrafía no es especialmente bonita, pero escribo las cosas tal y como son —explicó cuando ella abrió una página nueva de su cuaderno y le tendió el lápiz.

A Jaqueline le conmovió ver como sus toscas manos intentaban escribir con buena letra. Sus explicaciones, en la medida en que Jaqueline podía juzgarlas, eran tan fundadas e interesantes, que por un momento olvidó su tristeza.

Cuando terminó, le devolvió el cuaderno abierto.

—Aquí tiene, espero que pueda leerlo.

Jaqueline asintió.

—Muchas gracias, *mister* McGillion.

—Ya le dije que la ayudaría siempre que lo necesitara. —Le sonrió cohibido, se levantó y se dirigió hacia las armadías, donde los conductores esperaban.

Jaqueline cerró el cuaderno de notas y lo siguió.

Una vez que se hubieron despedido de los cocheros, botaron la balsa.

Jaqueline subió a bordo con una última mirada escrutadora hacia la orilla y observó como la corriente los atrapaba y los alejaba lentamente de allí.

Cuando Connor volvió en sí, vio un techo de vigas a baja altura. Olía a madera quemada. Tenía la extraña sensación de que sus extremidades no tenían fuerza. Una manta de lana le picaba en el pecho.

¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

El recuerdo de los días anteriores parecía haberse borrado. Lo único que le vino a la memoria fue la maderada. Su intención había sido llevar la madera a Montreal. ¿Qué hacía allí? ¡Esta no era su casa flotante!

Al tratar de incorporarse sintió un dolor punzante en las sienes. Se dejó caer de nuevo sobre el camastro con un gemido.

—¡Estupendo! Está usted despierto —constató una voz femenina.

Poco después Connor olió el aroma de un perfume de violetas y el rostro de una mujer de mediana edad entró en su campo de visión. Su cabello rubio con algunos mechones blancos estaba ordenadamente recogido en la nuca. Llevaba un pañuelo de ganchillo de color lavanda sobre su blusa blanca.

—¡Quédese un rato tendido, por favor, y recupérese!

—¿Dónde estoy? —La voz de Connor era ronca, como si tuviera un resfriado.

—En nuestra casa. Soy Maggie Summerville.

—Connor Monahan. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado aquí?

—Mi Charlie lo ha pescado cerca de las cataratas. Por suerte se había enredado en un par de ramas, si no, se habría precipitado al vacío.

Entonces Connor lo recordó todo. La armadía se había descompuesto repentinamente. Había intentado salvarla, en vano. Había sentido un golpe en la cabeza. Entonces todo se había vuelto oscuro.

—¿Su esposo vio más gente? ¿Una balsa quizá?

La mujer negó con la cabeza.

—No, solo dijo que el agua arrastraba troncos. ¿Recuerda qué pasó?

Connor le contó todo lo que recordaba que había sucedido.

—Lo siento, *mister* Monahan, no había nadie. Por eso Charlie lo trajo aquí.

Probablemente me den por muerto. Pobre Jaqueline...

—¡Tengo que llegar a Toronto lo más rápido posible! —Connor se incorporó de nuevo.

Las punzadas volvieron a aparecer, pero esta vez las ignoró. Vio su ropa limpia y doblada sobre una silla. Sobre ella estaba su fajo de billetes atado con una cinta. Al parecer Maggie Summerville había hecho el esfuerzo de secar los billetes y enrollarlos de nuevo con esmero.

—Pero si se acaba de despertar —protestó la mujer—. Tuvo fiebre alta durante dos días; no desapareció hasta anteayer. Dudo que se haya recuperado.

¡Así que ya llevaba al menos cinco días allí! Incluso aunque sus hombres lo hubieran buscado, algo que no dudaba, seguro que la maderada ya había llegado a las

cataratas del Niágara. ¡Quizá ya habían cargado incluso los troncos en los carros! No había dado instrucciones a sus hombres en caso de accidente, pero mientras no encontraran su cadáver, estaba convencido de que seguirían río abajo. ¡No puedo esperar más!, pensó Connor. No puedo permitir que Jaqueline siga pensando que estoy muerto.

—Aprecio su preocupación, señora Summerville, pero debo ir a Toronto. Seguro que mis hombres estarán muy preocupados por mí, y, además, alguien debe ocuparse de la madera.

Maggie suspiró, pero se apartó de la cama.

—Está bien, como quiera, *mister* Monahan. ¡Pero no se precipite! El tiempo ahí fuera no es precisamente ideal. Supongo que sus madereros estarán descansando en algún lugar. Puede que eso le dé la oportunidad de alcanzarlos en Toronto.

—Si es posible, quiero llegar antes que ellos.

Maggie Summerville se echó a reír y juntó las manos.

—¡Ay, Dios mío, eso no lo conseguiría ni aunque tuviera alas!

—Con un caballo rápido sería factible.

—El caballo que puedo ofrecerle no es precisamente de carreras, pero conoce la ribera. De todos modos, de verdad le aconsejaría que esperara un ratito.

Connor negó con la cabeza. Ahora que estaba sentado, sus extremidades se fortalecían. Y ya tampoco se sentía febril.

—Está completamente decidido, ¿verdad?

—Sí, debo marcharme. Seguro que mis hombres me están esperando. Las armadías y la madera me pertenecen a mí y en Montreal cuentan con ellas. Le estaría muy agradecido si me vendiera su caballo, señora Summerville.

—Avisaré a mi esposo. —Con estas palabras desapareció.

Connor aprovechó la oportunidad para vestirse. Entonces echó un vistazo a la cabaña. Se parecía un poco a su refugio en el bosque, solo que aquí había redes de pesca colgadas de las ventanas.

Connor sacó un par de billetes del fajo y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Cuando abrió la puerta de la casa, Maggie Summerville le salió al encuentro.

Puso los brazos en jarras y sacudió la cabeza.

—Por mí puede usted pillar una pulmonía a caballo. ¡Pero no se marchará sin provisiones!

Mientras se deslizaban por el lago Ontario, Jaqueline no apartaba la mirada de la orilla. Entre los juncos, de color y tamaño diferentes a los que se veían en Alemania, nadaba una especie rara de pato. ¡Connor me lo habría explicado encantado!, pensó. Observó sus dibujos con dolor de corazón. ¿Tendrá este diario de viaje un final feliz? Tuvo que reconocer que cada vez tenía menos confianza en ello.

Para mayor fastidio, el tiempo empeoró. Fuertes ráfagas de viento agitaban el



lago. Los relámpagos centelleaban amenazadores en el cielo. Jaqueline sopesó proponer a los hombres pasar la noche en un albergue en Toronto. Después de las fatigas de los días anteriores, se merecían descansar un poco. Además, ella necesitaba darse un baño de una vez y comer algo que no fuera carne en lata y judías. De la balsa destruida los hombres habían recuperado una caja en la que Connor, además de los documentos de la carga, también guardaba dinero.

Jaqueline la abrió con mala conciencia. Es dinero de Connor. No puedo apropiarme de él, pensó.

Pero entonces vio los rostros agotados de los hombres y tomó una decisión.

En el puerto de Toronto, entre tantos barcos de vapor y veleros, la llegada de las armadías causó una gran sensación. Se había reunido una gran multitud, que observaba como las balsas se amarraban a uno de los innumerables muelles.

Una vez resuelto eso, se dirigieron a uno de los alojamientos en las afueras de la ciudad. Aquel lugar era frecuentado por gente de lo más variopinta: temporeros, representantes comerciales, comerciantes y granjeros que hacían negocios en la ciudad. A Jaqueline ya no le preocupaba que en el bar del establecimiento únicamente hubiera hombres divirtiéndose. Recordó disgustada lo perdida que se había sentido al principio en compañía de Warwick en un mundo tan masculino. Ahora también atraía todas las miradas, pero eso no la molestaba. Tenía a McGillion y a los demás hombres tras ella, y podía confiar en que la protegerían de posibles ataques y se apresurarían a ayudarla en cualquier situación.

—¿En qué puedo ayudarla, *ma'am*? —preguntó el hombre tras el mostrador cuando vio al grupo.

Como la cuadrilla se mantenía apartada, enseguida se había dado cuenta de a quién debía dirigirse.

—Necesitamos habitaciones, tantas como tenga —le explicó Jaqueline, segura de sí misma—. Y comida y whisky para toda la tropa.

Los ojos del camarero se iluminaron.

—Me temo que no tenemos tantas habitaciones dobles. Pero si los hombres están dispuestos a apretujarse, podremos alojarlos a todos.

—Estamos acostumbrados a las estrecheces, *mister* —intervino McGillion—. ¡Pero encárguese de que la señorita tenga una habitación individual!

—*Okay*. —El hombre tras la barra se acercó al tablero de las llaves. Después de que les entregara todas las que tenía disponibles, los hombres se repartieron las habitaciones.

—¿Puedo hacer algo más por usted, *miss Jaqueline*? —preguntó McGillion, una vez terminado el reparto.

—No, *mister* McGillion, muchas gracias. Haré que me lleven la comida a la habitación. Entonces tendré todo lo que necesito. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —McGillion asintió, y todos se retiraron.

Al cerrar la puerta tras ella, Jaqueline suspiró al pensar en la comodidad de una cama de verdad. Miró a su alrededor aliviada. No se podía poner ningún reparo a la habitación, pero de todos modos no se veía capaz de disfrutar de la soledad. Echaba tanto de menos a Connor que sentía dolor físico. Solo con pensar en él, la añoranza le oprimía el pecho. Se dejó caer triste sobre la cama.

Cuando sintió frío, se secó las lágrimas sorbiéndose y se levantó. Fuera cayó un rayo, seguido de un trueno que hizo que Jaqueline se estremeciera. Cerró las cortinas y se acercó a la pequeña estufa, en la que ya solo ardían débiles brasas. Abrió la puerta y las avivó con el atizador.

Entonces llamaron a la puerta.

Suponiendo que se trataría del camarero con la comida, exclamó con la mirada puesta aún en la estufa:

—¡Sí, adelante!

—¡Nunca pensé que me dejarías entrar con tanta amabilidad!

Jaqueline se quedó helada. El miedo le sobrevino como una ola gigante.

¡No puede ser! No puede habernos seguido.

Se giró lentamente.

Alan Warwick cerró la puerta y le dirigió una sonrisa burlona.

—¡Así que volvemos a vernos!

—¡Lárguese de aquí! —siseó Jaqueline.

—¿Y por qué? —respondió impasible—. Si acabo de llegar. Es una lástima lo de tu amante. Pero ahora tu corazón tiene sitio para mí.

Jaqueline se sintió mareada. Que supiera lo del accidente solo podía significar una cosa:

—Fue usted —dijo consternada—. Usted sabotó la balsa.

Warwick levantó las cejas.

—¿Tienes pruebas de eso?

—¡No las necesito! —Al tiempo que el odio se concentraba en su pecho, Jaqueline se dio cuenta de que aún tenía el atizador en la mano—. Me basta su sucia sonrisa para saber que ha sido usted.

—Pero, pero, mi amor, ¿qué palabras de odio son esas? Desde luego no son propias de una dama.

—Son las únicas palabras que puede dedicarle una dama a un criminal como usted.

Warwick entrecerró los ojos.

—Yo en tu lugar tendría cuidado con lo que dices. Ahora que tu amante ha muerto, ya no tienes a nadie.

Warwick se acercó a ella con gesto amenazador y se abrió el cinturón.

—Si te portas bien, te dejaré con vida. Pero primero tendrás que hacerme un pequeño favor.

Jaqueline suponía a qué tipo de favor se refería. Curiosamente, no sentía pánico, sino solo la firme resolución de defenderse. Claro que tenía miedo, pero tenía el atizador... Agarró el hierro con más fuerza. Debería engañarle un poco, pensó, así será más fácil.

—¡Por favor, no puede pedirme eso! —suplicó, y se alejó de él.

Él ya estaba abriéndose la bragueta.

—¿Y por qué no? Con el leñador ya lo hiciste. Así que un pequeño favor como este no debería suponerte ningún problema. ¿O es que con él no te gustaba?

A Jaqueline se le encogió el estómago. El asco crecía en su interior. Respiraba profundamente y temblaba de ira, lo que quizá Warwick interpretaba como señal de miedo.

Cuando él extendió los brazos hacia ella, Jaqueline levantó el atizador con un grito estridente y le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas.

Warwick quiso detener el golpe, pero reaccionó demasiado tarde. El gancho le dio en la sien.

Se tambaleó, miró incrédulo a Jaqueline y se desplomó sobre el suelo. La sangre se filtraba a través de la herida abierta en su frente.

Jaqueline se apartó asustada y dejó caer el atizador.

¿Lo he asesinado? El pánico se apoderó de ella. Allí nadie sabía lo que él le había hecho a ella. Si realmente estaba muerto, acabaría en la cárcel.

No tuvo el valor de comprobar si seguía vivo. En lugar de eso salió precipitadamente de la habitación, y, al hacerlo, chocó contra McGillion.

—¿Está usted bien? He oído un grito y venía a ver qué sucedía.

A Jaqueline le temblaba todo el cuerpo.

—¡Tenemos que marcharnos! ¡Warwick está aquí!

McGillion sabía de quién se trataba. Poco después de que ella se mudara a la oficina, Monahan se lo había contado todo en confianza.

—¡A ese le voy a cantar las cuarenta yo! —Se remangó con ganas de pelea.

—¡Será mejor que no lo haga! Lo he tumbado de un golpe. Quiero marcharme de aquí antes de que vuelva en sí.

—¡Deberíamos entregarlo a la policía!

—¿Con qué motivo? ¿Porque me ha molestado? Dirá que le he herido. Además, tendríamos que quedarnos aquí y eso retrasaría aún más la entrega de la madera.

McGillion luchó consigo mismo antes de tomar una decisión.

—*Okay*, entonces avisaré a los hombres. A no ser que quiera que ate al tipo primero.

—Bastará con que cerremos la puerta. Lo haré yo. ¡Adelántese usted!

McGillion se volvió y Jaqueline regresó a su habitación. Tenía el corazón acelerado. Warwick seguía tendido ante la estufa. Su espalda subía y bajaba.

No está muerto. Cuando vuelva en sí, se vengará terriblemente de mí, pensó, recogió su toquilla, cogió su bolsa de lona y salió con rapidez. Metió la llave en la cerradura desde fuera, la giró y corrió hacia los hombres, que se habían reunido en el pasillo.

Le entregó un fajo de billetes al capataz para pagar la cuenta y salió del hotel por la puerta trasera con los demás.

La lluvia aún caía torrencialmente y el frío era intenso. A pesar de todo, Jaqueline prefería seguir río abajo que estar en el mismo edificio, incluso en la misma ciudad que Warwick.

Se colocó bien la toquilla. Hizo esfuerzos para controlar el castañeteo de sus dientes, que no solo estaba provocado por el frío. No estaba arrepentida. Ese cabrón se merece mucho más por lo que nos ha hecho, pensó. Se habría merecido la muerte por haber causado la de Connor. Lo único que lamentaba era que ahora todos deberían renunciar a la comodidad del albergue.

Después de una semana y media de viaje por el lago Ontario y el río San Lorenzo, llegaron a Montreal.

Los apuntes de Jaqueline habían seguido creciendo. Entretanto se le había acabado el papel, de manera que debía apuntar las nuevas notas en los márgenes de las hojas ya escritas. Le llevaría un tiempo ordenar el material. Pero al menos eso la distraería de sus pensamientos sobre Connor.

A pesar de que era poco probable que hubiera llegado hasta allí, de todos modos lo buscaba con la mirada de forma prácticamente ininterrumpida.

En ese momento se encontraba de nuevo ante la cabaña de la balsa y contemplaba la ciudad, la mayor de la Confederación Canadiense. Con una impresionante puesta de sol como telón de fondo, Montreal ofrecía una vista grandiosa. A Jaqueline le recordó Hamburgo. Imponentes campanarios se elevaban en las alturas y competían con los edificios de piedra gris que se levantaban hacia el cielo. ¿Vería los tranvías tirados por caballos de los que le había hablado su padre? De niña la había impresionado mucho que en invierno, cuando nevaba, se deslizaran sobre patines.

Los bufidos de las locomotoras resonaban en el puerto junto a la corriente del San Lorenzo, en el que estaban fondeadas innumerables gabarras y veleros. Se oían campanas de barcos y las bocinas de los buques a vapor, y los gritos de las tripulaciones, los cocheros y los trabajadores del puerto, que desembarcaban las cargas de los barcos, se mezclaban con los chillidos de las gaviotas y los relinchos de los caballos. Los gigantescos almacenes eran señal de que el comercio prosperaba.

—¡Esa es la aduana! Imponente, ¿verdad? —McGillion señaló un majestuoso edificio. El segundo piso estaba adornado con columnatas. La llamativa fachada frontal estaba coronada por una alta torre de reloj.

¡Qué edificio tan magnífico! Una demostración única de riqueza y poder. Jaqueline se había quedado sin habla. Entrecerró los ojos, pero no pudo distinguir la hora.

Frunció el ceño preocupada al pensar en la tarea que tenían por delante. Gracias a los documentos de la carga que se han salvado, deberíamos poder llevar a cabo las formalidades necesarias con rapidez, se consoló finalmente. Tengo que conseguir un buen precio por la madera, cueste lo que cueste. Por suerte, McGillion ha realizado este viaje varias veces y puede asistirme.

—¿Tiene ya alguna idea de lo que quiere hacer cuando hayamos cumplido nuestro cometido? —le preguntó entonces el capataz.

Jaqueline sonrió con tristeza. Al parecer, nadie creía ya que Connor hubiera sobrevivido.

—Quizá me quede en Montreal. En Saint Thomas, Warwick no me dejará tranquila. ¿Y qué será de usted, *mister* McGillion? Me imagino que se le daría bien dirigir el aserradero.

—Pero no sé si me dejarán. Los hermanos de *mister* Monahan tendrán mucho que decir al respecto.

—Si es de alguna ayuda, estaré encantada de redactarle una carta de recomendación.

—Es muy amable por su parte. Pero primero deberíamos entregar la madera al cliente.

En el ajetreado puerto de Montreal la madera no causó ningún revuelo. Las armadías no atracaron allí, sino que continuaron un tramo río abajo hasta llegar a los almacenes de Maderas Monahan.

Bajo las órdenes de McGillion, la cuadrilla soltó las armadías y echó anclas en la orilla. Como se acercaba el final de la tarde, también amarraron los troncos. Hasta la mañana siguiente no los subirían a tierra y los examinarían.

—Debería permitirse una habitación de hotel —le propuso McGillion a Jaqueline, que había observado todas las maniobras en tensión.

Ella sonrió agotada.

—¿Y usted?

—Yo dormiré con nuestros hombres en uno de los cobertizos de los almacenes. Mañana tenemos que levantarnos bastante temprano. No vale la pena acostarse en una cama blanda. Usted, en cambio, se merece descansar después de haber tenido que compartir la balsa con nosotros.

—No ha sido en absoluto tan terrible como me lo habría imaginado hace unos meses. Creo que incluso echaré de menos los ronquidos de los hombres. —Jaqueline sonrió, a pesar de que el corazón le dolía más que nunca. He perdido a Connor, pensó. Ya solo me quedará su recuerdo.

—El hotel Port es una buena opción —comentó McGillion algo después—. Si me lo permite, la acompañaré.

Jaqueline agradeció la amable oferta. Tenía razón, un par de días de descanso le vendrían bien.

Dos semanas después de salir a caballo de casa de los Summerville, Connor llegó a Montreal a última hora. La ciudad ya se sumía en la oscuridad; solo en el puerto seguían encendidas varias luces.

¿Estarán ya aquí?

En Toronto había hecho una pequeña parada y había averiguado que los madereros habían proseguido su camino bastante apresurados. El camarero con el que había hablado estaba impresionado por la mujer que dirigía a los leñadores.

—¡Una *lady* muy resuelta! Y los hombres la obedecían al momento. No creía que una mujer pudiera tener lo que hace falta para ser maderero.

Connor había sonreído para sí, orgulloso, a pesar de que la palabra *apresurados* le preocupaba. ¿Seguiría Warwick pisándoles los talones? Connor temblaba de rabia. ¡Dios quisiera que esa sospecha no fuera cierta! Seguro que Jaqueline estaba muerta de miedo y preocupación en secreto. Estaba convencido de que la fuerza que demostraba durante el día no era más que fachada. ¿Tendría todavía esperanzas de volver a verlo sano y salvo? ¡No podía hacerla esperar más tiempo!

Connor compró un caballo nuevo y más provisiones, y siguió cabalgando. Solo se permitía las pausas absolutamente necesarias. Buscaba incesantemente a sus hombres con la mirada. Mientras cabalgaba junto al lago Ontario y el río San Lorenzo, pensaba casi ininterrumpidamente en Jaqueline. La veía ante él, riendo, dibujando una planta poco común o anotando algo en su cuaderno, concentrada, sentada con los hombres junto a la hoguera y bromeando. Lo más hermoso, sin embargo, eran los recuerdos de las noches que habían pasado juntos. Connor deseaba con toda su alma estrechar a su amada entre sus brazos, aspirar su aroma y sentir su piel suave. Espoleaba a su caballo al galope con la esperanza de alcanzar las armadías. Pero no pudo ser. En el inmenso río solamente divisó gabarras, veleros y buques a vapor.

En ese momento recorría a caballo la calle que conducía a su almacén de madera, con la esperanza de que las armadías ya hubieran llegado. El caballo cojeaba ligeramente después de la larga cabalgada, pero pronto podría descansar. Connor acarició el cuello del animal. La ilusión se apoderó de él. ¡Por fin volveré a ver a Jaqueline! Apenas podía esperar a abrazarla.

Ya veía ante él los tejados de sus cobertizos. Sin pensarlo dos veces, dirigió su caballo castaño hacia el muelle.

¡Gracias al cielo, allí estaba la casa flotante! Y su madera cubría el agua como una alfombra gigante. Al parecer no habían perdido prácticamente nada. Connor se desmontó, ató al caballo y se acercó. Toda la carga estaba bien amarrada. ¡Buen trabajo, McGillion!, pensó satisfecho mientras caminaba por el muelle. En realidad era costumbre celebrar la llegada de la madera. Pero en la balsa reinaba el silencio. Probablemente hayan perdido las ganas de celebrarlo, reflexionó Connor. Al fin y al cabo creen que su jefe ya no vive.

Saltó a la balsa y llamó a la pared. Uno de los hombres asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué...?

Era Cody Jefferson.

—¡Dios mío de mi vida! —Los ojos de Cody se abrieron como platos—. ¡*Mister Monahan!*

—¡Sí, soy yo!

La puerta se abrió de golpe y Cody se abalanzó sobre él, de manera que la balsa se tambaleó. Los dos hombres se abrazaron y se golpearon mutuamente la espalda.

—¡Ya pensábamos que estaba muerto! ¡Los chicos se llevarán una gran alegría! ¡Y no solo ellos! —Coddy sonrió y vociferó a todo pulmón—: ¡Eh, todos, *mister* Monahan ha vuelto!

Connor buscó con la mirada a su alrededor.

—Los chicos están durmiendo en el cobertizo, yo me he quedado vigilando la madera —añadió a modo de explicación.

—¿Y dónde está Jaqueline?

—El capataz la ha llevado al hotel. Venga conmigo, le preguntaremos en cuál está.

Se dirigieron al cobertizo en el que se había acostado la cuadrilla. Allí, el asombro por su regreso también fue mayúsculo.

Los hombres rodearon a su jefe y hablaron todos a la vez de pura alegría.

—¿Cómo salió del río? —preguntó Bradley.

—Me quedé colgado de una rama. Un pescador me salvó y me dejó un caballo con el que cabalgué hasta Toronto. Por desgracia, llegué justo después de que os marcharais. Pero ya os lo contaré con más detalles. Ahora me gustaría ir a ver lo antes posible a *miss* Halstenbek.

—La he dejado alojada en el hotel Port —explicó McGillion—. La señorita estaba terriblemente preocupada por usted.

Connor se subió de nuevo a su caballo castaño.

—¡Volved a dormir! —gritó al espolear al animal—. ¡Mañana haremos juntos el resto del trabajo y celebraremos la llegada de la madera!

Las habitaciones del hotel Port que daban al lado del puerto ofrecían una vista magnífica del río San Lorenzo. Pequeños puntos de luz brincaban sobre las olas y una media luna perfecta colgaba del cielo como un farol.

Jaqueline, sentada junto a la ventana, suspiró. La habitación estaba decorada con buen gusto y tenía buena calefacción, pero no podía dormir.

Todo podría ser tan hermoso si Connor estuviera conmigo, pensó. ¿Dónde estás, amor? ¿Realmente has muerto? Si es así ni siquiera tengo una tumba a la que ir a llorararte.

Alguien llamó a la puerta y la sacó de sus melancólicos pensamientos.

—¡Adelante! —exclamó instintivamente, y se arrepintió en el acto, ya que en ese momento unos pasos pesados atravesaban el umbral de la puerta.

Jaqueline se giró asustada. ¿Sería el miserable de Warwick otra vez? Estaba temblando.

Cuando vio quién estaba en la puerta, las piernas le fallaron. Se tambaleó y buscó apoyo a tientas en el alfeizar de la ventana. El suelo parecía temblar bajo sus pies. Entrecerró los ojos para asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Qué, no me reconoces? —El hombre se acercó lentamente.



A Jaqueline se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Conn...? —Su nombre se ahogó entre sollozos—. ¿Connor, eres tú de verdad? —Con estas palabras voló hacia él. Se lanzó contra su pecho llorando.

Connor tampoco pudo contener las lágrimas. ¡Cuántas veces se había imaginado aquel reencuentro! Rodeó a Jaqueline con sus brazos y escondió el rostro en su pelo.

Ambos permanecieron allí sujetos el uno al otro, temblando y llorando.

—Creía que habías muerto —musitó Jaqueline finalmente, tomó su rostro entre las manos y lo besó con vehemencia.

—Cuando me caí de la balsa, yo también pensé que era el final. —Connor le acarició suavemente el pelo—. Pero ahora estoy aquí y me siento más vivo que nunca. —Con estas palabras la atrajo hacia sí y la besó.

—Te hemos buscado por todas partes. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Jaqueline cuando él la hubo soltado, y lo llevó al sofá, donde se acurrucó en sus brazos y escuchó con atención su corazón.

—Un pescador me sacó del agua. Por suerte me había quedado atrapado en un árbol. Cuando recuperé el conocimiento, estaba en casa del pescador. Su mujer me dijo que había tenido fiebre. Y me dejó marchar de mala gana. Pero debía seguir para que tú supieras lo antes posible que aún estaba vivo. Esperaba alcanzaros en Toronto, pero ya os habíais marchado.

—En Toronto me habría venido bien tenerte a mi lado. Warwick me vino a ver al albergue y me amenazó. Lo dejé fuera de combate con un atizador.

—¿Y dónde está ahora? —Connor frunció el ceño, preocupado.

—No lo sé. Antes de marcharnos lo encerré en mi habitación. Probablemente haya regresado a caballo.

—No lo creo. Seguramente volverá a aparecer. Si realmente fue él quien saboté la balsa, también sabrá a dónde nos dirigimos.

—¿Y quién se lo habrá dicho?

Al ver que Connor bajaba la mirada, Jaqueline tuvo una terrible sospecha.

—No creerás que Marion...

—Estoy convencido de ello. Es posible que incluso lo haya inducido para vengarse de mí.

—De nosotros —dijo Jaqueline, y guardó un silencio embarazoso.

Connor también permaneció callado un buen rato. Mantenía a Jaqueline abrazada y se alegraba en silencio de su presencia. Aún tenía mucho que contarle. Sin embargo, en ese momento, había algo mucho más importante. Se zafó y se puso en pie, para después arrodillarse ante el sofá.

Carraspeó y tomó la mano de Jaqueline.

—Jaqueline, ¿quieres convertirte en mi esposa? —preguntó ceremoniosamente.

Jaqueline no creía lo que oía. Una alegría incontenible se apoderó de ella y casi le hizo perder el sentido.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, aunque se arrepintió de inmediato. Ya que toda

ella deseaba decir: ¡Sí, Connor! ¡Sí, sí quiero! No hay nada que desee más ardientemente.

—No soy el tipo de hombre que bromea con estas cosas —declaró con seriedad—. En los últimos días me he dado cuenta de que no se debe desaprovechar ninguna oportunidad que la vida ofrezca. No podía soportar perderte de nuevo, Jaqueline. Y como mi esposa estarías a salvo de los ataques de Warwick.

—Si es solo por él...

Connor se levantó de un salto, agarró a Jaqueline de los brazos, la levantó hacia él y la miró con intensidad.

—No quiero casarme contigo por Warwick, sino porque te amo, Jaqueline. Sé que eres la adecuada, la mujer con la que quiero compartir toda mi vida. Así que: ¿me quieres o no?

—Sí, te quiero, Connor Monahan. —Jaqueline sonrió feliz.

Una sonrisa se deslizó fugazmente por el rostro de Connor y los ojos le brillaron. Rodeó a Jaqueline con sus brazos y la besó apasionadamente.

La cuadrilla había trabajado duro hasta primera hora de la tarde para sacar la madera del agua, ordenarla y meterla en el almacén, mientras Connor trataba con sus compradores. Entre ellos había también un enviado del arquitecto que estaba llevando adelante la construcción del *city hall*, que necesitaba más madera. Ya hacía tres años que era uno de sus mejores clientes, y Connor se preguntaba si algún día terminarían el nuevo Ayuntamiento, que al parecer estaba inspirado en el de París.

Después de concluir la venta con buenos resultados, ya nada les impedía celebrarlo como es debido. Al fin y al cabo, la llegada de la madera no era lo único por lo que tenían que brindar.

Los hombres lanzaron sus sombreros al aire y prorrumpieron en gritos de alegría cuando Connor les dio fiesta después del trabajo y además les comunicó que se disponía a comprar un anillo de compromiso para su novia.

—Os invito a todos a mi boda, que tendrá lugar una vez regresemos a Saint Thomas. Esta noche brindaremos por el inminente acontecimiento y por la feliz llegada de la madera. Os espero a partir de las siete en el Harbour Inn. —Con estas palabras, Connor se subió a su caballo y cabalgó en dirección a East Ward.

Se dirigió a la ajetreada *rue Saint-Paul*, donde se habían instalado muchos periódicos e imprentas, que publicaban diarios en lengua inglesa o francesa. Se detuvo ante un edificio comercial de cinco pisos de caliza gris. Allí se había establecido Zéphirin Lapierre, que no solo era vendedor de artículos variados, sino también un magnífico zapatero al que Connor había encargado un precioso par de botas de cuero durante su última visita.

Después de recoger sus botas, giró en la *rue* de Bonsecours. En la esquina con la *rue Notre-Dame* estaba situada la famosa farmacia del doctor Picault, que siempre estaba muy concurrida, sobre todo porque su dueño ofrecía consulta médica gratuita. Allí adquirió Connor un perfume con un espléndido aroma a rosas con el que quería sorprender a Jaqueline. Desde la farmacia, que olía intensamente a jarabe para la tos y a otros medicamentos, no había más que un par de pasos hasta la joyería, que vendía sus alhajas en el mismo edificio.

En el establecimiento, cuyas ventanas estaban adornadas con pesadas cortinas de terciopelo rojo, el ambiente era tan elegante que Connor casi se sentía incómodo. De todos modos, fue atendido de forma extremadamente solícita. En cuanto expresó su deseo de adquirir un anillo de compromiso, le mostraron una selección sobre un cojín de terciopelo negro. El comerciante de madera se decidió por un sencillo aro de oro con un rubí resplandeciente.

¿Qué diría Jaqueline cuando se lo pusiera en el dedo esa noche?

Se llevó el cofrecillo con gran ilusión y se lo guardó bien en el bolsillo del pantalón antes de poner rumbo al hotel Port.

Jaqueline era feliz. Había pasado una noche maravillosa con Connor. Connor, su

futuro marido. A primera hora de la mañana se había deslizado fuera de la cama y había regresado con sus hombres para dirigir el trabajo pendiente. Ella había seguido durmiendo un ratito. Entonces había pedido que le prepararan un baño y había pasado el tiempo aseándose, mirando las musarañas, soñando y dibujando. Connor le había hecho prometer que no saldría a la calle sola bajo ningún concepto.

Ahora estaba junto a la ventana y miraba hacia el puerto. El gentío despertó en ella la nostalgia de Hamburgo. Quizás algún día regrese, pensó. Pero por el momento empiezo una nueva vida.

Por la noche Connor le había prometido una sorpresa. Se preguntaba con curiosidad qué sería. ¿Un vestido quizá? Bajó la mirada hacia sí misma. Como el vestido que había llevado durante el viaje estaba completamente estropeado, no le quedaba otra opción que ponerse el vestido que había guardado en la bolsa de lona. Era el verde que le había regalado Connor. Mientras acariciaba el tejido, recordó el incidente en la recepción de los Bonville.

Cuando regrese, me compraré otro. ¿O quizás aquí en la ciudad?

Durante el desayuno había oído a unas mujeres hablar sobre el nuevo tranvía de la ciudad. Cuando Connor vuelva, le pediré que lo tome conmigo.

Se oyeron pasos detrás de la puerta. Jaqueline se volvió.

Connor entró poco después. Llevaba un paquetito en la mano.

Jaqueline se abalanzó sobre él.

—¡Te he echado tanto de menos!

—Pero si solo he estado fuera medio día. ¿Qué harás cuando pase el día entero en el bosque?

—¡Iré contigo! —Lo besó y entonces miró el paquetito—. ¿Es esa la sorpresa que me habías prometido?

Connor sonrió ensimismado mientras se llevaba la mano al bolsillo del pantalón y palpaba la cajita que contenía el anillo.

—No, eso me lo reservaré para esta noche. Esto quiero regalártelo ahora.

Connor le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de seda.

—He pensado que después de todo lo que ha pasado, te merecías algo bonito.

Jaqueline arrancó el papel y descubrió una cajita que se parecía a la del broche de su madre. Abrió la tapa con cautela: dentro había un frasco de perfume.

—¡Oh, Connor, qué atento! —Abrió la botellita de cristal con curiosidad, y enseguida percibió un suave aroma—. ¡Agua de rosas! ¡Qué maravilla! ¡Debe de haberte costado una fortuna!

Connor estaba radiante.

—Nada me resulta demasiado caro para ti. Además, no es más que un detalle. ¡Espera a esta noche! He reservado mesa en el Harbour Inn, para nosotros y para toda la cuadrilla. Allí celebraremos nuestro compromiso como se merece.

Jaqueline tenía los ojos llenos de lágrimas.

El Harbour Inn no estaba lejos del hotel. Jaqueline casi lo lamentaba, ya que le habría encantado tomar el tranvía. Pero ya tendrían tiempo más tarde.

Todos los leñadores se habían presentado ya en el local, que era como un gran pub. También habían acudido los mozos del almacén. Los hombres se habían repartido por las mesas y conversaban animadamente. De la cocina emanaba un aroma embriagador.

Jaqueline observó fascinada la enorme red de pesca que cubría una de las paredes casi por completo. De ella colgaban varias conchas y estrellas de mar, también recuerdos como una vieja brújula, dos delicadas campanitas, una pipa de espuma de mar, un cuchillo con mango de concha, un medallón, un pequeño cuadro de un velero pintado sobre madera y muchas más cosas. Del techo pendía la maqueta de un clíper. En la proa, Jaqueline pudo leer la inscripción *Hope*.

¿Sería marino antes, el dueño?, se preguntó Jaqueline.

—¿Todo en orden, querida? —le susurró Connor al oído.

—Sí, solo estaba observando la red que hay ahí.

—Es la oficina de objetos perdidos del Harbour Inn. Ahí guardan todo lo que los clientes han olvidado. Si regresan a Montreal, pueden volver a llevarse los hallazgos.

—El dueño del barco ha debido de echarlo de menos.

Connor sonrió con picardía.

—Es probable que lo dejara aquí voluntariamente porque le pesaba demasiado. A veces, cuando viajas, es necesario soltar lastre.

En eso tiene razón, pensó Jaqueline. Pero hay cargas de las que uno nunca se desprende completamente. Como mucho pueden volverse más ligeras. Pero entonces hizo a un lado el asomo de melancolía con decisión. Estaban allí para celebrar la ocasión y no para rememorar el pasado.

—¡Un brindis!

Connor se puso en pie y golpeó su copa con la cuchara. El gesto fue quizá demasiado formal, pero los hombres enmudecieron al instante. Algunos miraron a Connor asombrados.

—Tras este viaje tan lleno de vicisitudes, quiero dar las gracias a todos los que habéis hecho posible que estemos sentados aquí y podamos celebrar la venta de la madera. Gracias por haber aguantado y por haber llevado a buen término el viaje.

Los hombres gritaron y aplaudieron.

—Pero antes de que nos pongamos a celebrarlo, tengo algo más que decir.

La sospecha hizo que el corazón de Jaqueline latiera con violencia.

—Como todos sabéis, por primera vez hemos tenido una mujer a bordo. Una mujer muy especial, cuya presencia ha enriquecido nuestra vida. Sé que muchos de vosotros la apreciáis, pero eso no es nada comparado con los sentimientos que yo albergo por ella. —Con estas palabras, sacó el cofrecillo del bolsillo. Entonces se arrodilló ante Jaqueline y abrió la tapa. El rubí resplandeció a la luz de las lámparas de gas.

—Hoy me he comprometido con Jaqueline Halstenbek, y ahora todos seréis testigos de cómo pongo en su dedo el anillo de compromiso.

Jaqueline se llevó la mano a la boca. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí, quiero ser tu esposa, Connor Monahan. De todo corazón. —Al decir esto cerró sus manos en torno a las de él, se inclinó y lo besó bajo el júbilo ensordecedor de los leñadores.

Warwick dirigió su caballo hacia el puerto. ¿Habrían llegado ya a Montreal, Jaqueline y los leñadores? Las balsas no pasarían desapercibidas entre todos los buques a vapor, los veleros y las gabarras. Recorrió lentamente la calle de la ribera sobre los muelles, que estaba rodeada por grandes edificios y ofrecía una buena vista general de las instalaciones del puerto. A esas horas, ya de noche, la mayoría de las cargas se habían desembarcado y solo unos pocos carros y coches de caballos circulaban ya por las dársenas. En cambio, la actividad en los bares del puerto era más animada. La música de baile llegaba a los oídos de Warwick. Alguien tocaba el violín, las copas tintineaban y las alegres risas eran señal de que los clientes estaban satisfechos.

Warwick decidió dejar la búsqueda por ese día y permitirse un buen trago y una comida decente, ya que de pronto sentía que su estómago gruñía.

Ató a su caballo y deambuló hasta la orilla, atraído por el violinista, que cada vez tocaba con más entusiasmo. Se detuvo ante el bar del que salían las melodías. ¿Qué se celebraría en el Harbour Inn? ¿Una boda quizá? Warwick miró por la ventana iluminada.

¿Era eso posible? Esa mujer que echaba los brazos al cuello de un hombre... ¡era Jaqueline! ¡No, imposible! Warwick desechó la idea en el acto. ¡Ves fantasmas, muchacho!, se reprendió y estuvo a punto de girarse. Pero entonces vio el rostro del hombre: ¡Monahan! ¡Efectivamente era Connor Monahan! ¡No puede ser! Pensaba que los peces se lo habrían comido hacía tiempo...

El comerciante de madera atrajo a Jaqueline hacia sí y la besó.

Maldita sea, ¿cómo habría sobrevivido el tipo ese? Las cataratas del Niágara engullían todo lo que se precipitaba por ellas y eso significaba una muerte segura.

La ira creció en el interior de Warwick. No solo se vería privado de su venganza, sino que ¡Marion Bonville no le pagaría ni un centavo! Quizá tuviera incluso la desgraciada idea de denunciarlo por pura maldad.

¡No, Monahan debe morir! Y Jaqueline con él.

Warwick se palpó la herida de la cara. La cicatriz le recordaría el humillante ataque con el atizador durante toda su vida.

Pero me las pagarás, Jaqueline Halstenbek. ¡Los dos pagaréis por ello, tortolitos!, se juró, y se retiró hacia las sombras rechinando los dientes.

Cuando salieron del Harbour Inn a última hora, Jaqueline se sentía exultante. Contempló ensimismada el anillo en su mano. Connor y yo somos pareja, celebró mentalmente, animada por la alegre velada y el buen vino. Nadie podrá separarnos.

Cuando levantó la mirada, la imagen de una figura miserable le heló la sangre.

¡Warwick! Llevaba un grueso vendaje en la sien y sus ropas estaban aún más gastadas que en su último encuentro. Se tambaleó hacia ellos.

De pronto, vio que sostenía un revólver en la mano.

—¡Connor! —gritó Jaqueline, desesperada.

¡Sonó un disparo!

Jaqueline quiso apartar a Connor, pero ya era demasiado tarde. El impacto de la bala la empujó hacia atrás. Se desplomó en sus brazos con el rostro desfigurado por el dolor.

Monahan miraba a Jaqueline consternado cuando Warwick disparó de nuevo.

Connor se echó sobre su amada para protegerla.

Los viandantes se dispersaron en todas direcciones, los huéspedes del hotel que regresaban a sus habitaciones se refugiaron en la entrada. Se alzaron voces que llamaban a la policía.

Entonces aparecieron los leñadores en la puerta del Harbour Inn.

McGillion reaccionó inmediatamente. Sacó su arma y disparó.

Warwick cayó al suelo herido.

—¡Un médico! —gritó Connor desesperado, y llevó a Jaqueline, que temblaba en sus brazos, al vestíbulo de la recepción—. ¡Necesitamos un médico urgentemente!

—El Hôtel Dieu es el mejor hospital de la ciudad —informó el portero, que se había agachado tras el mostrador al oír los disparos en la calle y había aparecido de nuevo—. Haré que le traigan un coche de inmediato.

Connor se apoyó agotado en la pared. Le habría gustado echar a correr, pero sabía que eso solo perjudicaría a Jaqueline.

Se inclinó sobre ella y le acarició las mejillas con ternura.

—¡Aguanta, mi amor! No puedes abandonarme.

—Te quiero, Co... —susurró, entonces la voz le falló y su cuerpo se relajó por completo. Había perdido el conocimiento.

Connor estaba como paralizado por el miedo. Apenas percibía lo que sucedía a su alrededor. El tiempo se dilataba hasta el infinito. No se dio cuenta de que su capataz lo sostenía y trataba de hablarles a Jaqueline y a él.

Cuando el coche apareció por fin en la entrada, ayudó a Connor y a Jaqueline a entrar. Ignoró las miradas curiosas de los transeúntes.

Los hombres recostaron a Jaqueline cuidadosamente en el asiento del coche de caballos. El cochero restalló el látigo sobre el lomo de los animales y el viaje comenzó.

El Hôtel Dieu, uno de los hospitales más modernos de Canadá, parecía un castillo desde lejos. De una torre con una cúpula verde salían varios edificios altos formando una cruz. Los orígenes de aquel hospital se remontaban al siglo XVII. Desde hacía casi quince años estaba situado en Mont Royal. En él se habían llevado a cabo importantes avances médicos. Connor recordaba haber leído en un periódico que allí se había extirpado un riñón a un paciente. Si eso es posible, no tendrán problemas para extirpar una bala a Jaqueline, pensó. En algunas ventanas del hospital aún había luz.

Cuando el coche se detuvo, Connor levantó a la inmóvil Jaqueline del asiento y se precipitó con ella hacia la entrada.

—¡Jaqueline, aguanta! —suplicó en voz baja, aunque sabía que no lo oía—. ¡No puedes morir!

En el vestíbulo de la clínica chocó contra una joven con uniforme de enfermera que empujaba un carrito de medicinas.

—Por favor, necesito ayuda. ¡Han disparado a mi prometida! —exclamó Connor.

La enfermera se llevó la mano a la boca asustada al ver la gran mancha de sangre que se había extendido por el vestido de Jaqueline.

—¡Oh, Dios mío! ¡Un momento, por favor!

Connor tendió a Jaqueline sin vacilar en una camilla que había en el corredor. Hasta entonces no había percibido el fuerte olor que llenaba los pasillos. Acarició suavemente el pelo de Jaqueline y luchó contra las lágrimas. Está tan pálida, pensó desesperado. Ojalá los médicos puedan salvarla. Unos pasos resonaron en el pasillo. La enfermera se acercaba deprisa acompañada por otra asistente y un hombre con bata blanca.

—Soy el doctor Roland Lacroix —dijo después de mirar a la paciente—. Llevaremos a su prometida a la sala de operaciones.

—¿Puedo acompañarles? —Connor miró al médico con insistencia.

—Hasta la sala de espera, desde luego.

—Gracias.

Connor ayudó a empujar la camilla durante un tramo hasta que llegaron a la sala de espera, donde debía tomar asiento.

No estaba solo allí. Había una mujer sentada con un niño, además de un hombre que giraba nervioso su sombrero de un lado a otro.

Mientras el médico y las enfermeras desaparecían con Jaqueline, Connor se dejó caer sobre un banco.

—Mi mujer también está teniendo un bebé —comentó el hombre joven. Al parecer había malinterpretado la situación—. Ya nos habíamos acostado cuando empezó. ¡Vaya hora más oportuna que ha elegido el niño!

Connor renunció a explicarle qué era lo que había sucedido realmente.

—Todo irá bien, no se preocupe. A veces tarda un poco.

Connor bajó la mirada hacia las baldosas del suelo. Las lágrimas le nublaron la



vista. ¿Tendremos hijos, Jaqueline y yo?, se preguntó. ¿Qué haré si no sobrevive a esta noche?

Media hora después apareció McGillion con otros dos leñadores. Connor estaba en ascuas. Todavía no había aparecido nadie que pudiera darle noticias sobre el estado de Jaqueline. Entretanto, la mujer con el niño se había marchado después de que el médico hubiera hablado brevemente con ella. El joven estaba allí mordiéndose las uñas, se levantaba de un salto una y otra vez, y caminaba de un lado a otro como si eso pudiera acelerar los acontecimientos.

—¿Cómo está? —McGillion miró a su alrededor con disgusto. Odiaba los hospitales.

—La están operando —explicó Connor.

—¿Y cuánto tardarán?

—¡Ojalá lo supiera!

—Deseo de verdad que todo salga bien. Es la mejor mujer que podría tener, jefe. Espero que no se tome a mal mi sinceridad. Siempre ha mostrado valor, incluso cuando era evidente que estaba prácticamente desgarrada por el hecho de que usted pudiera no seguir con vida.

Y yo ahora moriría si la perdiera, pensó Connor. Pero no quería cargar a sus hombres con ese pensamiento.

—¿Y Warwick?

—La policía lo ha detenido. Por desgracia la bala no le ha dado como debía. Pero, tal y como les he descrito el asunto, es probable que no salga de la trena en toda su vida.

Connor sabía que no podían estar en absoluto seguros de eso. Warwick sería llevado a los tribunales y condenado según la ley. Pero ahora no quería pensar en eso.

—¿Quiere que le hagamos compañía un rato? —preguntó McGillion finalmente, a lo que Connor respondió negando con la cabeza.

—No, no es necesario. ¡Regresen con los demás al cobertizo y asegúrense de descansar como se merecen! En cuanto sepa algo les avisaré.

A continuación, los hombres se despidieron.

Otra media hora después, el recién estrenado padre también fue liberado. Una enfermera lo llevó a la sala de parturientas. ¿Debería dar una vuelta yo también? Puede que me ayude. Connor miró el reloj en la pared de la sala de espera con un suspiro. Las manecillas señalaban casi la una.

¿Es buena o mala señal que tarden tanto?

Al escuchar pasos rápidos en el pasillo, Connor se levantó de un salto. Una enfermera a la que no había visto antes se acercó a él.

Connor sentía su pulso en los oídos. ¡Por favor, Dios, haz que haya sobrevivido!

—¿*Mister* Monahan?

—Sí, soy yo. ¿Cómo está mi prometida?

En el rostro de la enfermera se dibujó una sonrisa.

—Está viva. Ha superado bien la operación y ahora se encuentra en la sala de reanimación.

Monahan suspiró aliviado y cerró los ojos. ¡Gracias a Dios!

—¿Puedo verla?

La enfermera asintió y él la siguió por los pasillos y después hacia arriba por la escalera.

La luz del siguiente pasillo resultaba fría y fantasmal. El olor a fenol era más fuerte allí. Sin embargo, todas aquellas sensaciones se convirtieron en algo secundario cuando entró en la sala de reanimación.

El doctor estaba inclinado sobre la cama en la que estaba tendida Jaqueline y le tomaba el pulso.

¡Mi preciosa Jaqueline! Los ojos de Connor se volvieron a llenar de lágrimas.

Llevaba un camisón blanco que le quedaba demasiado grande. Un grueso vendaje sobre sus costillas deformaba el tejido.

—Su prometida ha tenido mucha suerte. —El doctor Lacroix se incorporó y le dirigió una sonrisa alentadora—. Si la bala hubiera impactado algo más arriba, le habría destrozado el pulmón. Pero el proyectil ha chocado contra un hueso. La costilla se ha roto y le dolerá durante los próximos días, pero si la paciente no presenta gangrena, pronto estará recuperada.

Monahan se tragó las lágrimas mientras asentía. Al mismo tiempo sintió rabia. ¡Jamás le volverás a hacer nada, Warwick!, se prometió en secreto. Protegeré a Jaqueline, lo juro.

Connor veló a Jaqueline toda la noche junto a su cama. La luz mortecina de una lámpara de petróleo le iluminaba el rostro, que él vigilaba atento para llamar a una de las enfermeras ante el menor cambio.

El doctor Lacroix se pasaba por allí regularmente, le tomaba el pulso y comprobaba la reacción de sus pupilas.

—¿Por qué no despierta? —le preguntó al médico al no suceder nada cuatro horas después.

—Está sumida en un profundo sueño causado por la anestesia. Estoy seguro de que volverá en sí hacia las siete de esta mañana a más tardar.

A pesar de que Connor se había propuesto velar a Jaqueline hasta que despertara, se sentía somnoliento. Los ojos se le cerraban y el débil siseo de la lámpara de petróleo fue desvaneciéndose.

—Connor.

A pesar de que su nombre no fue más que un susurro, el sonido despertó a Connor de un susto. Mientras se incorporaba, miró a Jaqueline. Había abierto los ojos y sus

labios agrietados se movían débilmente.

—¿Qué ha pasado?

Monahan suspiró aliviado, se levantó de la silla y se arrodilló junto a la cama.

—Mi amor, ¿estás despierta! —Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Ella trató de sonreír, pero los músculos de la cara no parecían querer obedecerla.

—¿Por qué lloras? —preguntó—. ¿Y por qué siento este dolor?

—Warwick nos ha disparado, ¿ya no lo recuerdas?

Jaqueline arrugó las cejas y reflexionó. Entonces negó con la cabeza.

Probablemente sean los efectos del éter, pensó Connor mientras tomaba la mano de Jaqueline y la besaba.

—Deberías descansar.

—Pero sí que recuerdo nuestro compromiso —añadió entonces, y ahora sí que logró sonreír—. Me hubiera gustado tanto tomar el tranvía a la ciudad y subir a Mont Royal contigo.

—¡Eso sí que son planes! —Connor se secó una lágrima del rabillo del ojo. Entonces se inclinó sobre su prometida, le dio un beso, y susurró—: Recuperaremos el tiempo perdido, te lo prometo. Warwick ya no puede hacernos nada.

## EPÍLOGO

*Hamburgo, invierno de 1876*

—Esta es mi ciudad natal —explicó Jaqueline a su esposo desde la orilla del Alster mientras miraban el puerto—. Hace un año no habría creído que regresaría como una mujer casada.

Recordó con una sonrisa su gran boda en Saint Thomas. Los hombres de Connor habían insistido en formar ante la iglesia después del enlace y acompañarlos en su cortejo nupcial por toda la ciudad. También pasaron por delante de la casa de los Bonville, pero no se vio a nadie.

Connor había decidido perdonar a Marion. La ruptura del compromiso ya era castigo suficiente para ella. Al objetar Jaqueline que quizás el viejo Bonville la emprendería con él, Connor había rechazado la idea.

—Que haga lo que quiera. En el negocio de la madera no puede inmiscuirse, y no tengo ningún interés en la política. Es probable que pronto se consuele pensando que yo no era el hombre adecuado para su hija. Se rumorea que hace tiempo que le ha echado el ojo a otro como futuro yerno. Marion posiblemente le seguirá el juego siempre que tenga en perspectiva convertirse en la esposa de un hombre influyente.

Como aún no se habían ido de viaje de novios, Jaqueline había expresado su deseo de ir a Hamburgo. El año de préstamo del broche que había empeñado vencería en pocas semanas. Además, quería ofrecer su diario de viaje a algún editor alemán. A pesar de que ya hablaba bien el inglés, le resultaba más fácil escribir en su idioma.

De todos modos, lo primero que hicieron fue dar un pequeño rodeo hasta la casa paterna de Jaqueline. Tal y como Martin Petersen le había escrito, se había instalado en ella la familia de un comerciante con dos vivaces hijas. En un primer momento, Jaqueline había considerado la opción de presentarse, pero decidió no hacerlo. ¡Ojalá la casa les traiga mejor suerte a sus nuevos habitantes que a mí!, pensó, y se llevó a Connor de allí.

Caminaron hasta el gabinete del abogado, al que Jaqueline tanto le debía.

Su visita sorprendió a Martin Petersen y a su familia, pero todos se alegraron visiblemente de ver a Jaqueline sana y salva. Su sorpresa fue aún mayor al saber que el hombre que acompañaba a Jaqueline era su esposo.

—¡Es exactamente lo que su padre habría deseado para usted! —exclamó el señor Petersen, entusiasmado.

Jaqueline preguntó por las pesquisas policiales. ¿Habría sido expiado finalmente el crimen cometido contra su criado? Se había propuesto no solo visitar la tumba de su padre, sino también dejar un ramo de flores en la de Christoph.

Se enteró con satisfacción de que Fahrkrog había ido a parar a prisión pocas semanas antes como cómplice de asesinato. Habían detenido a sus secuaces gracias a las declaraciones de los testigos y estos había delatado a su cliente. Jaqueline se

alegraba de que aquel tiburón ya no fuera un peligro para nadie.

Se despidió de los Petersen con la promesa de no perder el contacto por carta.

Mientras paseaban junto al Alster, Connor abrazó suavemente a su esposa y la besó furtivamente en la mejilla.

—Un bonito lugar, pero debo admitir que me siento más a gusto en mi bosque — dijo.

—No nos quedaremos aquí para siempre. Solo hasta que haya hecho lo que tengo que hacer. —Una sonrisa misteriosa apareció en el rostro de Jaqueline. Durante la travesía había sucedido algo que quería contarle en su ciudad natal. Más adelante.

—Espero que el editor acepte tu manuscrito.

—Si no es así, me buscaré otro. Quizá puedas ayudarme a traducir mi diario al inglés.

—Si me enseñas alemán primero...

Jaqueline le tomó de la mano.

—¡Vamos!

Connor asintió. Durante el viaje le había contado la historia del broche. Ahora se dirigían hacia la pequeña calle donde se encontraba el monte de piedad en el que Jaqueline había empeñado la joya de su madre.

Jaqueline ya no tenía el recibo, pero recordaba perfectamente el número del cajoncito en el que el prestamista había metido el broche. Y puede que el hombre también la recordara a ella.

—Esperemos que el establecimiento aún exista —murmuró Connor—. Al fin y al cabo, si el dueño era mayor, puede que entretanto haya muerto.

—No lo creo. —Jaqueline señaló hacia delante—. Ahí está.

Al parecer todo seguía igual. El escaparate aún parecía insignificante entre los demás edificios. La decoración tampoco había cambiado.

Pero de pronto Jaqueline también tuvo dudas. ¿Seguirá teniendo el broche?, se preguntó con miedo mientras se acercaba a la puerta con Connor.

Entraron con el tintineo de la campanilla de la puerta.

No se veía ni un alma. En cambio, había una gran cantidad de cosas que a las personas en apuros les habían parecido lo bastante prescindibles para ayudarles a salir de la miseria, al menos por un breve plazo de tiempo.

Connor, que no había entrado nunca en un monte de piedad, miraba a su alrededor fascinado.

—Es increíble la cantidad de posesiones que acumulan algunas personas a lo largo de su vida.

—Bueno, a lo largo de la vida puede uno heredar un par de objetos de sus antepasados de los cuales un día debe desprenderse más o menos voluntariamente.

El crujido de una tabla del suelo interrumpió su conversación.

—Buenos días, señores, ¿en qué puedo ayudarles? —El prestamista estaba detrás de ellos, como si hubiera aparecido de la nada.

Jaqueline inclinó la cabeza y esperó encontrar una señal de que el hombre la había reconocido, pero su gesto permaneció tan impasible como antes.

—Estoy aquí para recuperar el contenido del cajón número 27.

Entonces los ojos del hombre se iluminaron.

—Ah, sí, el broche, ¡lo recuerdo! —exclamó—. ¡Ha prosperado usted!

Jaqueline miró a Connor, que sonreía irónicamente en silencio. No entendía más que el poco alemán que Jaqueline le había enseñado, pero de todas formas parecía haber adivinado a qué se refería el hombre.

—¿Entonces aún conserva el broche?

—Naturalmente. Le presté el dinero para un año y el plazo aún no ha vencido. ¿Me toma usted por un timador que vende antes de plazo los objetos que se le confían?

Con estas palabras se volvió y se acercó al armario de boticario, donde abrió el cajón número 27.

Cuando sostuvo la cajita en la mano, a Jaqueline se le llenaron los ojos de lágrimas. Recordó las imágenes del día en que había dejado allí el broche.

—Pero, ¿por qué llora? —preguntó el prestamista mientras abría el joyero—. Mire, ¡todo sigue aquí!

A través del velo de lágrimas, Jaqueline distinguió el brillo de las piedras preciosas. Se tranquilizó un poco y recordó las palabras de la carta de su padre: «Si es posible, te apoyaré y te ayudaré desde el cielo para que seas feliz», le había escrito.

Lo has hecho, pensó con cariño. Y te doy las gracias por ello, padre.

Después de que Connor pagara la cantidad correspondiente, el viejo les entregara un recibo y se despidiera amablemente, Jaqueline tomó a Connor cariñosamente de la mano y salió con él a la calle.

Allí él se guardó con cuidado el broche en la solapa de su chaqueta.

Jaqueline dirigió a Connor una sonrisa elocuente.

—Hay algo más que debo decirte.

—¿Empeñaste alguna otra joya? —Connor se rio.

—No, es algo mucho mejor. —Hizo una pequeña pausa durante la que le miró directamente a los ojos—. Vamos a tener un niño, Connor.

—Que vamos a... ¿qué? —Connor parecía completamente sorprendido.

—Has oído bien. Lo supe durante el viaje. Ya te diste cuenta de que pasé muchos días mareada.

—Pensaba que la comida o el oleaje te habrían sentado mal.

Jaqueline negó con la cabeza.

—No, no era eso. O al menos no solo eso. El médico de a bordo me confirmó lo que yo ya sospechaba desde hacía semanas. ¿Acaso no te alegras?

—Oh, claro que sí, mi amor. ¡Me alegro inmensamente! ¡Te amo, Jaqueline Monahan!

Con estas palabras, la atrajo hacia sí.

# NOTAS

[1] En lengua alemana, *Taube* significa «paloma». (N. de la T.) <<



[2] Nombre común en Norteamérica de la especie *Magnolia acuminata*. (N. de la T.)

<<

[3] El significado aproximado de *horseweed* en lengua inglesa es «hierba de caballo».  
(N. de la T.) <<